

Contemporánea

**EDNA  
O'BRIEN**



**Agosto es un  
mes diabólico**

**Noche**

**DEBOLSILLO**

Edna O'Brien

Agosto es un mes diabólico

Noche

Traducción de  
Mireia Bofill y Raquel Velázquez

**DEBOLS!LLO**

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks



@editorialdebolsillo



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Stanley Mann*

*Y tiene su invierno deformado,  
pues su naturaleza mortal así lo exige.*

JOHN KEATS

Agosto es un mes diabólico

# 1

La oficina meteorológica pronosticaba sol. No se equivocaba. Hacía cinco días que el cielo ardía y la ciudad de Londres hervía a fuego lento a sus pies. La gente que había anhelado la llegada del verano suspiraba ahora por una brisa y un pequeño respiro. Ellen solo sentía el fresco por la noche, mientras regaba el jardín, y luego, más tarde, cuando se sentaba en el banco de piedra. Una piedra previsor. Devolvía el calor que había acumulado a lo largo del caluroso día y Ellen veía en ella algo humano, como la madre que reserva un poco de amor para cuando es más necesario. A menudo se quedaba allí sentada una hora, acariciando la piedra, atenta a los ruidos de su hijo cuando el niño estaba en casa, escuchando en cualquier caso, que es lo que una hace cuando está a solas por la noche en un jardín callado envuelto en sombras. Esa era su mejor hora, allí sentada, recibiendo el calor y en calma, y también algo triste. Pero el día siguiente volvería a hacer un calor espantoso. El padre del niño había decidido que irían al campo. Acamparían, había dicho, y harían fuego e irían de pesca y harían las cosas que el chico deseaba hacer. Había bastado un día para adquirir los diversos utensilios, y lo tenían todo a punto para marcharse el jueves.

Estaban sentados en el extremo sombreado de la cocina, tomando un té, ella en su cubilete, él en la taza de porcelana azul reservada para los invitados; casi sin hablar. A través del cristal de la puerta de la cocina observaban a su hijo mientras montaba la tienda de campaña en el jardín. Ya estaba fijada por

los dos extremos, era grande, azul y flameaba como una bandera. El padre había montado esa parte y el niño estaba colocando las varillas, a la vez que daba instrucciones a George.

—Entiérralas bien, George —dijo el niño.

George no era nadie. El niño lo había inventado tres años antes, cuando tenía cinco. Un tal George había venido de visita, pero no tardó en cansarse de la compañía de un niño de cinco años y se marchó a su casa alegando un dolor de cabeza. Pero el niño continuó charlando con él tras su partida, y siguió aferrado a él mientras iban pasando los años.

—Es un bonito color azul —dijo ella, mientras observaba a través del resplandor del sol cómo el niño tensaba una cuerda y la lona se hinchaba.

—Me han cobrado de menos —dijo su esposo, que estaba apilando monedas de seis peniques, de chelín y de dos chelines sobre la mesa para calcular cuánto había pagado por la tienda de campaña, las herramientas y los dos colchones hinchables.

Siempre lento para sumar, hacía las cuentas al volver a casa y por algún motivo siempre le cobraban de menos. «Por su expresión despectiva —pensó ella—, porque asusta a las vendedoras y las confunde, y posiblemente alguna debe de encontrarlo atractivo.»

—Me ha salido todo por nueve chelines y once peniques —declaró él.

—¿Quieres que lo devuelva? —le preguntó ella.

—Ni soñarlo.

Despreciaba la honradez en cuestiones de poca monta, pero ya no se sentía obligado a corregirla por esa u otras insuficiencias.

—Mira —dijo ella apuntando con el dedo.

La tienda de campaña se había hinchado, y cuando el niño tensó la última cuerda, se alzó como un cono azul hacia el cielo lacerantemente luminoso.

—Es un niño fuerte —dijo—, para ser capaz de hacer esto.

—Creo que es importante enseñarle estas cosas —respondió su esposo, mientras reunía las diferentes monedas y se las guardaba en el bolsillo de la chaqueta que tenía colgada en el respaldo de la silla. En una de sus visitas, la había dejado colgada de un gancho y ella había hurgado en los bolsillos en busca de pistas, en un retorno a los hábitos de casada. Él debió de notarlo.

Desde entonces, jamás se separaba de su chaqueta y la cogía y se la llevaba incluso para recorrer el corto trayecto hasta el excusado exterior pasando por el fregadero.

—¿Necesitas algo más para el viaje? —le preguntó con sentimiento de culpa.

No, él ya se había ocupado de todo. En el maletero del coche tenía latas de conservas, un hornillo, sacos de dormir, naranjas, esparadrapo, desinfectante y diversas medicinas que había trasvasado con un embudo de los grandes frascos económicos a frasquitos más pequeños, fáciles de transportar. Era previsor, esmerado y exigente. Ella ya nada podía aportar, salvo una caja de galletas.

—Podrías acompañarnos —dijo con frialdad él cuando ella sacó las galletas y le aseguró, falsamente, que estaban hechas en casa. Todavía acobardada. Rechazó la invitación con un movimiento de cabeza. Haría falta una invitación menos insípida para inducirla a regresar. Se habían separado dos años antes y compartían el niño entre ambas casas. El crío se había inventado a George por necesidad. Habían superado el terrible pasado, la amargura del primer tiempo tras su partida, cuando él le mandaba por correo peines rotos, polveras medio consumidas y viejas almohadillas como parte de su campaña para librarse de lo que quedaba de ella. Habían superado ese momento y se habían habituado a mantener una especie de paz hosca, pero ahora hablaban como ella siempre había temido que pudieran llegar a hacerlo, como extraños que jamás hubieran estado enamorados.

—Nos está llamando —dijo, contenta de haber encontrado una escapatoria.

—Mamá, papá, papá, mamá —decía el niño, con voz aguda y feliz.

Salió al jardín y se deshizo en elogios sobre la tienda de campaña, y le dijo que era un genio.

—Ahora puedes desmontarla —dijo sobriamente su padre.

Se la había hecho montar como práctica.

—Te ayudaré —le dijo ella, arrodillándose, más que para ayudarlo, para poder estar más cerca, besar su cabello limpio y rozarle la mejilla y aprovechar al máximo esos últimos minutos de contacto. Al niño le habría encantado que los acompañara. La habría abrazado diciéndole: «Mi querida

mamaíta», pero ella no podía hacerlo. Se consoló, no obstante, pensando que él estaba contento. Si ella también fuera, todo sería melancólico, y no podía soportar la idea de la noche y de las indicaciones de su marido sobre dónde debía dormir cada uno: él y ella en los extremos de los nuevos colchones hinchables y el niño entre los dos, agitado y removiéndose inquieto por el calor. Durante el último año de su matrimonio, él la evitaba en la cama, y no quería revivir eso. Habrían sido unos días de prueba, sin música, sin teléfono, sin suelos que barrer, sin nada que llenara las horas de falsedad que se interponían entre ellos. No podía ir.

—¿Me escribirás cartas desordenadas? —le dijo a su hijo.

—Desordenadas, no —replicó él mientras desenterraba las varillas, sonrojado por el calor y la sensación de importancia.

Continuaba dando órdenes a George. Partieron exactamente a las tres menos cuatro minutos. Ella miró el reloj para aparentar que era una persona práctica. El sol se había escondido detrás de una nube y la luz caía difuminada sobre el coche gris mientras se alejaban; el niño, en el asiento trasero, apretujado entre un montón de bultos. Su padre siempre lo hacía sentar atrás por si tenían un accidente.

—Adiós, adiós.

Agitaba la manita detrás de la ventanilla mandándole besos. Sus dedos golpeaban el cristal. Tenía una mueca en la cara, por los nervios y quizá también porque estaba a punto de llorar.

—Adiós, adiós.

Le costó un esfuerzo seguirlos con la mirada.

Entró en la casa, recogió los calzoncillos y la camiseta que se había quitado el niño, los sostuvo en la mano, los miró, los olió y finalmente los lavó y los tendió a secar. Luego se sentó junto a la mesa de la cocina y hundió la cara entre los brazos. Las sandalias que el niño había desechado estaban encima de la mesa. A una de las hebillas le faltaba un clavo. Su padre había dicho que las guardaran, que tal vez podrían ser útiles. Puede que sí o puede que no. Allí sentada, sintió lástima, por la fuerza de la costumbre, por el clavo que faltaba, con la cabeza entre los brazos, el antebrazo húmedo de lágrimas y la oscuridad que empezaba a caer. Los pececillos de plata que habían llegado

con un pedido del almacén correteaban por el suelo en busca de migajas y azúcar derramado.

—Adiós, adiós.

Ya estaban muy lejos; incluso era posible que ya hubieran montado la tienda de campaña y estuvieran instalados para pasar la noche, el niño rápidamente dormido, el padre sentado afuera, con una lona extendida sobre la hierba para protegerse de la humedad, inhalando el aire, feliz. Le gustaba el campo y tenía el sueño ligero.

Pasada una semana, podía permitirse reír al recordar esa noche de monstruosa soledad. Como se dijo para sus adentros, reclinada sobre el muro del jardín: «Siempre ocurre algo inesperado».

Un taciturno compañero estaba de pie a su lado y el interludio habría sido perfecto de no ser por esa arenilla suelta sobre el muro que le rozaba los brazos desnudos. Ya llevaban más de una hora allí y empezaba a estar cansada de mantenerse erguida y por eso se había reclinado sobre el muro. Para él, la situación era distinta porque las mangas de la chaqueta le protegían los codos. A intervalos regulares uno u otro extendía una mano para evitar que se deslizara la manta de viaje que compartían. Se la habían echado sobre los hombros, como un chal, porque él había dicho que había relente. Cuando lo dijo, pareció algo bueno, el rocío que no podían ver cayendo suavemente sobre ellos como un don. En Gales, el relente caería sobre su esposo y su hijo. Estaban allí. Había recibido una postal. El niño había escrito el mensaje, el padre la dirección. El mensaje decía: «Estamos en un campo con vacas», seguido de un montón de besos y sin espacio suficiente para su nombre, de manera que había firmado con solo tres letras. Pensó que las vacas seguramente se reunían alrededor de la tienda de campaña y se asomaban para mirarlos. Y la hierba no debía de ser demasiado alta, porque las vacas la desmochaban. Y sería fácil comprar leche. En la oscuridad, las vacas debían de acomodarse debajo de los árboles, tosiendo y jadeando, y el niño se dormiría acunado por ese sonido sedante, poco familiar, y el padre vigilante

continuaría vigilando. Por la mañana, muy temprano, tal vez incluso ordeñaría un cubilete de leche ilícita antes de que el granjero fuera a recoger las vacas para ordeñarlas de verdad. La leche del cubilete estaría caliente al principio, pero para cuando hubiera hervido la tetera y el té estuviera listo, ya se habría enfriado. Al niño le encantaba el té y se servía tres cucharadas de azúcar y mojaba el pan cuando no había cerca ninguna persona con autoridad que pudiera verlo.

Era la primera noche que no los añoraba desesperadamente. Pero era porque tenía compañía.

Estaban en el jardín trasero de su casa, contemplando las luces que se reflejaban en el Támesis. El río corría pegado al fondo del jardín. Una posición envidiable. Envueltos en la manta y muy juntos, miraban exactamente en la misma dirección, hacia el agua donde se veían tres grupos de luces: luces plateadas que dibujaban seis tuberías de plata sobre el agua, con su sombra detrás y ligeramente ladeada, luego en el centro los tubos dorados de luz como pilares de oro en una iglesia y al fondo, a la derecha, otros negro-verdosos, del color de las botellas de cerveza. Esa noche podían verse muchas otras cosas en Londres —anuncios de Bovril y una luna y el grueso contorno de un gasómetro circular—, pero habían optado por mirar solo los tubos de luz que descendían describiendo un semicírculo, de izquierda a derecha, en el punto donde el río formaba una curva antes de continuar su curso en dirección a la lejana Battersea, creando posiblemente otras imágenes para otros amantes en ciernes.

—Si fuera un cuadro intentaríamos explicarlo —dijo él.

—Intentamos explicarlo todo —respondió ella.

En realidad, él hablaba mucho menos que cualquier otro de sus anteriores compañeros. Los dos hablaban tan poco que podían oír cada sonido, hasta el aleteo preparatorio de un pato antes de levantar el vuelo.

—Algo ha importunado a un pato —dijo ella.

Él suspiró. ¿Se aburría?

—No, mi respiración no es profunda. Suspiro continuamente.

—Debe de ser agradable para las personas próximas —comentó ella y luego se excusó por el ruido del tren que pasaba.

Ella ya se había habituado a oírlo. Para él tampoco era una molestia.

—Nuestra rana va avanzando —dijo él.

Una rana iba camino del estanque que había en el centro del jardín. Había salido poco antes de debajo del seto espeso y sus movimientos, aunque bruscos, resultaban casi imperceptibles, y esos movimientos y la respiración superficial del hombre y el fluir del río y el relente que caía —tenía que confiar en su palabra al respecto— conferían una lentitud a la noche, como si cada segundo se alargara y ellos pudieran percibir cuanto sucedía. Todo el día había transcurrido igualmente lento, y perfecto.

—Casi ha llegado —anunció.

Había girado la cabeza para observar los progresos de la rana y ahora se había vuelto de nuevo hacia el río, dando un leve tirón a la manta para asegurarla. Notó que se acercaba más a ella y luego sus caderas se tocaron y permanecieron así, sin importunarse, solo aproximándose poco a poco el uno al otro mientras miraban la otra orilla del río y los tubos de luz a sus pies. Pasado un rato sus brazos se entrelazaron y sus hombros se rozaron como embrujados. La mano de él rodeó su cintura y la manta comenzó a deslizarse porque habían empezado a dedicar las manos restantes —las dos de ella y la otra de él— a usos amorosos, resiguiendo el contorno de sus rostros, tocándose, entreteniéndose, alejándose, percibiendo el grosor de un labio y descubriéndose. Ahora se alegraba de tener los brazos desnudos porque el contacto de la mano de él los hacía revivir al deslizarla en un sentido y luego en otro.

—Están cantando —dijo—, mis brazos.

Enmohecidos por la falta de uso, comenzaron a revivir. Corrientes de placer recorrían esos brazos desnudos, blancos, enmohecidos.

—Así que te haces tú mismo las velas, por Navidad.

Él le había contado antes que, por Navidad, habían fundido velas blancas y les habían puesto carmín y habían conseguido unas velas veteadas de color.  
*Habían.*

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar en eso ahora? —le preguntó él.

—Por esas vetas de color que recorrían las velas, como yo siento ahora oleadas de sensaciones que recorren mi cuerpo.

Deseó que él tuviera mil manos y pudiera hacer revivir todo su cuerpo a la vez. Él ya hacía cuanto podía. Los brazos de ella cantaban y sus caderas se estremecían agitadas por finas corrientes de gozo que atravesaban su cuerpo como pequeños arrebatos. Tras un año de reclusión en régimen de aislamiento.

—Estoy desentrenada —le dijo.

—Una chica como tú.

No podía creerlo. ¿Quién lo creería? Tenía veintiocho años y una piel de melocotón, y era una mujer libre con largas piernas esbeltas y una abundante cabellera indómita, color de otoño.

—Ha habido momentos en que anhelaba que me tocasen —le dijo—, pero no es algo que una pueda pedir a otros, solo puedes pedirte a ti misma.

—¿A ti misma? —dijo él.

—Sí —respondió ella pesarosa.

—Mala cosa —dijo él.

Cogió la manta de viaje que estaba a punto de caer sobre la hierba húmeda y la levantó con ambas manos cubriéndose la espalda, los hombros y finalmente la cabeza.

—¿Te he escandalizado? —preguntó ella.

Él esbozó una sonrisa de perdón y luego extendió la manta para cubrir también su cabeza, y cuando ambas cabezas estuvieron ocultas bajo la manta, la soltó para abrazarla y buscó su boca y la palpó, primero con la cara exterior de los labios y luego con la cara interior, que era mucho más suave. Sus lenguas empezaron a girar al compás de un ritmo perfecto, embriagador, y él le dijo que abriera más y más la boca. Ella lo acogió hasta el fondo de su boca, hasta rozar sus papilas gustativas, y pese al temor de ahogarse también se dijo que estaba saboreando un gustoso fruto que no había probado jamás. Sus huesos cantaban mientras sentía sabor a magia en la boca. Cuando necesitaron respirar, él apartó la manta y la acomodó como un velo alrededor de su cara y pudieron respirar libremente un instante y observarse. Él tenía una bonita cara: pálida, lánguida y, en ese momento, feliz. De costumbre

parecía aburrido. Tenía una buena osamenta y la costumbre de humedecerse continuamente el labio superior con la lengua. Le costaba poco esfuerzo sonreír. Sonreía con gran dulzura, exquisitamente, pero su rostro no se desfiguraba nunca surcado por una grieta vulgar. Sonreía con el contorno de los ojos y allí tenía muchísimas arruguitas. Seguramente sonreía mucho.

—¿Por qué viniste? —le preguntó ella, que había estado posponiendo la pregunta durante todo el día.

Había llegado esa mañana a las ocho y ella había bajado a abrir la puerta en un camisón de manga larga con el dobladillo torcido, convencida de que era el cartero que traía un paquete o una carta certificada. Lo vio allí de pie, con un traje oscuro, una irreprochable camisa blanca y gafas oscuras. Tardó varios segundos en reconocerlo, pues solo lo había visto una vez.

—¿Es demasiado temprano? —preguntó él.

—Entra —le respondió ella y echó a correr escaleras arriba antes de que él pudiera ver su camisón.

Se puso una faja y un vestido y luego bajó, le estrechó formalmente la mano y lo invitó a desayunar. Su visita le extrañó y se dijo que no era correcto estarle friendo huevos con tocino sin haberse puesto las bragas. Sentía el frío entre las piernas y pensó que era agradable sentir el frescor de su cuerpo y la distancia que la separaba de ese hombre que sin duda había ido a verla porque tenía algún problema. Solo un problema podía haberlo hecho salir de casa a esa hora, desafiando al mundo tras un par de gafas oscuras. Él se quedó todo el día, durmió en el jardín sobre la manta que ella había cogido de su cama y había transportado hasta abajo. Bebió varios gin-tonics con seis cubitos de hielo por vaso, y era tal su afición al hielo, que llenó de agua la bandeja de metal de doce secciones y puso el mando del refrigerador al máximo para poder disponer de más hielo mientras iba consumiendo su bebida.

—¿Por qué crees que he venido? —le preguntó.

—¿Problemas? —Pero le alegraba que fuera así.

—Miranda —dijo él— se ha convertido en mi inquilina. Tengo una inquilina que no quiere marcharse.

—Tendrás que utilizar la zapa —dijo ella mientras pensaba cuán deprisa se

desvanece un gran amor.

Miranda era su amante. Ellen los había visto juntos hacía un año, Miranda tal-y-tal y ese hombre pálido, distante, que se había parado a hablar con ella unos instantes y le había preguntado a qué se dedicaba. Le respondió que trabajaba en una pequeña revista dedicada al teatro y que había estado casada y que no le gustaba y que tenía un hijo. Pasaron a hablar del matrimonio. Él también había estado casado. Tenía una caterva de hijos y una mujer descolorida. Pero Miranda lo estaba llamando.

—Sí, cariño.

—Están tocando la yenka.

Tenía los brazos abiertos para recibirlo. Era una chica alta con una cabellera abundante, donde podrían anidar los pájaros. Lo llevaba teñido en diversas tonalidades boscosas de verde-gris y se la veía muy femenina con los brazos abiertos para atraerlo hacia ella. Miranda tal-y-tal. El anfitrión de la fiesta había dicho que era tonta y no paraba de hablar de las trompas de Falopio. Ellen suspiró aliviada, porque las probabilidades habrían sido escasas si su temperamento hubiera estado a la altura de su hermosa cara y su adorable melena silvestre. Ya no volvió a hablar con él esa noche, excepto cuando se le acercó para despedirse antes de partir. Unos días después, la llamó a la oficina para hablarle de una mujer que ponía tiras de goma en vez de tocino en sus trampas para ratones y preguntarle, de pasada, cómo estaba. Le dijo que estaba bien y algo desanimada —lo estaba—, y él le preguntó cómo iba vestida y ella le respondió que llevaba un vestido marrón con mangas de gasa y un collar de cuentas de ámbar y el cabello recién lavado, lo cual era cierto.

—Tal como imaginaba —comentó groseramente él, dando a entender que envidiaba a quienquiera que ella fuera a ver, de lo cual dedujo que se interesaba por ella, en la medida en que un hombre con cuatro hijos, una esposa abandonada y una amante, puede permitirse el lujo de pensar en otra mujer.

Desde entonces había transcurrido más de un año. Había pasado unos cuantos días o tal vez semanas pensando en él y sufriendo, pero el pesar se había desvanecido gradualmente como todos sus otros pesares provocados

por falsas alarmas, y cuando él se presentó con sus gafas oscuras, tuvo un sobresalto al pensar que durante algún tiempo él había hecho mella en sus pensamientos.

—Te molesta que haya venido. Te aburro —dijo él.

—La verdad es que no. Hemos cenado bien. De no haber sido por ti, tal vez no me hubiera decidido a cocinar.

Estaba de vacaciones del trabajo en la oficina y solía ir a la cafetería por las noches para tomar un tentempié. Cocinar la entristecía cuando no estaba su hijo y no tenía invitados. Cuando estaba sola, comía de pie para no convertirlo en una ceremonia.

—¿Y ahora qué? —preguntó él. Había vuelto a cubrir sus cabezas con la manta y reanudaron los besos.

—Como antes —dijo él.

—Nunca me había abierto tanto —respondió ella.

—Si eso es cierto, debería llevarte a la cama y enseñarte todas mis malas artes.

Fue la primera y la única cosa ingeniosa que dijo. Comenzaron a ascender hacia la parte alta del jardín y subieron las escaleras de la terraza para dirigirse a la habitación que daba al río.

—Tienes suerte de que te hayan prestado esta casa.

Una mujer rica que se había ido de viaje a África le había prestado la casa por un año.

—Siempre tengo suerte —dijo ella, indicándole el camino hacia su dormitorio.

Él dijo que no era necesario encender la luz y ella, a su vez, le preguntó si quería que corriera las cortinas.

—Déjalas abiertas —dijo él—. Veremos el sol por la mañana.

—¿Quién ha dicho que hará sol?

«Qué alivio. Piensa quedarse hasta mañana», pensó, y la idea la alegró tanto como que tuviera la intención de acostarse con ella. Recordó un hombre que se había levantado y se había marchado inmediatamente después de correrse, cuando ella aún estaba encendida de deseo.

En la cama, se abrió por completo. Y lo llamó dedalera porque esta también

se alza amoratada en un oscuro claro secreto del bosque. Él encendió la lámpara de la mesilla de noche. Sintió como se endurecía y se alargaba dentro de su cuerpo como un tallo. La suavidad y la dureza unidas. Le hizo el amor como jamás se lo había hecho ningún otro hombre, ni siquiera el marido que la había desgarrado por primera vez iniciando el ciclo de deseo y amor y dolor y remordimiento. Porque esa clase de amor te acaba dejando vacía.

—Me has hecho el amor maravillosamente —le dijo.

Él tenía la espalda bañada de sudor. Se había esforzado por ella y le estaba desafortadamente agradecida.

—Te refrescaré —dijo mientras sumergía la mano en la jarra de agua para extenderla sobre su espalda mezclándola con el sudor hasta formar un bálsamo refrescante. Luego él se tumbó boca arriba y dijo buenas noches aunque ya estaba dormido.

Recostada contra el hueco de su brazo, se quedó escuchando su ronquido. No le molestó que roncara. Se sentía demasiado feliz para dormir y siguió allí tendida sin pensar en nada excepto que era feliz.

—Dime que lo lamentas —le dijo por la mañana cuando él se despertó y parpadeó cegado por la luz que entraba a raudales y miró a su alrededor observando la habitación extraña y luego el cabello rojo desconocido desparramado sobre la almohada contigua. Lo dijo en broma y para adelantársele.

—¡Decir que lo lamento! —replicó él—. ¿Que lamento qué?

—Solo si lo lamentas.

—¿Y tú?

—No, yo me siento feliz.

—Yo estoy confundido —dijo él—. No puedo creerlo. Te había visto solo una vez.

—Dos veces —respondió ella—. Si cuentas el día de ayer. Pero nunca sin toneladas de maquillaje en la cara.

Su cara le gustaba más así. Sin máscara. Y volvió a hacerle el amor y habló muy poco excepto para decirle cuán adorable era todo.

Desayunaron y se quedaron sentados en el jardín hasta que ella tuvo que irse porque había quedado con alguien para comer. Más sol. Él se adormeció

y charló un poco y luego se preguntó en voz alta qué podía hacer.

—Supongo que tendré que marcharme —dijo—. Es muy injusto que siempre sea el hombre quien tenga que irse.

—No siempre —dijo ella, pensando en su propia situación y en cómo se había marchado y había tenido que buscarse la vida.

—Supongo que no puedo pedirle que se vaya —dijo él.

Ellen hubiera querido decirle tantas cosas y preguntarle tantas otras..., pero no dijo nada por temor a arriesgar sus posibilidades. Disimuló todas sus mezquindades y le sirvió una bebida repleta de cubitos de hielo. Se quedaron sentados recostados espalda contra espalda, de vez en cuando uno u otra tarareaba una canción muy popular en aquel momento titulada «Cualquiera que tuviera corazón», y las palabras sonaban especialmente bien debido a lo que ambos sentían. Al mediodía, él se ofreció para llevarla hasta el centro de Londres.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó mientras avanzaban a trompicones.

Era sábado y había mucho tráfico.

—¿Por qué? —respondió burlonamente ella.

Habían pasado tantas cosas... Se sentía como nueva. Amable e indulgente con los atascos. Mirando el lóbulo de su oreja, recordó, y se lo dijo, cómo, en la cama, había visto una gotita de sudor que se deslizaba por detrás y que parecía talmente un cristal a punto de desprenderse. No paraba de moverse para estirar gozosamente todos sus miembros.

—Tienes tanta energía... —dijo él.

—Solo soy muy movida.

Él se la quedó mirando y sonrió, y luego se miró en el espejo y se sonrió. También estaba satisfecho.

—No ocurre cada día que recibas un regalo y también puedas regalar algo —dijo ella.

Querría hacer algo encantador y adorable para él. Regalarle un jardín en flor —le gustaban las flores y cultivaba margaritas en macetas— o una piedra de mil colores, algo de lo que no quisiera desprenderse jamás. Estuvo hablando la mayor parte del rato y abrazándose el cuerpo con alegría, y él la besó en dos ocasiones cuando quedaron retenidos ante un semáforo. Ella

tenía claro que volverían a verse y que no sería necesario presionarlo para saber cuándo y dónde.

—Supongo que nos telefonearemos —dijo él cuando ella bajó del coche y se quedó de pie en la acera sujetando la puerta.

—Supongo que sí.

Se sentía segura, recubierta con el suave barniz del amor. Sus ojos relampagueaban. Volverían a verse y ella se abriría de nuevo. El río de él fluiría hasta la pradera de su cuerpo. Llegó al restaurante pensando en ello.

### 3

Con lo cual, la comida la aburrió. Un productor de teatro tacaño le preguntaba qué obras debía representar. A ella. Una semana antes tal vez se habría sentido halagada. Esa cara bien conocida con su traje a rayas y sus gemelos de plata mexicana en una mesa especial junto a la ventana, mientras alguna actriz intentaba atraer su atención desde algún sitio. La había llevado hasta el jardín de la terraza del hotel y desde allí sentados contemplaban las monstruosidades de Londres: un batiburrillo de edificios y la apariencia, visto desde arriba, de una casi total ausencia de árboles y solo un aparcamiento polvoriento en medio del laberinto de casas disparejas y calles estrechas.

—¿Así que todavía no ha encontrado al hombre perfecto? —dijo él.

—No, pero ya he presentado una solicitud.

Él probó su sopa fría. No estaba en su punto. Hizo señas para llamar a un camarero. El que acudió no hablaba inglés, de modo que sacó el plato de sopa espesa de su baño de hielo y lo señaló para indicarle que debían servirla más fría. Alegó que no estaba fría y que el zumo de naranja natural que habían pedido no era natural sino envasado. Tuvo la impresión de que la gente los miraba. El camarero había salido airoso y ella estaba perdiendo el tiempo.

—¿Y qué piensa hacer con su vida? —le preguntó su acompañante, mientras esperaba que le trajeran el segundo plato de sopa.

—Solo dejar que transcurra —respondió ella. Una cosa insólita en su caso, ella que estaba siempre angustiada, preguntándose qué sucedería luego, si una relación sería eterna, o si quería demasiado a su hijo, o si las ruedas del

coche en el que viajaban se desprenderían y los dejarían tirados en la carretera medio muertos.

—Se está volviendo razonable —dijo él.

—Me estoy haciendo mayor.

Hacía años que no se había visto tan joven ni se había sentido tan feliz, tan satisfecha y, por tanto, juvenil. La cuenta subía mucho y él se marchó malhumorado.

Aquella tarde, Ellen estuvo esperando y leyó un poco (Keats) y dio vueltas por la casa y se acercó hasta el extremo del jardín para asegurarse de que los tubos de luz seguían allí. Sujetó la puerta con una piedra por si sonaba el teléfono. Al atardecer reinaba el silencio y el sonido se transmitía perfectamente, de manera que pudo oír el primer timbrazo y echó a correr atravesando el césped, dejando atrás el estanque para subir los escalones a toda prisa. Por algún motivo sin ninguna relación con su carrera, se le rompió el collar que llevaba y las cuentas rodaron escalera abajo mientras subía corriendo, pero no le importó.

—¿Sí? —dijo al descolgar intentando que no se notara que había corrido.

—¿Puedes venir a tomar una copa?

No era él, sino otro hombre que la llamaba a menudo para invitarla a salir de improviso.

—No puedo. Estoy esperando a alguien.

—Infidel —dijo él.

Él la quería un poco y ella le decía a menudo que era una lástima que no fuera capaz de liarse con alguien por quien sentía afecto. El temor y el odio eran el motor de sus pasiones.

—Espero que sea un pigmeo —dijo él.

—Casi lo es —contestó ella, y le prometió que tomaría unas copas con él otro día y colgó.

Luego fue a recoger las cuentas desperdigadas. Pudo localizar algunas con facilidad, pero cuando oscureció tuvo que escudriñar los rincones de las escaleras cubiertas de musgo con el haz de la linterna y palpar con los dedos en busca de las minúsculas cuentas nacaradas que iban intercaladas entre las grandes cuentas azules y las cuentas medianas de cristal transparente. Era

importante encontrarlas todas, no solo para arreglar el collar, sino porque lo interpretó como un augurio. Cuando hubo conseguido reunir una pila, la sostuvo entre las palmas de las manos y empezó a pasar las cuentas de una mano a otra, matando el rato, bajando de vez en cuando una mano para localizar otra en la oscuridad, en un rincón o debajo de una mata. Era curioso cómo podía seguir encontrándolas. Más tarde entró en la casa, se sentó frente al teléfono y se quedó mirándolo fijamente, esperando que cobrara vida, esperanzada, suplicando, levantándolo de vez en cuando para asegurarse de que tenía línea, para volver a colgarlo rápidamente luego, aliviada tras escuchar su zumbido regular, por si él estuviera marcando en ese mismo instante su número, pero no era así.

La noche siguiente decidió llamarlo ella. Él trabajaba por la noche en un periódico, como redactor.

—No sé por qué te llamo —dijo animadamente.

Él le preguntó cómo estaba y qué había estado haciendo. Ella mintió un poco y dijo que había salido mucho y que su collar había quedado esparcido por todo el jardín y luego se oyó decir, desvergonzadamente, en voz queda:

—Fue encantador estar contigo.

Él dijo que también para él y que hacía años que no se sentía tan feliz y que no lamentaba nada.

—¿Y? —dijo ella.

—No lo sé —dijo él—. Amo a Miranda, lo descubro cada vez que la dejo y luego vuelvo a su lado. Supongo que quiero tenerlo todo y me siento tan...

Quería decir «culpable», cargado de problemas, de responsabilidades, pero no lograba encontrar ninguna palabra capaz de expresarlo todo a la vez. Dijo que volverían a verse pronto y ella comprendió que posiblemente sería así, pero que sería un encuentro de compromiso, de cortesía.

—¿Estás bien? —le preguntó él—. Quiero decir si no estás preocupada.

—No mucho —respondió ella.

Tendría que resignarse a volver a estar sola, sola como estaba la otra mañana cuando él había acudido a ella en busca de consuelo, salvo que ahora había perdido esa calma espaciosa lograda tras meses de práctica, de disciplina y de abstinencia, de trabajar y de querer a su hijo y de regar el

jardín.

—Creo que eres una de las personas más agradables que conozco —dijo él. Y lo decía en serio.

—Tú también —dijo ella, y se dijeron unas cuantas amabilidades más y luego tuvieron que colgar porque a él lo estaban llamando por el otro teléfono. No era mentira, ella podía oírlo sonar.

—La gente obtiene lo que se merece —musitó mientras se alejaba del teléfono.

Creía firmemente en el castigo. Se preguntó si él le habría dicho a Miranda dónde había estado.

El par de días siguientes fueron malos. Estuvo rondando por la casa en camisa de dormir, pensando en él, pensando en su hijo y en cómo se había propuesto pasar sus vacaciones. Tenía la intención de pasear por Londres y convertirse en una especie de turista, haciendo cosas de turista, como coger un autobús para ir al campo y recoger hojas o comprar piezas de cerámica para llevárselas a casa. El temor de que él quizá no volviera a llamarla era tan grande que tuvo que descolgar el teléfono para eliminar toda posibilidad de que lo hiciera, pero luego volvía a colgarlo esperanzada. Bebió mucho y se acostó borracha dos noches sintiendo que le rodaba la cabeza y el colchón se desvanecía, y se quedó echada en la cama con las cortinas descorridas.

Al tercer día salió a comprar comida. Hacía un día sombrío para el mes de agosto. Sobre la calle flotaba una bruma y no estaba claro si saldría el sol o llovería. La gente se veía alicaída.

—No hemos tenido verano —dijo el verdulero, sin recordar el tiempo que hacía cinco días antes.

Compró fresas para animarse.

—¿Se marcha? —le preguntó el hombre.

Le respondió que no, ¿y él? El hombre le dijo que más adelante iría de viaje a España con su hermana y comerían lombrices y beberían vino y regresarían bronceados a casa.

—Es asombroso —dijo— cómo uno se aficiona al sol. Es como un demonio, sí, es una cosa demoníaca, como un diablo. Usted que ha viajado sabe lo que quiero decir. Uno lo acaba anhelando, es irresistible...

—Sé lo que quiere decir —dijo ella mientras echaba a andar para continuar cuesta arriba por High Street, dejando atrás la floristería y el hombre que ofrecía y publicitaba roperos de plástico pero no vendía ninguno, rumbo a la librería donde se proponía comprar un nuevo libro para distraerse. Se sentaría en el banco en la parte alta de High Street y leería un rato y miraría pasar a la gente y contemplaría la gran taberna al otro lado de la calle con el letrero que decía BANQUETES, RECEPCIONES y el chipriota tal vez estaría allí. Acudía casi a diario. Un hombretón triste, grande y fornido, con una hermana simplona. Se sonreían y una vez él separó un gajo de la naranja que estaba comiendo y se lo ofreció.

Nunca había advertido que hubiera una oficina turística en aquel lugar, pero de pronto divisó una en una bocacalle, a unos cuatro portales de la esquina. Se acercó al escaparate y vio una fotografía en color de dos chicas con sombreros de paja debajo de una sombrilla que sonreían dando la bienvenida a alguien que no se veía en la foto. Las chicas llevaban biquinis rojos y sus vientres eran de color chocolate con los ombligos maravillosamente cóncavos, y Ellen volvió a pensar en él y cómo la segunda vez que habían hecho el amor, por la mañana, no la había penetrado, sino que la había tocado con su cuerpo, descubriendo nuevos lugares de placer hasta entonces vírgenes, y lo deseó, allí en la calle, y pensó que lo peor que había hecho había sido presentarse así y darle falsas esperanzas y hacerla revivir durante una noche cuando ella ya se había resignado a estar casi muerta. ¿Quién, entre las personas que pasaban empujando cochecillos de niño, transportando la compra y cestitas de fresas sanguinolentas, podría imaginar el escozor que sentía entre las piernas allí de pie frente al escaparate? Era demoníaco, como había dicho el verdulero, y al levantar la mirada y ver el cielo encapotado, maldijo su sombra y también su propia oscura vida conventual. La habían educado para creer en el castigo; el pecado en un campo y luego la larga y terrible reclusión en el lavadero de Magdalena para eliminarlo, de rodillas hasta purificarse. Ansiaba ser libre y joven y estar desnuda con todos los hombres del mundo y que ellos le hicieran el amor, todos a la vez. ¿Por eso había huido él? Había visto la palabra «cárcel» escrita sobre su cara. Y «castigo». Y, mirando de nuevo el escaparate, declaró

en voz alta: «lo castigaré, me marcharé», porque evidentemente todavía confiaba en que él volvería a tener una bronca con Miranda y acudiría de nuevo a ella. Entró en la tienda sin saber exactamente qué quería preguntar. Un joven delicado, urgentemente necesitado de un poco de sol, le explicó que había docenas de destinos posibles y le dio un folleto gratuito para que lo consultara. Se sentó frente a una mesa y lo abrió por una página que decía: «Francia le permitirá explorar todo lo que hay de placentero en la vida», y vio fotografías de playas pobladas de hermosas palmeras y recordó una novela que transcurría en una playa francesa, donde todo el mundo, aunque decadente, tenía un encanto melifluo especial. Y se dirigió de nuevo hacia el joven, con el folleto abierto. Él había estado una vez allí con su novia y las maravillas de ese lugar había que verlas para creerlas.

—Apabullante —fue su descripción.

—¿Y van personas solas? —preguntó ella—. Quiero decir, mujeres.

—Es la mejor opción —le aseguró él.

Le pareció percibir un tono dolido en su voz. ¿Había deseado escabullirse una noche y tener algún encuentro lunático en esa playa bajo uno de esos árboles increíblemente altos?

Ese sería su destino.

—Cuanto antes mejor —dijo, mientras él telefoneaba para reservar el vuelo y un hotel.

Su esposo y su hijo no regresarían hasta dentro de una semana o más y ella estaría en un lugar desconocido y dejaría que le sucedieran cosas desconocidas.

Después fue a comprar ropa. Compró pantalones y camisas abiertas por el costado que pudiera llevar por encima de los pantalones, y sandalias doradas con una tira que separaba el dedo gordo de los demás dedos del pie. Ropas de libertad.

—Nunca he llevado pantalones, ¿sabe? —le dijo al dependiente.

Escrúpulos. De niñas se los habían inculcado. Y les habían enseñado a no cruzar las piernas porque eso avergonzaba a Nuestra Señora. Pues se iba a comprar ropas atrevidas y pantalones azules y Nuestra Señora ya se podía avergonzar y ruborizar hasta los folículos.

—Los pantalones le quedan bien —dijo el dependiente.

Tenía otro par en el brazo, de un material más ligero, adecuados para la noche. Estaba gastando demasiado, pero pensó que ya ahorraría al regresar, y en invierno haría algún trabajo extra para la revista, como críticas de obras representadas fuera de la ciudad, que ninguno de los críticos habituales se dignaría ir a ver. Se llevó también el segundo par de pantalones. Eran de seda verde con una blusa a juego. Entre la cintura de los pantalones y el borde inferior de la blusa quedaba un pequeño espacio que dejaba ver unos centímetros de vientre, blanco como la leche.

En casa, volvió a probarse la ropa que se había comprado y la fue metiendo en una maleta a medida que se la iba quitando. Se pintó las uñas de los pies de color carmín y se raspó los callos de los dedos meñiques y le parecieron casi decorativos, como perlas, con sus duros centros blancos. Bailó vestida con el nuevo conjunto verde al son de la música de la radio. De momento bailaba sola, pero al día siguiente, a la misma hora, bajaría por un sendero hacia el mar, lánguidamente, a causa del calor, y se quedaría allí de pie y arrojaría algo al agua, y sabría que detrás de ella habría un desconocido, que la habría seguido, mirándola sonriente, y cuando se volviera, ellos... Estaba contenta e inhaló el aire profundamente, profundamente. De no ser por él, tal vez nunca se habría ido. «Bendito seas, Hugh Whistler», exclamó mientras copiaba la dirección exacta del periódico para poder enviarle una postal escueta, satisfecha, de «no me importas un comino». Planchó la ropa de su hijo y la dejó apilada sobre su cama para cuando todos regresaran y la vida volviera a la normalidad. Hizo ejercicios para estar en forma y le escribió una nota al lechero. Empaquetó restos de comida en una caja de cartón y se los dio a una mujer de la calle. No podía dormir. Bailando al son de la radio portátil, se vio en el espejo con la ropa nueva, mostrando la cintura blanca como la leche y con las uñas relucientes, de un perverso color carmín, dentro de sus nuevas sandalias doradas. Pasó su última noche de soledad bailando. Y cuando se durmió lo hizo en la habitación de abajo, sobre un sofá, con tres despertadores puestos a intervalos de cinco minutos, para descartar cualquier posibilidad de dormirse. El vuelo que tenía reservado salía al mediodía.

El hombre la miró dos veces, pero sin traslucir ninguna emoción. Le recordó un cierto tipo de hombres que hacen papeles de extra en las películas francesas, por su cara alargada y estrecha y sus facciones duras. Ellen se sentó deliberadamente en la misma fila, en el asiento del otro lado del pasillo, porque era el hombre más atractivo del pasaje. Se había fijado en él nada más subir al avión, mientras los demás se acomodaban, se inquietaban pensando en la vista, manoseaban el control de aire, fingiendo estar preocupados por esas cosas cuando en realidad estaban aterrados por la posibilidad de morir. Ya llevaban más de una hora de vuelo y él había dejado de leer *France-Soir*. Ahora miraba a su alrededor, con moderada curiosidad: a ella, a la chica que estaba a su lado, con el pelo largo y ojos negros almendrados, que tenía una pabela sobre la falda, como un adorno. ¿Debía darle las gracias? ¿Decirle que ya no tenía molestias en los oídos? Al despegar, había sentido dolor de oídos y había temido no poder tragar la saliva y las punzadas de dolor eran como si le estuvieran clavando agujas. Y había sido él quien le había aconsejado que chupara un caramelo.

¿Podía hablarle de sus oídos, restos de cera en la punta de una horquilla, la sordera, el hedor de las bacterias? Miró por la ventana e intentó pensar en algo agradable. El horizonte parecía un banco de arena, pero azul, con cavidades entre las largas crestas azules y nieve al fondo, o un cielo blanco. Grupos aislados de nubes se deslizaban como fantasmas sobrevolando los campos: campos verdes y campos arados, sin gracia, de color marrón

rosáceo, y la carretera parecía un río con su curso serpenteante entre los campos.

—La carretera es como un río —dijo, volviéndose de improviso para cruzar una mirada con él justo en el momento en que se ajustaba el cinturón de cuero en torno a la cintura.

Podría haber hecho el amor con él allí mismo, en ese mismo instante, tumbarse de espaldas y amar a ese perfecto desconocido. Siempre había querido hacerlo. Tenía una mirada inteligente. Pensaba insinuarse a todos los hombres atractivos que encontrara. Ese viaje era su salto hacia la depravación.

—*Pardon* —dijo él.

¡Oh, Dios!, tendría que repetirlo y que lo oyera la chica de los ojos almendrados.

—Esa carretera —dijo, nerviosa—. Me recuerda un río.

—Vaya, vaya —dijo él sonriendo como si fuera gracioso.

Entonces le dijo que nunca había estado en Francia y él vaticinó que le gustaría bastante.

—Ni siquiera hablo francés —añadió.

—Muchos no lo hablan, pero a pesar de todo está bastante bien.

—No sabré qué hacer.

—Nadará y tomará el sol y comerá bien y tal vez jugará a la ruleta por la noche.

¿Se proponía hacer algunas de esas cosas con ella?

—Suenas atractivo —comentó en voz baja.

—Sí, seguro que hará todo eso durante sus vacaciones —le aseguró él.

Por su parte, él pensaba pasar más adelante sus vacaciones en Italia, pero de momento tenía que trabajar. Ella le preguntó adónde iba y sacó la agenda para comprobar el nombre del hotel.

—¿Lo conoce? —le preguntó.

—No, vivo a muchos kilómetros de allí, en la montaña. Con mi familia.

—En la montaña —musitó ella en tono seductor, imaginando, no la tranquila belleza ineluctable del paisaje, sino la vida de ese hombre.

Tendría una mujer y un par de niños pequeños y saldrían a esperarlo,

sentados sobre un muro, los niños dibujarían figuras sobre el polvo con el canto afilado de una piedra o de un trozo de pizarra desprendido del techo durante el invierno, y habría gallinas vagabundeando y tal vez un perro. La mujer estaría tejiendo y su mirada sería serena, la serena mirada satisfecha de una esposa en lo alto de una montaña con un marido que regresa a casa para amarla.

—¿Cómo llega hasta allí? —le preguntó.

—Voy en coche. Lo tengo en el aeropuerto desde ayer.

—¿Y también hay autobuses?

—Autobuses. Sí, claro. —La veía preocupada—. Le indicaré dónde. Voy en dirección contraria, si no, la llevaría con mucho gusto.

—No importa —dijo ella y apartó la mirada para que él no pudiera ver la desilusión en su cara, su cara redonda ensombrecida por el desengaño.

Volvió a mirar por la ventana. Habían dejado atrás los campos y estaban sobrevolando una montaña de piedra gris. Observó las formas de piedra amontonadas como cadáveres y pensó en la muerte y recordó que una vez, de niña, con su hermana, un sábado por la mañana, acostadas en la cama, habían estado pensando en el día del Juicio final y ensayando las dos frases alternativas que podría decir Dios: «Apártate de mí y húndete en las llamas eternas que han preparado el demonio y sus ángeles», o: «Ven, tú que has sido bendecida por mi Padre, toma posesión del Reino que he preparado para ti», y mientras repetían las palabras, había recordado la visión de su padre obligando a su madre a someterse y acercando la cara de la madre a la suya, con la mano debajo de la barbilla, hundiendo el pulgar y el índice, dificultando su respiración, y la otra mano fuera de la vista, haciendo algo debajo de las mantas, y su madre que se resistía y decía «Basta» mientras las niñas discutían y luego hacían una apuesta sobre si Dios estaría en un estrado o no. En aquella época aprobaba la resistencia de su madre y ahora veía las cosas de otro modo: esta no debería haber sido mezquina. Y volvió a pensar en hacer el amor y, volviéndose hacia el desconocido, le dijo:

—A lo mejor podría venir a cenar conmigo algún día.

—Tal vez sea posible —dijo él, y sonrió amable, pacientemente.

Tal vez. Otro silencio.

Su primera visión del mar fue la de un plato de un azul intenso bordeado de manchas. Las manchas eran de color turquesa y parecían colocadas a propósito. Como un adorno. Se quedó boquiabierta.

—¡Es perfecto! —exclamó, como si fuera obra de él.

—La semana pasada dos señoras me dijeron lo mismo.

Viajaba cada semana, y ella pensó que si era imposible verlo en Francia, tal vez aún podría reunirse con él en Londres.

La gente había empezado a prepararse para el descenso, volvieron a pasar con la bandeja de caramelos, de nuevo las punzadas en los oídos, la chica que estaba sentada a su lado se puso la pamelita y el hombre abrió una cartera y sacó una corbata.

—Le indicaré el camino —le dijo cuando ella lo miró, preguntándose si se disponía a esfumarse.

De hecho, fue vital poder contar con su ayuda en el aeropuerto pues su maleta se había perdido. Él habló con los empleados y les dio su nombre y el nombre y número de teléfono de su hotel.

—Le invito a una copa —dijo ella, sinceramente agradecida.

—Hago una llamada y luego tomamos esa copa —dijo él.

Lo estuvo esperando en el bar pero no apareció. Quizá había llegado mientras ella se estaba maquillando o tal vez no era ese el bar. En todo caso, no se encontraron. Cuando por fin bajó a la calle, su autobús ya se había ido y decidió coger un taxi. El precio estaba anunciado de manera visible. Treinta francos nuevos. El conductor era charlatán, despierto y agradable. Los ojos risueños de un asesino. Ellen se sentía exultante, despierta y ávida de ver cosas. Las palmeras no eran árboles, sino grandes plumas verdes insertadas en cortezas bien afeitadas, que apenas se movían. No había musgo en ningún sitio. Ni hiedra. Nada que ocultara la desnudez del lugar. Casas de piedra rosa y blanca, profundamente dormidas bajo el sol de la tarde, con las persianas bajadas y toallas en los balcones y mangueras regando el césped. El chófer conducía muy deprisa. De vez en cuando decía algo, pero ella solo le respondía meneando la cabeza o con unas palabras en inglés que a su vez le hacían menear la cabeza a él. La luz era cegadora. Llegaron a una ciudad y él le señaló un hotel coronado por dos banderas. Estaba en lo alto de una colina,

desde donde descendían una serie de escalinatas y de terrazas cubiertas de césped. Como una casa de cuento a la que ahora regresaba, como en un sueño. Subieron toda la cuesta hasta llegar a un pórtico, donde él la dejó frente a las puertas batientes que permanecían inmóviles. La agencia le había reservado su habitación, el asesino le deseó una buena estancia y por algún milagroso error de gestión la compañía aérea ya había entregado su maleta perdida. Entonces tuvo la certeza de que todo iría bien. Firmó en el libro de registro y le dieron una llave. Cogió el ascensor y siguió por un pasillo al botones, que llevaba su pesada maleta. Vio a un hombre desnudo que la miraba desde una habitación. Sostenía la puerta que tenía entreabierta unos cinco centímetros y le hizo proposiciones, no con una sonrisa, sino con una mirada. Calculó que debía de estar en la treintena y tenía un cuerpo fornido, y su habitación estaba en penumbra, como si hubiera bajado las persianas para dormir un rato y ahora ya estaba descansado y listo para hacer el amor. Se lo quedó mirando y luego apretó el paso, pues temía perder al muchacho con la maleta. Su habitación estaba unas diez puertas más allá de la del hombre desnudo y en el otro lado del pasillo. No daba al mar. La cama de bronce era más grande que una cama individual, pero distaba mucho de ser doble. El botones depositó su maleta sobre una banqueta de enea y se la quedó mirando con expresión de asombro y curiosidad, sin sonreír. Oía raro. El olor a limpio desconocido de la ropa de cama y el detergente y la madera recalentada. La madera del marco de la ventana estaba muy agrietada. Era una habitación de aspecto desgastado pero agradable. Deshizo de inmediato la maleta y colgó cuidadosamente su ropa, una pieza en cada percha. Dejó el camisón de muselina ligera sobre la cama y dijo «luna de miel». Había un lavabo y un bidé con una mancha marrón en torno al grifo. Una nota clavada encima del lavabo le advirtió de que no debía beber agua del grifo. Cogió el teléfono y pidió con mucha afectación una botella de Perrier.

—Acabo de llegar —dijo ella, en parte como excusa y también para suscitar unas pequeñas palabras de bienvenida.

La botella de Perrier llegó en un cubo de hielo, como champán. El muchacho que la trajo era muy amable. Le dio una propina excesiva.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Hugo —dijo él.

—Hugo.

Él le sirvió la bebida, hizo una reverencia y se fue.

Salió al pequeño balcón, atraída por la novedad del lugar, la ciudad a sus pies, el silencio, el mar en alguna parte, y saboreó su bebida allí de pie, sostenida por la agradable presión de sus pensamientos, recordando vagamente: otros olores, la escarcha blanca sobre una carretera de Irlanda, polvos para la cara en un recipiente de vidrio con una gran borla dentro, el delicado color malva del pecho de las palomas, y comparando todo eso con ese nuevo lugar que no se parecía a ningún otro donde hubiera estado nunca. La luz era deslumbrante. Su piel descolorida. El resplandor sobre las casas, como de metal. Se quedó allí más de una hora. Pensó en el hombre del avión cuando se había ajustado el cinturón de cuero, y en el otro desnudo en el umbral de la puerta, y en todos los demás que esperaban por todas partes. No pensó en su hijo.

Cuando bajó hasta la playa del hotel, la mayoría de las colchonetas estaban desocupadas. Algunas tenían señales de agua donde había yacido recientemente un cuerpo mojado, pero sobre todo recordaban una sucesión de hileras de camas de hospital, blancas y secas. Detrás de una verja había otra playa y allí las colchonetas eran listadas. Las huellas de las pisadas se habían difuminado al superponerse sobre la arena blanca. Avanzó con cuidado y se tumbó sobre una colchoneta cuando le pareció que el encargado no miraba. No lo hizo por tacañería, sencillamente no sabía qué tenía que hacer para pedir una. Él estaba ocupado recogiendo las sombrillas y trasladándolas en atados hasta un cobertizo. Las llevaba como lanzas, con las puntas hacia delante y, apiladas en el habitáculo, también parecían material blindado. Cuando se acercó para hablarle, lo sintió como un ataque.

—*Anglais* —dijo Ellen, y empezó a calcular mentalmente el cambio de moneda, repasando rápidamente diferentes sumas para estar preparada cualquiera que fuera el precio que le pidiera el chico. Este se limitó a decir el nombre del hotel y se marchó de nuevo. Estaba muy bronceado, como todo el mundo allí, excepto ella y el grupo de ingleses, instalado a algunas colchonetas de distancia.

—Mira a Arthur, se está quemando —decía una mujer mientras sus amistades se unían a la contemplación de un desafortunado espécimen masculino con la piel rabiosamente enrojecida.

—Tendrás que usar pantalón corto en el jardín cuando regresemos a casa

—le dijo su mujer mientras lo ayudaba a vestirse debajo de un albornoz.

Abrió las perneras de sus calzoncillos para que introdujera la pierna y luego se los subió por encima de la barriga y alisó las perneras para que no hicieran arrugas.

—¿Así está bien, Arthur? —le preguntó. Se lo veía malhumorado.

Luego se sentó y ella le puso las zapatillas de lona, deslizándolas sobre los tobillos hinchados con ayuda de un calzador.

—Ponle vinagre —dijo otra mujer.

Había descubierto sus propiedades sedantes el verano anterior. Exhibió un frasco que parecía contener una loción color chocolate.

—¿Vinagre en un frasco como este? —dijo la esposa de Arthur.

La mujer lo había trasvasado a uno de esos frascos de loción bronceadora para no hacer el ridículo.

—Lo compré en Hull, en una playa. Fuimos a Hull para celebrar nuestro aniversario —aclaró, orgullosa de su frasco.

—Si algo tiene Gladys es que es muy ahorradora —dijo un segundo hombre, y la miró con resentimiento.

Intentaron entablar conversación con Ellen un par de veces, con algún comentario o una mención a las quemaduras del sol o a lo que decía el diario inglés de ese día, pero ella fingió no oírlo. Se incorporó y contempló por primera vez el Mediterráneo y le extrañó que no le causara ninguna impresión, que no significara absolutamente nada para ella. Le interesaba más observar al encargado de la playa mientras limpiaba las colchonetas con la larga escoba suave, pero cada vez que miraba en esa dirección, la mujer de los impertinentes fijaba los lentes en ella. Iba vestida de negro y una gruesa caperuza blanca le cubría el pelo. Entre los esfuerzos para evitar a esa mujer y la necesidad de ignorar a la vez al grupo de ingleses, acabó viéndose obligada a seguir mirando en dirección al mar. Estaba brumoso y alcanzaba a ver el horizonte. Entonces llegó una jovencita y todo cambió durante un rato.

Todos se la quedaron mirando porque se movía con absoluta perfección. Iba descalza, y las uñas de sus pies, pintadas de color plata, parecían recién recubiertas de cera fundida. Se veían tan claras, comparadas con las oscuras tonalidades bruñidas de su cuerpo... Como caoba. El encargado de la playa la

saludó con la escoba cuando pasó por su lado, pero ella no le sonrió; su presencia ya era suficiente recompensa. Se aproximó, se sentó a dos colchonetas de distancia de Ellen y se tumbó de espaldas con las manos hundidas en la arena caliente. La mujer de los impertinentes abandonó bruscamente a Ellen y comenzó a observar a la recién llegada. Y entonces apareció el hombre. Casi como si siguiera un guion, se quedó en el balcón y miró a las tres personas que quedaban. El grupo de ingleses se había ido. Parecía un anuncio de vitalidad. Piel dorada y pelo rubio, y los restos de arena sobre su cuerpo le conferían un brillo pétreo. Pensó que podría ser el hombre que le había hecho proposiciones, desnudo, en el pasillo, pero no podía tener la certeza. En entornos desconocidos, nunca lograba identificar las caras, y el chico del ascensor, el encargado de la playa y el botones ya le resultaban indistinguibles. Estaba charlando despreocupadamente con otro hombre, pero sobre todo tenía la mirada puesta en la playa. Miró hacia ella y su corazón se aceleró al ver que su compañero bajaba las escaleras y empezaba a avanzar en su dirección. Era un hombre gordo y caminaba delicadamente, pisando el suelo como un equilibrista sobre la cuerda floja.

—*Mademoiselle?* —dijo, mirándola desde arriba. Ella fingió sorpresa. Entonces un agudo silbido procedente del balcón les alertó, y el sultán dorado le indicó al hombre gordo que se había equivocado. Este se excusó y cruzó el puente de colchones para dirigirse hacia el lugar donde estaba tumbada la jovencita.

—*Mademoiselle* —dijo.

Debía de estar dormida, pues tuvo que repetirlo dos veces y luego ella se incorporó algo sobresaltada.

—Espero que perdone mi intromisión, pero mi amigo querría invitarla a una fiesta.

—¿Su amigo? —dijo fríamente ella. Él señaló el balcón y la joven siguió el movimiento de su dedo con la mirada. El hombre que estaba arriba no la miró para confirmar la invitación, sino que posó la vista en el mar en dirección a una fortaleza blanca que se alzaba al otro lado del agua. Su castillo.

—Esta noche celebramos una fiesta en la playa —dijo el hombre gordo con excesiva humildad.

—Tengo otro compromiso —dijo la chica.

Ellen deseó ser capaz de dar respuestas como esa en vez de aceptar con los brazos abiertos cualquier cita.

—*Je suis désolé* —dijo el hombre, y la chica le preguntó en inglés por qué se había acercado a ella.

—Celebramos una fiesta en la playa, nuestra gran fiesta —contestó él.

—¿A qué hora?

—A las nueve, pero podríamos aplazarla si lo desea.

Se quedó callada unos instantes y él aprovechó el intervalo para arrodillarse sobre la arena. Vaya tácticas.

—¿Tiene otra cita? —volvió a preguntarle.

Después de pensarlo, ella le respondió de manera realista.

—Tengo hora en el salón de belleza a las ocho.

Llevaba el pelo cubierto con un pañuelo verde y gafas oscuras con piedras incrustadas en la montura de concha. Imposible adivinar qué efecto le había causado la invitación.

—Quizá podría venir luego —dijo él.

Ella volvió a mirar al hombre que sería su acompañante y luego dijo que intentaría aplazar la cita con el peluquero. El hombre gordo hizo un leve gesto en dirección al balcón y el sultán comenzó a alejarse, con exagerada lentitud. Caminaba bien. Él y la chica harían una pareja perfecta. Ellen sintió la humillación que una suele experimentar en presencia de gente perfectamente formada y tuvo un instante de aprensión sobre lo acertado de su viaje. Un niño reía mientras repetía: «*Encore, encore*», y Ellen pensó en su hijo.

—¿Es sueca? —preguntó el hombre, ya relajado en compañía de la chica, y quiso saber cómo se ganaba la vida.

Traducía libros de texto, por eso hablaba inglés, y a continuación él le preguntó cuánto tiempo llevaba allí.

—Tres semanas.

—Una chica bonita como usted y no la había visto hasta ahora.

Lo dijo en tono insinuante, pero la chica siguió guardando las distancias.

—¿A lo mejor ha estado en otra playa?

—No, en esta.

Hablaba de manera bastante tajante. El sol, antagonista de los sueños, no dejaba cabida para sutilezas, disimulos y las innumerables miraditas de reojo que son indicio de una atracción pasajera. Un hervidero de sinceridad. Solo la gente perfecta triunfaba. Los gordos, los lisiados, los desaliñados, incluso las personas levemente imperfectas como Ellen difícilmente podrían llegar a ser consideradas elegibles. A menos, evidentemente, que se conformara con gente de su mismo nivel. Pero ¿quién está dispuesta a aceptarlo?

—Debo de estar ciego —dijo él.

La chica cogió su bolso de playa y se incorporó para marcharse. Lo vería más tarde. Él le besó la mano de manera rebuscada y teatral. Luego se quedó mirándola mientras se alejaba, y cuando la perdió de vista, advirtió la mirada de Ellen. No le sonrió.

Pronto solo quedaron dos personas en la playa, ella y la lesbiana. Ahora estaba segura de que la mujer de negro era una lesbiana por su manera de sostener los impertinentes y su expresión intensa. Ellen prefirió marcharse antes que verse obligada a hablar con ella.

Era demasiado temprano para cenar, de modo que regresó a su habitación y pidió un té. Se lo llevó el mismo camarero que le había subido el agua de Perrier y que, después de darle la propina, este continuó de pie a su lado, con una sonrisa de oreja a oreja.

—*Parlez-vous français?* —le preguntó.

—Inglés —respondió ella.

—*Anglaise...?*

Ella asintió.

—*Ah, anglaise!* —exclamó triunfante él—. *I fear I have mislaid my bus ticket* (Creo que he perdido el billete del autobús).

Lo dijo excitado y riendo. Ambos se rieron. La risa tonta de dos desconocidos. Tuvo que ponerse seria cuando quiso que se marchara.

## 6

El comedor tenía una terraza. Mesas blancas alineadas de un extremo al otro y, más allá de las mesas, las palmeras. Focos amarillos iluminaban los troncos de esos árboles delicados, y sobre las mesas había velas encendidas. La cera de varias temporadas había formado una gruesa capa alrededor de los candelabros. En esas gruesas botellas habían ardido velas de todos los colores; se había depositado cera de todos los colores. Pensó en la anécdota que le había contado él sobre el carmín y se preguntó si cuando llegara la Navidad serían amigos y podría hacerle un regalo. Se sentó con un médico norteamericano que tenía una diabetes leve. Es decir, que tenía que vigilar más atentamente su dieta.

—¿Y usted, de dónde es...?

—De Inglaterra —dijo ella.

Estaba cansada de repetirlo y, además, no era cierto. Pero si decía que era de Irlanda acabaría teniendo que compartir aburridas historias sobre hadas y abuelas. Él tenía familia y estaba allí para asistir a un curso de medicina. Se sentía solo.

—No me interprete mal —dijo—. Soy un hombre feliz.

Los críos y las hamburguesas lo eran todo para él.

—¿Y usted? —preguntó.

—Yo también soy feliz —dijo ella, y miró su anillo para dárselo a entender.

¿Tal vez luego podrían ir a jugar un rato a la ruleta?

—La invito —dijo él.

Ella negó con la cabeza e intentó replicar, pero se le había clavado una espina en la garganta. Él le dio una corteza de pan y le indicó que masticara con fuerza.

—Mastique —dijo en voz muy alta.

Él mismo masticó enérgicamente para indicarle lo que quería decir. Resultaba extremadamente grosero.

—No me interprete mal —dijo—. Solo me propongo invitarla a salir una noche y pasar un buen rato.

Ella lo miró con desagrado.

—Detestaría haberle causado una mala impresión. Si lo pensara jamás volvería a hablar con una desconocida.

Comenzaba a haber irritación en su mirada. Ella siguió mirando un zurcido que tenía su servilleta. Era un zurcido antiguo y los numerosos lavados lo habían dejado casi tan blanco como la tela.

—¿Podemos probarlo?

—No insista —le espetó de pronto.

Entonces él llamó al camarero con una señal de la mano. Acudió un chico joven y el americano le dijo que anulara su postre. El chico no lo entendió. El americano repitió la orden y se marchó.

Ellen permaneció un rato con la mirada fija en el plato por si alguien más intentaba entablar conversación con ella. Pero a las nueve todo el mundo ya se había sentado y la mayoría iba por el segundo plato. Reinaba un ambiente de excitación: las crepes ardían teatralmente sobre fogones flameantes, los camareros intercambiaban palabras de enfado, evitaban por un tris el choque contra platos de sopa demasiado llenos, chicos jóvenes se arrodillaban reverentemente para recoger un cubierto caído y los comensales charlaban y masticaban con el brutal desenfado que solo es posible en un lugar público desconocido donde todos los demás también hablan y mastican con la misma brutalidad.

E igual que todos habían acudido y habían discutido sobre lo que comerían, y lo habían consumido, con la misma inevitabilidad volvieron a marcharse, con andar pesado ahora, ya reabastecidos. Las luces principales se apagaron y

la febril agitación reinante comenzó a amainar. Los camareros empujaban carritos cargados de platos sucios rumbo a la cocina y otros camareros llegaban cargados con manteles y servilletas limpios y volvían a poner las mesas. Solo quedaba ella.

Más allá del comedor, había oscurecido. La luz se había convertido en tinta sin un crepúsculo que lo anunciara. Había comido bien. Se le había quedado una semilla de frambuesa entre los dientes. Mientras seguía sentada intentando extraerla, su mirada se posó en una chaqueta de hombre. Estaba abandonada sobre una silla con las mangas caídas, sin brazos. Deseó poder tocarla porque era de terciopelo oscuro del color de las ciruelas en otoño. Y suave como la noche, una suavidad en la que hubiera querido sumergirse como en una piscina o en las pupilas de unos grandes ojos oscuros. Por algún motivo recordó la capa de hollín acumulado en la pared de la chimenea y su padre que cantaba «El valle del río Rojo», afectadamente, con un tono nasal, y los vecinos que lo escuchaban educadamente y contemplaban el fuego. Debía de ser Navidad, uno de los pocos momentos agradables. Su padre estaba sobrio, su madre servía platos de gelatina y natillas. La crema de las natillas era espesa. Entonces.

Ahora los árboles parecían inhóspitos. La noche y la chaqueta eran suaves. Pero los árboles seguían alzándose supremos, sus troncos altos, las viejas palmas recortadas para formar una base para las hojas nuevas, y el año siguiente esas hojas nuevas también se habrían secado y los árboles aún serían más fuertes. Se levantó y se acercó a tocar la chaqueta. Tenía muchas supersticiones como esa. De niña tenía que tocar ciertas piedras de las paredes camino de la escuela y llegar hasta ciertos lugares determinados antes de haber contado hasta veinte. La chaqueta tenía un tacto agradable y el olor a tabaco le recordó la sensación de estar bajo el feroz abrazo de un hombre. La acarició lentamente, como acariciaría una cortina o un gato. Era suave al tacto y olía bien. Entonces advirtió la presencia de alguien a sus espaldas. Se volvió rápidamente para disculparse.

—No soy una ladrona —dijo.

Tenía enfrente a un hombre en mangas de camisa. Un hombre alto, de tez morena y con una sonrisa de bebé. El blanco de sus ojos era inmaculado,

como el de los manteles limpios.

—No la he visto antes —dijo él.

—He llegado hoy —dijo ella, mientras se apartaba de la chaqueta.

—¿Le gusta?

—Sí, me gusta el terciopelo —respondió ella, y comenzó a alejarse.

Él alargó la mano para detenerla.

—¿Baila?

—Un poco.

Tendría que haber hecho cursillos de todo antes de viajar allí.

—Tocaré el violín para que baile.

Formaba parte de la orquesta que tocaba para los huéspedes del hotel. La invitó a entrar pero le explicó que no podría bailar con ella. Ellen se vio sentada junto a la pared, ignorada, mientras la magia la iba abandonando y desprendiéndose como un falso glaseado o polvo de oro. Más le valía no ir.

—Y qué tal si compartimos una copa después —dijo él.

¿A qué hora? No quedaba libre hasta medianoche. Le explicó que acababa de llegar y estaba cansada. No más ímpetus. Le quedaban diez largos días por llenar.

—¿Mañana? —preguntó entonces él.

—Por la tarde —dijo ella, insinuando una cierta moralidad. Él le había cogido la mano izquierda y miraba su anillo de matrimonio.

—¿Casada? —dijo.

—Una vez, hace mucho tiempo —dijo ella, intentando dar la impresión de que el anillo no cambiaba nada.

Quedaron para la tarde siguiente.

Cuando él se hubo marchado, ella también salió y decidió dar un paseo por la playa. En el pasillo tuvo un breve momento de satisfacción. La pareja perfecta que había concertado una cita en la playa ya estaba en la fase del desengaño. La chica se dirigía al ascensor, con la cabeza gacha. Vestida se veía totalmente distinta. Correcta y secretarial, con un absurdo peinado ahuecado. El hombre gordo que le había transmitido la invitación la seguía suplicante mientras le decía:

—Usted sospecha cosas que no son.

Y el sultán se mordisqueaba la uña del pulgar acodado en la barra. Ellen lo miró con reproche. Dos hombres la siguieron con la mirada mientras atravesaba el bar. El conjunto de institutriz era resultón y ella tenía el aspecto de una persona destinada a vivir el momento más intenso de la noche. En el jardín las hojas agrupadas formaban una trama contra el telón de fondo del cielo y hacía viento.

Entre las palmeras había otros árboles más altos y de formas más ligeras, y estos exhalaban un perfume. El viento lo transportaba y lo disipaba luego, al igual que los sonidos, transportados y disipados del mismo modo: voces extranjeras, discusiones, una risa, el goteo de la música almibarada del violín de ese hombre. Fue de nuevo hasta la playa de las colchonetas, puesto que aún no conocía otro paseo. Estaba totalmente desierta, las colchonetas como cadáveres. No estaba iluminada, pero alrededor brillaban las luces de otros hoteles y de la ciudad, y de las ciudades vecinas. La noche de vacaciones seguía su curso. Bajo aquellas luces, había gente que bailaba y paseaba y se abrazaba, con los sentidos excitados por la belleza de cuento de hadas de esas ciudades y el agua oscura con su lamento marino contenido:

—Ah... Ah... Ahh.

La invadió un sentimiento de ocasión perdida. Tendría que estar contemplando esa escena con alguien. No consagrada ya a la soledad, estaba impaciente por alcanzar su destino.

Fue hasta la orilla del agua. Se inclinó y sumergió las manos, y su anillo de boda —que siempre le quedaba suelto— comenzó a deslizarse. Se lo quitó, lo miró, se lo llevó a los labios, lo besó tiernamente, y luego lo arrojó violentamente al agua. El último acto, sin testigos, de la expulsión de su esposo. Se quedó un rato allí, sin lamentarlo, perdida en medio de una mancha de oscuridad, y luego decidió acostarse temprano para tener buen aspecto la mañana siguiente.

El violinista vivía en la parte alta del edificio y la tarde siguiente ella se dirigió hacia allí. Recorrió como una sombra el pasillo tranquilo y vacío, silenciosamente y pegada a la pared. Él le había advertido que no debía verla ningún huésped. Al llegar al sexto rellano se paró a descansar. Él también le había dicho que no usara el ascensor, por si el ascensorista la veía y observaba a dónde iba. Cuando por fin llegó a su puerta, estaba sin aliento. Golpeó nerviosa y él entreabrió la puerta y la hizo pasar. Su primera impresión fue de desorden y poca luz. Había instrumentos musicales esparcidos y la sensación de estrechez era terrible. Era una habitación de la buhardilla y, comparada con la majestuosa sala de baile donde él tocaba cada noche, la situación resultaba absurda.

Sus trajes estaban colgados en un nicho de la pared y pudo ver la chaqueta que había propiciado su primer contacto. Ya no se veía suntuosa, sino como la mejor chaqueta colgada con esmero para que estuviera perfecta para la salida nocturna.

Ella dijo «*Bonjour*», pero lo pronunció mal. Mientras subía la escalera había estado practicando todo el rato una manera despreocupada de decirlo. Él se rascó el vello del pecho y, sonriéndole, extendió el otro brazo para poner de manifiesto la diferencia de color de su piel. Parecían proceder de órbitas distintas. Sus sobacos olían a ozono. Luego, en calzoncillos, se plantó frente a ella y la besó, colocando las piernas de manera que coincidieran exactamente con las suyas. Cuando ella cambió ligeramente de posición, él

hizo otro tanto y Ellen se dijo: «Va muy rápido, intenta precipitar las cosas». Por encima del hombro desnudo bronceado del hombre divisó una cámara de fotos montada sobre un trípode, como un ojo que la estuviera espiando; se echó atrás rápidamente y le preguntó qué hacía allí. En realidad, quería decir: «¿Por qué me espía?».

—Para hacer fotos —dijo él y luego, recordando sus deberes de anfitrión, le ofreció un zumo de manzana.

—¿Tiene whisky? —preguntó ella.

Se sentía inquieta. La pequeña habitación era sofocante y por la ventana entraban insectos a raudales. Él había quitado el cristal. Intentó refrescarse soplando a través de los labios entreabiertos. El calor de la mañana la había dejado hecha polvo. El sol había penetrado en los pliegues de los brazos y las piernas, y se había quedado muda al salir y ver los coches recalentados junto al bordillo y los cuerpos morenos relucientes bajo la capa de crema y ni siquiera una semisombra bajo los árboles donde corrió a refugiarse.

—El alcohol no es bueno —dijo él mientras le alargaba su medio vaso de zumo de manzana.

—¡Cristo, siempre topo con puritanos! —exclamó ella, confiando que no la entendería.

Él le dijo que se sentara en la cama y luego se colocó detrás de la cámara y le preguntó si podía hacerle una foto.

—No soy muy bonita —replicó ella, pero se sentó de todos modos.

Lo vio agacharse y oyó un clic, y supo que la foto, cuando estuviera revelada, mostraría a una mujer aprensiva con un vaso a mitad de camino entre el pecho y la boca abierta. Él se acercó y desplazó uno de los tirantes de su vestido para dejarlo caer sobre el brazo. La parte superior de un blanco seno flácido quedó al descubierto. Un trazo rosa vivo indicaba por encima la zona donde se había dejado quemar por el sol esa mañana en un intento de conseguir un bronceado para él. La fotografió de esa guisa y luego con los dos tirantes bajados de manera que se viera la caída de ambos pechos, y después le bajó el vestido hasta la cintura y fotografió su torso desnudo. Hacía demasiado calor para llevar sostén. Desde el lugar donde estaba, agachado detrás de la cámara, le indicó que se sostuviera un pecho, con

ganas, como si le gustara exhibirlo.

—No estoy bien hecha —dijo estúpidamente ella, y recordó, también estúpidamente, que los pechos debían tener la forma de copas de champán.

Luego le pidió que le dijera algo. La tensión había acabado rompiendo el deseo de la noche anterior y ella pensó en un elástico cuando se rompe y los feos granitos que quedan al descubierto. Se sentía en esa pose.

—Quítese el vestido... —Luego frunció el ceño y le preguntó—: ¿Cómo se llama?

—Ellen —dijo ella sin ninguna entonación.

—Ellen —repitió él alargando las vocales para complacerla—. Ellen, quítese ese vestido y muéstreme su cuerpo.

Deslizó un vestido imaginario por encima de su propio cuerpo.

—No puedo —dijo ella, con voz entrecortada por la vergüenza.

—Es una mujer pura —dijo él.

—No soy una mujer pura —replicó ella, aunque habría sido más sencillo responderle que sí—. Quiero que hablemos —añadió—, quiero que me hable de usted y de dónde es y quién le enseñó a tocar el violín y por qué hace eso.

Señaló la cámara fotográfica y luego posó la mirada en la otra cámara situada encima del lavabo. Era pequeña, con un diminuto ojo traidor. Junto a ella había un paquete de toallas nuevas envueltas en celofán. El celofán llevaba impreso un nombre inglés. Fijó la mirada allí, como si la visión del nombre inglés pudiera permitirle escapar de la indignidad que estaba viviendo.

—Un regalo —dijo él—. De una inglesa.

—Simpático —dijo ella.

—Son simpáticas —dijo él—. Pero dicen que son frías.

Repitió la palabra «frías» como si quisiera confirmar su significado.

—Querrá decir frías —dijo ella, pero él no pareció comprenderla.

—Las solteras solo quieren arrumacos, sin ir al grano —dijo él—. Sin mojarse.

—Sin mojarse —repitió ella, y le preguntó por la mujer inglesa que le había enviado el regalo.

Él le dijo que era una mujer simpática y atractiva. Ellen pensó en una mujer

—de unos treinta años— de regreso a su casa y a su marido con expresión precavida, obligada a esconder la dirección del violinista en la puntera de su zapato y que habría tenido que mandarle las toallas directamente desde la tienda. La tristeza comenzó a invadirla y se vio sumergida en un mar de tristeza, con olas que imaginaba pacientes, indoloras e incesantes.

—Y usted, ¿de dónde es? —le preguntó en una seria tentativa de pasar a otro plano de amistad con él.

Era de Viena y tenía un piso independiente del de sus padres. También tenía una novia que se hacía ella misma todos los vestidos y se veía más elegante que cualquiera de las chicas que gastaban fortunas en las tiendas. Estaba comprometido y esperaba poder casarse al final del verano, y por eso tenía que ahorrar y no podía comprar bebidas alcohólicas para las inglesas, ni siquiera para las inglesas simpáticas.

—¿Y cómo se sentiría si su novia le fuera infiel? —le preguntó ella, intentando azuzarle la conciencia para que no le hiciera una escena cuando volviera a subirse el vestido.

—Triste —dijo él—. *Très, très, triste.*

Y Ellen pensó que ojalá no hubiera ido a su cuarto y la chaqueta hubiera sido algo que solo había visto y acariciado sin conocer a su dueño.

—No hablamos de esas cosas, me parece un poco antinatural.

—Antinatural —repitió ella, allí sentada con la parte superior del vestido arrebujaada en torno a la cintura. Intentó mantener erguidos los pechos pero el esfuerzo era excesivo. Luego se abanicó con su bolso de seda y dijo—: Vamos a ser unos amigos especiales y no haremos el amor.

—Oh, sí, sí.

Se le arrojó encima.

¿La oiría alguien si se resistía y gritaba? ¿Habría otros violadores en las demás habitaciones de la buhardilla? Él la obligó a levantarse cogiéndola por una mano y le bajó la cremallera, a ritmo de tortuga, y luego se la quedó mirando ya solo en bragas. Se vio allí de pie, con la mitad del cuerpo terriblemente blanco —un cuerpo que jamás había visto la luz del sol—, la ridícula mancha roja sobre el pecho y dos manchas rojas sobre los muslos, donde el sol los había quemado cuando se había subido el vestido por encima

de las rodillas. Él retiró el cubrecama blanco de algodón y la manta blanca gastada que había debajo y también la sábana de arriba. Lo enrolló todo y dejó el rollo al pie de la cama, como un almohadón. Luego extendió una gran toalla de baño sobre la sábana de abajo. Lo hizo meticulosamente para no dejar ni unos centímetros de sábana sin cubrir. Ellen pensó en la inglesa y en por qué le había enviado esas toallas, y comprendió que nunca podría acostarse con él y hacer el amor.

—Vamos —dijo él, esperando que se quitara las braguitas de encaje que se había comprado junto con la demás ropa de luna de miel.

Cuando intentó ayudarla, comprendió que tendría que decir algo para detenerlo.

—Creo que voy a sangrar —dijo. Fue lo único que se le ocurrió.

—¿Sangrar? —dijo él, sin comprender.

—Sangre —dijo ella pronunciando con cuidado la palabra.

Él frunció el ceño y dijo que eso no le gustaba.

—A mí tampoco me gusta.

Ahora la miraba alarmado, temiendo que pudiera manchar la habitación. Comenzó a recoger la toalla de la cama, luego la dobló con cuidado, primero por la mitad, después en cuatro partes, y la dejó en el estante de las toallas junto al lavabo.

—Lo siento —dijo ella.

—Mala suerte —dijo él y de pronto adoptó una actitud muy laboriosa y cogió una libretita y le pidió que le deletreara esa palabra fea que había dicho.

Ella se la escribió y pensó que si algún día su marido necesitaba pruebas de su infidelidad había una foto suya temblorosa y semidesnuda y una palabra escrita de su puño y letra en el diccionario casero del músico. Le dijo que era un verbo y que el infinitivo era «sangrar».

—Es una persona instruida —comentó él, sorprendido.

—Sé de las palabras —le dijo ella mientras se ponía el vestido, aliviada, de nuevo a salvo.

—¿Y esto? —le preguntó él, señalando el punto donde yacía aplanado su pezón, debajo del vestido floreado.

—Pezón.

—Una palabra picante —dijo él.

Tardó un poco en comprender que él no quería saber las palabras corrientes, sino las expresiones eróticas, para seducir a las inglesas.

—Simplemente, pezón —repitió ella.

—Y usted es una mujer frígida —dijo él, buscando la página correspondiente a la «f», para poder introducir esa nueva palabra, poco agradable. No era tan lento como suponía.

Después se puso una mano en la entrepierna y le pidió las palabras jugosas para designar aquello. Ya no volvió a tocarla, pero no paraba de mirarla con suspicacia, temeroso de que pudiera manchar el cuarto. Cuando ella se sentó de nuevo —ya no estaba nerviosa—, se apresuró a ir en busca de un almohadón de playa de plástico y le pidió que se levantara para poder ponérselo debajo.

—Esta zona —dijo, señalándola a ella, pero sin tocarla.

—¿Hombre o mujer? —preguntó ella, un poco ofendida.

—Los dos.

—Bueno, hay una vagina.

—Vagina no sirve.

Ya sabía esa palabra. Quería palabras de amor y palabras cariñosas que transportaran a las inglesas hasta las galaxias del abandono.

—Coño, supongo —dijo ella.

Pasó de nuevo las páginas y lo escribió en la «c». Escribía cada palabra con mucho cuidado, en letras de imprenta.

—Aunque también puede ser despectivo —añadió—, si se aplica a un hombre.

Él la miró con suspicacia, como si le estuviera tomando el pelo.

—Para una mujer, está bien.

—¿Una mujer es un coño? —preguntó él.

—Sí, una mujer es un coño.

¿Qué más daba si luego tenía problemas? Se merecía algún chasco. Ellen se sentía ridícula, primero por haber venido, luego por haber fingido tener la regla y en ese momento por no saber todo un diccionario de palabras amorosas para que él pudiera acumular toallas y otros regalos para su

jubilación.

—¿Puedo tomar otro? —le preguntó mientras le alargaba el vaso.

Él le sirvió una cuarta parte y luego comenzó a dar vueltas por la habitación, cogiendo los instrumentos, volviendo a dejarlos, mirando por el visor de su cámara fotográfica, asomándose a la ventana, frunciendo el ceño. Ellen bebió rápidamente el zumo y se marchó. Cuando salió él se estaba poniendo la camisa y chasqueó los dedos, pero no pudo verle la cara porque la ocultaba su chaqueta. Jamás olvidaría el blanco de sus ojos.

De vuelta en su habitación, cerró la puerta con llave y se sentó a horcajadas sobre el bidé, demasiado asustada para lavarse. Porque con ese calor espantoso y después de lo que le había dicho, le parecía muy posible que estuviera sangrando de verdad. Desde donde estaba, sentada en el bidé, no alcanzaba a ver nada, salvo una de las palmeras con la gran copa cónica. Fuera donde fuese, siempre veía una. Ya empezaban a ser lo único que veía, esos árboles con los largos troncos y sus copas asomadas sobre del lecho de palmas secas. Recordó todo lo que se habían dicho y pensó que si todo el mundo estaba tan desesperado como ellos, el mundo debía de ser un lugar terrible para vivir. Se quedó un largo rato allí sentada, pero no se enjabonó.

Cuando llegó la hora de la cena se sentía demasiado desanimada para bajar y pidió que se la subieran. El camarero entró con su carrito poco después de las siete. Levantó triunfalmente las tapas de las fuentes, como si él mismo hubiera cocinado la ternera y aliñado la ensalada y salteado con mantequilla las diminutas judías verdes.

—*Mademoiselle*, creo que he perdido mi billete de autobús —dijo con una gran sonrisa.

—Creo que yo también —respondió burlescamente ella.

Permaneció muy quieta frente al carrito y no ofreció resistencia cuando él desplegó la servilleta, la sacudió, y luego le introdujo una punta bajo el cuello de la blusa, debajo de la barbilla. Le pareció que le había acariciado el cuello, pero no estaba segura.

—*Bon* —dijo él mirando su blusa.

Se había puesto otra blusa blanca almidonada y una falda de seda negra abierta por un costado. Parecía un esfuerzo inútil para luego comer sola en su

habitación, pero se había vestido simplemente para tener algo que hacer.

—*Merci* —dijo, y esperó con el cuchillo y el tenedor suspendidos en el aire, sobre el plato, hasta que él se hubo marchado.

Se concentró en su cena. Lo engulló todo a la vez, sin saborear nada, acompañando cada bocado con un sorbo de vino hasta que de pronto, con sorpresa, vio su plato vacío. Había tardado siete minutos.

—¡Oh! —exclamó al ver que volvía a abrirse la puerta, y se incorporó rápidamente creyendo que era la camarera que venía a preparar la cama. Con una expresión de culpabilidad en la cara por haber comido tan deprisa—. Vaya —dijo luego mientras la expresión de culpabilidad daba paso a otra de enfado. Era él otra vez. En traje de calle. Pantalones ajustados. Camisa abierta. Reloj de pulsera. Brazos velludos.

—Creo que he perdido mi billete de autobús —le dijo él, satisfecho de saber la contraseña y pronunciarla tan bien. Ella cogió la bandeja, la depositó entre sus manos y se dirigió hacia la ventana, alejándose de él. Extranjero o no, no podría dejar de advertir un insulto como ese. Le oyó abrir la puerta a sus espaldas y dejar la bandeja afuera.

—Mire —dijo en tono apremiante, como si hubiera ocurrido un desastre.

Se volvió hacia él, pero entonces vio que le señalaba el balcón, y cuando miró hacia allí vio que la corriente de aire de la puerta había hecho caer las bragas que había colgado a secar. Avergonzada, corrió a recogerlas para esconderlas en algún sitio. Cuando se agachó él se acercó y le puso una mano sobre el pecho y otra más abajo, sobre el vientre. Se incorporó rápidamente y se volvió, pero él ya había pegado su cara a la suya en un arrebato de besuqueo. Tardó algunos segundos en comprender qué estaba pasando.

Cuando se levantó, él deslizó una mano hasta la base de su espalda y la ayudó a incorporarse, luego la condujo rápidamente hasta la cama. Ellen pensó absurdamente que si entraba la camarera habría un escándalo y exclamó a través de la avalancha de besos:

—No quiero. —Pero solo se oyó un murmullo—. Cómo te atreves — exclamó luego, claramente, después de liberar su boca.

Estaba enfadada consigo misma por haberse mostrado tan amigable. Pensó que él debía de haber visto algo licencioso en su sonrisa o en el gesto de ofrecerle un cigarrillo en otra ocasión, y luego se preguntó si habría hablado con el violinista y si todo el personal del hotel no sería una red depravada que compartía los nombres de las mujeres fáciles.

—Contrólate —le repitió tres veces. El tiempo necesario para zafarse de él, levantarse y llevarse la mano al cabello en un gesto de compostura.

—Cinco minutos —dijo él, alzando los cinco dedos.

—Cinco minutos —dijo ella—. Toda la población femenina podría quedar preñada en cinco minutos si hubiera muchos maníacos como tú.

No había entendido ni una palabra. Seguía allí con los cinco dedos levantados, suplicando. Resultaban repelentes. Hasta entonces habían sido manos que trabajaban, se afanaban, salteaban judías tostadas con mantequilla, servían el té, pero siempre habían estado planeando otros usos. «Farsante.»

—Soy una mujer respetable —le dijo sin alterarse cuando él intentó volver a abrazarla—. ¿Ves esto? —añadió, apartándolo de un empujón mientras señalaba el teléfono como una amenaza.

Él se tapó los ojos con las manos y fingió llorar como un niño.

—Tienes la cara más dura que jamás he visto —dijo ella.

—*Desolé* —respondió él con voz llorosa.

Le advirtió que tendría que marcharse, esperó un segundo y luego abrió la puerta de par en par. La sostuvo abierta hasta que hubo salido y después se quedó de pie, recostada contra la puerta cerrada, respirando entrecortadamente, pensando en lo vergonzoso del incidente, con la mirada fija en la parte del cubrecama que habían arrugado. Se apresuró a alisarla.

—Me he ganado dos enemigos —dijo, de nuevo junto a la puerta.

Notó que estaban introduciendo algo en el buzón y creyó que sería otro

diario inglés. Por la mañana, temprano, había oído caer un diario y había leído las noticias del país del que se había alejado para olvidar. Sin volverse, alargó la mano y tuvo un sobresalto al tocar una cosa blanda desconocida. Una flor. Un clavel rojo. No exactamente fresco. Ni tampoco marchito. Lo cogió y dejó caer con fuerza la portezuela del buzón. El tallo le mojó la mano. Acababa de cogerlo directamente del jarrón del hotel. Tenía buenos instintos. Y estaba avergonzado. Cogió el clavel y lo olisqueó, lo palpó como él le había palpado la cara, y pensó en lo absurdo de su arrebató y se le pasó el enfado. Al menos el incidente la había hecho revivir. Ahora se sentía con ánimos para salir y se preguntó adónde podría ir. Se volvería a cambiar de ropa.

Cuando se estaba poniendo el traje anaranjado, vio abrirse bruscamente la puerta por segunda vez esa noche.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó al verlo entrar con un plato con dos manzanas y un cuchillo con mango de marfil. Le entregó el plato, ofreciéndoselo como disculpa. Si solo hubiera habido una manzana, tal vez la habría aceptado—. Te estás pasando —le dijo mientras terminaba de abotonarse el vestido; luego cogió el bolso y salió de la habitación, dejándole allí plantado en medio del cuarto con la ofrenda de paz en la mano.

Entró en los lavabos para retocarse el maquillaje. Luego recorrió los dos tramos de amplias escaleras alfombradas y cruzó el vestíbulo principal para dirigirse al salón, donde pidió un bloody mary para calmarse los nervios. El bar estaba vacío, pues la mayoría de la gente estaba cenando. Desde el comedor le llegaba el ruido de platos ahogado por el murmullo de conversaciones, y detrás de las conversaciones la débil música almibarada de un violín.

—*Merci* —dijo cuando el hombre le sirvió la copa y el plato de almendras.

Las probó y bebió un sorbo del líquido rojo y deseó poder tener el primer encuentro con el violinista y que este fuera una persona distinta. Las luces brillaban sobre los árboles, como la noche anterior, solo que en esta ocasión advirtió los cables que subían por los troncos y las luces ya no le parecieron tan mágicas. Antes de cada sorbo comía una almendra y la masticaba despacio, y luego bebía lentamente, reteniendo el líquido y paladeándolo a

fondo. Tenía todo el tiempo del mundo.

—¿No es magnífico, magnífico? —dijo la única persona que había en la habitación mientras contorsionaba los hombros y luego estiraba toda la parte superior del cuerpo siguiendo el compás prolongado de la música. Su torso era largo y fluido y llevaba un vestido floreado de seda verde, que parecía adherirse a su cuerpo sin ser estrecho. Se movía libremente dentro del vestido y sus movimientos eran adecuados. Ellen fingió escuchar la música más pausada. Se oían dos sonidos, uno muy fuerte procedente de la radio del barman, y el otro procedente de la orquesta más distante. Ella y la chica eran las únicas personas que estaban allí bebiendo y se veían un poco irreales y diminutas en el gran salón forrado de espejos con sus candelabros suspendidos sobre ellas y las sillas de mimbre vacías y las mesas circulares desocupadas repetidas una y otra vez a través del reflejo en los numerosos espejos.

—¿No es adorable? —dijo la otra chica, mientras chasqueaba los dedos y balanceaba la cabeza de un lado al otro.

Flirteaba con el barman, pero seguía mirando hacia el arco que comunicaba con el comedor, como si estuviera esperando que saliera alguien. El barman subió la radio a tope y le pidió que bailara.

—Estoy loca —dijo ella y, volviéndose hacia Ellen, completó la frase— por esta canción.

—Es bonita —dijo Ellen.

—Es estupenda —terció la chica.

Hablaba en un tono deliberadamente bajo, alargando cada palabra, como si eso le diera más énfasis. Era norteamericana. Tenía la cara ancha y sensual y totalmente distinta del cuerpo, y sus labios también eran gruesos y jugosos, pintados con un pintalabios color jugo de mora.

No llevaba ninguna joya excepto una pulsera, y de vez en cuando levantaba la muñeca y la movía para que todos los amuletos cayeran en la misma dirección. En realidad, eran más bien medallas.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —le preguntó Ellen, mientras pensaba si sería otra de esas caras que se veían distintas abajo en la playa.

—Llegué a última hora de la tarde y ¿quién es la primera persona que me

encuentro en el ascensor? ¡Y dijo que creía que me conocía! —Nombró a un conocido actor de cine y explicó que estaba cenando en ese momento—. Creía que me conocía —repitió—. E hizo una cosa increíble. Se golpeó el pecho y dijo: «Yo, cowboy, yo, cowboy, yo cowboy mexicano».

Se rio y le indicó al barman que les sirviera otras dos copas. Ellen ya había cogido la nota para pagar la suya. Sentía reticencia a aceptar una copa de una desconocida.

—Con una me basta —dijo Ellen.

—No, de ningún modo —dijo la chica, y volvió a pedir otros dos bloody mary.

Se acercó y se sentó a la mesa de Ellen, pero continuó mirando hacia el comedor y ni siquiera comprobó la cuenta cuando el barman les llevó las bebidas, más almendras y la nota, junto con el cambio de la primera copa que se había tomado Ellen.

—Me detuve en París para comprar algunos pantalones y luego he venido directamente hasta aquí —dijo, dibujando el recorrido con un brazo extendido.

Los amuletos del brazalete tintinearón.

—No, tómalas tú, cariño —dijo, empujando el platillo de almendras hacia Ellen.

Luego se rodeó la cintura con las manos y añadió:

—No es porque piense que la comida engorda. Creo que eso depende solo del metabolismo.

Pero Ellen ya se lo había oído decir a otra y sabía que era un truco para conseguir que todo el mundo pareciera vulgar excepto ellas.

—¿Te gustan las aceitunas? —le preguntó.

Ellen dijo que sí y puso los dos francos del cambio sobre la mesa, alineados de canto como ruedas de bicicleta. Uno cayó al suelo y el barman acudió corriendo a recogerlo. Ella lo cogió de sus manos y le dijo como quien no quiere la cosa a su amiga, que se llamaba Denise:

—Después de los ricos, las personas más odiosas del mundo son los que sirven a los ricos.

—Vaya, diría que has tenido problemas —dijo Denise, y luego se

interrumpió en seco porque se había iniciado un éxodo de gente a través del arco. Se subió la falda, se recostó en la silla y extendió las piernas. Con todos esos espejos era poco probable que pudiera pasar desapercibida—. Ahí vienen —dijo en un susurro, y luego en su tono bajo y calculador—: Me encantan las aceitunas. Una vez atravesé toda América y viví a base de solo tres cosas: cerveza, aguacates y aceitunas. Crucé todo el país. Terminé en una pequeña ciudad llamada... no recuerdo cómo se llamaba, pero no tienes idea de lo hermoso que es nuestro país.

Un comentario perfecta y profesionalmente sincronizado y el actor se detuvo debajo de uno de los candelabros y volvió a proferir el «Yo, cowboy», mientras se golpeaba el pecho con exagerada modestia. Iba acompañado de un grupo numeroso; los hombres se detenían cuando él se detenía y las mujeres mayores caminaban detrás, tejiendo relaciones y charlando seriamente. Había algunas jovencitas que caminaban muy erguidas metiendo barriga. Ellen no se fijó en ninguna cara excepto la de él. No lo había visto en ninguna película, pero tenía un aspecto impactante. Era el aspecto de los bajos fondos; le hizo pensar en los camioneros que silbaban al ver las piernas de las chicas y llevaban muñecas desnudas colgadas como mascotas en la ventanilla. Era un hombre vulgar e impetuoso y bastante atractivo.

—¿Qué os parece si las invitamos a tomar unas copas con nosotros? —dijo uno de los hombres, y Denise profirió un murmullo de sorpresa, como si la hubiera atravesado una corriente eléctrica.

Ellen continuó alineando sus monedas pero cuidando de poner una mano en el otro extremo de la mesa para evitar que cayeran al suelo.

—Chicas, chicas bonitas —dijo una de las mujeres mayores.

Llevaba una estola de piel con borlas de pelo en los extremos que hacían que toda la estola se viera ridícula.

—Resulta, señoritas, que nos gustaría invitarlas a tomar unas copas —dijo el actor en voz alta.

Ellen y Denise se miraron, dudosas, y luego Denise dijo:

—Es curioso que lo diga, porque ya estamos tomando unas copas.

No obstante se había inclinado hacia delante en su silla.

—Oiga... —dijo él.

—Oiga usted —dijo ella y se levantó.

Ellen se levantó casi de inmediato. Lo primero que debía dejar claro era que no eran hermanas y ni siquiera amigas.

—Acabábamos de entablar conversación —dijo.

—Dígame —se dirigió a ella un hombre algo mayor, mientras la conducía amablemente hacia la puerta—, ¿la he visto antes en algún sitio?

—No, que yo sepa —respondió ella, mirándolo.

Tenía la cara amarillenta a causa del calor y los ojos azul claro, y debía haber sido atractivo en su momento. Se llamaba Sidney.

Al cabo de pocos minutos ya estaban instalados en varios coches y descendían por el camino de entrada rumbo a la zona central de la ciudad, donde se concentraba la actividad. Ellen se sentó en el asiento posterior de un Bentley conducido por un chófer, entre Sidney y la mujer con la estola de las borlas de pelo. Las borlas, que rozaban sus piernas, se movían con el sigilo de un animal al acecho, y Ellen se preguntó cuánto debía de haber costado. El actor de cine iba sentado delante y hablaba de músculos con Denise. Era partidario de la pelea.

—No sé cómo se llama ninguno de ustedes —dijo Ellen dirigiéndose a las dos personas entre las que estaba sentada.

—No sabe ningún nombre —dijo la mujer, que se llamaba Gwynnie—. ¡Qué mona!

—Eso no puede ser —dijo el actor con un tono de falsa simpatía y, volviéndose hacia atrás, le palmeó la rodilla y dijo—: Llámame Bobby.

Un poco turbada, se quedó sin saber qué decir.

—Vamos —insistió él.

—Bobby —dijo Ellen.

Entonces él sonrió y dijo que tenía una voz que él sería capaz de escuchar durante toda una noche y no sonó grosero.

—Quédate con nosotros —añadió, y le dio una palmadita amistosa y luego puso la estola de piel de Gwyn sobre sus rodillas desnudas.

Estar cubierta por la piel no solo era un lujo sino que también implicaba seguridad. Pensó que esa reacción tal vez tenía su origen en el hecho de haber visto una vez a una pareja haciendo el amor bajo un abrigo de castor con

cinturón, en un callejón, años atrás, cuando era niña. La habían ahuyentado como a un perro, cuando su intención en realidad no era curiosear sino solo contemplarlos.

Acabaron reuniéndose todos en un *night club* que estaba tan oscuro que era como entrar en un cine. El encargado le dio la bienvenida a Sidney y juntaron tres mesas para ellos y les llevaron un montón de sillas. Se sentaron todos en torno a las mesas. Ellen quedó situada entre Sidney y otro hombre, que le dijo que era muy amigo de Bobby. Enfrente estaban Bobby, Denise y un joven hermoso con otro joven menos hermoso, unidos por dos brazaletes de oro atados con una cadenita dorada. Ella intentó sonreírles pero se les veía muy envarados. En total, eran unos veinte: un hombre de hombros anchos llamado Jason, cuya esposa llevaba la estola con borlas de piel, y algunas chicas orientales con faldas abiertas por los lados que no decían nada, y las mujeres mayores que gorjeaban como pájaros y varias personas que exclamaban «¿No es fantástico?» cada vez que el actor, Sidney o Jason, las figuras poderosas del grupo, abrían la boca.

—Me gusta de verdad. Está por encima de cualquier norma —repetía continuamente Jason a propósito de una mujer que vivía en la costa este de los Estados Unidos y escribía para el cine.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—En el sentido de que ella dicta sus propias normas —dijo Jason, y su mujer le contó al grupo que esa chica había pasado un fin de semana con ellos cuando la temperatura rondaba los treinta y cinco grados y había vestido todo el rato blusas muy bonitas con mangas que le llegaban hasta las muñecas, y después la había sorprendido mientras se duchaba y había visto que tenía un lunar velludo en un brazo.

La anécdota causó un estremecimiento en el grupo y el actor dijo que por el amor de Dios consiguieran que les sirvieran las bebidas antes de que todos cayeran dormidos o algo por el estilo. Denise, al oír la palabra «dormir», recostó la cabeza en su hombro y saboreó unos instantes la situación.

—No olvides que tenemos una cita. A medianoche cumpliré veinticinco años —dijo, fingiendo estar más bebida de lo que estaba.

—Bravo —dijo Gwyn cuando llegó el camarero con el primer cubo con el

champán.

El cubo estaba empañado excepto en el lugar en el que lo habían tocado sus dedos para depositarlo sobre la mesa, en el lugar en el que relucían cuatro huellas achaparradas. El camarero volvió con cuatro cubos más y numerosas botellas de whisky con la etiqueta blanca y negra que ella conocía muy bien y zumo de frutas para las delgadas muchachas orientales.

—¿Qué tomarás? —le preguntó Sidney mientras repartía cajetillas de cigarrillos como si fueran un mazo de cartas.

Estaba orgulloso de ser el anfitrión de tanta gente y le prestaba particular atención a Ellen.

—Un Pernod si puede ser —dijo ella, y el actor de cine, que ya había empezado a beber un whisky, lo dejó y dijo que tomaría lo mismo.

—¿Qué haría sin ti? —le dijo y le sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa. Él dijo que algún día tendrían que ir a ver unos grabados. La noche empezaba a alegrarse.

—Bobby es el mejor del mundo, el mejor del mundo —no paraba de repetirle su doble. Le costaba imaginar cómo podría reemplazarlo si Bobby caía enfermo. Tenía las facciones más toscas y hablaba con un untuoso acento irlandés-americano muy marcado, mientras que Bobby tenía la cara angulosa y hablaba en voz baja y relajada.

—Me dio cuarenta y siete trajes, poca broma —dijo—. Y mi hijo se casó, y el día de su boda no lo sabían, pero tenían una luna de miel pagada en las Bermudas.

—¿Y fueron? —dijo ella, pensando: «¿Y si no les apetecía ir allí?».

—¡Claro que fueron! —respondió ofendido él—. Pasaron los mejores momentos de su vida. Jamás lo olvidarán. Me dio cuarenta y siete trajes, poca broma.

—¿Por qué no lo mata? —dijo ella—. Entonces podría comprarse usted mismo los trajes. —No soportaba su humildad, sus «para serle sincero», su cháchara de taxista—. Cicuta. Es una recomendación de buena fuente. Hierva la raíz.

—Estuve casado con una mujer como usted —dijo él con una mueca de irritación en la cara.

—Y la mató —se apresuró a decir ella.

El hombre se levantó, cogió su vaso y trasladó su silla al otro extremo de la mesa. Ellen fingió no advertirlo y miró a su alrededor como si estuviera buscando a una persona. Vio un niño sentado en el regazo de una mujer con la boca abierta, el rostro embelesado por el ruido, las luces y el gran árbol verde de ancho follaje que hacía de techo. En ese momento añoró a su hijo y pensó en la resonancia de todos sus besos, y deseó poderlo abrazar. Cerró los ojos e intentó recordar la forma de su cara, pero no lo consiguió. La buscó frenéticamente, hurgando en su memoria, con los ojos cerrados.

—Despierta, señora, vamos a bailar —dijo Bobby.

Habían llegado sus bebidas. El camarero le había traído el Pernod cumpliendo las instrucciones, con un filtro para el hielo en cada vaso, con pequeñas esquiras finísimas y astilladas como brillantes, y una jarra de agua. Bobby llenó los vasos y a medida que el agua iba goteando a través del filtro, el verde intenso del Pernod comenzó a enturbiarse y, paseando la mirada de un verde al otro, Ellen vio sus ojos lechosos y el gran árbol verde de ancho follaje en lo alto. Levantó la vista hacia el árbol, mientras seguía intentando recordar la cara de su hijo, y él también miró hacia allí, y la visión suavizó su actitud y, alzando el vaso, dijo:

—Marje.

—No soy Marje —dijo ella.

—Ya sé que no eres Marje —dijo él—. Pero, de todos modos, ¡salud! —Y, sin dejar de mirar el árbol, le preguntó si había oído hablar de melocotones blancos.

—¿Hay melocotones blancos? —preguntó ella, con un gesto de sorpresa, de deleite.

—¡Y tanto!

Le explicó cómo maduraban en Nueva Inglaterra y con las manos le indicó cómo se espachurraban al caer al suelo. Debido a su fatal blandura.

—Me gustaría ver uno —dijo ella, aunque en realidad quería decir: «Usted es más simpático y menos rudo de lo que parece». Y añadió—: Me gusta su manera de ser.

—Sabía que sería así —dijo él—. Puedo leer los pensamientos.

Comenzaba a iniciarse una aventura. La bebida la reconfortó. Un muchacho en un traje de lentejuelas estaba anunciando el estriptis más fabuloso de la temporada. Sidney dijo que podían mirar y continuar la conversación. Estaban hablando de un novelista norteamericano.

—No es un negro que escribe sobre negros, es un marica que escribe sobre maricas —repitió Sidney, orgulloso de su valoración.

—No digas esas cosas —dijo Gwyn, ofendida, y miró hacia los homosexuales temerosa de que se hubieran ofendido.

Estos estaban absortos en su mutua contemplación y concentrados en el intento de ver cuál de los dos podía tocar un punto más distante de su nariz con la punta de la lengua. El más joven tenía una lengua muy pálida y puntiaguda, que blandía como un cuchillo. Podía tocar fácilmente su nariz con ella, pero su amante, que era mayor, tenía dificultades para hacer lo mismo. Después el mayor tragó saliva como si el esfuerzo le hubiese sentado mal. Parecían bastante satisfechos con su relación.

—Escribe sobre maricas negros, eso es lo que hace —dijo inesperadamente Bobby. Tenía la capacidad de coger el hilo de la conversación en el momento más animado.

—¡Bonito tema! —exclamó Jason con su voz potente.

—¿Ves esa estola, Jason? Es la que siempre he deseado —dijo Gwyn, señalando a una mujer que llevaba una capa de piel teñida de color caoba oscuro. Era la piel más oscura y velluda que jamás había visto Ellen. Parecía a punto de reptar, tan grande era su parecido con un animal.

—Nunca me lo habías dicho, cariño —replicó su marido, dándole una palmadita como si fuera un paciente. Luego añadió dirigiéndose al actor—: Ni siquiera es negro, por el amor de Dios.

Y una mujer ya madura de la mesa contigua le dijo al camarero que expulsara a los yanquis. Llevaba el pelo rubio, recogido en una trenza, que agitó amenazadoramente en su dirección. Después se apagaron todas las luces y, en la oscuridad, Ellen oyó que Denise le decía al actor:

—¿Qué tal si nos largamos?

Él no se movió. Sobre el escenario una mujer caminaba de puntillas alrededor de una cama doble con un cubrecama de encaje. La mujer comenzó

a desvestirse, iluminada por un foco color malva. Llevaba medias de malla negra y unos tacones tan altos que parecía una extraña especie de pájaro posado sobre largas piernas delgadas. A medida que se iba desprendiendo de sus prendas, las lanzaba al público. El actor cogió las terceras y últimas enaguas, las olisqueó y dijo: «Una madre que cría», en voz lo suficientemente alta para que todo el mundo pudiera oírlo.

Se oyeron risas en varias mesas y una admiradora dijo su nombre con afecto. Sidney estaba satisfecho. Cuando la chica estuvo desnuda, excepto por unos pétalos que cubrían sus pechos y un pañuelo más abajo, cogió una piel de zorro de color natural y comenzó a deslizarla lentamente entre sus piernas de delante hacia atrás. Cada vez que la movía soltaba un gemido y palpitaba un músculo de sus muslos. También se había quitado las medias. En varias mesas se oyeron silbidos y murmullos. El primer orgasmo de la noche.

—No lo soporto. Te digo que no lo soporto —dijo Gwyn. Estaba sollozando. Jason sacó un pañuelo enorme y se lo puso ante los ojos, y ella continuó sollozando y diciendo que era un insulto.

—Sujétalo tú —dijo él.

Ellen paseó la mirada de la mujer que sollozaba a la bailarina que excitaba al auditorio y luego, a la luz de una cerilla, a las hileras de hormigas que avanzaban sobre el mantel, e inesperadamente recordó la cara de su hijo: con su trenca, con su pálida carita redonda enmarcada por la capucha, que resaltaba sus grandes ojazos. Pensó en las vacaciones que estaba pasando con su padre; sus jornadas puras, intachables: cavando en busca de gusanos por la mañana, pescando en los ríos cuando se ponía el sol, abriendo una trucha en la ribera y sacándole las tripas para arrojarlas de nuevo al río; el olor a alcohol metílico y a humo de madera; encenderían una segunda hoguera para ahuyentar las moscas y comerían la trucha en los nuevos platos de aluminio, mojarían el pan en la sartén para coger los últimos restos de la sabrosa mantequilla negra fundida. Se relamió pensando en ellos. La luz que iluminaba la mitad superior del cuerpo de la bailarina se había vuelto estridente y dejaba la parte inferior en sombras. El zorro de color natural se veía negro entre las piernas. Se podía cortar el silencio. Todo el mundo estaba

concentrado en el espectáculo excepto el actor. Ellen lo miró y él se inclinó hacia ella y le dijo algo.

—¿Un qué? —exclamó ella.

—Es un hombre —dijo él y ella le preguntó cómo era posible—. Lo tiene detrás —explicó él, mientras aplastaba el pulgar contra la palma de la mano y lo ocultaba allí para demostrarle que el hombre había ocultado de ese modo una parte de su cuerpo.

El ritmo de la música se aceleró y la bailarina dejó caer la cola de zorro y colgó sus pechos de goma sobre sendos postes de la cama y se quedó allí, desnuda, excepto por un triángulo de lentejuelas por encima de los muslos. Era un hombre que había imitado a la perfección toda la coquetería de una mujer. La gente aplaudió, pero algunos debían de sentirse tan defraudados como Ellen. También se sentía un poco asqueada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Sidney.

—Tengo hambre —dijo ella.

Le avergonzaba decir que se sentía molesta. Gwyn se estaba sonando con el gran pañuelo. Azul marino con lunares blancos. En realidad podría haber sido una bufanda. Las chicas orientales sonrieron como si acabaran de asistir a una ceremonia religiosa.

—Hambre —dijo el actor.

Pidió unas alcachofas porque era demasiado tarde para que les sirvieran una verdadera cena.

—Oh, nena, no seas boba —le dijo Denise, borracha ya y sin parar mientes en lo que decía.

—No sé comer alcachofas —dijo Ellen, dirigiéndose al actor.

Sobre el escenario un muchacho cantaba «Cualquiera que tuviera corazón», y los ingleses la coreaban porque en esos momentos era la canción de moda en Inglaterra. Ella pensó en Hugh Whistler y por primera vez no lamentó que la hubiera dejado. Su indiferencia la había impulsado hasta ese encuentro, un encuentro exótico que jamás podría igualar un hombre inglés.

—Yo te enseñaré.

Bobby se acercó para sentarse a su lado. Le sirvieron dos alcachofas y un platillo de mayonesa muy amarilla.

—Aquí no hay bastante ni para alimentar a un enano —dijo y cogió una de las hojas externas y sumergió la base en la mayonesa, luego le indicó que mirara. Con los dientes superiores raspó la base blanca cubierta de mayonesa.

—Está buena —dijo—. Es una buena alcachofa.

Mientras la chupaba pensativo, dijo que sería cada vez mejor a medida que fueran avanzando hacia el corazón. Era un placer enseñarle a comerlas.

—Haz la prueba —le dijo.

Ellen cogió una hoja, observó lo que hacía él y luego lo imitó. Primero comieron lentamente y luego a la carrera, y las hojas eran cada vez más moradas a medida que iban avanzando, pero las partes blancas seguían siendo iguales. Iban depositando las hojas roídas sobre la mesa y ella iba casi tan rápida como él.

—¡Oh! —exclamó sorprendida al ver la capa de pelos que cubrían el corazón. Ignoraba que sería así. Volvió a pensar en la cola de zorro, pero ya más contenta.

—Me encanta —dijo él—. Es como una mujer.

Estaban sentados muy juntos y hablaban como en secreto. Sin prestar atención al canto de quienes les rodeaban, Ellen observó cómo él hacía una incisión con el extremo afilado de su cortaplumas y retiraba todos los pelos de la base del corazón.

—Sírvase, señora —le dijo.

—Pero es tuyo —protestó ella, recordando que él había dicho que era como una mujer.

—Cómelo —replicó él—. Ya te daré unos azotes después.

La observó mientras lo probaba. Puede que fuera por el ritual que acompañaba el acto o por su compañía o por las tres copas que había bebido, pero le pareció que era la cosa más refinada que había probado jamás.

—Adoro todo lo que es difícil de obtener —dijo, masticando y fingiendo que le gustaba aún más, aunque olía bien y tenía una extraña consistencia.

—Sabía que te gustaría —dijo él mientras le preparaba la otra.

Ellen advirtió que un hombre la miraba desde otra mesa. Llevaba gafas oscuras y tenía una frondosa mata de pelo oscuro. Cuando sus miradas se cruzaron, se bajó un poco las gafas y la saludó. Era el camarero. Ellen soltó

una carcajada. Él lo interpretó como una invitación y se levantó para acercarse.

—El camarero del hotel me sigue —le dijo ella a Bobby.

—¿En serio?

—Esta tarde me violó —dijo Ellen intentando convertirlo en una anécdota.

—¿Cómo fue?

Jamás había conocido nadie con el ingenio y el sarcasmo tan rápidos.

—No tan bueno como esto —respondió, mientras hincaba el diente en el segundo corazón.

—¿Por delante o por detrás? —insistió él.

—De lado —dijo ella, deseosa de mostrarse tan ingeniosa y chispeante como todos los demás.

Algunas personas del grupo ya se habían levantado mientras otras protestaban y no querían irse, y Denise no paraba de repetir: «No estoy dispuesta a cumplir los veinticinco años en esta posición», y Bobby le dijo que se la llevara, y Ellen salió masticando el último trozo de alcachofa. El camarero se había apostado cerca de la puerta pero fingió no verle. Los mosquitos revoloteaban en torno a las farolas como pequeñas partículas de polvo y la gente paseaba como si fuera mediodía.

—Los mismos coches que antes —dijo Sidney.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Ellen a Bobby, mientras se cogía de los brazos de uno y otro para poder levantar los pies del suelo, igual que hacía su hijo cuando estaba contento.

—¿Qué haces? —dijo Bobby.

—Déjala hacer —comentó Sidney—. Como si tuviera ocho años.

Estaba emocionada y más animada de lo que recordaba haber estado nunca. La felicidad seguramente no estaba lejos.

Salieron de la ciudad y continuaron siguiendo la costa, más allá de Cannes. Alguien señaló un gran hotel con una fachada blanca y decorativa que le recordó un pastel de bodas de varios pisos. Luego enfilaron por una carretera estrecha y comenzaron a subir una cuesta. Hacía calor. Todas las ventanillas estaban abiertas. De vez en cuando, en las curvas del camino, sentía pasar rozando un coche que circulaba en dirección contraria y eso la inquietaba pero sin llegar a asustarla tanto como para protestar. El conductor había estado bebiendo con ellos. A través de la ventana abierta veía pasar las nubes que iban dejando atrás y la luna, y pensó: «Por fin, esto es vivir». Estaba un poquito bebida. Tenía el brazo de Sidney en torno al cuello. Bobby, aunque iba sentado delante, se había tomado la molestia de alargar el codo para apoyarlo sobre su rodilla. Reconfortante. Luego un instante de peligro al cruzarse con otro coche. La carretera estrecha, las ruedas que chirriaban continuamente, la subida cuesta arriba, la luna a través de la ventana y los campos cubiertos de viñas entrelazadas que descendían hasta la carretera. Algunos tenían muro y otros no.

—¿Cómo estás? —preguntaba a menudo Bobby, volviéndose hacia atrás.

Iba sentado en el asiento delantero con Denise.

—Saludos a las sardinas —dijo Ellen.

Hasta entonces había hecho un esfuerzo para mantenerse sobria, pero se dijo que todos estaban actuando como si estuvieran un poco bebidos y que tontear un poco era lo adecuado. Le pareció oír que Denise decía «Mierda»

pero no estaba segura.

—Brindemos por el sexo —dijo Gwyn. Alguien llevaba una botella de whisky y se la fueron pasando. El conductor rehusó. Ellen dijo que bebería después de Bobby, para que tuviera sabor a él. Todos se rieron.

—Así me gusta —dijo él.

—Sexo dentro del matrimonio —dijo Gwyn.

—Si tuviera seis meses menos —dijo Sidney, mientras estrechaba con fuerza el cuello de Ellen hasta que sintió que se ahogaba— me casaría contigo.

Y entonces el coche frenó con un chirrido y el lamento de los frenos sonó mucho más desesperado que el «Jesús bendito» que profirió Gwyn. Estaban en un rincón muy solitario de la carretera, sin ninguna casa en las proximidades. En cuanto se detuvieron, también tuvieron que hacerlo los coches que venían detrás y sonó una baraúnda de bocinazos indignados.

—El general De Gaulle secuestrado —dijo Bobby, y bromeó diciendo que tendrían que construirle un oratorio privado para que pudiera oír misa todos los días.

—Y ofrecerle una sirena todos los viernes —dijo Denise, y Gwyn dijo entonces que debería avergonzarse de ridiculizar a los católicos de ese modo.

Esperaron unos minutos con el motor en marcha y los coches tocando el claxon detrás mientras los hombres contaban chistes sin garra, hasta que el chófer decidió bajar. Cuando regresó parecía temblar. Un par de metros más arriba había un motorista muerto.

—¿Muerto de verdad? —dijo Ellen, como si aún hubiera alguna posibilidad de evitarlo.

—Eso parece —dijo el chófer, y Gwyn dijo que tendrían que ir a buscar un sacerdote o hacer algo.

Todos bajaron del coche. En torno al lugar del accidente se había reunido un pequeño grupo de personas. Tenían cara de consternación y miraban al suelo para evitar la luz cegadora de los faros de un coche de la policía. Solemnemente reunidos allí de pie, observaban al hombre como nunca lo habrían hecho si hubiera estado vivo. El actor se abrió paso entre la gente. Ellen vio el cadáver por encima de su hombro. Había salido despedido por

delante de la moto, que estaba tirada en medio de la calzada. Un coche negro con alerones, como un pájaro gigante, estaba varado al otro lado de la carretera, adonde sin duda había ido a parar al virar para intentar evitarlo. Los pantalones del motorista no parecían contener piernas, y unos metros más abajo se veía una bota. El calcetín estaba empapado en sangre.

—Iba a ochenta —dijo una voz.

La mayoría de la gente hablaba en francés. Alguien dijo que era alemán. Sus papeles eran alemanes. Ellen se estremeció al pensar en la posibilidad de caer enferma o morir en un país extraño. Deseó volver a casa, no a Londres con sus tubos de luz, sino a casa con la gente de su raza; luego empezó a temblar de manera incontrolada al tomar conciencia de que los pensamientos de esa gente ya no coincidían con los suyos. Ella había vuelto a sumirse en el mundo de la infancia y en los oscuros orígenes de sus terrores. Recordó rápidamente sus oraciones, vio grandes grietas en las ciénagas en las que caían estúpidamente los animales, y un lago en la montaña donde se habían ahogado dos mujeres locas. Ninguna casa en varios kilómetros a la redonda. El lago mismo era poético y engañoso en un día de verano. Con nenúfares sobre la superficie lisa. Como hojas más que flores. Le aterraba la muerte. Recordó a un joven sacerdote que se había acercado a avisarla una vez cuando se estaba adentrando en el mar en un sitio donde era peligroso bañarse. Sus ojos rebosaban cariño. Le preguntó nervioso si había visto el cartel. No lo había visto. De no ser por él, podría haber muerto, sin estar preparada, por sorpresa y sin querer. Le dio las gracias con la mirada y quiso tocar sus manos pálidas y acercar los dedos a sus muñecas perdidas bajo las grandes mangas negras de la sotana. Pero no se atrevió a invadir su castidad. Alargó una mano, cogió el brazo desnudo de Bobby y se aferró a él como había deseado aferrarse al sacerdote de los ojos tiernos y las manos austeras, disciplinadas, como las de un Cristo.

—Mirarlo no sirve de nada —le dijo a Bobby.

Él no la oyó porque, junto con Jason, estaban intentando apartar a Gwyn.

—Oye, nena, no es asunto tuyo —le dijo Jason cogiéndola por la estola.

Ella se soltó y un extremo de la estola se arrastró por el polvo de la carretera. Acabaría tocando la sangre del hombre muerto, que había

empezado a formar pequeños riachuelos en distintas las direcciones.

—Es mi deber como católica —insistió.

Intentaba llegar hasta el hombre muerto para recitarle un acto de contrición al oído.

—*Attention!* —dijo un policía, y le cortó el paso.

Un segundo policía tenía una libreta en la mano y estaba recogiendo testimonios en francés. Bajo la luz fantasmagórica —en parte de la luna, en parte de los faros— todo el mundo parecía culpable. Era el difunto más muerto que Ellen había visto. No se atrevía a mirarle la cara. Luego llegó una ambulancia y sacaron la camilla y la policía dijo que volvieran a sus coches quienes no hubieran sido testigos del accidente. Subieron rápidamente al vehículo y a ella le tocó sentarse delante esa vez. Eran los terceros de la fila y consiguieron salir rápidamente. Detrás se había formado una larga hilera de coches.

—Bueno, ¿y la guerra, qué me dices de la guerra? —le repetía Jason a su mujer, que lo acusaba de no tener sentimientos.

—Siempre supe que eras insensible, siempre —seguía insistiendo ella.

—Debería hacernos reflexionar a todos un poco —dijo más adelante Jason, como si estuviera pronunciando un sermón.

—Pobre desgraciado —dijo Bobby.

—Ha muerto boca abajo —dijo inesperadamente Gwyn, y lo dijo con animosidad.

—Estaba de espaldas —dijo Ellen, mirando a los otros en busca de confirmación.

—Mira, chica, te recogimos y te sacamos de ese tugurio esta noche, si no, no habrías ido a ningún sitio —dijo Gwyn, y uno de los hombres le dijo que se callara, que había muerto un hombre.

—Sabemos que está muerto. Nadie dice que no haya muerto —dijo Jason, y todos estaban un poco nerviosos y ahora ya sobrios.

El chófer también conducía despacio. Ellen continuó mirando por la ventana. Solo se veían las luces que anunciaban *night clubs* y señales de peligro y altos muros alrededor de las casas. En algún caso no había muro, y entonces la sensación era de peligro. Los campos, cuando podía verlos, eran

muy inclinados y estaban labrados. Cada surco estaba apuntalado por una hilera de piedras. Estas evitaban que una fuerte lluvia arrastrara la tierra montaña abajo. Así habría deseado estar ella, sostenida por un hombre fuerte. En ese momento su esposo estaría dormido bajo las estrellas, mientras las ranas y otros animales nocturnos se paseaban afuera sobre el prado. Era un hombre fuerte al que ella había echado de su lado, no durante un año, ni durante un tiempo, sino para siempre. Temió echarse a llorar y para evitarlo empezó a tararear despreocupadamente «Cualquiera que tuviera un corazón». Alguien dijo que era insensible.

Cuando llegaron a casa de Sidney, los otros dos coches ya estaban allí. Se habían desviado de la carretera principal al ver el atasco, dijeron.

—¿Ese muchacho estaba boca abajo o no? —le preguntó Gwyn a una de las chicas orientales. La chica se la quedó mirando y no dijo nada. Ellen entró rápidamente en la casa para evitar una escena. Llegó a un amplio vestíbulo con tapices en las paredes y una gran mesa cubierta de punta a punta de sombreros de sol. Algunos tenían la copa dentro de otros y algunos estaban apilados, con las puntas de paja que asomaban como en un pajar. Debía de haber centenares de sombreros en total. De pronto deseó no haber salido. La noche se había estropeado después de lo que habían visto. Los demás estaban subiendo las escaleras de mármol en silencio. Solo entre los homosexuales parecía haber intimidación, pero tal vez fuera porque estaban maniatados juntos.

—¿Lo vieron? —les preguntó, primero a uno, luego al otro.

—*Oui* —respondieron, tan tranquilamente como si hubieran visto caer una hoja de un árbol.

—Creo que debería regresar —dijo ella, dirigiéndose a Sidney, que estaba al pie de la escalera indicándole a la gente que subiera.

—Ni hablar —dijo él.

—Relájate, por Dios, todavía no te hemos pegado —dijo Bobby.

Continuó subiendo, pero ya sin ningunas ganas.

—Bueno, chicos, no es necesario hacer un drama —dijo Jason cuando todos estuvieron dentro.

Algunos de los hombres dijeron: «Tienes toda la razón», y Sidney dijo que no sería mala idea tomar una copa. Hizo sonar la campanilla y entraron varios camareros con chaquetas blancas procedentes de las sombras del vestíbulo. Las mujeres mayores formaron un grupo y empezaron a comparar lo que cada una había visto del accidente, y una de las chicas orientales se sentó en una silla que se inclinó hacia atrás con su peso, de manera que parecía estar suspendida en el aire con sus largas piernas morenas extendidas frente a ella. Los homosexuales cogieron un libro ilustrado que sin duda debían de haber estado mirando antes de salir porque entre las páginas había un delfinio azul casi fresco como marcador. Había dibujos en colores de partes enfermas del cuerpo humano. Ellen vio un pecho verrugoso que supuraba pus y se los quedó mirando para ver su reacción. Su expresión era relajada y se turnaban para pasar las páginas. Sus manos prisioneras estaban ocultas debajo de la mesa. Ellen se alejó y ocultó su bolso detrás de una silla, un hábito de su época de juventud cuando iba a las salas de baile en Irlanda y escondía el bolso donde tenía el resguardo del guardarropía, su rosario y a veces un chelín.

—Es bonita —le dijo a Sidney, que estaba allí esperando que hiciera algún comentario sobre su casa.

Era un salón enorme, un jardín en realidad, con el cielo como techo y como

pared un seto de árboles que se inclinaban armoniosamente hacia el mar, que se extendía varios centenares de metros más abajo. Las luces que anidaban en los árboles estaban matizadas por la pantalla de hojas, y en las ramas había espejos que multiplicaban su resplandor. Bustos de madera y de piedra se alzaban como ogros sobre algunos árboles y todas las personas se veían realzadas en medio de la vasta oscuridad. Muy distinto del lugar que acababan de dejar. A esa hora estaban poniendo la larga mesa del comedor.

—Como si estuvieras en tu casa —le dijo Sidney.

—Gracias —dijo ella.

Miró a su alrededor en busca de Bobby. Él le estaba describiendo una escena a una mujer ya madura. Saltaba a la vista que era una escena en la que intervenía él y enseguida le disparaban en el vientre, porque al representarla se tambaleó. La expresión de la mujer, que tenía canas blancas algodonosas y una vieja cara arrugada, era idéntica a la que tendría si le estuvieran haciendo el amor. Y él sonreía. Suave y encantadoramente ahora bajo la luz verdosa del bosque.

—Prueba esto —dijo Sidney mientras ella dejaba deambular la mirada.

Ellen tomó un sorbo de líquido incoloro preparado a base de coco. Dulce al paladar, se trocaba rápidamente en fuego al tragarlo.

Tomó aire, sonrió, bebió otro sorbo y volvió a tomar aire.

—En Rusia —dijo— hay un verbo para designar lo que estoy haciendo, un verbo especial para el suspiro especial...

—Bobadas —dijo Denise que había oído la última mitad de la frase.

—Me arden los pulmones —le dijo Ellen a Sidney, sin prestar atención a Denise.

Él le dijo que ya tenía seis meses menos y la escoltó hacia la mesa para poder inspeccionar juntos la comida que acababan de servir.

—¿No es precioso?

—Y mira la mantequilla. Este cocinero está loco.

Habían esculpido un trozo de mantequilla con la forma de la casa, con una gran puerta y grandes ventanas en la planta baja y ventanas almenadas en lo alto. Sidney estaba muy satisfecho.

—Es un buen chico, Antonio —dijo a continuación, y comentó que, por

muy tarde que llegara Sidney, Antonio siempre esperaba en la entrada para recibirlo.

—Esclavismo —musitó Ellen por lo bajo.

Era una anécdota triste y encantadora a la vez. Entonces recordó que, al entrar, junto a la puerta había un hombre de mediana edad con una chaqueta blanca. Estaba allí frotándose las manos, pero en cuanto bajaron del coche, desapareció.

—Come, come —le dijo Sidney empujándola suavemente por el codo, y ella se alejó un poco.

Había mucho donde escoger. Había una espesa sopa roja servida en cuencos individuales, algunos con bolas de crema ácida. Había un enorme salmón, con la piel tan plateada como en el momento de pescarlo en un río de Escocia, y los melocotones estaban despojados de la envoltura de tela de sus pieles y magullados deliberadamente para que absorbieran bien el kirsch. Le encantaba el olor del kirsch y se inclinó para inhalarlo por ambas narinas. Primero tomó sopa. Espesa como gelatina y electrizantemente fría. La visión del salmón la incomodó. Volvió a pensar en ellos, en ríos, tierra húmeda, sus calcetines colgados a secar de una rama, la tienda de campaña en un lugar sombrío, la especial pureza lírica de todo lo que él hacía, incluso del tipo de vacaciones que había escogido para el niño.

—Come un melocotón —dijo Bobby, mientras se acercaba a ella y le examinaba la cara en busca de la causa de su repentino desaliento.

—Quiero que me mandes uno de tus melocotones blancos —dijo ella mientras saboreaba el de color amarillo que le ofrecía él. Luego él cogió una cucharada de kirsch y se la acercó a los labios, obligándola a beber, como una madre ofreciendo una medicina a su hija favorita.

—No se les da bien ser transportados, señora —explicó él e hizo una pausa mientras le escudriñaba el rostro—. Pero te llevaré allí. ¿Qué te parece?

—A un huerto —dijo ella, cogiendo su promesa al vuelo.

—No seas tan ávida —la reconvino él, pero con amabilidad, mientras comenzaba a describirle el lugar de Nueva Inglaterra donde se cultivaban los melocotones.

Ellen ya los veía, grandes, con la carne blanca, y escuchaba el sonido que

producían al aplastarlos. Pero en realidad estaba pensando en unas pequeñas bayas blancas que crecían en los matorrales en Irlanda, con las que solían asustarse en el colegio, aplastándolas inesperadamente junto a algún oído desprevenido. Con su voz profunda y su costumbre de decir «señora» y su cara y su cuerpo delgado, duro, eléctrico, que nunca estaba quieto, él la fue haciendo entrar en su mundo. Había estado en todas partes. En las Montañas Rocosas. En Perú. En México. Y en peleas. A los dieciséis años había trabajado con un grupo de prisioneros encadenados. Durante semanas borracho. Otras semanas sobrio. Y tenía buenos músculos.

—Toca —le dijo, y Ellen palpó la parte superior de su brazo y notó la fuerza allí enjaulada, y dijo «hierro» mientras contemplaba el verde de sus ojos, y su color verde pálido translúcido volvía a recordarle el suero de la leche. El músculo pareció hincharse bajo su mano. Era adorable y como un niño. Todo eso y los melocotones blancos—. Déjate caer hacia atrás —le dijo cuando soltó su brazo.

—No puedo. No tengo coordinación.

—No hace falta que lo jures. Pero yo te enseñaré.

Luego extendió una mano y lo hizo con la rapidez y agilidad de un águila cuando despliega las alas, aunque cuanto ella sabía de las águilas era solo de oídas. Mantuvo los dedos separados, aproximadamente con la misma distancia entre uno y otro, y la palma levemente ahuecada para detener su caída.

—Vamos —le dijo mientras la empujaba ligeramente por la espalda con la otra mano, pero cuando se inclinó, su cuerpo respondió como un palo que se resistía a doblarse—. Confía en mí —dijo él con una suavidad que le hizo olvidar las palabras vulgares y las peleas y las semanas que pasaba borracho.

Se dejó caer pero sin naturalidad, y él dijo «Estupendo» para animarla a repetir la caída. Luego él se plantó detrás y comenzó a apartarse cada vez un poco más a cada sucesiva repetición de la caída, de manera que ella corría un riesgo más y más grande. No intercambiaron ni una palabra. Cada vez él detenía su caída con elegante firmeza y era un placer sentir la seguridad de su mano y Ellen hubiera permanecido así más rato del necesario, a mitad de camino del suelo, con todo su peso sostenido por él. Y él no le acarició en

ningún momento el cuello ni coqueteó con ella, pero Ellen comprendió que de todos modos le estaba haciendo el amor.

En su avatar de chica encantadora, le sonrió astutamente y concertó una cita clandestina mientras se decía: «Tengo los muslos blancos, largos brazos, una cara, dientes, rodillas, caderas huesudas, la curva del vientre y la mata de pelo sedoso que todos los hombres quieren acariciar, y no permitiré que nadie más se apropie de este hombre para gozar con él esta noche». Y entonces le dijo:

—Quiero contarte una cosa.

—Me encantará oírlo —dijo él y, cogiéndola del brazo, la condujo hacia la balaustrada desde donde se veía el jardín tropical que descendía hasta el mar.

Pensó frenéticamente qué podría contarle que pudiera divertirle mientras vertía el resto del kirsch del plato en la cuchara para dárselo a beber y apoyaba un pie sobre el suyo, entrelazando los dedos. Luego comenzó a contar su historia:

—En Irlanda hay un pájaro de patas largas que vive solo a la orilla de un lago. Come pescado crudo sin parar y lo defeca inmediatamente, y a veces se cansa tanto de comer y defecar y defecar y comer que apoya el trasero sobre una piedra y se queda allí quieto para que la piedra retenga el pescado dentro de su cuerpo. Un pescador lo estuvo observando durante horas mientras permanecía sentado sobre la piedra, y en cuanto se levantó...

Él se apresuró a reír y dijo que había encontrado una chica estupenda y empezaron a reír de verdad, y se sentían realmente felices.

—Es aquí, todo está sucediendo aquí —dijo Denise a sus espaldas.

—Vamos, ¿qué es eso de reírse a hurtadillas?

Jason se interpuso entre ellos y los separó con un golpe de pecho.

—Es muy gracioso —dijo Bobby.

Y les dijo a todos que era una historia muy graciosa y Ellen tuvo que volver a contarla, pero la segunda vez no resultó graciosa, y cuando hubo terminado, dijo:

—Es solo una pequeña... historia. —Y se separó del grupo.

Sidney la siguió hasta el jardín y por las empinadas escaleras que bajaban hasta el mar. Daba vértigo ver tantos escalones. Ellen no podía bajarlos con

naturalidad. Lo hacía posando siempre primero el mismo pie —el derecho—, como hacía en el cine cuando entraba una vez empezada la película.

—Quítate los zapatos —le dijo él— y yo te los llevaré.

Los llevó cogidos por las tiras de atrás. Eran dorados y parecían pequeñas lámparas suspendidas de su mano.

—Era una historia simpática —dijo.

—Nunca había caminado descalza —dijo ella, realmente sorprendida de que las agujas de pino pincharan—. Deberían ser suaves como una alfombra —comentó.

—No, no deben serlo —dijo él, y ambos recordaron una canción que decía «Quién ha visto un pollo sin huesos», y la tararearon suavemente, para sí mismos, pero también para el otro, mientras bajaban las escaleras en dirección al mar, con un propósito claro.

Él limpió el banco de mármol con su pañuelo antes de que ella se sentara y, al hacerlo, lo notó frío y sintió que el contacto la devolvía a la realidad e imaginó que así debía de ser sentarse en un glaciar. Ya se había hecho a la idea de que él querría besarla, pero no le importaba porque sabía que Bobby estaba allí y que no sería una noche de desolación. Todas sus salidas y sus esperanzas estaban centradas en la búsqueda de la compañía de un cierto tipo de hombre que la controlara y la hechizara. Bobby era un hombre de ese tipo.

El mar estaba agitado, las olas iban y venían en un frenético vaivén, como si varios espejos distorsionaran caprichosamente las imágenes.

—¿Qué te recuerda el mar? —preguntó para aplazar el momento del beso.

—Nada, solo lo que es. ¿Y a ti?

—Pensamientos —dijo con la esperanza de que no sonara pretencioso, pues era cierto. Pensamientos que entraban y salían de su cabeza como murciélagos. No había visto pájaros ni murciélagos desde su llegada.

—¿Como por ejemplo? —le preguntó él. Se había adiestrado para saber escuchar.

—Oh, cualquier cosa —dijo ella, mientras se decía que ojalá no hubiera tocado el tema. En ese momento veía la cara de su hijo con la boca manchada de mermelada de mora y los ojos brillantes ante la perspectiva de un nuevo bote de mermelada.

—Dime alguno —dijo él—. Soy un tipo poco interesante.

—Todos lo somos —dijo ella, y deseó volverse gris y descomponerse bajo sus ojos para que no le pidieran nada.

—Tú no lo eres —dijo él—. Tienes la fuerza de los eones.

—¿Es una cita? —dijo ella.

—Seguro que sí. Todo lo que digo es una cita, incluso cuando digo que las películas son mejores que nunca...

—Te diré una cita bonita —dijo ella, apoyando una mano sobre la suya—. Habla de un pájaro y dice: «Oh, hermoso pájaro, vuelas tan bien que nadie adivinaría que solo tienes una ala y que nunca llegarás al bosque».

—Espera un momento —dijo él—. Estoy desentrenado. Llevo años pronunciando solo sílabas sueltas. —Y acto seguido imitó su propia voz—: «No, no, Charlie, en serio, nunca te haría una jugada como esa... Tú me conoces, Charlie».

Ellen pensó en todo su dinero y se preguntó cuán grande debía de haber sido el sacrificio y a cuántas personas habría asesinado por el camino. Se vio rodeada de amarillo, los limones en los árboles como lóbulos luminosos, algunas bombillas encendidas y la cara del hombre, amarilla como pergamino, por la edad. Sus ojos azules no estaban apagados, sino algo peor. Tenían la mirada enferma de unos ojos heridos y para quienes la muerte sería un alivio. ¿También él miraba las ilustraciones y pensaba en la enfermedad, refocilándose como solo pueden hacerlo los tullidos? Salvo que él estaba tan triste...

—Querías besarme —le dijo ella—. Puedes hacerlo ahora.

Y cerró los ojos y se inclinó ligeramente hacia atrás y le ofreció la boca. Él se había puesto un elixir para tener buen aliento, pues no olía a comida ni a kirsch, sino levemente a algún producto farmacéutico.

—No sabría cómo decirte cuánto significa esto para mí —le dijo él al separarse.

Había sido un beso torpe.

—Pero ahora mismo tienes varias chicas recostadas en tus sillones reclinables.

—Son de adorno. No me acuesto con ellas. Son solo muñecas...

—Soy una muñeca —dijo ella, y sintió crecer un vacío de pánico en su vientre.

Se inclinó para coger sus sandalias. Él advirtió enseguida su gesto y se incorporó a la vez que ella para ofrecerle cortésmente el apoyo de su brazo y ayudarla a no perder el equilibrio mientras se ponía las sandalias. No insistiría. Ellen volvió a sentirse acogedora y generosa. En cuanto le parecía que él no quería nada, se sentía capaz de florecer, pero bastaba que él extendiera la mano para que entonces ella se cerrara y se endureciera.

—¿Y has estado casada? —le preguntó él.

Su dedo anular aún conservaba el rastro del anillo y tenía un pequeño cardenal donde el anillo había rozado la piel. Regresaron siguiendo otro camino para que ella pudiera ver otra parte del jardín y aspirar nuevos olores. Una florecilla blanca desdibujada recubría las rocas y proliferaba sobre ellas, y emitía un olor que Ellen siempre recordaría, correcta o equivocadamente, como de azahar. Intenso, fragante y tan penetrante como si la propia flor realizara el acto generoso de regar la roca seca y la tierra seca, resquebrajada, suplicante, con una lluvia de fragante perfume. La tierra estaba sedienta porque estaba prohibido tener conectadas demasiado rato las mangueras.

—Todos hemos estado casados —dijo ella con un dejo de amargura—. Es la costumbre.

—Yo lo hice tres veces —dijo él como si se felicitara por ello.

—¿Recuerdas a alguna de ellas? —le preguntó Ellen.

—Recuerdo a la primera, era científica. —Y luego se corrigió—: Una científica sexi, todo sea dicho.

—¿Y qué pasó con ella?

—Bueno, su problema era que detestaba organizar la vida familiar, de modo que decidí que cada mañana después de desayunar celebraríamos una reunión y decidiríamos el menú del día y quién iría a recoger a los niños...

Hablaba lentamente midiendo las palabras y Ellen tardó muy poco en dejar de prestarle atención. Su esposa deseaba algo especial, momentos selectos, más allá de todas las horas vulgares dedicadas a los menús y el dinero y las preocupaciones cotidianas.

—Mi segunda esposa —siguió diciendo— se volvió ninfómana.

—Qué desgracia —dijo Ellen, pero como si la divirtiera.

Estaban subiendo el último tramo de las escaleras que llevaban al jardín y ella se había adelantado y subía deprisa con una mano detrás cogida de la suya mientras el resto de su persona huía.

—La maté —declaró pausadamente él sin ninguna entonación en la voz.

—¡Jesús!

—Por accidente.

—Claro.

«No me extraña que estés muerto», pensó mientras salvaba los últimos tres escalones de un salto.

En el jardín no había absolutamente nadie. Ellen se volvió bruscamente para averiguar si lo había dispuesto él así.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Deberían habérmelo dicho —dijo él, que había captado su irritación.

La mesa estaba echa un asco y el disco del último castrado seguía gimiendo. Los homosexuales lo habían puesto antes y obviamente lo habían vuelto a poner u otra persona lo había hecho. Sidney se dirigió al tocadiscos y pulsó un botón. En medio del silencio, Ellen posó la mirada en la espina entera del pescado que alguien había extraído hábilmente sin romperla. La larga espina de pescado con sus robustos dientes blancos tenía un aspecto irritado sobre la bandeja de plata.

—Seguro que es cosa de Bobby —dijo, deseosa de pronunciar su nombre para poder preguntar de inmediato decentemente dónde podía estar.

—Lo hacen en la cocina, antes de servir el pescado —respondió tranquilamente él, pero con sorna.

—¿Dónde está él, dónde están todos? —preguntó ella, mirando los rastros que habían dejado a su alrededor: chales de encaje, zapatos de tacones altos apenas gastados con el nombre de un caro diseñador grabado en oro en el interior, el brazalete talismán de Denise con todos sus pequeños colgajos extendidos sobre el mantel como dispuestos para contar una historia. Alguien había dibujado unos gatitos sobre la tela con un bolígrafo rojo y no muy lejos había un cenicero lleno de cigarrillos apenas consumidos—. ¡Una

profanación! —exclamó mientras recordaba la impresión que le había causado el jardín en el momento de entrar.

—Se ha retirado, supongo —dijo Sidney. Y luego añadió con una mueca algo amargada—: Y ahora probablemente estará ocupado.

Comenzó a recorrer la estancia apagando las luces y el lugar empezó a adquirir un aire fantasmagórico, un aspecto vacío que a Ellen le recordó una sala de baile desierta donde se había quedado esperando una vez porque el jefe de la banda de música le había prometido que volvería a buscarla cuando hubiera dejado los instrumentos en el coche. Pensó que se habría escondido en el lavabo y lo estuvo esperando detrás de una de las cortinas que ocultaban una salida de emergencia, pero luego, cuando comprendió que él ya no vendría, atravesó tímidamente la pista de baile encerada e intentó aceptar el desengaño. Luego, como acababa de ocurrir en ese momento, un rayo de luna iluminó el lugar, pero mientras que en aquella ocasión la había revestido de soledad, esa noche la luna brillaba para ese hombre amarillo, marchito, que había matado a su mujer y esperaba poder acostarse con ella.

Una silueta entró desde el vestíbulo y, sin mirarla, Ellen pensó que sería Bobby. Era Gwyn que venía a darles las buenas noches.

—Tengo que dormir un poco para verme bien por la mañana —dijo con voz pastosa por el alcohol—. Siento que tuviéramos ese rifirrafe —le dijo a Ellen, y se acercó y le dio un beso patético.

—No te preocupes —dijo Ellen—. Todos estábamos un poco alterados.

No sabía qué decirle. Volvió a pensar en el hombre muerto. ¿La luna iluminaría los riachuelos de sangre?

—¿Tu estola? —recordó de pronto.

—La olvidé —dijo Gwyn, y luego sin motivo y con la voz quebrada dijo —: ¿Sabes que de recién casados incluso teníamos el mismo modelo de estilográfica? Estábamos tan enamorados...

Se echó a llorar abiertamente, como un bebé, y Ellen le palmeó la espalda y le dijo que no se preocupara.

—Ahora tienes que dormir un poco, cariño, para estar bonita para Jason mañana —dijo Sidney.

—Tengo que verme bien mañana —dijo ella y se abandonó entre los brazos

de él mientras la conducía a una de las habitaciones.

—Ya ves —dijo cuando regresó, cogiendo a Ellen por el codo—. Papá los lleva a todos a la cama.

—¿Dónde duermen? —preguntó ella, mientras pensaba: «¿Qué clase de truco o destino o manipulación me ha dejado a solas contigo?».

—Oh, tenemos camas. Podemos acoger... —se interrumpió, aunque sabía bien el número— a ochenta personas.

—¿Juntas o separadas? —preguntó Ellen, pero él ignoró la pregunta y se inclinó para recoger un pendiente del suelo de mármol.

—Debe de ser de la pequeña Suzie —dijo, observando su fina superficie cubierta de brillantes—; se lo regalaron en Navidad. —Y lo dejó en un lugar seguro, en la repisa de la chimenea, debajo del reloj.

—¿Dónde está el marido de Gwyn? —preguntó Ellen.

—Oh, debe de andar por ahí, ya aparecerá —dijo Sidney.

Ellen se preguntó con cuál de las sobrias chicas delgadas se habría emparejado y cómo habrían conseguido dejar la estancia sin que nadie hiciera preguntas. Denise estaría con Bobby, sin duda. El brazalete talismán extendido sobre la mesa parecía ser un mensaje en clave que decía «Me he ido con Bobby, me he ido con Bobby.»

—Tengo que regresar a casa —dijo, mientras buscaba su bolso.

—No digas eso. No digas eso.

Por primera vez levantó la voz y también por primera vez le subió la sangre a las mejillas.

—Pero tengo que irme —dijo pausadamente ella, con los ojos húmedos por las lágrimas que había vertido la otra mujer, el cuerpo exhausto después de sufrir el terrible agotamiento de la esperanza.

—No me dejes —dijo él. Diciéndole también: «Soy un hombre viejo y triste y ya hay muy pocas cosas que me exciten y por algún motivo ilógico tú sí, por eso debes quedarte».

—¿Dónde dormiría?

—Acostada simplemente a mi lado.

Ella se estremeció. Algo en su propuesta le hizo pensar en yacer junto al muerto.

—¿Tengo que hacerlo?

—No estás obligada —dijo humildemente él.

Con tanta humildad que ella comprendió que debía hacerlo, y después de desear inútilmente buenas noches a la habitación vacía, subió con él dos tramos de escaleras de mármol y entró en una habitación con una puerta con la cara interior y los costados forrados de paño verde de modo que se abrió suavemente y volvió a cerrarse con la misma suavidad amortiguada y siniestra. Ellen pensó en una morgue. Él le señaló de inmediato el cuarto de baño al que daba paso otra puerta y ella desapareció por allí y tardó mucho rato en desvestirse. Era un cuarto de baño grande. Había un gran tonel de whisky lleno de suaves bolas de polvos de talco, color malva pálido, que olían a madera bajo una lluvia estival. Desmenuzó unas cuantas y las dejó caer en el valle que se abría entre sus pechos, y luego otras sobre sus piernas, blancas a partir del límite desigual donde ya no había llegado la loción bronceadora, encima de la rodilla. No lo hizo para excitarle, sino pensando que el perfume estival color malva pálido tal vez la ayudaría a soportarlo. Lejos de verse en el umbral del pecado, le parecía estar a punto de someterse a un sacrificio.

Él ya se había subido a la enorme cama y estaba allí tendido con un camisón azul con una etiqueta que decía «Ropa para todas las ocasiones». Ellen lo vio cuando le acarició el cuello.

—¿Encontraste todo lo necesario? —le preguntó él con espantosa cortesía. Había encontrado un albornoz.

—Dime qué es lo que te gusta —le dijo—. Tus fetiches...

Intentaba ser graciosa y amable, pero no lo estaba consiguiendo.

—Agárralo —dijo él.

Al hacerlo, sintió un enorme arrebató de sed y se bebió un vaso de Perrier que estaba sobre la mesilla de noche.

—¿Quieres beber un poco?

—No, mi pequeña —dijo él, y le agradeció las caricias de sus manos que empezaban a despertarlo.

—Hace años que no...

—No pienses en eso —le dijo ella. Si empezaban a hablar de sus

respectivas soledades, la situación se volvería absolutamente insoportable.

—Eres una buena persona, amable —dijo él.

Esa palabra malsana.

—Soy una enfermera de corazón. ¿No lo sabías?

—Enfermera, ¿puedo tomar mi medicina? —dijo él, en un empalagoso intento de ser gracioso.

—Siempre que no la derrames —dijo ella en el mismo tono empalagoso.

—Seré bueno —dijo él.

Ellen se vio en sus tiempos de estudiante de enfermería, horrorizada ante la ocupación que había escogido insensatamente. Mientras ejecutaba los movimientos de rutina y decía las palabras rutinarias, recordó que había conocido a su marido en una parada de autobús el mismo día que había huido aterrada del quirófano y él le había preguntado por qué lloraba. Le había ofrecido ayuda. Con amabilidad. La cosa menos amable del mundo.

—Eres una mujer muy suave —dijo Sidney, sin imaginar que esa falsa suavidad y esa falsa frescura eran producto de sus cremas costosas y su talco malva.

—Es una satisfacción poder responder a sus necesidades, señor...

—Eres tan original —dijo él, y a partir de ese momento ella dejó de captar el sentido de las muchas absurdidades que iba diciendo él y se sumió deliberadamente en un estado de desmemoria.

Después tuvo la sensación de no haber estado a la altura. Deseaba que fuera un regalo, pero acabó siendo algo rápido y ansioso. Ninguno de los dos se quitó la ropa de noche, y ella se quedó tumbada envuelta en el albornoz y él en su largo camisón azul «para todas las ocasiones».

—Tendré que lavarme —dijo ella de improviso.

—¿Te he ensuciado? —preguntó él, sin mirar siquiera su vientre manchado. Se había portado como un caballero, había sido cuidadoso.

—Solo un poco. —Pensó en claras de huevo en diversas fases del proceso de batirlas. Él le estaba contando a la cama con dosel cuán feliz y rejuvenecido y satisfecho se sentía.

—¿Qué puedo regalarte? —le preguntó.

—Nada.

—¿Un viaje a algún lugar desconocido? —El día siguiente se iría a Marrakech para pasar algunas semanas allí—. Iremos todos. Una expedición familiar.

—¿Bobby también? —preguntó Ellen, pero sin angustia.

—Creo que todos tenemos billete.

—No puedo acompañaros.

De todos modos, le daría su tarjeta y el teléfono donde podría encontrarle durante el día y el del servicio de noche por si cambiaba de opinión de improviso.

—¿Puedo dormir abajo ahora? —preguntó de repente ella.

—¿Estás molesta?

—No, pero no puedo dormir si tengo otra persona cerca.

Ya no podía darle nada más, ni siquiera el consuelo de la conversación.

—Naturalmente —dijo él—. Me trasladaré al vestidor y tú...

Pero ella ya había bajado de la cama y le estaba diciendo sin faltar a la verdad que quería bañarse y tomar un poco el aire y dormir luego en la hamaca del jardín, acunada por su gentil balanceo. Él debió de intuir su malestar, pues cogió una tarjeta de la mesita de noche y le dijo:

—Guárdatela en el bolso.

Era la dirección de su casa de Marrakech y los diversos números de teléfono para las diferentes horas del día y de la noche. Le soltó de mala gana la mano y, antes de cruzar el umbral del cuarto de baño, ella se volvió y cerró los ojos y recostó la cabeza sobre las manos para recordarle que tenía que dormir.

Se dio un largo baño y casi lo disfrutó. Una segunda puerta la condujo al pasillo y enseguida encontró la escalera. Bajó despacio, sin hacer ruido, de puntillas, con la mano cuidadosamente asida a la barandilla de hierro. Cualquiera habría dicho que la estaban observando.

Precisamente cuando estaba pensando que ya había clareado lo suficiente para poder marcharse, una oscuridad violeta descendió sobre el salón donde había estado tumbada. Luego siguió el repentino estruendo de un trueno seguido de un relámpago tan intenso y verde que creyó que se trataba de un artefacto eléctrico. El enorme ventanal estaba abierto. Siguieron más y más

truenos, que se sucedían unos a otros como un enorme eructo, seguidos al instante por el zigzaguear de los rayos. La tormenta estaba cerca. Ahora tuvo la impresión de que había estado amenazando toda la noche, desde que habían visto al hombre muerto en la carretera con la sangre que corría sobre el asfalto. Luego llegó la lluvia. Como piedras golpeando sobre un techo de cristal cercano para penetrar luego por la ventana abierta, empujando la cortina. Pensó que debería cerrar la ventana, pero los intervalos entre los truenos y los rayos no eran suficientes para poder cruzar los innumerables metros que la separaban de ella. Las cortinas eran de seda nacarada, con franjas horizontales añadidas, también de seda, que surcaban cada cortina como olas. En pocos segundos la tela quedó empapada y se volvió gris, y las olas comenzaron a caer por el peso de la humedad. Frente a la ventana se formaron charcos de lluvia sobre el suelo. Las baldosas negras y blancas no la preocupaban; quería cerrar la ventana por otro motivo más importante, como si por allí pudiera entrar un asesino.

«La cerraré después de este relámpago», se dijo, y avanzó un paso, para detenerse enseguida a causa del siguiente trueno. La luz del relámpago iluminó un cuadro marrón y lo tiñó de un color verde azufrado, como si lo hubiesen repintado. Jamás había visto una tormenta como esa. Cuando había cruzado media estancia, se sentó en el suelo consciente de que las cortinas ya estarían empapadas, el pavimento debajo de la ventana inundado y los muebles de esa parte de la habitación completamente mojados, de manera que ya no quedaba nada que salvar. Recordando el peligro del metal, alejó un cenicero y luego volvió a acercarlo pensando que moriría de todos modos. Recordó que siendo niña su madre había enviado a su hermana a cerrar todas las ventanas de la casa durante una tormenta porque quería que su hermana se muriera. Su hermana no había muerto entonces, pero había acabado muriendo de otra forma, convirtiéndose en una mentirosa y casándose por dinero. Ya no se escribían. Aun así, su muerte le causaría un impacto. Moriría en ese lugar y sería enterrada Dios sabe dónde. La irritaba el colosal azar que la había llevado hasta allí. Le habría gustado un lugar humilde, acorde con el lugar donde había nacido, la casita de protección oficial con los consabidos rosales trepadores de color rosa sobre ambas paredes. La gente solía decir que

ella y su hermana harían carrera en la vida gracias a su belleza. Ojos negros, caras pálidas. Ella se había casado por encima de sus posibilidades mentales debido a esa cara llamativa. Moras en un camino apartado de Kerry, decía él, sin coches ni polvo que mancillaran su resplandor. Al casarse con él, había roto los lazos con todo eso, había perdido el hábito de rezar, de las supersticiones, de ir al baile y preguntarles a los jóvenes: «¿Vienes a menudo aquí?», de la intensa amistad con otras chicas y de salir de paseo cogidas del brazo. Al unirse con él, había tenido que desprenderse de todo eso porque él la había introducido en el nuevo pastizal de las ideas y del pensamiento colectivo y de la música de flauta. Todo sonaba maravilloso. Pero no fue suficiente y él no la apoyó cuando ella sentía añoranza de los proverbios y de la música de acordeón y de una estatua de la Virgen tallada en madera negra de endrino. Cuando reconocía sentir esas necesidades, él se llevaba la mano a la boca y tragaba saliva lentamente, como si a ella acabara de escapársele una ventosidad. Qué superficial era. El relámpago cayó a pocos centímetros del lugar donde estaba y se quedó esperando, paciente y confiada, como raras veces lo había hecho. ¡Qué ironía! Siempre había creído que él moriría primero, pues era mayor que ella, y su hijo sería entonces exclusivamente suyo. Conocía a mucha gente y no añoraría a nadie excepto a ese niño con su cara precoz y las partes buenas de ella y de él que había heredado. Su revoloteo, la actitud pensativa de él. La única parte de su vida que volvería a vivir eran los primeros meses de matrimonio cuando su marido le hacía el amor una y otra vez durante la noche y luego le hablaba con palabras tan dulces que la dejaba fascinada que un hombre fuera capaz de amar tanto a una mujer. Y sin embargo nunca había sido suficiente. Ella ansiaba más: amor, seguridad, como si lo que había recibido se hubiera esfumado arrastrado por una especie de flujo espiritual diabético. Y si ahora él la castigaba con la mirada era porque sabía que ella no le había correspondido ojo por ojo y diente por diente en la recóndita, exigente álgebra del amor. Lo mejor ya había pasado. Morir sería un alivio, excepto porque dejaba un hijo. Miró la nota sobre el sofá que decía: «Querido Sidney, gracias por la agradable velada», y la rasgó en pequeños trozos, rechazando su adúltera falsedad ahora que solo le quedaban unos pocos minutos. Indiferente a la

lluvia, los relámpagos verdes y los potentes truenos, escribió: «Mi querido y único hijo, vine aquí para trabajar (una mentira) y he muerto por error». Pero al releerlo, también le desagradó. La tercera carta era claramente alegre; decía así:

¿Cómo estás? ¿Y cómo está George? Espero que te estés portando bien, comiendo cereales nutritivos y cagando en el campo (cuidado con los tábanos), y que no olvides que debes dormir con los ojos cerrados y sin revistas debajo de la almohada. Quiero contarte un cuento, no te vayas. Cuando tenía tu edad, un hombre que pasó montado en un tándem (te explico: un tándem es una bicicleta para dos) me dio un chelín porque me había pedido que le indicara el camino para ir al canal. Yo solía quedarme junto a la verja saludando a la gente que pasaba. Cuando tuve el chelín, fui a la tienda donde debíamos un montón de dinero porque mi padre estaba sin trabajo (tenía juanetes) y le pedí al hombre del almacén que descontara el chelín de nuestra cuenta y él me dijo, ¿sabes lo que me dijo?, que remontara el río en bicicleta. O sea que me guardé el chelín. Pero creo que el hombre del almacén tenía mucho corazón para decirme eso. Y quiero que tú también tengas mucho corazón y que si vas a hacer una buena obra, hagas algo grande y no vayas ofreciendo chelines porque no le serán de gran ayuda a nadie. Guárdate esta carta en el bolsillo junto con los doscientos cuarenta y siete envoltorios de caramelos que debes de tener allí. Adiós, tu Madre.

Escribió la dirección de la casa del padre con la esperanza de que cuando creciera la comprendería. Pero casi en el mismo instante en que había empezado a humedecer el pegamento perfumado del sobre con la lengua, oyó que amainaba la lluvia y comprendió que la tormenta se alejaba, y se sintió estafada.

Estaba allí tumbada, a punto de caer dormida, cuando entró Gwyn, caminando insegura, descalza, los pies cubiertos solo por las medias, con las manos por delante, a tientas, como si estuviera oscuro. Había bastante luz.

—¿No queda ningún cigarrillo? —preguntó, y Ellen se incorporó y vio por su cara que se había acostado temprano para estar bonita para Jason.

Bajo la penetrante luz que había seguido a la tormenta, su pelo se veía fino y ajado, como la peluca de una muñeca barata bajo la cual asomaba el cuero cabelludo. Debilitado por las repetidas decoloraciones. Debido a los esfuerzos realizados para conservarlo, su rostro se veía mucho más envejecido de lo que correspondería a una cara de mediana edad.

—Ha habido una tormenta —dijo Ellen, para justificar los adornos caídos y rotos.

—No me tomes el pelo, fue un huracán —dijo Gwyn mientras escudriñaba impaciente a su alrededor en busca de los cigarrillos.

—Ahí detrás —le indicó Ellen señalando el lugar con el dedo, y la mujer se volvió y se inclinó para alcanzar una mesa baja donde había cigarrillos con filtro y fósforos de cocina. Cogiendo el largo fósforo como si fuera una antorcha, lo arrastró por el suelo para comprobar hasta dónde había entrado el agua en la habitación.

—Ve a llamar al ama de llaves, esto parece Venecia —le dijo, pero Ellen no se movió—. Y todo el maldito cuarto huele a flores —exclamó, olisqueando el aire. En el ambiente fresco, el olor a flores procedía del jardín

y también había flores en jarrones distribuidos por toda la estancia—. Parece una funeraria.

Comenzó a recorrer la estancia inspeccionando un jarrón tras otro, observando las corolas de las flores mientras intentaba identificarlas.

—¿Altramuces? —preguntó ante un pequeño cuenco de flores azul lechoso, aparentemente dispuestas allí para hacer juego con el azul de un vitral con una imagen religiosa que ocupaba la pared. La mujer alzó la mirada hacia ella—. El viejo Moisés —declaró abatida.

Luego vio los pájaros de nailon y dio un grito.

—Jesús bendito. —Instintivamente se llevó las manos a la cabeza para protegerse los ojos y su frágil cabello algodonoso.

—No vuelan —dijo Ellen.

Eran pequeños pajaritos de vivos colores, hechos de una tela que recordaba el plumón. Había varias docenas repartidas por toda la estancia, posados en el borde de los jarrones y en el alféizar de las ventanas y sobre las cortinas. Los de las cortinas estaban colgados de manera que parecieran muertos.

—Necesito beber algo.

Se sirvió un vaso muy grande de vodka, le añadió zumo de tomate y luego lo espolvoreó furiosamente con pimienta.

—¿Te apetece un zumito de frutas? —le dijo a Ellen. Pero quería decir un combinado.

—Demasiado temprano.

—Lo lamentarás, muchacha —dijo solemnemente Gwyn mientras brindaba en el vacío. Bebió como si estuviera muerta de sed. Apuró el vaso de un solo trago y luego se preparó otro.

—No quiero emborracharme —dijo Ellen molesta.

Gwyn se plantó frente a ella, tomó un respiro, se lamió los dientes delanteros y dijo:

—¿Quieres que te diga una cosa? —Por un instante pareció que se disponía a darle un puñetazo.

—Sí —dijo Ellen, arrodillándose y apoyándose en el brazo del sofá.

—El secreto para no emborracharse es beber sin parar.

Pronunció lentamente las palabras, con firmeza, como si fuera la única cosa

del mundo de la cual estuviera segura.

—En serio —añadió—. La única vez que caí de bruces fue un día que salí a cenar y tomé dos whiskies con soda sin haber bebido nada durante todo el día. Había estado fuera de casa para llevar al maldito perro al veterinario o algo por el estilo.

—¿Te caíste? —inquirió Ellen por decir algo.

—¿Cómo dices? —exclamó la mujer en voz alta y en un tono brusco, como dispuesta a discutir. Luego volvió a mirar a su alrededor y repitió que por qué tenía que tener todo el aspecto de una funeraria, y Ellen se puso de pie, con la intención de marcharse.

—¿No te entendiste con Sidney? —preguntó la mujer como si quisiera buscar bronca.

—¿Perdón? —dijo Ellen, pero no con la calma suficiente.

—Bueno, mejor que no, porque él no puede. No le conviene. Le hicieron una... oh, le hicieron una punción en el corazón.

—He estado aquí abajo, escribiendo cartas —dijo Ellen, y le mostró el sobre, que luego guardó en el bolso.

Cuanto antes se marchara de allí, mejor. Puede que el hombre estuviera muerto. Lo sabrían, harían pruebas, la descubrirían. Vio su nombre en todos los periódicos. Una turista perversa. Su hijo tendría que cambiar de colegio.

—Su amor le pegó un tiro por impotente —dijo Gwyn.

—Él le disparó a ella —dijo Ellen. Él tenía que ser el culpable. Tenía que ser él.

—¡Pobre inocente!, él no es capaz de disparar ni a un cacahuete —exclamó Gwyn con una risotada burlona.

La riqueza y la belleza de esa casa se trocaron entonces en polvo y los pajaritos de tela y las imágenes guarras y la gente misteriosa, todo se volvió cutre y se convirtió en el atrezo barato del hombre obscuro y cansado que estaba arriba. Todo excepto Bobby, que tenía su propia reserva de fuerza inviolable adquirida en las alcantarillas.

—¿Dónde está Bobby? —dijo, y sería la última pregunta que haría.

—¿Guapo, eh? —dijo Gwyn. Tenía momentos de perspicacia pese a toda su estupidez.

—Me gustaba —dijo Ellen.

—Y tú a él. Te estuvo buscando durante un rato y luego supongo que debió de pensar: «Bueno, es la casa de Sidney».

—Es la casa de Sidney —dijo Ellen con rencor—. Ahora tengo que despedirme.

Cogió un puñado de cigarrillos para el viaje y la manzana más apetitosa del frutero.

—¿A qué te dedicas, por cierto? —preguntó la mujer. Un ardid para retenerla.

—Trabajo —dijo Ellen muy seria.

—¿Sí? —Gwyn la miró con cara de asombro, esforzándose por abrir exageradamente los ojos.

—Y he estado casada —dijo Ellen. No le gustaba nada esa mujer.

—¿Él era cariñoso?

—Depende del criterio de cada una —respondió Ellen, ofendida. No quería entrar en detalles. Había reivindicado la condición de casada por una cuestión de estatus, no para que la interrogaran.

—Jason es un amor, te lo digo yo. ¿No te parece un encanto?

Sin esperar respuesta, siguió hablando de la suave brisa de la mañana y de la estancia vacía mancillada.

—Jason es encantador, pero yo podría matar a su madre.

Luego se sentó, suspiró y abrió su bolso con un chasquido.

—Vamos, dime cómo me veo. ¿Cómo se ve la señora? —dijo dirigiéndose a un espejito con cantos afilados.

—Jesús —se respondió ella misma—. Se ve como si le hubieran arrancado los ojos y los hubieran frito o algo así.

Ellen se llevó las manos a los oídos en un gesto habitual de rechazo. Huyendo de nuevo.

—No te cubras los oídos, por el amor de Cristo —dijo Gwyn, y dejó caer el espejito sobre su regazo, donde podría seguir consultándolo entre sorbo y sorbo—. Así que estás casada y todo eso —añadió, mirando a la chica alta con el traje azul que se escabullía.

—Lo estuve —dijo Ellen, cortante de nuevo.

—¿Te follaba o no? —preguntó Gwyn.

Esa pregunta tan directa procedente de una persona tan dispersa y confundida desconcertó un poco a Ellen.

—Hay dos clases de hombres, los que se las follan a todas y los que no follan a ninguna. Es todo muy triste —siguió diciendo Gwyn, concentrada ahora en sus uñas.

Había empezado a limpiarse las de una mano con las de la otra. Unas manos eran largas y blancas y suaves. Manos en las que se habían vertido cremas e invertido dinero y que, a diferencia de la cara, podían ser hermosas sin dejar traslucir el resentimiento del desamor. Tenía la mirada gacha, concentrada en las uñas. Ellen dio los dos últimos pasos vitales para alcanzar el umbral de la puerta.

—No te vayas —dijo la mujer, alzando la vista, con una mirada muda, lastimera. Como un perro de aguas de ojos lacrimosos.

Luego le habló pausadamente; tenía dos voces: la voz dura, estridente, y la voz pausada, saludable.

—La primera vez fue con mi mejor amiga. Él fue a Nueva York y no pudo encontrar hotel, había un partido o algo por el estilo. Telefoneé a medianoche y le dije «Sal de allí».

—¿Y lo hizo? —preguntó Ellen, temblorosa, como si hubiera sido su propio marido y lo que estuviera en juego fuera su propia vida.

—Ya lo creo. No la vi durante meses. Luego yo misma fui a Nueva York para comprar unas cortinas y la telefoneé desde el hotel. «Susi, estoy aquí», le dije, convencida de que me diría «Veámonos», y ¿sabes qué hizo?, me invitó a tomar el té el jueves. ¡El jueves! ¡Era lunes! No podía creerlo. Me citó en unos grandes almacenes porque el té era bueno y también las tazas. Eran tazas de auténtica porcelana blanca, nunca las olvidaré, y tenían esa pequeña voluta, una pequeña voluta dorada (una flor, supongo) en la cara interior, y cuando ella se marchó hice la cosa más insospechada, bajé al departamento de las vajillas y compré un juego de esas tazas.

Hizo una pausa y, recuperando su voz ronca y dura, dijo, respondiendo a la pregunta que Ellen no le había hecho aunque se la había formulado para sus adentros:

—Jamás se lo dije, a ninguno de los dos.

—Debiste decírselo —dijo Ellen.

—Ni soñarlo —replicó ella, y se levantó y preparó dos nuevos combinados en dos vasos limpios y le dio uno a Ellen. Ahora ya eran compinches.

—¿Y ellos se siguieron viendo? —La ficción de la vida de esa mujer captó por un instante la atención de Ellen.

—Dios mío, durante años —dijo la mujer, extendiendo la mano como si no quisiera tomarse la molestia de calcular cuánto tiempo.

—Tendrías que... —dijo Ellen, dispuesta a darle un consejo, pero la mujer recordó algo y la interrumpió para decírselo.

—Alguien me aconsejó que si lo escribía todo, me desprendería de ello, como hizo Jane Austen y otra gente, e intenté hacerlo, y ¿sabes qué pasó?

Ellen ya lo sabía o lo suponía, pero negó con la cabeza.

—Sirve para sujetar la puerta entre la cocina y la terraza cuando llevo yo los platos el día que libra la criada.

—No puede ser tan malo —dijo Ellen, intentando decir algo simpático.

—Oh, no hablemos de eso. No me gusta aburrir a la gente con mis problemas.

Oyeron pasos que se acercaban.

—Bueno, maldita sea —dijo Jason, de pie en el umbral, con unos pantalones de lona color azul claro y una camisa que tenía el color y el tacto de la arena.

Ellen se apartó para dejarle paso.

—Este es mi niño —dijo Gwyn, y extendió una mano mientras se incorporaba y ambos formaron un arco con las manos y los brazos enlazados y él cantó con una voz falsamente afable:

*Te daré una bola de oro  
si te casas,  
te casas, te casas, te casas,  
te casas conmigo.*

Su ofrenda matutina.

Y ella cantó:

*Y yo aceptaré tu bola de oro  
si te casas, te casas, te casas...*

Y al notar que vacilaba, él le bajó los brazos y la ayudó a sentarse de nuevo.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

—Oh, he estado desayunando y charlando un poco. Es encantadora —dijo señalando a Ellen y recuperando su vocecita de niña—. Le estaba diciendo que si viene a Nueva York se habrá ganado una amiga. Qué demonios, ya se ha ganado una amiga de todos modos. Y, ¿sabes?, esa capa azul que tengo con el cuello de zorro —fijó la mirada en sus ojos esquivos, escudriñándole la cara para averiguar con cuál de las putitas con la falda abierta se había acostado y cómo le había ido— será para ella cuando vaya a Nueva York. ¿No crees que le quedará preciosa?

—Te queda preciosa a ti, Mary Pickford —dijo él.

—Mary Pickford —repitió ella, con su voz ronca y profunda, riendo y fingiendo alegría. Luego, señalando el suelo, añadió—: Parece como si no nos hubiéramos contenido.

Y él husmeó y ella husmeó y dijo que las flores olían estupendamente bien.

—¿Sabes qué haremos hoy? —dijo él. Y ella lo miró con una sonrisa obscena, relamiéndose los labios.

—Saldremos y nos compraremos dos plumas estilográficas —dijo él muy serio—, y ¿sabes de qué color serán?

—Azules —dijo ella.

—No —dijo él, y a continuación anunció la respuesta mirándola a la nuca, ajada por los excesivos estiramientos—. Serán color de oro. Oro de dieciocho quilates.

Y estaban tan ocupados celebrando las plumas que no advirtieron que Ellen, sujetando su bolso con más fuerza, les decía tímidamente adiós con la mano y desaparecía.

Se asomó para echarle una mirada a Sidney, alegrándose ahora de que su puerta se abriera con sigilo. Estaba tal como lo había dejado, con los ojos

cerrados, la cara amarilla sobre la almohada de tela fina, la sábana doblada debajo de su barbilla, tieso como un cadáver. Pero respiraba. Ellen contuvo la respiración mientras escuchaba satisfecha la suya y sonrió y dio gracias a Dios por haberse salvado. Pensó que tal vez se cruzaría con Bobby en la escalera, pero era demasiado temprano y ni siquiera los criados se habían levantado.

Afuera, el césped y los macizos de flores estaban húmedos bajo el cielo azul recién lavado. Pero la carretera se había secado y, salvo por el frescor del aire, habría sido imposible adivinar que había habido una tormenta. Echó a andar por la carretera por donde habían subido la noche anterior, a paso rápido al principio, apresurándose para alcanzar cada curva, solo para ver otra un poco más allá. En los trechos donde los muros eran altos, no alcanzaba a ver el mar. Las palmeras crecían rectas, más altas que los muros, pero las ramas nunca se entrelazaban, de modo que no había sombra. Solo las higueras tenían remotamente el aspecto de árboles. Las amapolas que brotaban sobre los muros eran flores de papel crepé. De vez en cuando cogía una y la olía, luego estrujaba su corola de papel entre los dedos. Empezaba a hacer calor. Se detuvo en la cresta de una colina y se desabrochó el sostén. Muy abajo, imposible decir cuánto, podía ver un pueblo, donde esperaba poder tomar un autobús que la llevara de regreso al hotel. Ya se sentía mejor porque había decidido regresar a casa ese mismo día. La sensación de decepción por haber perdido al actor se había disipado, olvidada junto con la náusea de Sidney y la tristeza de la mujer triste; todos habían desaparecido de su vida, estaba a salvo y se disponía a regresar a casa con su hijo. A ratos corría un trecho y luego tenía que volver a detenerse para recuperar el aliento, pero iba avanzando.

Sin embargo, las cosas no ocurrieron de ese modo. Cuando llegó al hotel, se quedó dormida. El regreso había durado horas entre la caminata hasta un pueblo, el trayecto en autobús hasta Cannes para esperar luego otro autobús que la llevara hasta el lugar donde se hospedaba. Cuando llegó, al mediodía, hacía un calor brutal. Hasta los peones camineros, tostados por el sol, miraban hacia arriba con aprensión, como si fuera a estallar sobre sus cabezas. Remoloneaban debajo de los árboles, para almorzar. La luz era cegadora; habían corrido las persianas para evitarla y cerrado las tiendas. Lo único fresco eran los frescos trajes de seda que se exhibían en los escaparates, bajo los toldos. Al salir de la agencia de viajes, Ellen los miró deseosa; tal vez se compraría uno, si le quedaba dinero. Aquel día ya no quedaba ninguna plaza, pero la avisarían si había alguna anulación. Entonces pagaría la cuenta, compraría un juguete para su hijo y, si era posible, uno de esos maravillosos trajes frescos.

Pequeños insectos revoloteaban en el aire. Frente a un restaurante había un chico con un rociador, que esparcía un líquido. Notó el sabor químico en la boca y se sintió todavía más acalorada. Era un chico alto con una expresión curiosamente embobada y no le sonrió cuando pasó por su lado. Le gustaban los chicos que no le sonreían. Al mismo tiempo deseó que lo hubiera hecho.

De vuelta en el hotel, se desvistió, se tumbó encima de la cama y se durmió profundamente.

Un golpeteo en la puerta la hizo volver en sí, convencida de que era su hijo,

y luego, al comprender dónde estaba, pensó que sería el camarero y cruzó las manos sobre sus pechos para protegerlos.

—Soy yo, querida.

Tardó unos segundos en reconocer la voz de Denise.

—Eres tú, querida —dijo con sarcasmo.

Le dolía la cabeza y tenía una sed espantosa.

—Oh, vamos, no estés enfadada conmigo, no sabía dónde estaba... —dijo Denise.

Para evitar que le contara su aventura nocturna desde el pasillo, Ellen abrió la puerta y la dejó entrar. Llevaba un traje gris y se la veía muy modosa.

—Pródiga —dijo Ellen.

—En serio que... —dijo Denise y calló.

Hablaba en voz baja, como si estuviera en una iglesia. Lo que fuera que hubiera sucedido, había mejorado su rostro, devolviéndole sus curvas infantiles. Ellen se alegró un instante por ello y su cara delgada, huesuda, esbozó una sonrisa. Cuán elementales eran los soportes de la felicidad. Pequeñas píldoras para el hígado. Ganar dinero. Pero, sobre todo, un abrazo, o una proposición, o el jadeo de una noche. El gran lavado de cerebro comenzaba en la infancia. Oculto entre las líneas del catecismo que propugnaba la castidad para las mujeres, se encontraba el mensaje secreto de que un hombre y el cuerpo de un hombre eran el verdadero propiciador absoluto.

—Así pues, no estás enfadada —dijo Denise, aliviada por su sonrisa.

Ellen volvió a endurecerse. No debía mostrarse amistosa o podría verse obligada a escuchar la única cosa que podía herirla.

—Solo fue otra de esas noches estúpidas, tumultuosas... —dijo Ellen, contemplando la habitación con mirada abstraída, como si buscara algo. ¡Oh, dónde estaba la humildad! Por qué no era capaz de decir que ese grupo la había deslumbrado primero y la había asqueado luego, porque su sueño de niña pequeña no se había hecho realidad.

Denise continuaba parloteando:

—Te estuve buscando, y de pronto habías desaparecido y luego alguien me hizo subir unas escaleras y más escaleras, como en la torre Eiffel, solo que

peor, y me encontré en una cama acariciando su cabello y diciendo... «Frankie...».

—¿Quién es Frankie? —preguntó Ellen, cáustica de nuevo. Constató que controlaba a esa chica como jamás había imaginado que pudiera llegar a hacerlo.

—Frankie es... era mi pretendiente.

—¿Así que te acostaste con nuestro héroe? —dijo Ellen—. Podrías venderlo a las revistas, llámales por conferencia, cárgales los gastos...

—Oye, ya basta —dijo Denise, menos conciliadora—. Me tocó el doble, un guarro...

Fuera verdad o no, Ellen se sintió sumamente aliviada. Comenzó a moverse por la habitación, a descolgar los vestidos de las perchas y doblarlos, mientras anunciaba:

—Me marchó, me marchó...

—La primera vez que te vi me pareciste simpática...

—¿Simpática? —Ellen lo repitió como si fuera una palabra fea.

Su cigarrillo tenía una larga punta de ceniza y se preguntó cuántos minutos podría aguantar sin sacudirla. Convirtió el mero acto de hacer las maletas en un espectáculo.

—¿No quieres preguntarme nada? —dijo Denise, persiguiéndola.

—Te violaron —dijo Ellen—, y fue tu padre, perdón, tu padrastro, y a partir de entonces cada vez que ves un hombre... —Y mientras lo decía, la miró y vio cómo se le descomponía la cara regordeta como si la estuvieran machacando y pensó: «Cuán dura me he vuelto, cuán dura», y se calló.

La chica, de pie frente a ella con su traje gris, estaba al borde de unas lágrimas terribles, humillantes. Ellen sintió que sus propios ojos también se llenaban de lágrimas, y se miraron y rieron un poco entre lágrimas. Denise se sentó. Ellen hurgó en la maleta para ocultar el rostro. No debían llorar, decidió por las dos. Al contrario, pedirían que les subieran unas copas y brindarían por las mujeres solas, por la única hora noble de las mujeres libres de la compañía de hombres por los que tener que competir. Pidió dos cócteles de champán y le rogó a la telefonista que la volviera a poner con la agencia de viajes. Estaba realmente impaciente por regresar a casa.

—No puedes irte —dijo Denise—. Es demasiado pronto, aún es agosto. Agosto es el mes.

Lo proclamó como si también ella necesitara reasegurarse.

—El mes perverso —dijo Ellen, pensando en sus propios patéticos esfuerzos de perversión. Vio la cara de Sidney al borde de la muerte sobre el almohadón almidonado y al violinista detrás de la cámara fotográfica atesorando imágenes excitantes para los meses de invierno—. Tengo que irme. Tengo un hijo —dijo, sin que viniera al caso. Y también sin ningún motivo, añadió—: su nombre es Mark, pero le llamamos Rock.

—¿Te encantan los críos? —dijo Denise, sintiéndose amenazada.

—La verdad es que no —dijo Ellen, y recordó una historia que le habían contado de una mujer que había encerrado a su hijo en el cuarto de baño y que el niño había hecho un agujero en la pared, y cómo Ellen había preguntado fríamente si era una pared embaldosada, porque en ese caso la constancia del chico tenía que haber sido mucho mayor—. Lo adoro a él, pero nada más —dijo Ellen mientras recogía esos trajes que no se había puesto nunca y los iba metiendo decididamente en la maleta de fibra. Habría sido preferible comprar una maleta decente. Sus orígenes campesinos volvían a asomar a la cabeza. La habían cogido desprevenida—. Si te dices que no te importa, entonces te vuelves así —declaró sin entonación.

—Todo esto me sobrepasa un poco —dijo Denise—. Pero, en todo caso, ¿cómo te llamas?

—Ellen. Ellen Sage. Sage quiere decir sabia o algo así.

—Tengo la sospecha de que eres una chica simpática —dijo Denise cuando el muchacho llamó a la puerta y entró con las bebidas.

Brindaron por eso, por ser unas chicas simpáticas, en cualquier circunstancia. Bebieron lentamente y luego, cuando Ellen mordió la cereza que había cogido con el palillo, Denise miró la suya y se la pasó por la cara y dijo bruscamente:

—Entonces ¿encontraste un tipo, o qué?

Ellen dudó, con la lengua entre los labios. Ya no cabía la posibilidad de dar respuestas simples a una pregunta simple. Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—No llores, El, no llores.

—¿Quién llora? —dijo ella y ahogó un sollozo. Tendría que dar una explicación, decir algo, embellecerlo.

Denise cambió la posición de la almohada y se recostó, como dispuesta a escuchar una obra de teatro. Ellen se sintió impulsada a resumirle su vida. Comenzó a hablar deprisa en un tono poco natural en ella:

—Irlandesa, campesina, pobre, típica, mejillas sonrosadas, fui a Londres para ser enfermera, adorada por todos los pacientes, me encantaba sentirme adorada, hui del quirófano porque abrieron y volvieron a coser de inmediato a un paciente que tenía cáncer, encontré a un hombre que amaba a la enfermera que había en mí, me casé con él en una oficina del registro civil, abandoné la fe, poco después tuve un hijo. Con los años el amor se convirtió en otra cosa y rompimos. Mutis de la chica simpática.

Hizo una reverencia después de pronunciar las tres últimas palabras.

—Es el matrimonio —dijo Denise con vehemencia—. Lo enmierda todo.

—No es el matrimonio, somos nosotras —dijo Ellen. Desconfiaba de las generalizaciones.

Se produjo un breve silencio. De pronto, acalorada, dejó caer en el lavabo el cigarrillo que tenía en la boca y abrió el grifo, por costumbre, para no provocar un incendio. El timbre del teléfono las sobresaltó. Los empleados de la agencia de viajes decían que no había ninguna plaza para ese día, pero habían hecho una reserva para el día siguiente. Preguntó a qué hora llegaría a Londres y lo anotó sobre su cajetilla de cigarrillos. Le compraría una barquita inflable a su hijo y una mancha, pues si había algo en el mundo que se resistía a hacer, era inflar barquitas o globos. También guardaría los tubitos de mostaza y sobrecitos individuales de sal que servían en el avión junto con el almuerzo. Su hijo los usaría para jugar a tiendas con George. Volvió a pensar en la Navidad y en que no le importaba no volver a ver nunca más a Hugh Whistler. Su viaje había cumplido su finalidad al menos en un sentido.

—Pero escucha —dijo Denise, y se incorporó de un brinco—, podemos disponer de su casa durante todo el día, podemos acercarnos y lo pasaremos en grande...

—¿Quién habrá allí? —preguntó Ellen, que no tenía la menor intención de

ir.

—Nadie. Se marcharon en tropel: Sidney, los mariquitas, gente que yo no había visto nunca...

—¿Bobby? —dijo Ellen.

—Dios sabe dónde acabó ayer la noche. Hablaba de ir al casino cuando lo vi por última vez...

Ellen respiró aliviada. Un día fuera del hotel significaba ahorrar dinero, no solo el de la comida y las bebidas y las innumerables tazas de té, sino también el que se iba en cosas tan absurdas como propinas y el uso del baño. El hombre que tenía las llaves del cuarto de baño solo las entregaba a cambio de una buena propina. Pensó en el baño de Sidney, grande, espacioso, con las suaves bolas de talco que exhalaban un delicado olor a lavanda. Su codicia se reavivó: volvió a repasar mentalmente los distintos vestidos de los escaparates y decidió cuál se compraría. Su decisión ya era firme.

—¿Por qué no? Comprobaremos cómo vive la otra mitad... —dijo.

Beberían vino en adorables copas de pie largo... Denise seguía parloteando sobre la piscina que tendrían a su disposición, y los criados a su servicio, y Mel Brooks para ellas solas...

—¿Sabes quién es Mel Brooks? —preguntó.

Ellen negó con la cabeza. Denise puso mala cara.

—No has vivido si no sabes quién es Mel Brooks. Te lo contaré, conozco a...

Empezó a quitarse los anillos para poder pintarse las uñas antes de salir.

A última hora de la tarde, cruzaron la ciudad en un coche de alquiler y se adentraron por una carretera. Pasaron frente a dos casas de piedra dorada y dejaron atrás varios campos donde mujeres agachadas recogían la cosecha. La carretera era desconocida para las dos.

—Nos costará varios miles de dólares —dijo Ellen, mientras intentaba ver el taxímetro.

—A lo mejor es un asesino, nunca se sabe —dijo Denise, y luego se inclinó hacia delante y le dijo al chófer—: Perdona, ¿nos está llevando donde le hemos dicho?

El hombre no le contestó.

—Todos estos malditos franceses están pensando siempre en otra cosa — dijo Denise, guiñándole el ojo a Ellen, mientras volvía a recostarse en el asiento.

—Estoy preocupada, en serio —dijo Ellen.

Lo estaba y no lo estaba. A ratos se preguntaba si Bobby estaría allí, pero solo habló del chófer y de la erupción que le había provocado el calor en la piel. Pequeños granitos rojos. Cuanto más se rascaba, más crecían. Denise sujetó sus manitas blancas de campesina para impedir que se siguiera rascando. Un gesto amistoso. Un agradable último día.

Vio reflejada en la gran puerta cristalera de la planta baja la imagen del coche de alquiler que se acercaba a la casa de Sidney. Bajaron del coche ambas a la vez, Denise por un lado, ella por el otro. Se repartieron el coste del taxi y Ellen rogó que nadie pudiera verlas. Le parecía vergonzoso hacer esas transacciones a la vista de alguien. Había costado mucho más de la cuenta. Pero no tuvieron oportunidad de discutir, porque se abrió la puerta cristalera y salió Bobby en una camisa blanca de manga corta.

—Bienvenidas —dijo, como si las hubiera estado esperando. Tal vez era cierto. Ellen sospechó de pronto de Denise. ¿La había invitado para quitarle trascendencia al encuentro o para humillarla? ¿Tendría que volver a representar el papel de la simple carabina anticuada? Él las rodeó por la cintura y las hizo pasar a través de la puerta cristalera para conducir las hacia la parte trasera de la casa—. Llegáis justo a tiempo. Me estoy ocupando de los calabacines —dijo, y se rio como si fuera algo perverso.

Las miró, primero a una, luego a la otra, y sonrió a las dos por igual. Denise tenía una sonrisa amplia y grandes ojos castaños, chispeantes, bordeados de largas pestañas falsas. Parecían sonreírle directamente a él, aunque tenía la cara de perfil. Los mantenía muy abiertos, sin parpadear. Ellen jamás había logrado entender por qué otras mujeres que no eran más atractivas que ella causaban mejor impresión. Se veía bien cuando hablaba a solas frente al espejo o cuando lo hacía reflejada en el lago de unos ojos de un hombre enamorado, pero por lo general se veía sosa y curiosamente inacabada.

—¿Cuándo te confesaste por última vez? —le dijo él, a propósito del corte

virginal de su blusa y la falda de seda negra que le llegaba muy por debajo de las rodillas.

—Oh, la corroen los remordimientos —dijo Denise.

—Hace veinte minutos que me conoce... —protestó histéricamente Ellen.

No estaba preparada para esa situación. ¿Dónde estaba Sidney, dónde estaban los demás? Los demás, dijo él, se habían ido a Marruecos, excepto Gwyn y Jason y algunos más que habían ido a montar a caballo. Él era ahora amo y señor de la casa. Cruzaron una habitación y luego otra, y salieron a la terraza y continuaron por un sendero bordeado de flores. Sus zapatos de lona no hacían ruido sobre las piedras, pero los de Ellen y los de Denise rechinaban como una armadura compitiendo entre sí. Había comenzado la guerra. Él las tenía cogidas del brazo a las dos. Al cabo de pocos instantes llegaron a un invernadero. El ambiente era sofocante. Los cristales humeaban por el calor. Había flores de aspecto irreal, grandes capullos chillones de color rojo y malva en grandes macetas de terracota. Las tocó para cerciorarse. Eran verdaderas, no cabía duda, pero sin olor. El olor que se percibía era a hojas de geranio y a tomates. Tocó las hojas arrugadas de los geranios blancos y contempló sus pétalos blancos inmaculados. Oler las hojas y admirar los pétalos, esa era la manera de apreciar los geranios. Las hojas mismas parecían doloridas. Él cogió un tomate, luego otro, y les dio uno a cada una.

—No tengo hambre... —dijo Denise. En realidad no comía prácticamente nada.

—Cómetelo —dijo él—. Es buenísimo, recién sacado de la lata...

Observó cómo mordisqueaban y le preguntó a Ellen si el suyo era bueno. Ella asintió.

—Toma otro, entonces.

Se lo puso en la boca y la miró mientras ella lo mordía, y algunas pepitas salpicaron su piel.

—Huy.

Las recogió con el dedo y lo chupó. Sobrio, era perfecto estar en su compañía. Ellen deseó en cierto modo no haber vuelto a verlo, porque se estaba ablandando y llenando de esperanzas. Toda aceptación, de nuevo.

Recordó la noche anterior y cuán cerca habían estado uno del otro, y sonrió. Él advirtió lo que ocurría. Deslizó el brazo bajo su larga melena y dejó que se desparramara sobre su piel, desde el codo hasta la muñeca.

—Eres como Cenicienta o algo así —dijo él.

—O algo así —dijo modestamente ella.

—Acompáñame hasta el metro —dijo Denise, mientras alargaba el brazo para que él lo cogiera, pero sin moverse.

Él captó su resentimiento y le acarició levemente la barbilla. En ese momento dieron la impresión de haberse acostado juntos la noche anterior. Ellen se volvió hacia los geranios.

—Y ahora, veamos los ritos matrimoniales —dijo Bobby mientras las miraba y las conducía hacia una zona donde había muchísimas hojas verdes y pequeños calabacines de distintas formas debajo. También había flores, flores amarillas flácidas, de aspecto cansado pero repletas de polen. Inclinas bajo el sol. Él arrancó suavemente una flor y acercó su corola a la de otra flor y dejó que se rozaran muy levemente.

—Una cópula limpia —dijo.

—Qué inmorales —dijo Denise, mientras las observaba con gran atención—. ¿Disfrutan con ello?

—¿Esto se tiene que hacer siempre? —preguntó Ellen, maravillada. Nunca había visto ese ritual.

—En la naturaleza lo hacen las abejas, o el viento —respondió él, con los dedos amarillos de polen.

—O el viento —dijo ella, con añoranza.

El viento que él acababa de conjurar era un viento especial: transportaba polen, lanzaba semillas como flechas de terciopelo hasta los nidos que tenían asignados, arrancaba blancos pétalos de geranio que revoloteaban como mariposas blancas; anheló ese viento sobre la suave piel azulada del interior de los codos y de los muslos, sin la cruda luz del sol, sin Denise, el mundo en suave armonía y él y ella unidos mientras hasta ellos llegaban fragmentos de viento, como una música. Era un pensamiento demasiado íntimo, demasiado físico. Ellen apartó la mirada. Él seguía allí de pie, erguido como una flecha, mientras sus ojos lechosos le decían: «De acuerdo, me ocuparé de ti».

Siguió con la mirada sus manos mientras hacían la tarea del viento y transportaban la semilla de una flor amarilla a otra. Un acto de creación. «Si pudiera extender la mano —pensó—, pero no puedo.» Denise estaba allí y ahora decía:

—Salí de los Estados Unidos con un billete solo de ida. Acabé viajando a Escocia, el trayecto más barato: cuesta menos ir a Escocia que a cualquier otro lugar del mundo. Europa es lo mío, tan condenadamente antigua, histórica, quiero decir. Aquí una puede vivir de manera realista y abrirse, crecer, los hombres te tratan como a una mujer...

Y el momento sencillo quedó atrás. Denise le estaba diciendo cómo tratan los hombres a una chica y él la escuchaba sonriente. La pérdida del actor. No se atrevía a perder una admiradora. Ellen volvió a sentirse vacía.

—¿Damos un paseo? —preguntó él, dirigiéndose a Denise.

—¿Por qué no? —dijo ella.

Se alejaron a paso rápido y Ellen los siguió a unos pasos de distancia. Imposible adivinar cómo acabaría transcurriendo la noche.

Más tarde se sentaron en la gran estancia donde ya había estado Ellen. Reconoció los objetos como si llevara mucho tiempo sin verlos: los pequeños pájaros de nailon de colores chillones, el pendiente debajo del reloj, el cuadro que el relámpago había transmutado.

—Aquí sobreviví a una tormenta amarilla —dijo despreocupadamente mientras agitaba el hielo en su vaso.

Él sugirió que se emborracharan. Pero a ella le gustaba más sobrio. Acababa de decir que siempre había deseado poseer dos mujeres a la vez y esa era su oportunidad. Ellen miró a Denise con disgusto. Esa chica debía de tener sangre negra. Sus miradas se encontraron, no sonrientes, sino refulgentes, con el fulgor desnudo de la rivalidad en sus grandes ojos, los ojos verdes de ella y los castaños de Denise. Él movió la lengua dentro de la boca, ya solo le faltaba escupir. De pie entre una y otra, con las manos en la cintura como si llevara un par de pistolas.

—Fumas como una principiante —le dijo Denise a Ellen, que tenía un cigarrillo entre el dedo mayor y el anular.

—Y tú eres tan perspicaz... —dijo Ellen en un tono que la gente solía

aceptar como real. Un tono duro, formidable.

—¿Y qué piensas hacer en Europa? —le preguntó Bobby a Denise, fingiendo no haber advertido el duelo.

—Bueno, no puedo dejar de actuar, eso para empezar —dijo ella. Hasta aquel momento no había dicho que fuera actriz. Su manera de decirlo resultó conmovedora. Ellen observó la reacción de él. Intentó adivinar su respuesta por el movimiento de su cuerpo. Entonces, de pronto, él se movió como si acabara de tomar una decisión y se sentó en el sofá junto a Denise.

—Eres una buena chica, rayito de sol. ¿Y qué más haces? —preguntó.

—Estoy estudiando diseño —dijo ella— y escribo... Sobre todo como disciplina.

—Jesús, eso sí que es genial —dijo él.

—¿Lo dices como un insulto?

Se había pintado un poquitín más los labios. Antes del aperitivo, ella y Ellen habían subido a su habitación. Ellen había dejado olvidado su bolso allí.

—No es broma —dijo él—. Te admiro. Admiro a las mujeres que están al quite.

—Oh, qué simpático. Suenas como un amante latino. ¿Qué me darás?

—Bombones, evidentemente —dijo él. Le dio un golpecito en un pecho, luego en el otro.

—Abajo las manos —dijo ella, y luego, mirando hacia Ellen y dirigiéndose a él, añadió—: Ella piensa que somos memos.

Ellen estaba concentrada en la contemplación de su vaso de whisky, aparentemente indiferente a su flirteo.

—Ella está pensando en el color que tiene el viento —dijo Ellen, sin apartar la mirada del vaso, con una semisonrisa de serenidad en la cara.

No era fácil mantenerse tan indiferente, pero ahora deseaba ser la observadora solitaria, interesada.

—Bobadas —dijo él—. Solo nos falta un tipo espiritual y simpático que complete el cuarteto.

—En eso te equivocas —dijo Ellen, con una sonrisita suficiente y los pies recogidos bajo la falda negra a la vez que se la subía muy delicadamente,

cogiéndola con el pulgar y el índice.

—Te sigo —dijo él, resiguiendo con la mirada el perfil de sus nalgas blancas como la leche bajo la oscura falda de seda.

Ella había decidido no usar loción bronceadora. Si sus piernas eran blancas, lo convertiría en un mérito. Sería la enfermera que había querido ser.

En ese momento en el umbral de la puerta apareció un hombre con una chaquetilla blanca y preguntó si deseaban algo.

—¿Cenarán? —preguntó mirando a Bobby y luego a cada una de las invitadas.

Ninguno de ellos respondió a la pregunta.

—¿Hay gatitos en el jardín? —le preguntó Denise al personaje de la chaquetilla blanca.

No supo qué responderle.

—¿Hay gatitos en el jardín? —repitió ella.

Él dijo que no lo sabía, se inclinó ligeramente y se excusó. Los tres continuaron sentados, bebiendo. Bobby se levantó una vez para encender una luz, pero Denise extendió una mano para impedirselo; dijo que la luz atraía a los mosquitos y que si había algo que no podía soportar eran los mosquitos. Él se encogió de hombros y volvió a sentarse. En el sofá, la distancia que los separaba era de por lo menos un metro. Ellen, que había estado hojeando una revista, la cerró, se cruzó de brazos y esperó.

—Tal vez no lo sepas, pero sigues usando artimañas muy femeninas —dijo Ellen.

Se le escapaban frases hechas como esa.

—También bajo los sobacos —añadió Bobby, burlón.

Denise llevaba un vestido azul celeste sin mangas y al levantar los brazos por encima de la cabeza se vio asomar una media luna negra, y ella murmuró algo inaudible pero que sonó a arrumaco.

Afuera iba avanzando la noche. Inmensa y negra. Seguían sentados. En la completa oscuridad solo se distinguían los elementos más claros, su blusa blanca y la camisa de él, sus dos manos, las manos de ambos. Ellen se palpó el sarpullido y se rascó violentamente. Se oían grillos en el jardín. Bobby y Denise hablaban de películas antiguas que ella no había visto. Sus ojos, que

empezaban a acostumbrarse a la oscuridad, creyeron ver que estaban cada vez más juntos. Dos de las cuatro manos desaparecieron. Tal vez las tenían cogidas bajo las piernas de él, o las de ella. Habían llegado a la conclusión de que les encantaba Gary Cooper. Entonces Bobby se levantó y se dirigió a grandes pasos hacia la puerta, su camisa blanca desapareció en la oscuridad más densa del vestíbulo.

—En honor a los viejos tiempos, te mostraré los gatitos —dijo.

Denise se levantó y corrió, literalmente, tras él.

Ellen no tenía claro cuál sería su reacción, si haría algo ridículo y vergonzoso o trágico y noble. Durante un largo rato, no hizo nada excepto continuar allí sentada pensando en su ineptitud. Luego se levantó y decidió ir a buscar su bolso.

La habían excluido. Se quedó un rato en el vestíbulo, de espaldas a la puerta, sin moverse, esperando algún sonido que delatara la presencia de ellos dos, y volvió a pensar: «No soy yo, no estoy haciendo esto», y recordó el calvario que había pasado su madre cuando recorría el estrecho recibidor hasta llegar a la habitación de su padre, y los «no hagas eso, no hagas eso, no hagas eso»; de nuevo a la espera, como entonces, a sabiendas de que los primeros sonidos que les elevarían hacia el cielo también serían el principio del fin. No sintió humillación; después estarían mutuamente vacíos y ella aún sería territorio inexplorado para él y, por tanto, deseable. Para matar el rato comenzó a probarse los sombreros. Sombreros olvidados por los huéspedes estivales. Una de las pequeñas manías de Sidney era pedirle a cada uno que dejara un sombrero sobre la mesa grande. Primero se probó uno de lino, luego uno de paja, luego otro de paja más ancho, y por último uno muy decorativo, lleno de baratijas y diminutos espejitos sobre su ala ancha. Comenzó a marcarse plazos: «Cuando haya contado hasta cien, o cuando me haya puesto cuatro sombreros más, o cuando haya saltado de la baldosa dorada a la moteada de negro —había baldosas de muchos colores en el amplio vestíbulo—, él ya habrá abierto la puerta y me dirá: ¿Vamos a brindar, señora?».

La luz de su cuarto estaba apagada y por debajo de la puerta se colaban los sonidos: los murmullos, los crujidos de la cama y las voces susurrantes en la oscuridad. Poco después se oyeron pisadas y el golpe de algo al caer, como si hubieran tirado un zapato o un manojo de ropa, y luego un silencio mientras

ella intentaba deducir qué parte del ritual había terminado y cuál estaba aún por venir. Tenía el bolso allí dentro, de manera que ni siquiera podía fumar y no se atrevía a subir al piso de arriba por temor a que la oyeran marcharse y salieran sin ser vistos. Aunque eso seguramente no ocurriría. Aun así, quería estar allí cuando salieran, sonriente, desaprobadora, triunfal. Pensó lo que diría. Diría: «¿Alguien quiere jugar un partido de tenis?», y él, que probablemente sería el primero en aparecer, le diría que se peinara para salir a dar una vuelta y luego aparecería la Princesa, con el pelo arreglado pero con el traje un poco arrugado a la altura de la cintura.

«Deben de ser las diez», pensó cuando oyó sonar el reloj en otra habitación. Lentas campanadas, firmes y amigables. Contó diez. Un buen augurio.

A continuación, en el vestíbulo solitario cada vez más oscuro, se volvió hacia la puerta de su cuarto, alargó la mano y la apoyó sobre el pomo de latón que recordaba la cara de Sidney. De hecho, era la cara de Sidney. Lo mantuvo agarrado unos instantes antes de hacerlo girar. Si lo hacía girar de un lado a otro, el pomo interior —la cara de otra persona— se movería y uno de ellos lo vería y diría algo. Era curioso cómo una vez desaparecido el apremio, la gente recuperaba la vergüenza. Entonces recordó que el cuarto estaba a oscuras y no verían moverse el pomo, de manera que llamó suavemente a la puerta y dijo, en el tono despreocupado, inconsecuente que había ensayado:

—¿Alguien quiere jugar un partido de tenis?

No obtuvo respuesta. Volvió a golpear la puerta más fuerte mientras, con la otra mano, hacía girar el pomo y empujaba ligeramente la puerta. A través de la estrecha rendija oscura, dijo:

—Quiero recuperar mi bolso.

Sin respuesta.

—¿Por favor, podéis darme mi bolso? —insistió, irritada por sus malos modales.

Esperó un momento, consciente de que ya no podía volver atrás, y pasado un intervalo decente, empujó la puerta y entró en la habitación.

En la penumbra vio la cama, las sábanas arrebujadas, luego desplazó la mirada y descubrió las angulosas formas vacías de varios grandes

almohadones blancos, cuadrados, y al encender la luz, constató la profanación de la cama y cuán vacía estaba. Era la cama más vacía que había visto en su vida. Se habían marchado. La ventana estaba abierta de par en par y recordó haber oído las pisadas y un golpe seco y se quedó mirando la cama vacía incapaz de pensar qué hacer a continuación. Luego se dejó caer sobre la cama, boca abajo, golpeando, aporreando, maldiciendo y llorando con los puños y con los ojos, y cuando se le pasó la crisis se tendió de espaldas y se cubrió con la sábana y, al alargar y relajar las piernas, sintió el suave tacto sedoso de la sábana sobre su cuerpo.

Cuando recuperó la calma, se levantó y abrió los cajones del escritorio. Cogió varios pañuelos de seda, pero solo los palpó y volvió a tirarlos, y sus camisas eran demasiado grandes para ella y el juego de cepillos con montura de plata de tan mal gusto que no valía la pena tomarse la molestia de robarlos. Pero quería profanar ese lugar de algún modo. «¿Qué puedo hacer con esta casa aparte de quemarla?», se dijo. Orinó sin tirar de la cadena y luego bebió licor directamente de la botella y tiró por el sumidero el resto. Ahora ya podía irse. Marcó el número de la operadora para pedir un taxi y preguntó: «¿Habla inglés por casualidad?», y se quedó tan sorprendida cuando la chica dijo que sí que, sin haberlo pensado antes, pidió que la pusieran con su marido, en Londres. Le pediría que la fuera a buscar al aeropuerto. Así podría ver más pronto a su hijo y darle el gran regalo y abrazarlo, y luego irían todos juntos a tomar un té. Puede que incluso se entendieran. Él y ella. Compararían sus respectivas vacaciones; se guardaría para ella la parte sórdida. Quién sabe, quizá incluso se mirarían y verían algo que apreciaban en el rostro del otro. Rock tendría el regalo sobre la mesa. Comería varios dulces. Ellen procuraría pagar ella la cuenta. Serían felices. Aunque solo fuera brevemente. Mientras lo pensaba, se probó una chaqueta azul de Bobby, y se estaba preguntando si podría hacerse acortar las mangas cuando se inició la conexión y oyó dos voces, una francesa y la otra inglesa, que hablaban en francés, y luego la voz inglesa que se dirigía a ella en inglés, y a continuación, con gran asombro, oyó a su marido en el otro extremo que le decía:

—¿Dónde estás?

—Estoy en Francia. Me sentía sola y decidí tomarme unas pequeñas vacaciones.

Él empezó a decirle que había puesto anuncios por toda Inglaterra pidiendo que se pusiera urgentemente en contacto con él y, durante un fugaz momento de enajenación, Ellen pensó que la había echado de menos tan desesperadamente que le pedía que regresara, luego advirtió su tono enfurecido y preguntó:

—¿Cómo dices?

—Mark —dijo él—, ha muerto.

Nunca empleaba el apelativo cariñoso, Rock.

—¿Cómo dices? —volvió a preguntar ella.

Debía de haber perdido el juicio. Le gritó que hablara claro, que se explicara.

—¿Dónde está? —inquirió, sin esperar a oír su respuesta.

—Murió —dijo él—, en la carretera. Lo atropelló un camión.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Por qué no me buscaste?

—Desde hace tres días se está difundiendo un anuncio para reclamar que te pongas en contacto con urgencia —dijo él—. ¿Cómo íbamos a saber que estabas de vacaciones?

—Tres días. ¿Dónde está? —repitió Ellen—. ¿En el hospital?

—Ya te lo he dicho: está muerto.

—¿Y enterrado? —insistió, como si solo el acto de enterrarlo hiciera definitiva su muerte.

Él dijo que sí, que estaba enterrado.

—¿Cómo pudiste enterrarlo sin mí?

—Oye, no es el momento de sentirse ofendida. Yo lo vi, yo estaba con él...

«¿Y por qué no moriste tú?», pensó amargamente ella, y le preguntó dónde estaba enterrado.

—En Gales —dijo él—. Donde estábamos.

—¿Pero, cómo..., cómo?

—Fue a buscar la leche. Iba cada mañana...

—Imbécil, ¿no podías ir tú, perezoso? —le espetó, mientras recordaba con

rabia todas las latas llenas de gasas y los inútiles frasquitos de medicamentos que él había trasvasado de los frascos más grandes. Una vaharada de odio y reproches salió de su boca, y si había un placer en el mundo que pudiera disfrutar en ese momento era la satisfacción de poder acusarle del peor crimen posible. ¡Por fin se habían invertido los papeles!

—Escúchame —le rogó él—. Escúchame, escúchame.

—Tú lo mataste —lo acusó ella—. Tú lo hiciste, fue culpa tuya.

—Gracias por ser tan compasiva —replicó él, y Ellen comprendió que también era terrible para él y sintió un poco de lástima.

—¿Fue muy duro? —le preguntó en otro tono de voz.

—No llegué a verlo. Tuvieron que cubrirlo.

—¿Quién lo tapó? —quiso saber Ellen. Solo a ella debería corresponderle hacerlo.

—Un peón caminero que iba a su trabajo.

—¿Su cabeza estaba...? —preguntó ella, sin atreverse a pronunciar la palabra «reventada».

—Todo él estaba mutilado —dijo él, y Ellen supo, sin necesidad de preguntarlo, que probablemente lo habrían puesto así en el ataúd, cubierto con esa manta que mantenía unidas las partes mutiladas.

—¿Quién asistió al funeral? —dijo ella.

Las preguntas acudían automáticamente a sus labios. No eran las preguntas que quería hacer.

—Yo —respondió él, y Ellen lo vio frente a una tumba abierta con una chaqueta negra, allí de pie para siempre.

La telefonista intervino para preguntarles si habían terminado, y ella gritó que no y le pidió a él que por el amor de Dios se lo contara todo, todo, que dejara de empeorar la situación obligándola a preguntar cada detalle.

—¿Crees que puedo hacerlo? —protestó él, en un tono que daba lástima.

—Regresaré —dijo ella—. Cogeré un avión esta noche.

—No quiero verte —dijo él—. Eres la última persona a la que deseo ver.

—Pero tenemos que ayudarnos, tenemos que hacerlo —insistió ella.

—No vengas —dijo él—. Sería incapaz de verme contigo.

Y luego le dijo que iba a colgar y lo hizo. Ellen cayó en la cuenta de que no

le había preguntado dónde estaba ni nada personal. Hablaba en serio cuando le había dicho que no quería verla. Colgó el teléfono y se quedó completamente inmóvil.

Siempre se supone que en momentos de crisis la gente pierde el control, pero ella no estaba descontrolada. Estaba serena y fue capaz de decirse que ella había matado a su hijo. El razonamiento era simple: si no hubiera dejado a su marido, habrían pasado las vacaciones juntos, y ella y el niño habrían ido a buscar la leche juntos y habrían esperado cogidos de la mano a que pasara el camión y algo habría pasado frente a ellos a gran velocidad, dejando una nube tras de sí, y entonces ellos habrían cruzado la carretera.

Mientras pensaba eso había movido la mano. La tenía abierta para coger la de él, y al verla vacía, sintió por primera vez el tormento físico que suponía comenzar a comprender que él estaba muerto. Cogió su cara entre sus manos, su pequeño cuello, besó su cabello, que estaba cortado como el de un monje, y superpuso las imágenes que veía a lo que le había contado su marido, y la serenidad la abandonó. Tenía que hacer algo. Atravesó corriendo la habitación y recorrió varios pasillos, y pasó frente a otras habitaciones, donde estaban los criados, y se lo contó a Antonio de un tirón. Él no lo entendió del todo pero su adusta cara morena se ensombreció aún más y se levantó y le dio un vaso de agua y llamó a su mujer, que estaba mirando la televisión en otro cuarto, y ella lo comprendió enseguida todo. Luego se oyeron muchos pasos que se acercaban presurosos por los pasillos, y criados que nunca había visto acudieron a atenderla y le ofrecieron algo de beber y la sentaron en una silla, y de la nada aparecieron Gwyn y Jason con otras dos personas, y todos la besaron. Era reconfortante estar con toda esa gente porque todos eran tan extraños y tan lejanos... Y le dieron una mezcla de bebidas y pastillas que hacían borrosas sus palabras y lo que Ellen les decía. Alguien mencionó la posibilidad de fletar un avión esa noche.

—Será mejor que lo llame usted —le dijo Ellen a Jason, y le dio el número de teléfono de su esposo.

Jason salió y tardó bastante en regresar, y entonces dijo que sería mejor no fletar ningún avión. Evidentemente había telefoneado y había encontrado en su marido la misma hostilidad que ella. Jason no paraba de repetir que había

sido un accidente, un terrible accidente. Alguien preguntó estúpidamente si se sabía el nombre y número del conductor que había matado al niño. Este detalle práctico les hizo estremecer, pues recordaron al hombre muerto en la carretera y cuán muerto estaba, y de cuán poco había servido la presencia de sus asesinos.

—No quiero saber quién lo mató —dijo Ellen.

Le dieron la razón, dijeron que no valía la pena buscar venganza. Le dieron pastillas de una gran botella cuya etiqueta decía «Duermebien» y se trasladaron en grupo de una habitación a otra en busca de nuevos asientos y nuevas posiciones para poder estar todos cómodos.

—Siempre me pedía que le comprara peces dorados —dijo Ellen. Se refería a su hijo. Tan pronto hablaba de él como de su marido. Alguien le preguntó si era simpático.

—Parece más triste de lo que es —dijo ella, pero no sabía a qué se refería.

Volvió a hablar de su niño y les contó cómo lo había asustado un nuevo cubrecama almidonado y que había dado un grito mientras exclamaba: «Podría convertirse en una mujer durante la noche», y luego comentó vagamente algo relativo a los temores infundados heredados. Todos asintieron. Algunos menearon la cabeza. En su semiembriaguez veían claro que en esa ocasión sus temores no eran infundados sino que se habían hecho realidad.

—Hasta ahora la muerte nunca había sido absolutamente real para mí —dijo Ellen.

Su madre había muerto, de cáncer, y su padre poco después, falto de cuidados. Ella los había enterrado, había ofrecido una novena, había pagado los ataúdes, los funerales y los barriles de cerveza consumidos durante el velatorio, había llorado, había llevado un rombo negro en la manga y había recordado sus posibles purgatorios el lúgubre mes de noviembre, el mes de Todos los Difuntos; pero esas muertes eran simplemente algo triste e incómodo, que ocurría fuera de ella. Su hijo estaba clavado en ella como una lanceta, como un dolor, no podía soportarlo, gritó. Volvieron a inclinarse sobre ella, pastillas, whisky, brazos sobre sus hombros, una palangana por si se mareaba, toallas, compresas de agua fría, perfume, un rosario de Gwyn, un

frío crucifijo que acercaron a sus labios. De algún modo consiguieron pasar la noche. Períodos de calma y luego un estallido y carreras arriba y abajo. Nadie pegó ojo.

—¿Cuántos años tenía?

Era por la mañana y todos estaban sentados en torno a una mesa para desayunar. Ellen vio derramarse la yema de un huevo por la pared de una huevera de plata.

—Siete —respondió—. No le gustaban los huevos. Las patatas fritas eran su plato favorito, incluso frías.

—Siete...

Y nadie fue capaz de añadir nada más.

Al cabo de un rato le preguntaron qué podían hacer, y ella hizo un gesto que significaba que no lo sabía. No se levantó cuando retiraron el mantel, y los demás, tampoco, y Ellen contempló la mesa de madera satinada y se preguntó cuánto tardarían en cansarse de las condolencias y se ofrecerían para llevarla al hotel y luego al aeropuerto.

—¿Qué podemos ofrecerte? —le preguntaron—. ¿Flores? —Y aunque ella movió la cabeza en señal de negación, más tarde, cuando ya la habían acompañado hasta el hotel, le enviaron flores. Les dijo que quería regresar, quedarse una noche en el hotel para asimilarlo, a solas.

—Quiere estar sola —comentaron ellos, y Ellen comprendió que estaban cansados de montar guardia a su lado.

Además, ¿qué podían hacer? Llegaron las flores. Dos ramos enormes: flores blancas y flores azules. Imaginó que las habían elegido con cuidado y que no querían que fueran flores vistosas. Dejó los ramos encima de la cama y le parecieron coronas, aunque no tenían forma circular.

—Muerto —le dijo a Hugo, el camarero, que se había quedado mirando las flores encima de la cama pero no alcanzaba a comprender sus lágrimas—. *Enfant* —dijo ella e hizo el gesto de mecer un niño entre los brazos para dárselo a entender.

Él se la quedó mirando, pero no supo qué decir. Volvió con whisky. Dos

vasos. Ellen cogió uno y comenzó a beber. Él se quedó mirando de brazos cruzados. Luego cogió su maleta y le preguntó si quería marcharse pronto.

—No —dijo ella negando con la cabeza—. No me marcho.

Era demasiado difícil explicarle que ya habían enterrado al niño y nadie la esperaba en casa. Pasado un rato, el chico se marchó del cuarto; se escabulló nervioso como si temiera quedar prisionero allí. Ellen abrió la ventana de par en par, luego tiró de las cuerdas hasta hacer caer las persianas y la penumbra invadió la habitación. Se desvistió y se metió en la cama, y bebió del segundo vaso. No le hizo falta acabarlo. Las pastillas y el llanto y el primer vaso ya le hacían rodar la cabeza, y no tardó en quedar sumida en un sueño febril. No reaccionó hasta que el diario cayó por la ranura con un golpe seco la mañana siguiente. Pesada, con resaca y confusa, desplegó el diario y leyó:

MONJAS INTERVIENEN EN UNA OFERTA PÚBLICA DE COMPRA

PUNTO MUERTO EN LA GUERRA DEL PLÁTANO

Primero recuperó la memoria, luego vino el dolor, como si en sueños hubiera desechado el sufrimiento, igual que se había desprendido de sus incómodos zapatos. Solo de pensar en Inglaterra y la necesidad de volver a casa, un escalofrío de pánico recorrió su cuerpo. Arrebujó el diario que tenía en la mano hasta dejarlo tan arrugado como para que fuera imposible leerlo a cualquier hora del día, cogió el vaso con el resto de bebida de la noche anterior y llamó para pedir un té.

No hizo las maletas ni tampoco regresó a casa aquel día. Por la tarde se obligó a levantarse y a salir, y luego, impulsivamente, preguntó en una tienda con un letrero que decía «*Ici on parle anglais*» si había alguna iglesia católica cerca. Su virtud moribunda se aferraba a esa clase de hábitos.

Era una iglesia pequeña rodeada de palmeras y la puerta lateral estaba abierta. Se quedó un rato arrodillada sobre el suelo embaldosado cerca de la pila de agua bendita rociándose repetidamente con agua bendita mientras iba repitiendo cada vez: «*Apiádate de él, Señor*». En la capilla hacía frío y resultaba difícil comprender que el mundo estival seguía su curso afuera, los

cuerpos seguían ofreciéndose al sol, los asientos de los coches ardían, se bajaban las persianas, se colgaban toallas en los balcones y la nieve de las montañas continuaba centelleando a lo lejos. Su oración era automática; no significaba nada. Con ella intentaba invocar la fe. Pero no obtuvo alivio del cielo ardiente y se levantó con las rodillas lastimadas —las pisadas habían depositado arena entre las baldosas— y la vaga sensación de haber cometido un sacrilegio por el solo hecho de rezar. Tenía que hacer un esfuerzo y decidirse a regresar a Inglaterra, pero sus miembros parecían de linfa y a duras penas conseguía moverse.

Y entonces le ocurrió una cosa muy rara. La invadió la falsa calma que a veces sigue a las conmociones. No regresó a casa. No quería regresar a casa. Mientras siguiera allí no tendría que enfrentarse a la calamidad. Ni siquiera pensaba si su hijo estaba muerto o vivo. No pensaba en nada. «Me quedaré un día más», decía convencida, pero al día siguiente se repetía lo mismo. Era como ser otra persona. No luchaba. Su carne amodorrada no respondía a nada, con la sola excepción de una nueva y fantástica necesidad de tostarse al sol. Era la primera en salir cada mañana para atravesar presurosa la penumbra de los árboles y dejarse caer sobre el colchón de goma que tenía permanentemente inflado. A unos pasos del agua. Le bastaba extender el pie para que el agua lo cubriera. Un árabe de ojos negros arteramente traicionero vendía pieles de cabra pero nunca la molestó; otro hombre ofrecía húmedos ramos de rosas rojas en manojos apretados de alrededor de una docena, y un tercero llevaba diarios ingleses que voceaba por sus nombres, pero nunca les compró nada. No decía nada. Cuando el grupo inglés le sonreía, miraba al vacío. La mujer con los impertinentes se había cansado de hacerle proposiciones. Para Ellen eran solo fantasmas vivientes. Se había comprado unas gafas de sol nuevas con lentes color azul oscuro y el efecto era como estar encerrada nadando en una gruta subterránea con el suave rumor del fluir del agua que arrullaba sus sentidos. Nadie la molestaba. Una vez le resbalaron las gafas sobre la nariz y divisó a una chica escocesa con una media luna ennegrecida sobre el brazo sonrosado y pecoso, donde alguien

había hincado los dientes. La había visto rondar en torno al violinista en el vestíbulo por las noches y la había oído hablar con él en un francés confuso. Al ver la mordedura sintió repulsión y, recordando la vulgaridad de los encuentros improvisados, volvió a acomodarse rápidamente las gafas para regresar a la seguridad de su gruta. El sol, el sol entumecedor, era su único anhelo. Extendía las piernas al máximo, cerraba los ojos y dejaba que el sol la invadiera, y rogaba que fuera cada vez más intenso a fin de que todos los demás huyeran y la iluminara solo a ella. Estaba convencida de que la presencia de otra gente la privaba de una parte de ese fuego. No le bastaba con que se tostara su piel exterior; quería que el calor la atravesara, que fluyera por sus miembros como puro fuego, y que pasara a formar parte de su energía. Ya no hablaba con nadie, no miraba a nadie; a veces a través de las gafas veía pasar a la gente, sombras que se interponían entre ella y el sol, y jamás se preguntaba si serían hombres o mujeres. Poco a poco se fue transformando. Su piel adquirió una tonalidad de oro rojizo, cada día más intensa, y por la noche se acostaba pensando solo en la mañana y en el bautismo de fuego del día siguiente. Debería sentirse triste. Debería regresar a casa. Debería estar llorando. Pero se había negado a pensar en nada que quedara fuera de ese entorno de calor blanco, pálido, insensibilizador.

Evidentemente, a veces algún pensamiento se abría paso, como la humedad que penetra en los muros de piedra o las malas hierbas que brotan sobre un tejado de pizarra. Entonces tomaba conciencia. Lo veía, oía su voz: «El animal más sediento de sangre mide unos cuatro centímetros. Es la musaraña común».

Este y muchos otros fragmentos de saber revoloteaban como confeti en su atareada cabeza de chorlito. Todos dirigidos a ella. Una sucesión de sus voces, que iban cambiando con el paso de los años: cuando no sabía pronunciar la «r», el ceceo cuando perdió un diente, las grandes palabras compuestas que le encantaban, pequeñas hazañas susurradas al oído de George por la noche. El día que le dijo: «George ha organizado un magnífico concurso para ver quién mea más lejos», y escudriñó su cara en busca de alguna señal de enfado, y al no encontrar ninguna siguió repitiendo la palabra «mear» con la alegría que solo está al alcance de los muy inocentes. Veía

imágenes espantosas de su cuerpo despedazado sobre la carretera y sus brazos arrancados y desperdigados. Luego, intentaba volver a enroscarle mentalmente los brazos, como si fueran brazos de muñeca. Reconstruyéndolo.

Pero eso era previsible.

En conjunto, iba tirando. Comía bien y no bebía demasiado.

Un día, a la caída de la tarde, cuando estaba tendida sobre el colchón, notó, aunque tenía los ojos cerrados, que la persona que estaba de pie junto a ella no era un transeúnte. Se puso rígida. Su marido. La había descubierto. ¿Cómo podría incorporarse y decirle: «No remoloneo, estoy atesorando fuerzas antes de enfrentarme a ello»? Al mirar a través de las gafas vio que la cara del hombre que se inclinaba sobre ella parecía sonreír.

—Así que estás aquí —dijo.

Reconoció el hablar lento de Bobby.

—Oh, eres tú —dijo, y se incorporó, sin alegría ni disgusto—. ¿Creí que estabas en un...?

No acabó la frase.

—Lleno de mariquitas —dijo él, y se sentó a su lado—. Tienes buen aspecto.

Echó hacia atrás el sombrero que le cubría la cabeza para ver claramente su cara.

—Me siento bien.

Le estaba agradecida por no haberle preguntado por qué no se había ido.

—Bonito lugar —dijo él.

Miró a su alrededor e hizo muecas a las chicas aburridas, expectantes, relucientes de crema bronceadora marrón. Una se levantó al verle y pasó lentamente por su lado. Él la miró de arriba abajo y comentó en voz lo bastante alta como para que pudiera oírle:

—Muy bien, el meneo del culo. Trasero por todas partes.

La chica entró en el agua y se encaramó sobre el cuello de una góndola blanca que estaba a unos metros de la costa. Como si montara el cuello de un cisne.

—Esperando compañía —dijo él, y la saludó con la mano.

Ella no le devolvió el saludo.

—Tienes solo una idea fija —dijo Ellen, pero aun así se alegró de poder conversar un poco.

—¿Quién? —dijo él y se rio.

Luego recitó con voz afeminada:

*Pero me gusta mear en la orilla del mar,  
me gusta mear junto al mar,  
y me encanta mear en el mar,  
con alguien que mee sobre mí...*

El grupo de ingleses, capitaneado por Arthur, lo oyó y se puso de pie ofendido, dispuesto a marcharse. Era temprano para ellos.

—Estás ahuyentando a la gente —dijo Ellen.

La inglesa vestía a su marido como Ellen le había visto hacer cada día. Le ayudaba a ponerse sus zapatos, los calzoncillos y los shorts. Ahora ya llevaba shorts.

—Por dios, tío, ¿qué se ha hecho de tu orgullo genital? —dijo Bobby, mientras señalaba con el dedo al marido indefenso.

—No me has hablado de Tánger —dijo Ellen intentando entablar conversación con Bobby— ni de Denise...

—A la mierda Denise —dijo él mientras apoyaba la cabeza en el suelo de arena para ver por debajo al hombre a quien estaban vistiendo.

—Ya lo veo, ahí está —exclamó, aferrándose al brazo de Ellen pero mirando en dirección al grupo inglés. Como si hubiera apostado contra sí mismo.

—El miembro está allí —dijo, y luego añadió en voz más baja—: pero no está en guardia.

Y hundió la cara en la arena, gruñendo con regodeo.

—Estás chiflado —dijo ella.

Cuando se incorporó, tenía los ojos cerrados y la cara llena de arena transformada en una máscara de su rostro anterior. Triste y apenado, le cogió la mano y volvió a preguntarle cómo estaba.

—¿Has venido para verme? —preguntó Ellen.

—Claro.

—¿Por qué?

Pero ella sabía por qué.

—No me lo dijeron... No me enteré hasta al cabo de tres días, cuando alguien dijo... Bueno, alguien lo dijo.

—A veces no... lo creo —dijo Ellen.

Él le estrechó la mano y le dijo que hablara o que no hablara, lo que prefiriera, y se quedaron así sentados mirando el mar y no soplaban ni la más ligera brisa. Él se sacudió la arena de los ojos, pero dejó la máscara granulosa sobre su cara.

—Alguien lo llamó azur, ¿no? —dijo él—. Rimbaud creo. Era un poeta.

—¿Al qué?

—Al mar, gansa. —Y chasqueó rápidamente los dedos y preguntó—: Gansa, ¿en qué piensas ahora? Dímelo rápido.

—En patatas rellenas.

—Jesús, las mujeres no tienen lógica. Pregúntame algo.

—¿El color de una carretera? —Chasqueó los dedos como había hecho él.

—Todos los colores, señora, pero me gustan doradas.

—¿Qué recuerdas de cuando eras pequeño? —le preguntó ella. Algo en su voz había situado esa carretera dorada en una secuencia infantil.

—Cómo hacían a mi hermana pequeña; lo vi por el ojo de una cerradura.

Volvió a guiñar un ojo mientras bizqueaba con el otro. El grupo inglés se había marchado.

—Y melocotones —dijo ella— reventados.

Ahora la idea de cualquier cosa reventada le recordaba cómo había muerto su hijo. Él la rodeó con el brazo.

—Tengo críos —dijo él—. Nunca los veo.

—¿Por qué? —dijo ella, acusadora.

—Su madre cree que soy un lobo.

—¿Eres un lobo?

Sabía que estaba a punto de llorar.

—Soy un lobo, soy un lobo —dijo él y la amenazó con sus fuertes dientes

blancos y luego la abrazó y la dejó llorar.

De vez en cuando hacía una broma sobre la gente que pasaba y le dijo que se estaba perdiendo un espectáculo porque la corrupción empezaba a cuajar por todos lados. A ratos solo la palmeaba cariñosamente y luego decía:

—¡¡Uau!! Si la gente fuera capaz de llorar en escena como lo haces tú...

Ellen estuvo llorando y parloteando en estallidos de palabras sin sentido y se sonó con una toalla. Tan pronto decía: «Por la noche ponía toda la ropa en una bolsa de papel para protegerla de las polillas» como pasaba a describir cómo una vez se cortó el pelo y, arrepentido, intentó volverlo a pegar con cinta adhesiva antes de que ella lo viera, y eso la hizo llorar todavía más, y cuando se acordaba, pedía excusas por sonarse tanto. Sin motivo alguno, comenzó a hablar de las tortugas de una isla del Pacífico Sur.

—Sus madres ponen huevos en la arena y luego no pueden encontrar el camino de regreso al mar y caminan sin rumbo sobre la arena desesperadas y lloran; las tortugas lloran. Y las crías nacen y también caminan errantes, y nunca llegan a conocerse y todas enloquecen y caminan sin rumbo.

La historia tenía algún significado, pero Ellen lo había olvidado.

—El siglo del infierno —dijo él en voz baja, serena, y ella se acordó por un instante de sus hijos y le preguntó cuántos eran y de qué sexo.

—Tendrás otro hijo —dijo él— o tendrás algo.

—¿Qué quieres decir? —dijo ella.

¿Habría ido a verla con la intención de acostarse con ella?

—Tú lo sabes —dijo él—. Has visto cosas, cosas bonitas, surgidas de lodazales y pilas de escoria y montones de estiércol. ¿Ves esos árboles altos, indiscretos?

Señaló las palmeras detrás de los vestidores.

—Son indiscretos —dijo ella a través de las lágrimas.

—Algo sucederá —dijo él—. Una especie de... Tal vez te conviertas en un gitano, como yo.

—Jamás lo superaré —replicó ella, ofendida.

—Nadie te lo pide —afirmó él, y luego se levantó y la ayudó a levantarse cogiéndola por una mano. Y añadió—: Necesitamos beber algo, un reconstituyente después de toda esta charla de alto voltaje y demás...

Mientras subían hacia el hotel, bajo los árboles, ella le sopló suavemente la cara para retirar los últimos restos de arena y luego le pidió permiso para cambiarse de ropa. En realidad, quería refrescarse los ojos porque los tenía irritados.

—Vamos a comprar un vestido para ti —dijo él, y sonrió.

En la boutique del hotel le compró un costoso vestido blanco con un cinturón a juego. El vestido era de lino, con grandes mangas donde podía cobijar las manos. Como los santos que se ven en los libros religiosos: blancos, sin miembros y muy quietos.

—Es el día de la castidad —dijo él cuando ya estaban sentados en el hotel bebiendo un combinado blanco espumoso helado que él había hecho preparar especialmente.

Los iba pidiendo de cuatro en cuatro porque el barman tardaba un buen rato en prepararlos. De esa forma nunca se quedaban sin bebida. Se llamaban daiquiris y llevaban ron, pero su aspecto espumoso los hacía parecer inocuos. De vez en cuando él alargaba el brazo para acariciarle la mano o deslizaba los dedos sobre su brazo debajo del manto blanco, pero el contacto era delicado, como el contacto inefable del viento. De repente Ellen echó de menos el viento y deseó poder oírlo silbar.

—Me animas —le dijo.

—Tonterías.

—Es cierto.

—Llevo pesarios —dijo él—, pesarios para animar a las mujeres.

—Nunca hablas en serio —protestó ella.

—¡En serio! —exclamó, como si acabara de pronunciar una palabra obscena—. Por Jesús y las vírgenes, ¿quién puede querer ser serio?

No se mostró dispuesto a hablar de su mujer, ni de sus hijos, ni de sus amigos, ni de las películas en las que había actuado o de aquellas en las que iba a actuar. De vez en cuando se concentraba durante el rato suficiente para explicarle a Ellen el sabor y la textura exactos de un melón que había comido en el desierto de Arabia, y las supersticiones relacionadas con el mismo. Los melones de los que hablaba tenían largos nombres descriptivos como los títulos de los poemas chinos. Habló de la luz sobre las piedras de Grecia y de

cómo cambiaba a medida que avanzaba el coche y la sensación de haber penetrado mil leguas en el interior de la mayor pecadora del mundo.

Un poco aturullada por la bebida, hipnotizada por su voz y por su manera de acariciar sus brazos delgados bajo las anchas mangas sacramentales, Ellen escuchaba todo lo que decía sin cuestionarlo, incluso cuando decía cosas absurdas. Afuera oscurecía, la gente pasó al comedor para cenar y él no daba señal de querer levantarse. El camarero les sirvió unas almendras con las nuevas bebidas. Bobby daba buenas propinas. Como ella, deseaba que le consideraran generoso, pero resultaba ofensivo.

—¿Es usted el Bobby tal y tal? —preguntó un hombre al pasar.

—Soy Bobby tal y tal —respondió él, y le indicó al camarero que se llevara a ese hombre de allí.

Ellen removió nerviosamente su bebida con una varilla. Había una fina varilla de madera para remover y un cenicero en forma de corazón con tres huecos dorados en el borde para tres cigarrillos, aunque solo había dos. De vez en cuando miraba el espejo de la pared para verle hablar con ella, y su modo de hablar y el modo de escucharle ella le parecían mitad sueño y mitad realidad debido al terrible silencio de cinco días, los fuertes combinados con ron, el cariño que él derramaba sobre ella... Estaban sentados junto a una mesa próxima a la ventana, afuera la luz tenía una tonalidad azul oscuro impenetrable. No parecía el mismo hotel donde había conocido al violinista. Este acababa de pasar y la había mirado con incredulidad. Ella se sintió triunfante porque la hubiera visto con un hombre. Un ramo de flores que tenía detrás rozó su pelo y Bobby se inclinó para coger una y se la puso en el sobaco. El violinista también lo vio. Ellen la sujetó con fuerza, cada vez más fuerte, apretándola bajo el brazo, mientras se preguntaba si su tinte rojo podría manchar la pureza de su vestido nuevo, considerando la posibilidad, pero sin preocuparse demasiado.

—Le toca a usted, señora —dijo él y la miró.

Podía decir lo que quisiera. Mientras no hablara en serio ni preguntara por su mujer.

—Mis bragas mojadas en un campo de cebada —dijo ella.

Sensación por sensación. Él le había dado los melocotones blancos.

—Una hora santa en un lavabo con una ramera —dijo él.

—Orinales que nadie enjuaga —dijo ella, y volvió a pensar en su casa, las dos habitaciones, ropa mojada tendida dentro, la mesa nunca despejada del todo, botellas de salsa de pepinillos, manchas de salsa, el jardín como retrete.

—Límpialo —dijo él, y fingió enfadarse, levantando el dedo índice.

—Ajo silvestre que no estropea el aliento —se apresuró a decir ella.

Estaban jugando a un pasatiempo infantil y quien perdiera su turno quedaría eliminado. Había ajos en los setos que rodeaban los campos de cebada. Y señales que decían **NO ENTRAR**. Y ella no era mucho más alta que las altas espigas de la cebada. Los terratenientes responsables de las señales difícilmente alcanzarían a distinguirla. También era rubia. Su pelo solo se había oscurecido más adelante hasta adquirir ese tono dorado rojizo.

—Bravo —dijo él, y acto seguido se levantó y se desperezó.

Ellen guardó la flor ajada en su bolso nuevo y dejó un vaso de bebida intacto.

—Mira —dijo mientras le mostraba el forro de satén del bolso—. Está limpio.

Un coche lo esperaba afuera. El conductor le entregó un telegrama, pero él no lo abrió.

«Ábrelo —habría querido decir ella—, por si tienes que marcharte», pero él se lo guardó en el bolsillo y ambos entraron y se acomodaron en el asiento posterior. Su corbata ondeaba al viento impulsada por la corriente de aire que producían las ventanillas abiertas y Ellen vio la etiqueta de una casa de modas de París.

—*Grandeur* —dijo.

Él cogió el cortaplumas, el mismo que había utilizado para retirar los pelos de la alcachofa, y cortó la etiqueta y la tiró por la ventana.

—Alguien la encontrará y volverá a coserla —dijo Ellen.

—No me importa, francamente no me importa.

Lo decía a menudo, como si tuviera necesidad de asegurarse de su indiferencia. Fueron hasta un castillo que también era restaurante y él le pidió al chófer que regresara a medianoche. El arco de piedra de la entrada estaba cubierto de glicinas y aún les quedaban algunas flores; sus vainas de color

malva pálido colgaban desmayadas sobre las suaves hojas verdes. Como un hombre y una mujer después de hacer el amor. Era un lugar famoso por sus cuadros, le explicó él mientras la conducía con gran solemnidad a través del pasaje de piedra y luego de una estancia a otra para que viera los diferentes cuadros allí colgados con oscuros marcos dorados y un foco tubular sobre cada uno. Las estancias estaban a oscuras, pero Ellen podía distinguir claramente los cuadros. Su favorito fue uno de una mujer borracha, pero pensativa, sentada frente a una mesa de un café. Ya no bromeaban, ni decían nada excepto algún que otro sorprendido y maravillado «¡Cristo!» cuando veía algo que lo dejaba asombrado.

Comieron al aire libre y un gran perro negro se tendió a sus pies.

—Es el demonio —dijo ella—, que nos separa.

El perro se había situado entre ellos debajo de la mesa de piedra.

—Se equivoca, señora. El demonio es el tipo que nos junta, es viejo y malvado...

Levantó la vista. El cielo era inmenso y estaba sereno, su profunda luz azul protectora brillaba sobre ellos y sobre todos los pecadores en vacaciones. Con la boca llena de vino, gorgoteó mirando hacia arriba, y su risa y su felicidad parecieron vibrar sobre las hojas a través de las cuales miraba. En un arrebato de satisfacción, ella dijo:

—Es la noche más agradable que he pasado en mi vida.

Y durante ese breve instante no se sintió culpable por ser feliz tan poco después de la muerte de su hijo. Incluso cuando estaba vivo, solo era madre una parte del tiempo; lo vigilaba y lo cuidaba durante meses seguidos y de pronto una noche sentía un deseo salvaje de pasear por la ciudad y hacer locuras, sin tener la responsabilidad de ser madre durante horas o días o semanas.

Para empezar tomaron *crudités du pays*. Se las sirvieron en una gran fuente y había tantas clases de verduras que Ellen comentó riendo que debían de haber arrasado un jardín. También había dos huevos, con las cáscaras marrones relucientes en los puntos donde les habían puesto mantequilla. Él rompió hábilmente uno contra la mesa de piedra, lo sostuvo sobre la boca y lo sorbió. Ellen eructó discretamente al amparo de la manga de su vestido

nuevo. No podía soportar los huevos.

—Vamos, come —le dijo él.

Sabía cuál era la salsa más adecuada para cada verdura y masticaba cada bocado hasta haberle arrebatado todo su sabor.

Después tomaron *beefsteak Chateaubriand* y el vino que lo acompañaba procedía de una botella muy vieja con una tela de araña alrededor.

—No hemos nadado —dijo él mientras rememoraban el día y cómo lo habían pasado—. Nadaremos esta noche.

—No sé nadar.

Era mejor decírselo y no tener que verse tiritando en un traje de baño y decepcionarlo.

—¿No sabes nadar? —dijo él.

Ellen asintió. Él le enseñaría al día siguiente. Ella le acarició ligeramente la mano en señal de gratitud. Volvió a pensar en el joven sacerdote que la había salvado de ahogarse una vez y, mirando a Bobby, recordó cuál era el mayor regalo que le había hecho. Le había dado el olvido, un día de distracción, un día de sanación. Cuando recordaba a su hijo era un recuerdo dulce, una evocación de su otra vida, con niños reales, en un lugar que ella llamaba «Limbo». En cierto sentido ella también habitaba en el Limbo, un lugar de conciencia casi indolora, paciente, a través de la cual se filtraban otros pensamientos de su otro mundo. Pero su hijo estaba en un lugar feliz. Lo había bautizado en secreto cuando era un bebé y eso la aliviaba secretamente ahora. No era cuestión de tener o no tener fe, simplemente no sabía.

—¿Hay otra vida? —preguntó sin darle mayor importancia.

—Queda medio vaso para cada uno —dijo él mientras sostenía con firmeza la botella de vino y arrancaba la tela de araña. Ellen pensó luego que la tela de araña debía de haberse adherido a su cara, pues de vez en cuando se frotaba la barbilla para deshacerse de algún estorbo.

—¿Es así? —dijo ella, mirando hacia el mar que se veía más grande en medio de la oscuridad.

—¿Y qué me dices de los caracoles, que les cortan la cabeza y les sale otra nueva, eh?

—¿Qué pasa con ellos? —replicó Ellen.

¿Lo había decepcionado con su cobardía? Él se cubrió un dedo con una punta de su servilleta y retiró unos restos de azúcar glas del valle que formaba una comisura de su boca. Ellen retuvo su mano contra la mejilla y observó su brazo cubierto por la camisa blanca y luego la minúscula línea de suciedad en el dobléz del puño.

—Es re... pugnante —dijo él.

Ellen no olvidaría nunca su tono al decirlo.

Alquiló una habitación en su hotel, para estar allí por la mañana para su primera lección de natación. El mayor cumplido que podía hacerle.

—No te preocupes, estaré abajo en la entrada —la tranquilizó.

Estaban en el umbral de su habitación, con la puerta entreabierto pero la luz interior apagada.

—Bobby, Robert.

Quería besarlo, darle las gracias, decirle con sus cinco sentidos que había sido un día perfecto.

—Duerme bien —susurró él porque ya era tarde, y luego, al ver que remoloneaba, sacó una diminuta pluma de plata y escribió algo en su cuello, donde el vestido nuevo tenía una abertura romboidal. Bajó la vista para leer qué decía, pero estaba demasiado cerca de su barbilla y no pudo verlo.

—Te veré mañana —dijo él mientras introducía la pluma en su bolso nuevo, como una prenda.

Pudo ver lo que él había escrito en el espejo del dormitorio:

#### REINA DE LOS CORAZONES

Por la mañana la inscripción seguía allí.

La mañana siguiente, temprano, recibió su primera lección. Él le compró flotadores para los brazos, y mientras los inflaba le dijo que se metiera en el agua y empezara a familiarizarse con el mar. Todas las playas cercanas estaban vacías, pero se oían voces infantiles. Ahora Ellen detestaba los ruidos infantiles y se tapó instintivamente los oídos.

—Vamos —le dijo él—, el bautismo del agua.

Parecía tan sencillo adentrarse en el agua, donde no se reflejaba ninguna nube... Aún hacía fresco y una niebla cubría las zonas circundantes y, por lo que ella podía ver, allí no había nadie más aparte de ellos dos. Al entrar en el mar, él le cogió ambas manos y tiró de ella para que se sumergiera junto con él, y una vez mojados, ambos se levantaron y se sacudieron el agua de la cara. Él le dijo que para empezar tendría que acostumbrarse a que le entrara agua en los ojos.

—Las manos —dijo luego, y se las cogió y comenzó a alejarse hasta que quedaron separados por la distancia de sus brazos extendidos.

Le costó mucho convencerla para que levantara los pies del fondo marino, pero cuando por fin lo hizo, se agarró firmemente a las manos del hombre y declaró su plena confianza en él. Podría vivir así toda la vida, sostenida por sus manos, bajo la mirada de sus hermosos ojos alegres, perdido el dominio de las piernas y el cuerpo, pero a salvo.

—Patalea, patalea, patalea —repetía él, mientras ella avanzaba a su encuentro y él se alejaba al mismo ritmo—. Patalea como si quisieras darle una patada a un hombre.

Ambos rieron y se detuvieron un momento, y allí, en el agua, él la abrazó, cosa que no había hecho en tierra.

—Nos quedaremos aquí para siempre —dijo ella. Pero él dijo que no. El primer día no podía excederse porque se le cansarían las piernas.

Era cierto, cuando salieron y se tendieron sobre los colchones inflables, le dolían las piernas y sentía el estómago como si lo hubiera activado por primera vez en la vida. Nadaron un par de veces más y la primera vez dejaron que el agua de mar se secase al sol sobre su cuerpo y la otra vez se metieron bajo la ducha y él la lavó y hasta le lavó el pelo aunque ella no quería que lo hiciera. Luego él se alejó nadando solo mientras Ellen lo seguía con la mirada, aunque acabó perdiéndolo de vista entre los demás nadadores.

Almorzaron en la playa y después él le pidió al chófer que los llevara a la montaña. Fueron a un pueblo donde las tiendas solo vendían cerámicas. Los terrenos baldíos estaban llenos de cascotes amarillos, a Ellen se le llenó la garganta de polvo y mientras contemplaba las matas de retama moribunda frente a las casas, volvió a añorar la lluvia y la visión de frescas violetas

azotadas por un fuerte aguacero. Subieron y bajaron por las calles comparando los diferentes cacharros en los distintos escaparates y, con tanto para escoger, acabaron por no comprar nada.

Él comenzó a acudir cada día para darle su lección de natación y después se tumbaban uno junto al otro, casi sin hablar. A veces él le preguntaba si quería algo y ella le respondía:

—Somos afortunados, ¿verdad?

—Somos astutos —replicaba él, o sonreía, o le guiñaba el ojo o solo le daba la vuelta a su sombrero para que las cintas negras le cayeran sobre la cara.

—Y aún no se ha terminado —decía ella. Y al oírlo él siempre respondía: «Chissss» y ambos callaban y seguían allí tumbados durante varias horas, sin hacer nada, hasta la hora de cenar.

Una vez salieron rápidamente del agua porque ella tuvo un ataque de pánico cuando él intentó soltarle las manos y, ya en la playa, él se desperezó inquieto. Toda la fuerza y el reposo de esos días apilados sobre sus hombres. Sus ojos verdes refulgentes. Ellen pensó que estaba a punto de perderlo.

—Quiero melocotones blancos que sean inmortales —dijo tiritando.

Él la miró. Creyó que temblaba de miedo. Se arrodilló y le acarició la espalda con un lento movimiento circular.

—El agua no te hará nada, nena.

—No es el agua —dijo ella.

Y entonces él replicó, pensativo:

—Si no puedo hacerte feliz, es una pérdida de tiempo.

—Pero me haces feliz —le aseguró ella, y se recostó contra él. Su respiración se acopló a la de él. A ratos, su corazón parecía haberse deslizado bajo la piel de él mientras el suyo penetraba bajo la suya, mágicamente.

Esa noche fueron a otro restaurante junto al puerto de Cannes y Ellen probó otro pescado desconocido.

—Doce pescados nuevos —dijo.

—Ni Cristo tenía tanta variedad —dijo él, mientras contemplaba su rostro sonriente, su pelo suelto, el fulgor color de miel sobre su cuello excepto donde una cadenita de oro le había dejado una fina línea blanca, un colgante

entre los dedos, los labios entreabiertos—. ¿Sabes una cosa? —le preguntó.

—¿Qué?

—Te reservaré para los domingos y las fiestas de guardar...

—Y yo te reservaré para los días entre semana —replicó ella.

Le dolían los músculos de tanto nadar. Pronto no le bastaría con sentarse frente a frente y tumbarse a su lado y sentir los latidos de su corazón a través del suyo propio. Quería morir en él. Él lo sabía pero se abstenía de dar el paso. Cada noche la besaba en la puerta de su habitación y se marchaba hasta la mañana siguiente. Ella intentaba seducirlo, no con palabras, sino con una mirada.

—Te veré mañana... —decía él siempre, y se iba.

A veces ella lo deseaba tanto que habría gritado. En esas ocasiones se sentía poseída por una profunda y dolorosa humillación. No debía rebajarlo. Y sin embargo, ella le gustaba y parecía muy poco natural que no quisiera consumir su atracción. Él, el famoso mujeriego. La idea de que pudiera amarla no llegó a arraigar porque en algunos aspectos Ellen no estaba desprovista de sentido común. Sentía un constante anhelo de estar muy pegada a él. A resguardo. Como cuando estaban en el mar. Pero él siempre se retraía. Un resentimiento se deslizaba siempre entre ellos cuando Ellen intentaba prolongar sus besos. ¿Era simplemente poco atractiva? Él le había hecho el amor a Denise. Ahora, ya madura y sonrosada, con un corazón como una rosa que empieza a deshojarse, quería yacer bajo él y que le hiciera un niño, pronto. Se lo dijo la noche siguiente cuando estaban en un bar de moda, en Cannes. Después de cenar siempre iban a tomar copas en diferentes bares. La gente lo miraba, lo saludaba, y les ofrecían bebidas, pero él solo estaba pendiente de ella. A veces miraba bromeando a las chicas encaramadas en los taburetes a la espera de ser descubiertas, pero nunca en un modo que pudiera preocuparla. Ellen vivía en el mundo de sus ojos verde claro y sus arrebatos de locura y sus igualmente inesperados espasmos atormentados. A veces parecía como si le estuvieran serrando el cuerpo. Ella pensaba que algo le dolía, pero él decía que no.

—No querría hacerte daño —dijo él—, volviendo a la mezquindad de acostarse.

—No lo harías —dijo ella—. No te molestaría mañana ni el día siguiente. Te dejaría en paz.

Lo decía en serio, pues desde lo de su hijo pensaba que lo único valioso en este mundo era el don de la vida. Ahora se sentía capaz de soportar la pérdida, y un corazón roto y la soledad; y también el deseo, excepto cuando lo tenía sentado enfrente y proyectaba el foco de su ser sobre el de ella. Sus piernas se doblarían automáticamente y sus rodillas se separarían, entregándose. Sus piernas y sus muslos eran como troncos de árbol congelados durante el invierno hasta que él apareció, el Dios del Deshielo, para hacer fluir la savia por los troncos de sus piernas y devolverle la primavera.

—Pero yo podría molestarte a ti —dijo él.

—No lo harás.

Pronto se marcharía para rodar una película y ella regresaría a casa. Quizá sus caminos —como dijo ella medio en broma, medio en serio— ya no se volverían a cruzar.

—Acábate la copa —dijo él.

Se trasladaron al otro bar de al lado. Les gustaba ir a varios cada noche. Desbordantes de energía y entusiasmo, les encantaba sumergirse en esos bares tranquilos y animarlos durante un rato, y reanimarse ellos también inspirados por la novedad de cada lugar y los distintos grupos de caras con sus expresiones muy parecidas, expresiones sedientas de nuevas aventuras.

Él se encontró con unos amigos a quienes no podía ignorar. Hileras de gente se abalanzaron sobre él y lo abrazaron. Como si fuera un hijo pródigo. Él bebió mucho y sus ojos no tardaron en enrojecer. Nuevamente, Ellen deseó lavarlos con un baño ocular tibio y calmante.

—Mira esto... —dijo un hombre, y sacó una lista de números de teléfono. Todos eran teléfonos de chicas. Quería darle a Bobby una copia de la lista. Después del nombre de cada chica había un comentario: «Mary: a Mary no se la debe tocar por encima de la rodilla», «Stella, maestra de escuela, le gusta correrse primero», «Denise, regresa de Austria el día 12».

Pero Bobby ya tenía esos teléfonos. Sacó su propia agenda, leyó un número, luego otro, ¡y sonrió! Eran los mismos. Ellen salió al vestíbulo, no

podía soportar tener que escuchar esa conversación. Paseó arriba y abajo mirando blusas en los escaparates del hotel.

—Eres un fanfarrón —le dijo a Bobby cuando salió.

—Claro —respondió él—. ¿Alguna vez he dicho lo contrario?

La cogió por el brazo. Irían a otro club nocturno. Un lugar mejor.

—¿Dónde?

—En...

Hablaba en voz muy alta. Algo le decía a Ellen que no debería ir, que eso estropearía sus días y sus noches.

—Regresaré al hotel —dijo ella.

—No lo hagas.

Parecía ofendido. Le estaba pidiendo que se quedara. Ella dijo que se sentía desplazada. Él despotricó furioso. De sus labios salió toda una retahíla de palabrotas mal encadenadas y, más allá de su resonante vulgaridad, comprendió que la estaba llamando «mojigata». Eso le dolió y le juró amargamente que nunca había intentado impedirle nada. Uno de sus amigos se acercó a preguntar y, haciendo de tripas corazón, Ellen los siguió hasta los coches que esperaban afuera.

—No nos retrasaremos demasiado —comentó.

Bobby no respondió. Fueron a un casino pero ella no pasó del bar. Bobby y los otros dos hombres desaparecieron durante una hora. Se encontró rodeada de mujeres que hablaban de las celebridades que conocían y de hombres que pagaban muchas copas. Una hilera de chicas bonitas esperaban sentadas junto a la pared el regreso de sus acompañantes jugadores. Si él no regresaba en el plazo de una hora, se marcharía. Su cerebro hervía de humillación, pero intentó conservar la calma y centró la atención en un hombre que estaba contemplando una bandeja de sándwiches, y de repente sacó un bistec de entre las rebanadas de pan y lo devoró con rabia.

—Hola, enfermera.

Bobby regresó para decirle que había perdido montones de dinero y que si no le importaba esperar un poco hasta que hubiera recuperado algo.

—Quédate, yo tengo que irme, tengo que irme —le dijo ella.

Estaba cansada y había bebido demasiado. Ese sitio le daba miedo. La

gente se comportaba como en un matadero, concentrada en una sola cosa: matar.

—¿No te quedas?

A su alrededor se había reunido una audiencia.

—Me marcho.

Se bajó del alto taburete y se alejó abochornada hacia la puerta.

—Está bien, enfermera, hace semanas que intentas estropearlo todo.

La siguió. Sus amigos rieron disimuladamente al ver cómo la cogía por el hombro. En la calle adoptó un tono compungido.

—Tengo que acabar con todo esto, es necesario —dijo—, tengo que comprarme un detector de basura.

Ella le dio la razón. ¡Qué gente más estúpida! Hablando de famosos y de Thunderbirds y de relojes de brillantes.

—También tú —añadió.

—¿También qué? —preguntó él, en el tono irritado de un borracho.

—Alardeando de tu bodega.

—Ni siquiera tengo una —dijo él, y la condujo hasta el coche.

Esa noche no la llevó a su habitación sino a la suite que había alquilado en el mismo hotel. Jamás había puesto los pies allí.

—Mi enfermera —le dijo él, y acercó su cara a la suya y la besó como no la había besado antes.

Hicieron el amor, evidentemente. Todo el sol que había impregnado sus miembros y sus viejos huesos afligidos volvió a revivir entonces en ella, y mientras hacían el amor y forcejeaban y luchaban y se unían, Ellen le rogó que la penetrara más y más hondo, porque esa vez nada fallaría y no se derramaría ni una gota fuera. Después se aferró a él reteniéndolo entre sus muslos y, cuando se retiró, él parecía ser ahora la rosa a punto de deshojarse y su vigor se había derramado dentro de su cuerpo, como pétalos.

—Jesús —dijo él.

Ellen no comprendió por qué lo decía.

—¿Estás escandalizado? —le preguntó.

Él le volvió la espalda y se durmió. Ya era de día. La luz del amanecer resplandecía a través de las persianas entrecerradas e iluminaba fríamente la

habitación desconocida. Poco acostumbrada a estar con un hombre, no consiguió dormirse con él a su lado.

Poco después, él se despertó y se levantó. Estuvo bastante rato en el cuarto de baño. Luego salió, ya vestido.

—¿Adónde vas? —le preguntó ella, medio levantada ya.

—A buscar un cepillo de dientes.

—Usa el mío.

Se pondría una de sus batas de seda y recorrería el pasillo para ir a buscarlo.

—No puedo —dijo él—. Tengo la boca llena de porquería. —Y salió del cuarto.

Ellen lo atribuyó a los remordimientos del puritano, a la resaca, al mal humor, al cansancio, pero cuando al cabo de una hora él aún no había regresado, comenzó a impacientarse. Se levantó y salió y lo buscó en la playa y en las otras playas y en los bares y preguntó a los camareros pero ninguno lo había visto.

—Anoche, con una señorita —dijo un hombre.

—Ya sé —dijo ella.

Evidentemente no la había asociado con la santa criatura del traje blanco de la noche anterior. Al mediodía, cuando supo que Bobby ya había pagado su cuenta en el hotel, cogió un coche para ir a casa de Sidney, que estaba en medio de las montañas, y el coche se llenó de polvo. De pie en el vestíbulo, se quedó mirando la chapa amarilla cubierta de polvo mientras esperaba. Salió Antonio y le dijo que el señor Bobby no estaba allí ni tampoco ninguno de los otros huéspedes. Ellen le preguntó dónde podía estar el señor Bobby. Antonio no lo sabía. Le preguntó si quería tomar un café pero ella rehusó.

—Regresemos al hotel —le dijo al chófer.

Tardaron una media hora. Cuando llegaron tuvieron una discusión sobre el coste del trayecto. Él le había indicado una tarifa y ahora le cobraba otra.

—Estafador —le dijo ella.

Afortunadamente, no la entendió.

Al cabo de dos días lo descubrió. Demasiado tarde para localizarlo y, además, ¿cómo podía estar segura? Era una situación nueva para ella y no conocía las normas de comportamiento. Intuía que era un poco arriesgado acusar a alguien de estar infectado, como lo es acusar a alguien de robo. Apretó los dientes al recordar cómo había mirado la señal de suciedad sobre la manga de su camisa mientras decía «repugnante», y pensó que si tuviera un buen hermano o un buen amigo le diría a ese buen amigo que lo matara. Pero luego recordó también su reticencia y la sombra que se había interpuesto entre ellos cuando ella le había rogado que le hiciera el amor. Ahora muchas de sus bromas cobraban sentido y no estaba enfadada por el daño que le había hecho, sino porque había huido. No había confiado suficientemente en ella como para quedarse. Pensó, con agrado por un instante, que podrían curarse juntos. Hacer también eso juntos. ¿Cuánto tiempo llevaba infectado? A lo mejor ni él mismo lo sabía. Quizá le había contagiado Denise. En todo caso, debía de habérselo contagiado una mujer y ahora se lo devolvía a otra mujer: el circuito de venganza perfecto. Y al mismo tiempo intentó quitarle importancia hasta que ya no fue posible.

El segundo día, cuando estaba acostada sobre el colchón inflable, sintió un doloroso ardor. Más ardiente que el sol. Incluyó la cabeza entre las rodillas, fingiendo hacer un dibujo en la arena, e investigó y confirmó el olor. Toda la noche había notado lo mismo entre las piernas. No el furtivo efluvio del deseo sino otro desagradable, que escocía. Empapó un algodón en colonia y

se frotó las sienes y las pantorrillas y las piernas, y pensó: «Esto lo disipará, este bálsamo fresco», y se tendió de espaldas y se dijo que eran imaginaciones suyas, o producto de su sentimiento de culpa. Pero por la tarde empeoró y se marchó a toda prisa de la playa, puso una silla frente a la puerta de su habitación y se quitó el traje de baño para examinarse. No había duda. Algo la había infectado. La mata oscura de vello tenía una mancha. La miró, la olisqueó, convertida en un nido de lamentos, con feas lágrimas amarillentas. Humedeció la pastilla de jabón y se restregó con ella, como si lastimándose pudiera eliminar su pecado y su vergüenza. Después se secó con las bragas, las envolvió en el diario inglés y las dejó encima de la cama hasta que pudiera salir y arrojarlas al mar.

Se vio contaminando todo el hotel y cómo la descubrirían y la expulsarían, un escándalo público, el violinista la perseguiría exigiendo una compensación, con su libreta en la mano para anotar la palabra y los síntomas. Y luego volvió a decirse que no podía ser verdad. A lo mejor era debido al sol, o al agua salada, o a la piña que se había llevado a la cama las dos noches transcurridas desde su partida. La calma que creía haber recuperado durante los cinco días pasados con él se había esfumado. Incluso antes de saber nada de la enfermedad sentía un desesperado anhelo de volver a estar con él. Abajo, en la playa, el sol ya no la reconfortaba y recordó todo lo que él había dicho y había hecho, sus bromas, su manejo despreocupado del dinero, todo lo que le había enseñado y finalmente cómo le había hecho el amor, y pensó: «Tengo que abrazarme a algo o a alguien o me moriré», y abrazó su propio cuerpo. Entonces vio una gran piña sobre la arena junto a una pelota de colores y se acercó para recogerla. Estaba abierta y se había vuelto gris por la acción del flujo y el reflujo del mar al arrastrarla. La cogió y se la llevó a la habitación y la dejó encima de la silla, al lado de la cama, y llegó un momento en que sintió que no podría relajarse si no la sostenía en sus manos, la estrechaba entre las piernas, la acunaba entre sus pechos, en el hueco del codo, donde fuera. Se preguntó si esa piña podría ser la causa y volvió a mirarse la zona lastimada que acababa de lavar y tuvo claro que no se mantendría seca ni olería bien durante largo rato. Ya volvía a notar el hedor, a pesar de los polvos de talco.

Apartando la silla de la puerta, tocó el timbre del servicio y esperó envuelta en una toalla.

—Creo que he olvidado mi botiquín —dijo cuando acudió Hugo.

—Señora —dijo él con una sonrisa radiante.

—Para las heridas —dijo ella, y señaló su muñeca, donde no tenía ninguna herida.

Le pareció que él olisqueaba. Se alejó de él, petrificada. Se quedó de pie entre él y la silla, envuelta en la toalla, tiritando. Él creyó que solo tenía frío.

—Pronto encenderán el fuego —dijo él.

—Medicinas —dijo ella desesperada, y él hizo una mueca para indicar que la había entendido.

—*Oui* —dijo y desapareció.

Regresó en un par de minutos con una botella de reconstituyente, que ella casi le tiró por la cabeza. Finalmente, lo condujo hasta el cuarto donde guardaban el material médico y encontró un desinfectante y regresó y vertió un poco sobre una compresa y salió a la calle oliendo a muchas cosas distintas, convencida de que encontraría un simpático doctor inglés en quien podría confiar.

—No es un crimen, no es un crimen, no es un crimen —se repetía, acomodando sus pasos al ritmo de esa frase—. No es un crimen —volvió a decirse mientras cruzaba el vestíbulo, y le pareció que el director del hotel la miraba con suspicacia.

Pero incluso mientras se decía que no era un crimen, recordó sus tiempos de estudiante de enfermería cuando tenía que apartarse para esquivar a los hombres ricos que extendían la mano para tocar su rodilla cubierta con la media negra que quedaba a la altura de la cama. Cuán pura era entonces. Al único que le permitía tomarse libertades era al leñador que se había fracturado una pierna y que le regalaba peniques envueltos en papel de diario. Los tiraba cuando ella pasaba bajo la ventana camino de las habitaciones de las enfermeras, para lavarse el pelo y escribir una carta a su familia, la chica de marfil en su torre de oro. ¿La reconocería ahora? Era como si hubiera caído en un estercolero. Y sin embargo, era capaz de verse desde fuera, como si solo pasara por allí, y decirse: «Esto no me está pasando a mí, es una

pesadilla».

Bajó los escalones de la terraza y cruzó la calle para seguir por el sendero que conducía a la ciudad, paseando debajo de los árboles. Pasó frente a la iglesia, se santiguó y dijo:

—Oh, Señor, haz que no tenga sífilis. —Antes de decir—: Señor, ten piedad de su alma.

Ambas frases encadenadas la horrorizaron. Aunque la iglesia hubiera estado abierta no podría haber entrado para rezar. Más abajo se detuvo en una farmacia y compró cuatro botellas distintas de desinfectante y más polvos de talco.

—¿Puede envolverlos? —preguntó ella.

Le ofrecieron un neceser, luego un maletín. Vendían artículos de viaje, además de medicinas.

—Papel —dijo ella.

Tardaron varios minutos en encontrar una bolsa de papel resistente.

Afuera hacía calor. Se había puesto una falda gruesa por si acaso y, comparada con las demás, iba vestida para un tiempo glacial. Era una noche tensa, las plumas de las palmeras estaban mortalmente quietas, iban pasando coches, reducían la marcha, lanzaban silbidos. Un hombre le silbó, pero solo para disimular. Justo frente a ella caminaba una chica con pantalones de lamé dorado y una chaquetilla también dorada que se movía como gelatina. Dos coches se detuvieron junto a la chica exactamente al mismo tiempo. Ella subió al más grande y el otro conductor, para no parecer rechazado, le hizo una proposición a Ellen.

—No le gustaría hacer nada conmigo, amigo —dijo amargamente ella.

—*Enchanté* —dijo él.

Negó con la cabeza y atravesó la calle como si fuera a encontrarse con alguien en el restaurante de la esquina. El lugar donde solía quedar la gente.

Un payaso hacía sus números sobre una bicicleta anticuada, serpenteaba entre los coches jugándose la vida: rozaba sus faros delanteros, quedaba atrapado entre las puertas, saludaba el peligro alzando el sombrero, hacía sonar un muñeco que llevaba escondido debajo del brazo y que al apretarlo emitía un pitido; tan pronto tenía las piernas sobre el manillar, como apoyaba

en él el pecho. Precisamente cuando parecía haberse salvado, se lanzó de nuevo y cortó el paso a un coche que pasaba a gran velocidad, Ellen oyó el chirrido de los frenos y gritó:

—No, no.

Cerró los ojos por si ocurría algo terrible. Pero no sucedió nada fatal. El coche solo volcó algunas mesas y la gente, una vez recuperados de la sorpresa, volvió a reír y al payaso no le había pasado nada. Él la vio allí de pie, aterrada, y avanzó frenéticamente hacia ella como si fuera a atropellarla, y luego, después de esquivar por un pelo la parte posterior de su gruesa falda, se metió en una librería y dio un par de vueltas en torno a las columnas de libros y revistas, dando volantazos. Ellen enfiló por una bocacalle mientras él estaba de espaldas.

En esa calle había menos paseantes, pero en cambio mucha gente sentada comiendo. Era la calle donde se comía y más tarde esa gente se trasladaría a la esquina principal y contemplaría al hombre de la bicicleta y leería las noticias sobre el panel de neón y bebería. Avanzó lentamente frente a las mesas, buscando a un médico inglés. No tenía manera de identificarlo, pero pensó que si alguien se desmayaba, alguno acudiría.

—¡Un desmayo, un desmayo! —exclamó, mientras seguía adelante, observada y observando: chicas con cintas métricas que medían cuánto había engrosado su vientre la cena, vino en encantadoras jarras antiguas y círculos rosáceos en copas salpicadas de sedimentos.

Cada pocos metros, un hombre —generalmente un hombre joven— que avanzaba en dirección contraria, intentaba establecer contacto con ella, primero interponiéndose directamente en su camino, de modo que el choque era inevitable, luego, cuando ella se apartaba, le decía algo y, finalmente, la seguía, hasta que ella se volvía y daba una patada en el suelo como habría hecho para espantar a un perro. Eso solía ahuyentarlos.

Pasó frente a una casa que tenía una placa de latón en la fachada con el nombre de un médico y las horas de visita. La animó encontrarla, porque, si esa noche no conseguía ayuda, podría acudir corriendo la mañana siguiente a la hora indicada. Pero encontraría ayuda. Entró en un lavabo y se aplicó uno de los nuevos desinfectantes. Parecía fuerte, escocía, buena señal. Tal vez

cuando regresara al hotel comprobaría que todo se habría arreglado solo. Su enfermedad ocupaba un lugar tan grande en sus pensamientos que se olvidó de Mark, y luego, cuando lo recordó, rompió en sollozos, pero sin lágrimas, y le rogó que la perdonara, mientras decía:

—Es el vinagre y la hiel.

No tenía idea de a quién se dirigía, pero se pasó la noche hablando sola, culpabilizándose, dándose ánimos, lamentando su ignorancia, mientras repetía: «Un médico, un médico, un médico», al compás de sus pasos. La idea de un hospital era demasiado aterradora.

Por pura casualidad llegó hasta el local con el gran árbol de ancho follaje donde habían estado la noche que había conocido al grupo y revivió algunas escenas: Sidney mientras repartía las cajetillas de cigarrillos como si fueran mazos de cartas y la codicia de la gente que se apresuró a cogerlos y guardárselos, y el hombre con la cola de zorro entre las piernas, y Gwyn con el gran pañuelo de topos ante los ojos.

—Gwyn —dijo en voz alta como si acabara de pensar en un milagro, y entró en un tranquilo restaurante y primero bebió un Pernod y dio muchísima propina y luego preguntó por el teléfono. No tenían teléfono, de modo que tuvo que ir a otro restaurante y hacer exactamente lo mismo, pero esa vez se aseguró de que hubiera teléfono antes de dar la propina.

El camarero marcó el número y en el otro extremo Antonio —estaba segura de que debía de ser él— le dijo que esperara.

—¿Quién es? —preguntó Gwyn, inquieta.

—¿Estabais cenando? —inquirió, nerviosa, Ellen.

—¿Quién es?

—Soy Ellen...

—Oh, la pequeña irlandesa. Hola, irlandesita, ¿cómo estás?

—Estoy bien —dijo Ellen—. No regresé a Londres.

Siguió una pausa y Ellen comprendió que Gwyn estaba pensando: «¡Qué demonios!».

—Tenemos que vernos algún día. ¿Tengo tu número? —dijo luego, dando por cerrada la conversación.

—Gwyn —dijo Ellen—, ¿recuerdas cuando me dijiste que te considerase

mi amiga?

—Sí, claro...

—Estoy en un apuro.

—Eso no está bien.

—Ya lo sé.

—Bueno, tendrás que hacer algo. ¿Cuánto retraso llevas? Si llevas bien la cuenta tendría que ser fácil...

—Gwyn —dijo Ellen en tono apremiante—, es otra cosa, peor que eso. Lo pillé cuando estuve allí...

Se produjo una pausa que pareció interminable pero que solo debió de durar minutos pues de lo contrario la telefonista habría cortado la comunicación.

—¿No me dirás que tienes gonorrea? —dijo la mujer en un tono cortante, escandalizado.

—Tengo algo —dijo Ellen, y bajó la vista.

El platillo blanco dispuesto para recibir las monedas para pagar las llamadas estaba lleno de hormigas. Pensó que se le meterían bajo la ropa y corretearían por su cuerpo y anidarían y criarían en su vello infectado. Le hizo una señal al barman para que le sirviera otra copa.

—¿Oyes esto, Jason? —dijo Gwyn dirigiéndose hacia el otro extremo de la habitación y su marido debió de acercarse al teléfono porque Ellen les escuchó murmurar y que él decía: «Es una locura», y Gwyn que respondía: «Tenemos que hacer algo», y él que decía: «No, no estás obligada», mientras de vez en cuando Gwyn se dirigía al aparato para decirle sin ninguna entonación: «Un momento», y él y ella que decían: «Vaya calentorra descarada, quién la mandaba meterse en este lío», y Gwyn que decía: «Tienes toda la razón», pero a la vez le pedía a Ellen que no colgara.

Finalmente Antonio le dio el nombre del doctor de Sidney y Gwyn se lo repitió mientras no paraba de preguntarle:

—¿Lo tienes?

Ella deletreó con cuidado cada palabra.

—¿Puedo decir que me envía Sidney? —dijo Ellen.

—Bueno, no es un mal del cual enorgullecerse, ¿no crees? —dijo Gwyn, y

le preguntó a Jason qué opinaba.

—Uh —le oyó decir Ellen—, no me preguntes a mí.

Y Gwyn volvió a repetirle la dirección del médico aunque Ellen ya había terminado de anotarla.

Cuando regresó al hotel, el gerente la estaba esperando. Ellen palideció al verlo junto a la puerta y oír que le decía:

—Madame Sage.

Gwyn debía de haber telefonado para advertirlo.

—Sí —respondió mientras miraba los pequeños cubículos donde dejaban las llaves. La suya estaba allí.

—Pase, por favor —dijo él, y la condujo hacia un despacho que había detrás del mostrador de recepción.

Ellen escondió el paquete detrás de su espalda. ¿Le haría un interrogatorio?

—Siéntese, señora —dijo él—. ¿Está teniendo una estancia agradable?

—Sí —dijo ella—. Mi hijo murió y vine aquí para recuperarme.

Nada mejor que la compasión. ¿Era un hombre casado? No, no había estado casado nunca. Le gustaba vivir tranquilo.

—Qué lástima lo de su hijo —le dijo.

Tenía una cara pálida y amable, propensa a sonreír. Dijera lo que dijera, y respondiera lo que respondiese ella, siempre sonreía.

—¿Qué quería decirme? —le preguntó Ellen.

Más valía enfrentarse a ello sin rodeos.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Diga —respondió ella, envalentonada.

—Su cuenta sube mucho —dijo él—. Lleva veinte días aquí.

—Oh, era eso —dijo ella aliviada.

—Preferimos que nuestros huéspedes paguen cada quincena, señora, así nosotros podemos pagar nuestras facturas y todo está en orden.

—La pagaré —dijo Ellen mientras se inclinaba para intentar ver el importe. El hombre tenía una hoja extendida frente a él.

—Pediré que se la suban —le dijo.

—Puedo pagar ahora —dijo ella, ansiosa por arrancársela de las manos y saber el importe. Esa sonrisa era pegajosa.

—No, señora, le diré a uno de los chicos...

Más propinas, pensó Ellen y se levantó para marcharse.

—¿Ha conocido gente simpática? —dijo él.

—He conocido gente simpática —dijo ella, pero él no advirtió la amargura en su tono.

—¿Su viaje ha sido satisfactorio? —le preguntó él.

—Muy satisfactorio —le respondió.

Cuando ya se dirigía a la puerta, él le mostró unas gafas.

—¿No habrá perdido estas gafas? —le preguntó.

—No —dijo ella, y subió para esperar al chico que le traería la nota.

Se puso más desinfectante y luego cubrió las botellas con una servilleta, por si acaso. Se sentó como quien espera una sentencia de muerte. La nota llegó sobre una bandejita blanca. Trece páginas en total. Escritas a máquina con cinta morada. Pensó que era un color apropiado dado su estado de duelo y de impureza. Pasó rápidamente las páginas mecanografiadas para llegar a la última y poder leer el importe total.

Era muy superior a la cantidad de cuatro cifras que había calculado ella a bulto. La dividió por doce. Se quedó de piedra. Superaba sus cálculos más arriesgados. Además de la tarifa diaria de cuatro libras por la habitación había millones de conceptos adicionales. ¿Qué podían ser? Telefonó y el gerente le dijo que al pie de cada página había una lista con la indicación de a qué correspondía cada cargo. Diferentes letras mayúsculas designaban el whisky y la lavandería y el planchado y el Perrier y los baños y las tazas de té. La lavandería y la plancha y el Perrier y los baños y las tazas de té estaban escritos primero en francés y luego en inglés. Tenía cientos de tazas de té. Tendría que firmar todos los cheques de viaje que le quedaban y completar el importe con un cheque corriente y luego coger el avión de regreso y arrodillarse ante el director de su banco para suplicarle que le concediera un plazo para saldar la deuda.

«El dinero lo decide todo», pensó. El dinero la haría volver cuando ni la muerte ni la enfermedad lo habían conseguido. Llenó un cheque por un

importe superior al de la factura a fin de tener un pequeño remanente de moneda francesa para pequeños gastos hasta el momento de marcharse. Pero no más Perriers. Bebió agua del grifo como si quisiera desafiar al tifus y luego bajó con la factura sobre la bandejita. El gerente le dijo que debería haber telefoneado y él le habría enviado a un chico.

—¿Puede conseguirme un avión para mañana? —dijo ella.

—Lo intentaré. —Y cogió el teléfono.

Hizo la reserva en el acto. La temporada ya se estaba acabando y la mayoría de la gente ya se había ido. Le anotó la hora de salida del avión para el día siguiente y Ellen le preguntó dónde podía coger el autobús. Él se lo anotó y le dio un recibo. Cuando ya se marchaba, la llamó.

—Señora, creo que ha habido un error con la factura.

—¡Vaya! —exclamó ella, radiante.

Le devolverían dinero. Compraría media botella de Pernod y se olvidaría del escozor en la entropierna.

—Falta algo; no habíamos contado esta noche —dijo él.

Ellen le devolvió algunos de los billetes que le había dado a cambio y él le dio tres monedas de franco. Le quedaban cincuenta francos y esas tres monedas de franco. Estaba en la ruina.

Al día siguiente intentó huir sin ser vista. Hizo las maletas con gran sigilo y no pidió nada para que Hugo no tuviera que acudir a su habitación. Cerró la maleta con media hora de antelación y se sentó sobre la cama. La luz del sol entraba a raudales en la habitación. Había dejado dos de los francos en el cenicero y se había guardado el tercero por si un mozo cogía su equipaje al llegar al vestíbulo. La cosa había empeorado. Era una suerte que el asunto del dinero la hubiera obligado a marcharse. Nada más llegar iría a ver a un médico o acudiría a un consultorio. En un lavabo público del centro de Londres había un letrero con el nombre de un consultorio. Iría allí.

—Adiós —dijo despidiéndose de la habitación que guardaba tanto de ella.

Había cogido dos perchas de madera y una toalla grande con el nombre del hotel. Metió la toalla en su bolsa de mano, por si acaso. Cerró suavemente la puerta y echó a andar por el pasillo. El primero que se le acercó fue el encargado del baño. Intentó cogerle la maleta pero no se lo permitió. Luego

extendió silenciosamente la mano y ella pasó de largo, con dificultad a causa de la pesada maleta. Abajo, en la entrada, fue desastroso. Maurice, el camarero de su mesa, y otro chico estaban sentados en un banco junto a la puerta. Se levantaron rápidamente para ayudarla. Maurice ya tenía una mano sobre el asa de cuero de la maleta. ¿Quería un taxi?

—No, no —dijo ella pero sin mirarlo.

Le dio su único franco al último chico de la fila y siguió adelante a paso rápido para bajar la cuesta asfaltada hasta llegar a los árboles y la parada del autobús, corriendo ahora que había conseguido escapar. Hacía calor, el aire ardía y la luz era cegadora. Pero Ellen sabía que cuando recordara aquel lugar no sería un sitio caluroso sino como lo había visto la primera noche al llegar: azul y desconocido, dispuesto a entregarle la experiencia más emocionante de su vida. Y quizá había sido así.

Al llegar a su casa, el recibidor estaba lleno de cartas y había dos telegramas. Algunas de las cartas habían llegado por correo y otras las habían entregado a mano. Todas contenían mensajes de condolencia. Tenía más amigos de lo que jamás había imaginado. Abrió varias a la vez, las leyó en diagonal, miró las firmas y pensó en lo considerada que era la gente. Algunos incluso se habían molestado en comprar papel y sobres ribeteados de negro. Aunque, en realidad, esa clase de papel le daba náuseas. Había dos de su jefe. La primera estaba llena de condolencias; el mensaje principal de la segunda, aunque comprensiva, era: «¿Dónde está?» El primer telegrama era de Hugh Whistler y decía:

¿Qué puedo hacer por ti?

El segundo también era de él y decía:

Por favor, telefonéame, por favor.

Lo habían enviado por error en un impreso de felicitación. Tener en una misma mano las cartas con su gruesa orla negra y el telegrama decorado con ramos de rosas le causó una rara sensación. Se estremeció. Las cartas no la entretuvieron demasiado rato. Tenía que ir a la habitación del niño. Corrió para no demorarlo más. Vio su fuerte y sus soldados alineados en el suelo y el montón de ropa limpia encima de la cama, donde ella la había dejado

después de plancharla. Y pensó: «Si ahora me pongo a llorar, ya no podré parar». Solo recogió la ropa y la guardó en un cajón de la cómoda y luego salió de la habitación y cerró la puerta con llave. Se dedicó a revisar el resto de la casa para comprobar si todo estaba tal como lo había dejado. El jardín estaba descuidado. Los geranios muertos en sus macetas. Palpó la tierra. La notó compacta como cemento. Salió de la casa y recorrió todo el jardín mientras iba regando los macizos de flores, las rocas e incluso los geranios muertos. El jardín parecía volver a respirar y la tierra se aflojaba al penetrar el agua.

Pasado un rato, pensó en su marido, aunque en realidad lo había tenido presente todo el tiempo. Se lavó con mucho cuidado, tomándose un largo tiempo. Había adquirido la costumbre de lavar repetidamente esa zona como si pudiera llegar a aniquilar el mal. Se puso un vestido negro y hacia las seis salió rumbo a la casa de su marido. El día era claro, sin duda, pero no con la intensa claridad blanca a la que se había acostumbrado. Era una tierra más amable. Le hablaría y le diría que era una situación espantosa, para él, para ella, para cualquier persona obligada a vivir con una pena incurable. En el autobús echó de menos a su hijo más que nunca. Habían hecho tan a menudo el mismo trayecto juntos, sobre todo los fines de semana cuando lo dejaba frente a la verja de su padre... Solían intercambiar adivinanzas. Pensó que si engendraban otra criatura tal vez sería igual. Una reproducción exacta de su hijo. Pero luego recordó su otro problema y se amilanó. Sabía que esa clase de enfermedades eran hereditarias y que los pecados de los padres afectaban a los hijos. Su marido la haría lapidar públicamente si se enteraba. De hecho, tendría que ir con cuidado y mantenerse alejada de él por si adivinaba algo. Tendría que haber ido primero al médico, aunque no confiaba demasiado en esa visita.

La casa se veía muy quieta. El seto había crecido desordenadamente y las ventanas estaban selladas con tablones. Tocó el timbre y miró por la rendija del buzón y lo llamó. Había puesto un trapo en el buzón que no le dejó ver nada. Tal vez se había muerto allí dentro. Llamó a la puerta de la casa vecina. Eran casas adosadas, separadas por paredes delgadas, y la vecina sabría si dentro había movimiento. La vecina le dijo que hacía días que no estaba allí.

Se había marchado. Un día había sacado unas cuantas cosas —libros, un reloj de pared y un tocadiscos— y las había metido en el coche y se había ido. Lo acompañaba una chica.

—¿Una chica bonita? —preguntó estúpidamente Ellen.

—De unos veinte años diría yo —dijo la mujer—. Tenía una melena larga.

Por un instante Ellen sintió la antigua punzada reiterativa —ella también llevaba una melena larga cuando se habían conocido— y luego ocurrió algo que transformó ese sentimiento, pues de pronto sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero eran lágrimas de alivio. Él tenía fuerzas para empezar de nuevo a partir de su vida gastada, de apoyar la cabeza en un puro pecho verde donde podría encontrar una leche saludable. De un modo extraño, le estaba agradecida. La había liberado de la responsabilidad de sentirse eternamente culpable por él. Sobre todo deseó que fueran felices, él y su chica desconocida. No podía soportar pensar que tal vez solo fuera una chica que quería alquilar la casa o entregarle un paquete frágil. A lo mejor se habían enamorado a primera vista. Quizá. Quizá. Quizá. Ya no sentía curiosidad. Por primera vez sintió una terrible indiferencia. La muerte del niño y la casa cerrada ponían punto final a su matrimonio. No más tortura. Con el tiempo, él le escribiría, pero sería una carta de trámite y su respuesta también sería formal.

—¿Está en venta la casa? —le preguntó a la vecina.

—No que nosotros sepamos —dijo la mujer, ansiosa por hacerle preguntas, mientras observaba su cuerpo como si pudiera revelar algo.

—¿Me avisará si la ponen en venta? —dijo Ellen, y le dio el número de teléfono de la oficina.

En la casa había un juego de viejas cucharillas de té que quería recuperar. Su llave ya no le servía porque él había cambiado las cerraduras después de marcharse ella. Ahora solo deseaba esas cucharillas de té, aunque después de dejarlo había intentado volver a entrar y adivinar sus pensamientos a través de las anotaciones que escribía en el calendario, el número de vasos sucios sobre la mesa, el estado de los cojines de las sillas. Todo eso había quedado atrás. Las cucharillas de té eran otra cosa. Eran de plata, pero lo importante no era eso, porque estaban melladas. Su madre se las había enviado como

regalo de bodas, aunque se había enemistado con su hija porque se casaba con un hereje. Le envió el regalo sin poner su nombre. Las había robado de la gran casa donde trabajaba, porque las iniciales se veían claramente, y a Ellen le pareció un gesto muy noble por parte de su madre. Un verdadero regalo. Era lo único que quería conservar de su vida anterior, y también le habría gustado tener una foto bonita de su marido y, evidentemente, las cosas del niño. Le bastaba con algún fragmento: con el tiempo esas personas que lo habían sido todo para ella y habían ocupado todos sus pensamientos también se fragmentarían, y con el paso de los días ya no pensaría en ninguna de ellas. Su hijo sería el último del que se desprendería, pero también la dejaría, como se habría marchado por su propia voluntad si hubiera vivido. La vida la había derrotado: ya no se hacía ilusiones sobre el amor eterno ni sobre la constancia.

—Solo quería recoger un par de cosas —dijo.

—Claro, es muy natural. Toda mujer tiene sus recuerdos —dijo la vecina, pero su mirada le decía: «Su hijo ha muerto y usted sigue viva, debe de ser una mujer sin corazón».

—Y tendré que encargarme de una lápida, claro —dijo Ellen, ofendida por los pensamientos no expresados de esa mujer.

Ya se había decidido por una piedra, una piedra sólida y desgastada, color azul pizarra. Dentro de una o dos semanas cogería el tren e iría hasta allí, y si su padre había dispuesto algo distinto tendría que suplantarle en ese papel. Una piedra era lo más adecuado para una tumba joven. Una piedra les sobreviviría a todos. Y ninguna inscripción. Nada sentimental.

—Claro, pobre criatura —dijo la vecina—. Un día lanzó la pelota por encima del seto y la pidió con tanta...

Ellen se tenía que marchar. Se excusó con un rápido gesto, como si echara un cerrojo. La vecina debía de haberla tomado por una persona muy insensible. Sí, lo era, se marchaba corriendo en busca de un médico que la curara. Bobby ya no significaba nada, simplemente había sido el portador de una infección. La fábula de los tres reyes magos a la inversa. Aunque no lo culpaba. Los reproches, como la nostalgia, eran sentimientos que había dejado de lado. Todas esas etiquetas resultaban triviales comparadas con el

enorme accidente de estar vivo o no. Los días en la playa eran un sueño ya agotado, solo su enfermedad era real, y el aire que la rodeaba y las piedras del camino, y los coches que pasaban.

La vecina cerró rápidamente la puerta. Probablemente para correr a contarle las novedades a su marido.

Ellen nunca llegó a saber con certeza por qué había llamado a Hugh Whistler. Desde luego no fue para iniciar ningún contacto romántico. Por teléfono le agradeció sus dos telegramas y, al oír su voz, pensó cuán inglés y formal y poco imaginativo era. Sintió la misma clase de alivio que había experimentado frente a la casa de su marido. Ya no le importaba a quién amara o con quién se viera, no lo necesitaba y no introdujo ninguna insinuación en la conversación, se limitó a responder a sus preguntas anodinas y le hizo otras. Era una nueva sensación, la indiferencia; como observar una fiesta al pasar por delante de una sala de estar elegante y suavemente iluminada y no lamentar no haber sido invitada porque caminar sola por la calle le proporcionaba un placer mayor y más seguro.

—Algún día de esta semana, tal vez —le dijo.

Él le había preguntado cuándo podían verse. Ella le dio largas. Insistió en ir a verla más tarde esa noche, cuando cerraran la edición del periódico.

Ellen notó que su aspecto brutalmente saludable le había escandalizado. Se quedó sin habla al verle la cara. ¡Y el blanco de sus ojos! Aquel pálido azul celeste de los ojos de un bebé.

—Todo de bote, bronceador, lápiz de labios, belladona, todo...

La excusa consiguió hacerle sonreír.

—Fue terrible —dijo mientras la besaba en la mejilla.

—Es terrible —dijo ella.

Las horas transcurridas desde que había regresado de la casa de su marido y su llegada habían sido terribles. Había estado dando vueltas por la casa, aporreando la tapicería de las sillas y golpeando la cabeza contra las paredes con la esperanza de perder el sentido.

—¿Y tú, cómo estás? —le preguntó.

Se veía pálido, envejecido. No tardó mucho en saber por qué. Su novia lo había dejado. Otro hombre. Su doble, en realidad.

—¿Cuándo se acostumbrarán los hombres y las mujeres a estar solos? —dijo Ellen.

—Le molestaban mis hijos —dijo él, y se embarcó en una larga historia sobre sus niños, que iban a desayunar con él una vez al mes y a dos de ellos les gustaban los cereales con leche caliente, pero ella se empeñaba en que la tomaran fría—. No quería molestarse en calentarla.

—A lo mejor pensaba que eso mataba las vitaminas —dijo Ellen, más que para defender a la mujer, sobre todo porque se había acostumbrado a encontrar un sinfín de explicaciones racionales para las cosas más absurdas.

Él la miró, sorprendido. ¿Desde cuándo se había vuelto tan razonable? Luego, recordando sus deberes de doliente, dijo:

—¿Quieres hablarme de ello?

Estaba sentado en el borde de la silla, incomodísimo, sin beber el whisky que le había servido. Era extraño volver a ver su hermosa cara y saber que lo que antes la excitaba y la atraía ahora solo creaba un vacío. Como si se hubiera convertido en otra persona. Él palmeó el terciopelo azul de la tapicería y la invitó a sentarse a su lado.

—Me sentaré aquí —dijo ella.

No podía permitirse estar cerca de él a causa de lo otro.

—Estarías mejor en mis brazos.

Ellen cerró nerviosamente los ojos al oírlo y comenzó a olfatear para estar segura de que no se notaba ningún olor. Por lo menos, el olor del whisky se imponía sobre todos los demás.

—No —dijo ella.

Su monstruosa aflicción la había puesto fuera del alcance de la gente. Era gracioso pensar que antes solía atormentarla la posibilidad de enloquecer, de perder el juicio como las dos mujeres que se habían arrojado al lago solitario. Aunque era algo menos lamentable, contagioso e imperdonable, de hecho. Ahora nada del mundo real la conmovía ni le decía nada a menos que viera en ello un eco de su propia condición de náufraga. Era imposible que nadie quisiera ayudarla, como ella tampoco había ayudado a su propio hijo. El destino. O el resultado de sus propios actos, de su caprichosa insensatez. Comoquiera que fuera, todo eso había ocurrido y permanecía suspendido en

su memoria, y con el tiempo lo sellaría su muerte. Muda e insensible a la llamada de la amistad, el sexo, el whisky, la comodidad, solo conseguía controlarse repitiéndose que en el mundo había personas desconocidas, médicos, ciencia, medicamentos, cosas que al menos podían curar su cuerpo. Pensó en el confesionario y en ese enrejado negro a través del cual solía murmurar: «He dicho palabrotas, he dicho mentiras, he tenido malos pensamientos», y recordó que nunca llegaba a sentirse perdonada por duras que fueran las observaciones del cura o penosa la penitencia. Tal vez ocurría lo mismo que con los males del cuerpo. Su vientre aún conservaba las estrías causadas por el estiramiento de los músculos durante el embarazo, y una operación en el cuello le había dejado una cicatriz permanente. Nada se curaba.

—Estarías mejor —dijo él—. Porque te deseo más que la última vez que te vi.

Sus palabras no podrían haberla sorprendido más. Abrió mucho los ojos y le sonrió.

—No me crees —dijo él.

Ellen recordó el largo día que habían pasado juntos, su vigilia apoyados contra el muro, las horas en la cama, sus cuerpos húmedos, satisfechos, unidos, y cómo ella había lamentado su partida, y lo deseó tanto como lo temía. Qué agradable sería acostarse juntos y sentir de nuevo su calidez y acogerla por el breve placer de ese instante más que como una inversión para toda la vida. ¡Imposible! Sus ojos se llenaron de lágrimas. Las primeras desde hacía semanas.

—¿Qué ocurre? —dijo él.

Extendió la mano, suave y dulcemente, para invitarla a dejar la silla con el respaldo recto para sentarse en el sillón de terciopelo, junto a él. Un nido. Pero no se atrevía a correr el riesgo. Se había lavado antes de su visita pero aun así era arriesgado. También había constatado que en situaciones de tensión su estado se agravaba, como si llorara por allí.

Mientras ella lloriqueaba un poco, él le habló de muchas cosas desde el otro lado de la habitación: del tiempo, del editorial que había escrito esa noche, del tipo de coche que pensaba comprarse en otoño. Pero seguía

volviendo sobre lo mismo: su relación, su necesidad de que ella se sentara a su lado.

—He pensado en ti —dijo él—. No solo por la muerte de tu hijo, sino por... todo.

Ellen contempló su cara pálida y seria. Le vio humedecer el labio superior con la lengua; una costumbre suya. No había pensado en ningún momento en él. Ninguna vez. Ese era su delito. Bajo la piel suave y detrás de los grandes ojos tiernos, su corazón era como una almendra. Desgastado en parte por la vida, pero su núcleo central no se había entregado nunca a nadie, ni a la madre que había robado por ella, ni al padre borracho, ni a su marido previsor pero venenoso, ni al niño de la manera en que tendría que haberlo hecho. No era de extrañar que se hubiera aferrado a la parábola de los melocotones blancos.

—¿Sabes lo que quiero? —dijo ella.

Él se acercó, se arrodilló junto a ella y le dio el cigarrillo que acababa de encender. Ella se bajó más la falda para cubrirse las piernas y las escondió debajo de la silla, apartándose de él.

—No voy a violarte —dijo él—. Solo te haría el amor.

—¿Sabes lo que quiero? —repitió ella—. Dejar de ser yo.

Él le dijo que eran tonterías, que era una de las chicas más dulces que conocía. Por un instante se entregó al mezquino placer de la vanidad, luego dejó de escucharle y se dijo: «Quiero amar a alguien o algo, completamente, y no pedir nada a cambio y morir de amor por ello si es necesario». Él le estrechó las manos y le dijo que volviera a su lado, que dijera algo.

—Quiero amar a alguien además de a mí misma —dijo ella.

—Bueno, todos lo hacemos un poco —dijo él.

Era un interlocutor tan anodino...

—Un amor puro.

Sonó pomposo y Ellen bebió un sorbo de whisky para introducir una nota de cotidianeidad.

—Es tu catolicismo romano —dijo él.

—Es lo que siento —respondió simplemente ella.

Luego sonrió. Él acercó la cara a sus manos y las besó y las miró como si

contemplara un ramo de flores.

—No hagas eso —dijo ella mientras seguía encogiéndose en su silla.

—¿Es a causa de su muerte?

—No. En Francia fui con todos... —dijo ella, para castigarse y también para desilusionarlo.

—Pobrecita —dijo él, porque evidentemente no la creyó—. Tendré que decidir por los dos.

—No puedes decidir por mí, nadie puede —dijo ella.

Él se sirvió otra copa, caminó arriba y abajo, se detuvo detrás de su silla y la besó. Ellen pensó: «Si se acerca más y lo descubre, me odiará eternamente». Cada vez que él la tocaba sentía que estaba más próximo a descubrir su vergüenza.

—Hugh —le dijo, sin necesidad de mirarlo, porque lo tenía detrás—, tendrás que marcharte.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí.

Advirtió que se movía y le oyó depositar el vaso. Cogió su chaqueta y la corbata que se había quitado porque la noche era cálida.

—Quizá dentro de un par de meses, o por Navidad, y haremos velas —dijo ella, intentando ser amable.

Él cogió el paquete de cigarrillos franceses, volvió a guardar los que se habían caído y se lo metió en el bolsillo.

—¿Puedes dejarme un cigarrillo para la mañana? —le pidió ella.

Le dejó todo el paquete.

—Solo uno.

—Compraré más al salir. —Y la perdonó con una sonrisa.

Era un hombre apuesto. Nada impaciente. Y había muchas chicas encantadoras en el mundo, tantas como estrellas en el cielo de diciembre. La futilidad de lo que estaba ocurriendo pareció atragantársele. Y también la ironía. Sintió que estaba a punto de vomitar y solo tenía una idea fija: que él se marchara, y lavarse una y otra vez, y acabar con ello.

Pasados unos días, llamó a una amiga que le recomendó una agradable doctora que visitaba en una zona muy exclusiva de las afueras de Londres. La doctora tenía un ratoncito de peluche como mascota encima de la mesa y Ellen se quedó mirando el ratoncito mientras le contaba su historia con tanta calma como pudo. Se sentía cohibida.

—No es su marido.

—No, no fue mi marido.

La doctora tomó notas y apuntó sus datos: su edad, su embarazo, sus síntomas actuales y luego la acostó en la camilla. La perspectiva de un examen médico siempre la hacía gritar. Esa vez no fue una excepción y se le agarrotaron las piernas.

—Bueno, si no tiene cuidado, tiene que pagar sus culpas —dijo la doctora mientras la palpaba con un dedo cubierto con un guante de goma y luego con un frío instrumento de metal. Le dolió. Le hizo siete análisis en total, y al acabar el examen, Ellen ya había aceptado la posibilidad de tener siete enfermedades distintas. Solo que no lo sabría hasta dentro de unos días. Mientras tanto, fue a trabajar con faldas gruesas y dos pares de bragas, para aislarse.

Durante la segunda visita, sentada enfrente de la doctora bajita de cara seria y ancho pecho volvió a contemplar el ratoncillo.

—Ya tengo los resultados —le dijo, y le mostró la carta—. Y parece ser que tiene una infección secundaria, pero no hay gonorrea...

—Después de preocuparme tanto —dijo Ellen, algo decepcionada, pero aliviada al mismo tiempo. De hecho, por un instante estuvo en un tris de tener una reacción inaceptable, como batir palmas. La doctora le recetó unas pastillas y le dio una loción violeta y, al salir, pensó con satisfacción que la loción teñiría todas sus bragas y las manchas serían una señal de duelo. Feas formas irregulares de color morado.

Regresó a casa andando, con la medicina firmemente sujeta en la mano. Los abedules estaban cambiando de color, sus hojas parecían monedas de oro. Las matas de hierba se habían teñido de ocre y bajo ellas la tierra tenía una gastada tonalidad amarilla, la luz era suave. Había estado caminando a paso rápido. De pronto se detuvo y se paró a pensar: no tenía ninguna

necesidad de correr, nada la esperaba, respiró profundamente, sin alegrarse ni sentirse desgraciada. Los días tal vez no volverían a ser tan radiantes, pero las noches tampoco serían tan negras. O eso quería creer. Cayeron algunas hojas, las vio desprenderse y descender ondulantes hasta aterrizar en un lecho de hierba, aún cargadas de humedad. Caían por todos lados, simplemente y sin protocolo; durante uno o dos meses como mínimo, tendrían un fresco y adorable otoño.

Noche

*Para los muchachos: Carlo, Sasha*

*Ella está muy lejos  
de donde el joven  
héroe descansa.*

(Canción)

Los auténticos Hooligans eran una divertida familia irlandesa cuyo comportamiento, hacia finales del s. XIX, animó la monótona cotidianeidad de Southwark.

E. WEEKLEY

Un hermoso día en mitad de la noche dos muertos se levantaron y empezaron a luchar, dos ciegos los miraron con fijeza, dos cojos echaron a correr en busca de un sacerdote y dos mudos se pusieron a gritar «¡aprisa!» Así es como es. El mundo al revés. Alumbrado con sangre, mecha y estopa. Pilares, lápidas, piedras de molino y espejos. Los espejos no son para mirarse, son para contemplarlos con admiración y adentrarse en ellos, sumergirse en ellos. Teníamos un trozo de cristal con el que solíamos intentar coger el sol y conservar su fuego. Se debería haber llamado «cristal de sol». Existe tan poco y condenadamente tanto... La mitad de una vida. Sentido, visto, oído, no completamente sentido; tan exiguamente visto, escasamente oído y, sin embargo, aún en mí vibrando como la huella de una pisada o el aire majestuoso del conde Drácula.

Estoy en una cama de cuatro columnas, ni una menos. Cabecero de raso, ruedas. Por debajo de la cama asoman garras, todas rivalizando entre sí por un apretón de manos, algunas enguantadas, otras sin guantes. Cuanto más me esfuerzo por conseguir el sueño más me esquivo. Le llamo, le suplico. Hay momentos en los que parece inminente, pero es entonces cuando se desvanece lo mismo que una formación de nubes o como alguien que se desliza sobre patines. He tenido épocas mejores, por supuesto que sí; días apacibles, juegos, tirabuzones, cenizas de rosas, chantillí, meriendas, pasteles sin levadura, vestidos de crespón, adornos de entredós y todo lo demás. Era tan sensible entonces... Ahora, sin embargo, siento lo mismo por una mujer que se ruboriza en un tren que por Lil, la mujer que me llevó en su vientre.

Fuera sopla el viento. En los pocos momentos de calma me parece oír un búho. Lo que nunca cesa es el ruido de los coches, su monótono zumbido a lo lejos, coches veloces en la noche. Es fácil que haya un búho, ya que estamos a las afueras de la ciudad y hay muchos árboles donde pasar la noche, también ellos quejumbrosos y decrepitos. Estoy contando ovejitas, pero no hacen más que tropezar unas con otras y tan solo acierto a distinguir los traseros, marcados en rojo, de un rebaño de lana y, lo mismo que ocurre con el procedimiento de contar manzanas, resulta demasiado agotador. Pero aun así hay que pasar el tiempo, las horas de placer y descanso van tejiendo la maraña de nuestras vivencias. Cristo. Cestos de tiempo, donde introduces la mano hasta el codo y es como si la hundieras en el abismo. Con esa lentitud pasa el tiempo, es decir, si es que realmente pasa. En fin, ya pasan demasiado aprisa las Navidades, el dar y el recibir, el grog de Nochebuena, la glotonería bajo el muérdago. Tan solo los minutos son inalterables. Tan solo los minutos.

Una vez conocí a un hombre que se tomaba el tiempo como si fueran rosquillas, disfrutaba de él, se atiborraba de él, llegó a saturarse, perdió la avidez y terminó convirtiéndose en un alcoholico. Conocí a otro que estrujaba huevos con las manos, vivía por ese crujir, después de estrujarlos hacía una bola con ellos y arrojaba cáscara y todo lo demás a lo primero que se le ponía delante. Un cretino. Los he conocido a todos, a los cretinos, a los peregrinos, a los eruditos y a los juglares de ojos tiernos capaces de canturrear y parlotear incansablemente por una porción de bazofia. Hablaremos de ellos más tarde.

Tengo las cortinas echadas y las viejas contraventanas cerradas, todo debería estar perfectamente en orden, debería. Cojo una pastilla, la parto en dos mitades por la línea del centro y me tomo una mitad con el agua de las colinas de Malvern. Siempre me han gustado las aguas de manantial. Aguas burbujeantes y huevas de esturión. Reposo con mi Dios. Reposo sin mi Dios. En los pliegues del sueño. ¡Oh Connemara, oh dulces colinas malvas! ¿Adónde iré, ahora adónde iré? A ningún jodido lugar.

Digo «siete» y pienso que tiene un significado. La cifra se desliza por la página o por la pizarra o por el maravilloso cielo o por el polvoriento suelo, y, aunque me transmite algo, cosas como el precio de un paseo en coche, o el número de la yegua por la que apostar, o cuánto durará el viaje —el viaje inmediato, se entiende—, no me dice lo que necesito saber. No, no me lo dice. Soy una mujer, por lo menos eso es lo que me inclino a creer. Menstrúo, etc. etc. Y aquellas algarabías, y aquellos suspiros, y aquellos susurros, y aquellas insinuaciones, y aquellos «acércate», y aquellos arrullos desplegados fielmente por mí como si fuesen banderas. Sin mencionar aquellos otros sonidos más íntimos, los manifestados interiormente, las sensiblerías de las entrañas coqueteando entre ellas, gorgoros, melodías y tonos diferentes, cancioncillas y crasa súplica balbuceante. Era una experta en ese arte. Como ya he mencionado, en mi deambular por los senderos he conocido a juglares y matarifes. Me contaron muchas historias, me relataron muchos cuentos. Me engañaron siempre. Les lavé los pies, les unté ungüentos, medité, busqué a tientas en la oscuridad, contemplé las constelaciones, identifiqué la Osa Mayor y la Vía Láctea y dije las palabras más tristes.

Son tantos los senderos que a menudo se confunden con el camino verdadero.

He mantenido relaciones, *tête-à-têtes*, épocas dichosas, encuentros felices. Todo ello tan nauseabundamente predecible como el do-re-mi-fa. Lo único que lograron fue suscitar perturbaciones, despertares de primavera, los síes pero noes, el ñaca-ñaca. Resultado, más nacimientos malogrados, o mejor dicho, más nacimientos malogrados y truncados. Y al final un problema de población. Solución. *Nota bene*. Un gallo orgulloso y bravo, seguro entre las pollitas jóvenes y entre otras muchas, es decir, lo que el pobre macho humano rechaza, colgado en las cuerdas de un tendedero, blanco, exangüe, jovial, obediente, tembloroso, bamboleante, quizá incluso aleteando como los gorriones o como unos calcetines, o como los perezosos, o como simples pinzas de la ropa. Hosanna.

Nosotros teníamos un tendedero en Coose, en realidad teníamos dos. Uno en la parte de atrás, junto a la cocina. Ideal para cosas pequeñas: paños de cocina, baberos, picos, etc., etc. Y otro un poco más retirado, en la colina,

expuesto a los incesantes vientos, lo utilizábamos para las sábanas, las mantas, las faldas, los edredones, las fundas de almohadas, las fundas de los cojines y también para los lúgubres pantalones de Boss. Un lugar fantástico; la fuerza del viento, la ropa revoloteando, y Lil corriendo de un lado a otro para quitar la ropa cada vez que amenazaba lluvia. Las siempre inesperadas tormentas de granizo, tan frecuentes y tan fuertes. Recordaba un poco al mar, pero totalmente verde, con matorrales y flores diferentes según las estaciones. Así que aquí estoy, tumbada y pensando en todo aquello. Maldita sea. Como si no hubiera nada más, como si no hubiera nadie más. Uno es su familia y sus amigos: Boss, Lil, Tutsie y el inigualable doctor Flaggler. Nada de olvido, por dentro o por fuera. El corazón en su apenas perceptible debilidad, en armonía y alguna vez también en discordia, una nota de música solemne, un soniquete que martillea incesante dentro de uno repitiendo: madre, padre, esposa, hijo, tú mismo. Otros también, aunque nunca una multitud, nunca llegan a ser multitud. He escrito cartas innobles: me enterneces, me erotizas, y sé que yo también a ti. Y así más y más. Absorbentes, empalagosas, calumniosas. Todas las he mantenido en secreto; actuar de una forma tan absurda y no morir a continuación hubiera sido la acción más ridícula de todas mis ridículas acciones. He llegado incluso a solicitar, por escrito, ser enterrada en una isla cerca de Coose; un lugar triste, rodeado de encrespadas aguas y presidido por un par de infértiles cisnes. Una afirmación supondría la buena voluntad de las jerarquías, así como de la carnicera, que es quien tiene arrendados los derechos de pasto *ad infinitum*. Sus características son: tumbas, túmulos, criptas, lápidas, una torre redonda, cagadas, hongos y cabestros escarbando, ronzando y rumiando su forraje. Sin duda alguna será gratificante contemplar, en las gélidas mañanas, sus efluvios, sus abundantes vapores elevándose, las flores congeladas entre el hielo, los espléndidos penachos de hierba, el fugaz resplandor de las lápidas y los cardos dominándolo todo como almidonadas escarapelas. Sin embargo, esto de querer yacer allí, cuando soy incapaz de vivir dentro de sus contornos, no deja de ser una mera especulación. Lo que ocurre es que imagino la muerte como la apoteosis de la soledad, acabar con las soledades menores, la fuerza, los juegos de palabras y los grilletes de los que me he sentido presa en

pueblos y ciudades, donde he olvidado el hecho de que la tierra y el agua existen en algún lugar bajo el gran laberinto de cemento y alcantarillado, de raíces y desperdicios, de sumideros y de porquerías. En la calle principal los neumáticos hacen estragos en la mugre, sobre todo los camiones de doble rueda. A menudo me digo: ¡Ah, hundirse en la porquería por fin, decir sí en lugar de no al repugnante hedor y a la inmundicia! Adiós a las margaritas y al plancton, adiós a los trinos, a los cantos y al blanco cuerpecito del zorzal. Es lo que caracteriza al estercolero. No lo es. Otra cosa que quizá haya influido en mi decisión por la isla es su soledad. La verdad es que no quiero descansar eternamente junto a mis parientes y amigos. Para que se fastidie el rey Jacobo y sus católicas creencias. Tampoco quiero descansar junto a los parientes y amigos de otros. Esto para que se fastidie el protestante rey Guillermo. No deseo, ni tan siquiera en el patético lecho de muerte, que me amontonen junto a otras personas que seguro que me importunarían y viceversa. Pienso en los cumplidos que tendríamos que fingir, las consigüentes sutilezas, los chasquidos de lengua, los apretones de manos, las reverencias, todo para vivir medianamente en paz juntos y durante muchos años. Para siempre, tal vez. Tal vez. Quiero ser yo misma por una vez. No ser miembro de ninguna comunidad de dioses o semidioses, o padres, o madres, o abuelos, o abuelas, o hermanos, o hermanas, o parientes de cualquier clase, germinados en mí a través de consanguineidad o afinidad o cualquier otra especie de vínculo lineal, genitivo o colateral. Enfrentarme finalmente con la verdad, completamente sola. ¿Es eso lo que quiero en realidad? Aparentemente no. Aún miro a mi alrededor en busca de amigos, amigos de la infancia, amigos de barra, compañeros de cualquier índole, con la sola condición de que sepan estar en su lugar, de que mantengan la distancia, de que sepan controlarse y me dejen con la corteza de mi alma y mis tortuosos y elegíacos efluvios.

Hubo un tiempo en el que hacía confitura e iba a recoger a mi hijo, Tutsie, a la salida del colegio. Un remolón, casi siempre salía el último. Siempre quedándose atrás. Ahora ya es un hombre y comparte un jeep con otros tres amigos. Está recorriendo el mundo. Solía decir que le gustaría conocer

lugares en los que nadie hubiera estado antes. Taciturno, siempre lo fue. Le gustaban mucho los animales y la verdad es que tenía un don para domesticarlos. En una ocasión permaneció medio agazapado en un tren con el solo objeto de estar cerca de un perro tejonero y poderlo acariciar. Cuando le tonsuraron por primera vez, yo le ponía un gorrito, su coronilla me hablaba de pasadas masacres, sus huesecillos rememoraban holocaustos. Después iban apareciendo en su cabecita brotecillos como diminutos cepillos de dientes, que más tarde crecían y se convertían en largos y rubios rizos. Tengo guardados en una bolsita sus rizos y sus dientes de leche, espero dárselos algún día a sus hijos. Lo espero con ansia. La bolsita está envuelta en la manta, junto con el resto de mis cosas. El amor de una madre, al igual que la levadura, crece y crece sobrepasando los límites del mundo, demasiado. Hacía pipís grandilocuentes en los parques públicos, imitaba a las fuentes. Los vigilantes y los guardas nos lo hacían pasar bastante mal; los guardas y todos aquellos con algo de autoridad siempre tan quisquillosos. Yo aquí tengo una cierta autoridad, pero no se puede decir que sea muy significativa.

Una vez a la semana le compraba un chupa-chups. Los jueves. Todos los jueves se funden en uno solo; aquellos de su infancia y de la mía, y ¿quizá de la tuya? Al corro de la patata, comeremos... y al final todos en el suelo. El color del chupa-chups le teñía los labios de rojo, le chorreaba por la barbilla y goteaba en la trenca; él entonces sacaba su lengüecilla y lo limpiaba con gran habilidad. Lamía el abriguito con rapidez antes de que el caramelo desapareciera absorbido por el paño. Nuestros preferidos eran los efervescentes. Se te quedaban en la garganta. Los granitos se te metían en las papilas, se subían hacia la nariz y te hacían sentir un cosquilleo por toda la boca. Supongo que serían las bocas las primeras en experimentar la resurrección, la emoción de la vida. Con los efervescentes venía una especie de espatulita, suficientemente consistente como para mantener la lengua presionada hacia abajo bastante mejor que el instrumento que utilizaba el doctor Rath cuando hacía que la gente dijera «Aaaah». Olían a verano aquellos chupa-chups, o así me lo parece ahora.

Intento recordar, lo intento con todas mis fuerzas, no es que crea que la evocación sirva de algo, recordar el ayer, sus rostros, sus ropas, lo que veía

de mí misma o lo que dejaba de ver cuando me miraba en alguno de aquellos espejos grandes, tristes y maculados que adornaban las puertas del armario en la oscura leonera que era nuestra granja. No recuerdo casi nada, exceptuando lo del chupa-chups, su volatilidad, los vestidos de crespón llenos de arrugas y también una pelota de goma maciza, medio destrozada por el perro, cuyo interior parecía un viejo y demolido cerebro. ¿Una pelota, un perro, un cerebro?

En la época de trilla nunca había suficientes tenedores para todos, y algunos trabajadores, los más torpes, tenían que esperar, bastante malhumorados, mientras los demás daban buena cuenta de la comida antes de volver, con desgana, a sus faenas. Ah, sí, parece que van volviendo los recuerdos. Hombres con las gorras sobre sus rodillas, gorras de paño, gorras de visera, ramilletes con forma de haces de heno, apellidos curiosos, Dowling o Stack, ronquidos, numerosas supersticiones, estridentes aullidos presagiando mal agüero, el hombre del saco, gansos sueltos por los campos de maíz comiéndose los últimos granos sin recoger, estampando sus palmeadas patas en los surcos del rastrojo, cebándose para estar rollizos en Navidad. Debía de ser otoño. Es cuando se recoge la cosecha. Eso sí que lo sé.

Eso y las espigas saliendo a borbotones por la tolva, y los hombres manejando las horquillas, y la barcia por los aires, mientras que abajo en la cocina sonaba el cling-clang de los cubiertos, ya limpios, al ser colocados de nuevo en su cajón. Aquellas duchas de trigo vinculadas, de alguna manera, al séptimo cielo. Así como está vinculada la plata del cáliz y la de inferior calidad de una concha de cristianar con la que se obsequia al recién nacido en el seno de una familia. Plata y oro, evangelios e hinojo y las dificultades que ello conlleva y las propiedades del musgo carrageen; substancia fría y viscosa que cuando sale de su molde ondulado se mueve indefinidamente lo mismo que un flan. Desconcertante. Las gallinas, también, entrando y saliendo de entre la maleza, esta última, altiva, ignorando el césped. Quiquiriquí, monarca de todos los sobrevivientes, tardes fundidas con anocheceres, el gran momento para las lágrimas, pero ¿lágrimas por qué y por quién? Luz del

atardecer, a veces fosforescente, en finísimos rayos, delicadamente hilados, fundidos y derretidos como manteca, como miel, haces de luz uniendo dos mundos; uno donde utilizamos estacas y otro que aspiramos conocer algún día y por el que toda nuestra vida es una jodida peregrinación.

Alguien —el charlatán de Dowling— comentó que se iba a construir una pista de tenis, de asfalto, que podrían utilizar, en sus días libres, los dependientes, los empleados de banco y los policías, y pasar allí el tiempo luciendo sus pantalones cortos, tirando una pelota de aquí para allá y sirviéndose de un lacayo para que lleve la cuenta de los tantos ganados y perdidos. A los granjeros no les dejarían entrar. Les estaría prohibida la entrada. Cuando Boss lo oyó se puso furioso. No soportaba que le insultaran. Su temperamento salía a flote, cosa que le obligaba a tomar tres de sus pastillas para la digestión, que pulverizaba con vehemencia entre sus molares. Los envases olían a magnesio. ¡Oh, Boss, tú siempre al borde del ataque de ira cataclísmica, con tus dos trajes marrones y tus blanquísimas pantorrillas, que todos pudieron contemplar en Glenstall, durante aquel partido tan comprometido, cuando te dieron la patada! La patada se la dio una especie de gigante y, como Boss no llevaba polainas ni rodilleras, le obligaron a subirse el pantalón para ver el daño causado, caso de que exigiera una reparación bien por medio de los puños bien poniendo una denuncia. «Mierda para el tenis —dijo Boss—. Es un juego de niños, para desentumecer empleadillos.» Conocido y desconocido, ahora que es algo tan tenue. Tenue. Extinto. Encontrarse y no encontrarse, como los ciclistas, cuando se cruzan por la noche atravesando un bosquecillo, sin tan siquiera saludarse, sin intercambiar una sola palabra, sin un sonido, reconociéndose tan solo por la luminosidad u opacidad de su faro delantero o de su luz trasera, reconociéndose en la esclavitud de la noche por el brillo de los radios de sus ruedas, o por el guardabarros. Desconocidos. Así son muchos de nuestros encuentros. Incluso los más íntimos. Especialmente los más íntimos. Te ofrezco la semilla de mi padre, como tú me la ofreciste una vez, tristemente, apasionadamente, estúpidamente, inútilmente. ¿Qué fue lo que nos hizo embarcarnos en una aventura tan desmesurada? ¿Fueron las nalgas de ella, fofas y vulgares? ¿Fue su hendidura, la hendidura de lo absurdo? ¿Fue eso lo

que nos decidió? Nunca estuvimos más cerca que entonces, ¿tú o yo?, ¿tú y yo?, ¿solo tú, yo aún no?, ¿yo sí, tú ya no? Una trinidad de banalidades. En la humedad y opacidad de occidente. ¿Qué era lo que provocaba tu ira?, ¿la luna llena?, ¿la media luna?, ¿cuando no había luna?, ¿la mirada de un bizco, el deber, la reconciliación, la sed?, ¿nada? El placer del cangrejo en los terrenos húmedos y blandos. Quizá dar patadas y decir palabras groseras, cojones, zorra, etc. Gruñidos. Te creo capaz. Tú, mintiéndote a ti mismo. Ahora yo, con mis malditas sospechas y una predilección por el sufrimiento, la calamidad y el estupor ya liturgizado antes de entrar en esta oscuridad, un lugar templado y húmedo. No hay otra opción.

Y aún tanta distancia por recorrer entre el parar y el empezar y el comer coles de Bruselas.

No hace mucho que fue Navidad. Pasó sin grandes alharacas. No tomé los sacramentos. Me hicieron tres regalos: un camisón —muy apropiado para mis noches de lujuria, simples aventurillas—, un cofrecito y un paño de cocina, en el que, de acuerdo con mi signo astrológico, está estampada mi personalidad. De ser cierto, soy magnánima, leal, tímida, ambiciosa —pero de una forma comedida, aspirando a metas más altas—, amante de las relaciones sinceras, de trato dulce y agradable, deliciosamente indulgente, comprensiva con las personas de edad y llena de caridad y bondad. Sin embargo, si las estrellas mienten, entonces malgastaré mis bienes, sufriré grandes engaños, soy una hipócrita, además de inflexible en el mantenimiento de falsos principios, ignorante, descuidada, gorda, de escasa capacidad y cismática.

Si alguna vez vuelvo a enamorarme de alguien del sexo opuesto, o ¿por qué no? de mi propio sexo, intentaré no hablar demasiado. No me será fácil, criada como fui entre gallinas, ganado, cántaros, vientos, ropa tendida y mucha gente, todos hablando y bromeando, armando jaleo para aturdirse y

distraerse. Pero, aunque falle en el intento, procuraré dedicar mi espíritu a otras cosas, el espíritu es el espíritu, como las agallas son las agallas y las piedras calizas son las piedras calizas.

Contemplar una puerta cerrada y ser consciente de que la última persona se acaba de marchar es algo muy perturbador. Nadie a quien llamar, nadie a quien abrazar, nadie. Ni tan siquiera un juguete, o el viejo osito de peluche. Alargo la mano y toco el trozo de piel gris de la falda escocesa. Piel de cabra armenia, según mi escaso conocimiento de la vida animal. Decepcionante. Este trozo de piel de la falda no es suficientemente tupido como para sentirse arropada por ella. Desaparece. Se desvanece entre los dedos como si fuera pelusa. Toco la pared, por detrás del cabecero de raso. En contra de lo que me había figurado, no raspa. Sin embargo hay algo que sí raspa —ris-ras—, como la cortadora de césped del Duque —ris-ras—, como el ciego doctor Rath dando puntos de sutura. Puntos grandes y torpes; entonces, cuando Lil dio a luz. Puntos en forma de espiga, cosidos con hilo de tripa, impregnados de alguna sustancia de oveja, lo mismo que las cuerdas de violín. Yo me parezco a ella, excepto en un detalle. Ella tenía una pequeña mota verde, que se movía, en la parte blanca del ojo, era una motita preciosa. Si yo pudiera añadirme una nueva seña de identidad, elegiría una mota como aquella; que se moviera graciosamente de un lado a otro al girar la mirada. Que no fuera de un verde brillante, sino más bien de un tono suave. Creo que, cuando aún estaba dentro de ella, en su morada, percibía cuándo colocaba los tarros de miel. Le escribí para preguntarle si tenía alguna idea o pista del color exacto de sus entrañas, mi primer domicilio conocido. Pensé que era muy probable que me contestara dándome alguna sugerencia, siendo, como era, tan ingeniosa en cuanto a la combinación de colores en el linóleo, en los dulces de Madeira, en el papel de las paredes y en los ribeteados de las alfombras de lana, que adornaba en las interminables noches. Creo recordar rayas de colores, rayas de cebra, rayas rosas, rayas verde fuerte y también rosa fuerte. Incrementé la lista, fui pródiga, incluso recurrí a los sombreados. Robaba mis ideas a la naturaleza, diferentes bobinas de hilo, una cartulina con pintura,

catálogos de semillas y de lujosas tiendas de artículos de baño; adonde voy, de vez en cuando, y hago como que estoy interesada en la compra de una bañera de color topacio. Me encanta ir allí. Me visto con plumas prestadas, parezco una auténtica lechuza. Dije que quizá le gustara ser extravagante, puede que incluso le gustara dar rienda suelta a la inventiva, desahogarse, mentir si fuera necesario. Nada más echar la carta al buzón, me di cuenta de la debacle que había desencadenado. Mi madre está muerta. Para hacerlo aún más patético, murió hace relativamente poco tiempo; el cartero, que es un bruto y un zoquete, además de tener juanetes, producto de sus diarias peregrinaciones, la entregará en casa, por costumbre. Sus pies le conducirán al lugar y seguramente otra parte atrofiada de su anatomía sacará la epístola de su gran cartera y dirá, como suele hacerlo lleno de fe siempre que ve un sello extranjero: allá de los mares. Supuse que Boss quedaría horrorizado ante lo funesto, desvergonzado y cruel de semejante acción. Complacido en el fondo de no tener que tomar ninguna determinación, cual la de lanzar palos y piedras como le hicieran al pobre Dick Studdard. El agua nos divide más aún que las nueve olas de Dedannan. ¡Hurra por las aguas, aguas de balneario, aguas pantanosas, pozos aislados, fuentes, lagos, ríos, arroyos, pilas bautismales y, por supuesto, los mares, viveros de ostras!

Su funeral fue un acontecimiento con ribetes cómicos, a pesar de los llantos y los pésames. Los acompañantes del duelo, una multitud bastante considerable y todos con sus mejores galas. Aguijoneados dolorosamente por las ortigas que crecían por allí en abundancia. Tomamos un atajo para no tener que pasar por los senderos que estaban cercados. Parecía como si no quisiéramos llegar tarde a depositarla en las entrañas de la tierra, donde según dicen habitan topos y duendes en intrincados caminos y pasadizos. Por el camino vimos una bicicleta apoyada en un tejo, una bicicleta de hombre, un modelo antiguo, parecía abandonada. Algunos de los hombres, los más locuaces, se preguntaban de quién podría ser y sugerían varios nombres. Nombres propios y apellidos, incluso mote, pero, como no llegaban a un acuerdo, empezaron a hacer conjeturas en voz alta sobre por qué la habría abandonado su dueño

en aquel lugar, qué le podría haber obligado a tomar esa decisión; al final llegaron a la conclusión de que o bien le había surgido una necesidad urgente, que nadie podía hacer por él, o bien se había puesto enfermo, o quizá había decidido ir a buscar un pozo, o simplemente se había apartado a algún lugar para rezar, o para descansar por razones meramente bucólicas, o podría ser que estuviera retozando con alguna mujer, una mujer de paso por el pueblo, o quién sabe si una mujer casada, o con un animal, o con nadie. Entonces alguien dijo que el ciclista podía ser femenino, que habría desaparecido por cualquiera de las causas anteriormente expuestas, o también pudiera ser que para dar a luz, por sus propios medios, un hijo bastardo. No se puede decir que fueran unos pensamientos muy piadosos que digamos. Cuanto más hondo cavaban más rica y roja era la arcilla. Eran rápidos con la pala, hacían incisiones resueltas y certeras. No faltaban exquisitas manifestaciones de duelo: pucheros, gemidos, lágrimas, sofocos ahogados por el pañuelo o algo parecido a un pañuelo. Entonces apareció, justo allí, un chiquillo de incomparables ojos; buscaba unas ovejas que se le habían extraviado. Cinco o seis. Maldita sea. Un chiquillo como aquel, con inigualables ojos y de pocos recursos, debiera saber si eran cinco o seis las ovejas que se le habían perdido. Cuando vio el ataúd y la gente del duelo se dio cuenta de dónde estaba, se inclinó, para demostrar su condolencia, y se quitó la gorra a la vez que preguntaba que de quién era el entierro. Y justo en aquel momento crucial yo me comporté como una perfecta imbécil, e hice lo siguiente: salté a la tumba, me arrodillé, grité y lancé lamentos, fue un segundo, el más espantoso de los ridículos. Me torcí el tobillo. No necesito decir el escándalo que siguió. El jaleo hizo que él levantara la cabeza. Quizá fue por eso por lo que lo hice, para quitar solemnidad al momento. Lo dudo. Carezco de talento para propiciar situaciones cómicas. Lo atribuyeron al dolor. Algunos dijeron que era un ataque, otros que una crisis y otros que los nervios. ¡Los nervios! Si no paro de comer, y la razón es que lo hago para proporcionar a mi corazón una consistente capa de grasa y así poder morir decente y tranquilamente sin apenas darme cuenta, volviendo a convertirme en *materiam primam* o como se llame.

Después del entierro se sacaron bebidas y algo de comer. ¡Qué servicio!

Ella no lo hubiera consentido. Las galletas eran grandes y ordinarias y además de estar húmedas parecía que, durante algún período de su vida, habían cohabitado con parafina. En cuanto a las cosas saladas, había platos con lonchas de jamón, colocadas como si las hubiesen tirado desde un cuarto piso, algunas llevaban una pizca de ensaladilla encima y otras un trocito de escabeche amarillento, el adorno dependía del gusto de las señoras que lo habían preparado. Todo ello con una falta total de elegancia. Como era de esperar, no había suficientes sillas. La gente se sentaba como podía, bien en el mismo borde de la silla o simplemente apoyada en el respaldo, lo que suponía una dificultad extra a la hora de intentar cortar el jamón. La salsa de tomate era demasiado fluida y estaba demasiado caliente, lo que contribuía al hecho de no practicar exactamente la moderación cuando se la echaban. Se debía más a la posición tan incómoda que tenían, medio sentados, que a la posible avidez por parte de los presentes. Se habló de todo un poco, aunque no mucho; alabaron sus virtudes. Discutieron sobre la leyenda que iban a llevar los recordatorios. Yo siempre me había fijado en su predilección por las cosas sencillas y el lenguaje llano, cosas como «No por mucho madrugar amanece más temprano», y sin embargo allí estaba yo escuchando las citas de san Jerónimo y las Bienaventuranzas como posible material para figurar en los recordatorios. Qué poco pensamos en lo que conocemos de otras personas. Qué poco lo utilizamos.

Como era de esperar, ella murió después de una larga y penosa enfermedad. Con las madres siempre pasa. Con los padres también.

Fui a cuidarla, de mala gana, no, no de mala gana, con dolor. Dolor de parto, dolor de vida, dolor de muerte, todos deben de ser de la misma familia. Ella estaba arriba, en la misma cama donde había dado a luz, donde había pasado el lumbago y otras muchas dolencias. Yo solía permanecer fuera de la habitación tanto tiempo como podía, fuera, en el pasillo, canturreando, para que supiera que estaba allí, y mientras tanto hacía alguna faena de la casa. Empecé a encerar el suelo, pero el olor la molestaba y solo pude encerar la mitad. Cuando estaba con ella en la habitación, aprovechaba para lavarle las heridas, limpiar los espejos y hacer planes para el futuro: Navidades, vacaciones, etc. No hay nada más denigrante para burlarse de los

moribundos. Vamos muriendo poco a poco, pero siempre hay una parte de nosotros que sabe, con seguridad, cuándo todo se ha acabado. Existe una partícula en nuestra mente que se identifica con ese preciso instante y ella la poseía. Yo la oía, podía registrar cada cambio, como un reloj con su tictac invisible. Había vino de consagrar en el alféizar de la ventana con una etiqueta de España. Lo rechazó. Era el vino del párroco, del canónigo. Pobres canónigos, con sus viejos escrotos, polvorientos, quizá odiados como algo incómodo. Sus órganos, ¿rosados o incoloros?, pobre canónigo, cuando venía a confesarla no paraba de toser. Nada de aire de suficiencia. Ningún preámbulo. Siempre traía el sacramento cubierto con un paño en el que se apreciaban diminutos zurcidos. A ella le costaba un gran esfuerzo tragarlo, daba pena verla, la sutura de su garganta pinchaba como agujas. Siempre ocurría algo que interrumpía el momento: el gato, entrando sigilosamente, un ruido en la cocina, el canto de un pájaro, algo que se caía de la cama, casi siempre su peine. Una vez vino con el cáliz vacío.

Después de aquello ya siempre vino el señor cura. Pobres canónigos, viejos, grises, tambaleándose, dementes y desamparados, con sus sotanas y sus fieles amas, esas mujeres cubiertas de verrugas que siempre están dispuestas a complacerles. Después volvía con mis planes para el futuro y continuaba hablando. Ella se daba cuenta de la poca caridad de toda aquella palabrería referente a Navidad y a las vacaciones, sus ojos eran como dos puñales, azules, azul cobalto, pidiéndome que no continuara. Despropósitos, desvaríos. Oí cosas que nadie debería oír, nadie o todo el mundo. Esperaba que pasara un camión y cuando lo oía empezaba a decir toda suerte de cosas contra el conductor, que era un animal, un cafre. Disparataba diciendo que estaba segura de que podía levantar el volquete a la voz de «volquete arriba, disparen, ya». Cuando el dolor disminuía o cuando la dosis de morfina era mayor, rezaba. Cómo rezaba. Y cómo se reía. Las nubes, decía, tan parecidas a los arbustos, a la arbusticidad de los arbustos. Las nubes tienen el enmarañado de los arbustos. Y se preguntaba por qué no podía ella andar y hablar, aunque la verdad es que ni tan siquiera el zumbido de una mosca se oponía a sus deseos. Cómo sufría. Solía decir que todo el placer del que había disfrutado a lo largo de su vida cabía en un dedal y empezaba a buscarlo,

aunque para ser sinceros la costura no era su fuerte. Hacía una lista de todos sus placeres: una flor entre las páginas de un libro, un viaje a América, sombreros con velo, un viaje de vuelta y melocotones, a los que primero acariciaba con sus labios, después con sus dientes y a los que finalmente daba un bocado. Decía que aparte de esto sus pequeñas alegrías eran sus gallinas, revolcándose en la tierra, durmiendo, roncando y reflexionando sobre la puesta de su primer huevo. Y en algún lugar de su mano ella sujetaba ese pequeño huevo. Se enfadaba seriamente con cualquier gallina por andar suelta por ahí. Le gritaba diciéndole que si no sabía que ella tenía su propio gallinero. Le gustaba ir a buscarlas, llamarlas imitándolas en su cacareo, pero siempre se paraba cuando llegaba a un pequeño montículo, aunque también decía siempre que por qué no podía ella arriesgarse a subir el montículo y coronarse deportivamente como la reina del lugar. Y de nuevo, sin apenas mover el cuerpo exceptuando el roce de un dedo del pie con otro, su cabeza y sus ojos no paraban de moverse a la par que iba subiendo el montículo; una vez arriba exclamaba que desde allí divisaba el último piso de la casa con total claridad y comentaba que las tejas que siempre habían faltado seguían igual. Empezaba la estrofa de una canción, medio canción medio oración. Detallaba que había tres árboles: un sicómoro, con sus frutos aplastados y vacíos, una encina y un pequeño avellano. Aclaraba que la corteza de la encina era gris y fibrosa como ella. En ese momento pasaba algún chiquillo; el hijo del carnicero, o el del veterinario, niños, relacionados todos ellos con los oscuros temas de la vida. Armaban mucho alboroto. Empezaba a buscar entre la hierba, según decía buscaba huevos. Al parecer los niños le advirtieron que tuviera cuidado con las culebras y ella les contestó que eran unos insolentes de mierda, con sus pistolas y sus sombreros de vaquero, les mandó a freír espárragos repitiendo: «Prohibido pasar, fuera intrusos». Allí seguía, diciendo que daría cualquier cosa por que no estuviera tan oscuro y brillara el sol, días luminosos y rayos de luz traspasándola y alcanzando a sus hijos, todos niños otra vez, arremolinados a su alrededor como formando un bordado, con sus puntillas, sus mejores galas, sus diminutas botitas abotonadas; daría cualquier cosa, cualquier cosa por que se hiciera realidad; se lo reprochaba a Dios y a los hombres y se lamentaba de que no se

cumplieran sus deseos y de que todo estuviera cada vez más oscuro, incluido el propio montículo, y de que la casa la estuviera esperando para que preparara y encendiera la vieja Aladino. De pronto se sentaba en la cama y preguntaba si el mes tenía «r», porque de ser así corríamos el riesgo de coger una pulmonía si seguíamos allí sentadas en medio del césped que estaba húmedo y lleno de porquería. Yo le contestaba que no, que era todo lo que podía decir. Sus ojos eran dos puñales pidiéndome que no me fuera, que no me fuera. Pasaba sus dedos por los bordes de la colcha como si se tratase de sortijas o baratijas y murmuraba palabras soeces que ni tan siquiera ella conocía. Yo había lavado las sábanas, lavaba cuatro sábanas diarias debido a sus continuas hemorragias, se podía oír el ruido que hacían balanceándose en el tendedero. Eso y el ruido de la lluvia, lluvia perentoria, azul en la lejanía, incolora en la mano y parda allí donde cae, gruesas gotas cayendo sobre las briznas de hierba, especialmente sobre el seto y las briznas de hierba, más fuerte, más fuerte, diluviando y con viento quejumbroso, todo meciéndose con furia, incluso las margaritas y los dientes de león; las flores más pequeñas eran arrancadas y los perros en la escalera gemían para que les dejara entrar en la habitación, perros empapados, cansados de matar conejos, cubiertos de lluvia pero con olor a sangre. Los perros, decía ella. Los perros, decía yo. Después ella se volvía a sumir en su mundo.

Perros, algunos tienen el pelo de tacto agradable, otros cazan zorros, los rabiosos muerden, los montañeses tienen el pelo áspero, beben agua y leche, matan gatos, comen cualquier cosa.

Aseguraba que su mente era un cubo de basura, tenía maleza donde debería tener pensamientos. Bulbosos antojos renegridos en su interior. Admitía que estaba perdiendo la fe. La abandonaba justo cuando más falta le hacía; se acercaba la hora de presentar sus credenciales. Deliraba, pero justo en los momentos antes de morir estuvo coherente. Dijo algo sobre el alfiler de un sombrero. Debí haberle ahuecado el pelo o haberle puesto alguna de sus peinetas españolas, o haber comentado cualquier banalidad, algo como que la achicoria es un adulterante del café. Pero, no, la dejé que delirara. Aquel alfiler de sombrero parecía molestarla. Al final resultó no ser un alfiler sino un par de zapatos que una quinquillera le había robado del alféizar de la

ventana donde los había dejado para que se secaran. El sargento les siguió la pista y descubrió que los había vendido por veinte peniques; total, que el caso se llevó a juicio. Allí, la compradora, que era la esposa de un hombre de cierta posición, adujo muy desconcertada que había pensado que la quinqui era una vendedora ambulante. El juez se dirigió a ella y le dio una disertación sobre el sexto y el séptimo mandamientos. Lil decía que el peor momento para ella fue cuando tuvo que subir al estrado para identificar los zapatos en cuestión. Según ella, los zapatos tenían un aspecto deplorable, de no haberlos limpiado, ni dado crema ni sacado brillo. Hubiera dado cualquier cosa por que la dejaran limpiarlos, aunque fuera con el borde de su abrigo, y que el caso fuera sobreseído. A la culpable le impusieron un mes de prisión. «Y yo, con el miedo que tengo a la policía», repetía ella una y otra vez. La atormentaba, el delito, la crueldad, lo mismo que las ratas aquellas, royendo las paredes, en Brujas o en Bruselas o en cualquiera de los lugares que visitamos en aquel mísero viaje que hice con mi esposo, el doctor Flaggler. Debería haberla abrazado, alabar sus buenas obras, pero no lo hice. Quizá no deseaba hacerlo. Se incorporó o intentó incorporarse, se agarraba a una barra de latón tratando de levantarse, ordenó que prepararan el poni y pidió que la sacaran de aquella asfixiante habitación, que la llevaran a las laderas de tojos amarillos, a coger moras. Suplicaba alejarse de las puertas de la muerte. Articulaba las palabras sin sonido. Cesó de hacerlo. Después de todo fue tan simple, tan terriblemente simple como subir las persianas una vez que el verano ha terminado. Nada parecido a lo que llamamos muerte; era como si tiraran de ella hacia lo más profundo, hacia otro lugar, hacia ningún lugar. Tenerla entre mis brazos era como abrazar un vegetal. La ausencia de pulso y de los latidos del corazón lo cambia todo. Se habló de dinero y encargamos un ataúd marrón.

Inmediatamente después, comenzamos la tarea de limpiar y ventilar. No dejó reliquias, lo único un abanico, el anillo y una cajita. Quedábamos Boss y yo. Él, sentado junto a la chimenea, sin ser consciente de su propio llanto. No la mencionaba directamente, lo que hacía era hablar de las personas que la conocían, chicas de su generación, de pelo castaño, el asesinato de su hermano, el ciego doctor Rath. Que fue un gran hombre y una buena persona,

solía decir, y que organizaba timbas de cartas; una vez apostó su propia mesa y la perdió, una mesa de comedor, de madera de haya.

«Supongo que te quedarás.» Sabía que me lo preguntaría, pero no pensé que fuera tan pronto. No estaba preparada. Me resistía. ¿Por qué no se habrían muerto a la vez, como lo hicieron los dos perros un poco después? Me puse el abrigo de astracán marrón de Lil y me fui a dar un paseo. Atravesé campos y más campos, llegué hasta un río y me volví. Un paseo sin incidencia alguna, tan solo mi reflexión. Enormes montones de piedras, gigantescos corredores hacia los lluviosos cielos, hacia los malditos cielos, hileras sobre hileras formando paredes de piedra, hornos de piedra. Mientras tanto los egipcios construían las pirámides. El color predominante era el gris; cielo, piedra, hemisferio, todo del mismo tono, todo gris, gris como el agua. Las hojas caían de los árboles, sería más exacto decir que eran arrojadas de los árboles, ya que aquel día el viento no era benigno. Algunas hojas se arremolinaban alrededor de algo, quizá un pincho, un palo o una púa de alambre. Lo veía todo ante mí: el futuro, el rencor de Boss, su sentido del humor cuando se iba por ahí de copas, después su ropa empapada y la recuperación, botellas de agua caliente, vahos, tisanas y todo lo demás. La terrible cotidianeidad. No podría resistirlo, fuera o no fuera Dodge City.

Cuando volví a casa, Boss se había quedado dormido en la butaca de la habitación. Parecía como si hubiera tomado alguna pastilla, tenía un vaso a su lado manchado del marrón de la valeriana. Hice mi maleta, no quería que se imaginara lo que le iba a decir antes de hacerlo expresamente. La dejé a la entrada, junto a unas espadañas que había cogido.

«Así te pudras», dijo. Cuando cerró la puerta pude oír con claridad cómo echaba los dos cerrojos: el de arriba y el de abajo.

Veo surgir la fiera en los seres humanos, primero la pezuña, después la pierna, con sus músculos y su vello, a continuación los ojos, esos instrumentos salvajes y tiernos que relucen con brillo amarillo de manía asesina. En esas ocasiones lo que hago es mirar hacia otro lado. Ojalá supiera tejer, en esos momentos me pondría a hacer punto, o mejor aún, ganchillo.

Una pluma. Llevaba molestándome un rato, me las había arreglado para retirarla hacia un lado y que por lo menos no me pinchara. Es de color beige. ¿Pluma de qué?, ¿de quién? La retuerzo y se revuelve, responde, la soplo y también responde. Es agradable que alguien te responda.

Si bizqueo de una determinada manera puedo hacer que el papel de las paredes se ponga en movimiento, se balancee hacia delante y hacia atrás como el mecido de una cuna. Después abro los ojos y lo veo, inmóvil. Fuera de lugar. Hace juego con las cortinas que son de cretona. Los motivos, los mismos en el papel que en las cortinas, son bandadas de pájaros de largas colas. Las cortinas cubren toda la superficie, incluso algunas se entrelazan formando provocativos dibujos. Los dueños deben de ser entusiastas admiradores de la naturaleza o de la caza, el placer de la caza. No es una vista tranquilizadora. Hay veces que parece como si estos pájaros picotearan el papel y la cretona, engulléndolos. Picotear en vez de cantar, o piar, o lanzar sus llamadas de apareamiento. Creo que la razón por la que aún no me he dormido es Nick. Nunca pensé que volvería, nunca imaginé que pudiera haberme metido en su piel de esa manera, que hubiera calado tan hondo en él. Cuando llegó, encontró la casa a oscuras, ni una luz, ni tan siquiera una vela o una lamparilla. Yo, obedeciendo a un impulso aventurero y sin razón aparente que lo justificara, me había ido a dar un paseo un poco más largo de lo habitual, aficionada como soy a las puestas de sol, a las hogueras y a cualquier cosa parecida. Desastroso. Primero me dirigí a un conjunto de casas. Horribles. Casas verdaderamente espantosas, medio chabolas. Las ventanas sin marcos. Ventanas que se abrían directamente al mundo como huecos desnudos. Se podía ver el interior de todas las casas. Eso me produjo un gran impacto. Muñecas y perros y más muñecas y más perros. Cochecitos de niño y niños. Demasiados niños. Servilletas tendidas al sol. Un esqueje de geranio en un envase de yogur. Me deprimía todo aquello. Lo siguiente que se cruzó en mi camino fue un pastor, llevaba un cayado de aluminio, de unos 75 cm de alto. Yo echaba de menos los tiempos en que los cayados medían metro y medio de largo. Bah, bah. No es que yo entienda mucho de pastores ni de ovejas, nunca he cogido a ninguna por las patas traseras y me he puesto a esquilarla ni nada parecido, son tonterías que se me ocurren. La mujer del

pastor parecía estar planeando unas vacaciones. Estaba recortando cupones para ayuda de las vacaciones, todo era poco para conseguirlas. De aquí a dos años podrían irse a los páramos. También tenían un vivero de truchas. Las criaban y después las enviaban a Francia, donde parece ser que están consideradas como bocado exquisito en la cocina. Todo era poco: los cupones, la chabola en propiedad, los paquetes de cereales con los que regalaban un reloj de cartón, las muñecas en las ventanas, con las piernas cada una por un lado y de aspecto tan grotesco como los mismos niños. Llegué hasta Mortlake, al cementerio. Por allí me tumbé en la falda de la colina, expuesta a coger una neumonía, y me quedé contemplando el anochecer. Lo más curioso de aquella oscuridad, que cada vez estaba más cerca, era la sensación que me producía de que eran mis ojos los que iban perdiendo visión. Todo se empezó a nublar. La luna nueva no transmitía inquietud alguna, tampoco la luna llena ni el zarapito zarapiteando. No había nada que no fuera la propia oscuridad, que, como un pañuelo, envolvía el mundo gris y pardo haciendo que las cosas más cercanas, aunque visibles, fueran indiscernibles, lo mismo que el tráfico que sonaba a mi espalda en algún lugar. Sentí la humedad del suelo en mi mano y me levanté. Volví al camino. Tardé bastante en llegar a casa, tuve que dar un rodeo porque me perdí. Por el camino me fue viniendo a la memoria toda una serie de pensamientos macabros: asesinatos, decapitaciones e incluso gratificantes crucifixiones. Tenía que atravesar un descampado por donde no pasaba absolutamente nadie, exceptuando un joven atleta en pantalón y camiseta de deporte que corría entre las cercas. Según entraba por la puerta —que chirriaba y me atrevería a decir que todas lo hacen si no se les engrasan de vez en cuando los goznes— me iba diciendo que toda aquella caminata debía de obedecer a algún motivo.

Allí estaba, esperándome, asomando por el buzón. Entré corriendo en casa y entonces, como siempre ocurre con las noticias inesperadas, titubeé entre abrirlo o no, «*en votre absence* Nick estuvo aquí», me sentí desfallecer. Acababa de desaprovechar un buen revolcón. Al principio habiéramos estado un poco incómodos, pero después casi seguro que nos habríamos desprendido de nuestras máscaras y nos habríamos besado en la oscuridad, sintiéndonos

como la mala hierba, nuestros cuerpos flotando sobre la inigualable moqueta azul, y además sin tener que aguantar a su mujer pululando a nuestro alrededor. Él susurrándome y yo respondiéndole, todo esplendor y luminosidad de promesas entre nosotros. Hubiéramos bailado algún viejo vals, «no hay nada que iguale a un vals en armonía, para intimar», como dice él. Después le habría preparado algo de comer. Maldita sea.

Los amantes no llegan a tu puerta y llaman, ni tampoco da resultado asomarte a la ventana y gritar con todas tus fuerzas «amor, estoy aquí esperándote». No me voy a quejar. Yo tuve mis oportunidades, hasta un leñador escandinavo con un brío muy particular. Una colección multicolor, todas las tonalidades, dimensiones, razas, nacionalidades, inflamaciones y penetraciones. Algunos francamente divertidos, la mayoría convencionales, uno incluso decrepito. Un anciano. El pobre no podía soportar el tictac de mi despertador en la mesilla. Se podía oler la muerte y la extremaunción emanando de él. ¿Por qué lo hice? Uno de mis pocos actos de clemencia. Era un benjamita. Ahora no podría hacerlo. Ridículo. Mejor un cuerno o un pincho por el culo. Tortura, así llamaban en Coose al impacto del pincho en la tierra que se resistía. Todo eso fue antes de las máquinas. Sí, fue antes.

Las máquinas han tenido un papel importante en mi vida. Máquinas y gentes. Pérfidas. La gente se aferra a mí como lapas. Es una carga muy pesada, me devoran. Los siento como incrustados en mi cabeza, sujetos como prendedores, tal es su tenacidad. Me asombra el número de personas que puede sostener una cabeza de tipo medio. Mi talla de sombrero es absolutamente corriente. A veces se superan a sí mismos y se vuelven alborotadores y turbulentos, les da por columpiarse, balanceándose hacia delante y hacia atrás como chiquillos o como las gallinas al atardecer, subidas en un parachoques o en una puerta abatible. Siempre me gustó el atardecer; guardo tantos y tantos recuerdos conmovedores del atardecer...: el suave tacto de los alhelíes —¿o son heliotropos?—, los chaparrones, el humo ascendiendo en espirales, los perros famélicos, cariño mío, los tejones —hostigadores de cerdos y perros— luchando entre sí, el atardecer augurando

la noche, momento sublime para las lágrimas, pero lágrimas ¿por qué?, ¿por quién? Lil, Boss, doctor Flaggler, Tutsie.

Nick era de la hermandad de pelirrojos y barbudos. Bailábamos como los ángeles. El suelo encerado. Me gustaría creer que nuestro caudal sanguíneo bailaba, brincaba y saltaba al unísono. Me gustaría creer que nuestros sentimientos lograron fundirse en uno solo. ¿Es eso posible? Fundirse en uno solo. De repente apareció su mujer, pavoneándose como una vieja leona. Sabía cómo hacerlo, pavonearse. Dio un ligero empujón a Nick con su hombro y a continuación un caderazo, con lo que me separó de él y se le echó prácticamente encima. Tenía un cierto aire de bailarina o de contorsionista. Un poco teatrera. Empezó a desnudarse. Él me quitó el collar, yo no me resistí. Apagaron algunas luces y subieron el volumen de la música. Ya no éramos bailarines sino actores, tres, actuando cada uno para los otros dos. Ella aullaba como una hiena, él la lanzaba por el aire, y ella, infaliblemente, volvía a bajar. Estaba bien entrenada, una artista del trapecio, una esposa. Esclavas vanidosas. Ahora que lo pienso, no era como una vieja leona, sino que se parecía más a una tabla de lavar, blanquecina, limpia y seca. Él nos empujaba hacia la cama revuelta. A una seña de él, la mujer se dirigió a un armarito como de medicinas, que abrió con las uñas porque al parecer la llave se había perdido y no tenía tirador ni nada que pudiera ayudar. Sacó de un bote azul un poco de crema blanca y bastante líquida. Pude ver el precio exacto y me enteré de que cien tapas de ese producto aseguraban un tulipán de plástico a toda ama de casa urbana amante de la naturaleza. La mujer de Nick no era precisamente una campesina, era más bien una mujer de ciudad; se corre, se corre a medias, se corre pero poco, tarda en llegar. Los dos eran bastante parecidos. Durante la noche batallamos, dormimos y nos despertamos, nos juntamos y nos retorcimos. Los ronquidos de Nick sonaban un poco gangosos.

«Escucha —dijo—, la casa empieza a despertarse.» Entre los diferentes ruidos distinguí el llanto de un niño, algo totalmente corriente, no, algo nada corriente. Siempre me ha parecido que los niños y las vacas pasan por

nuestras vidas sin más. Se convierten rápidamente en pasado, en cintas, en hilos, en emanaciones, en simples puntos de unión con tiempos pasados. Me levanté. Parecían muy unidos, él medio despierto, ella fingiendo que dormía, o quizá me lo pareció por el temblor de sus párpados, a lo mejor estaba soñando, sueños eróticos. De vuelta a casa, en un estado deplorable, me crucé con algunas monjas y con los lecheros. Las monjas iban rezando y los lecheros hacían su recorrido. Por las bocas de las botellas de leche vacías asomaban notas de papel blanco. Probablemente serían encargos especiales: crema doble para postres, huevos morenos para la abuela, quizá una anulación. Yo no tenía ninguna prisa. Iba vestida de lamé —muy apropiado—, agradecía sentir el aire. Lloviznaba.

No me importaría volver a revivir todo aquello. Los conocí en un pub, donde se había organizado una fiesta improvisada. Phil el Borracho. Era Nochevieja y, al dar las doce, la gente empezó a saltar, bailar y a levantar de las sillas a todos los que estaban sentados. Los bebedores más avezados escupían en sus copas para imprimir su sello. Había ido sola, quería distraerme un poco. Diversión desconcertante; ruido, luces, cosas para picar, gente joven, los pinchadiscos y teléfonos en todas las mesas. Algo parecido a la víspera de la batalla de Waterloo, la llamada noche estrellada, cuando la capital belga se reunió con toda su pompa, belleza y caballerosidad. Bailaban la conga, se movían *en masse* hacia el corredor, unos subían por las escaleras y otros salían a la calle, mientras grupos más pequeños se abrían paso entre las mesas, sorteándolas una y otra vez. Música de concertina, voces de barítono, espejos con nieve artificial, sucias columnas cubiertas de adornos. Todo el lugar bullía con alegría, canciones y bisutería. Las personas se veían reflejadas en los espejos y se hacían muecas y se tiraban besos. No había una orquesta propiamente dicha, pero los más asiduos se habían llevado sus propios instrumentos: cucharas, peines y pitos. En aquella *mêlée* se encontraban varios paisanos de Coose, me hice la loca, era en Nick en quien tenía puesta toda mi atención. «Vengo a ofrecerte el amanecer», dijo.

«Al infierno o a Connaught», contesté yo, utilizando el grito de guerra de Oliver Cromwell.

«No te vayas», añadió, rozando los botones de mi blusa. Había en su

persona algo especial: dulzura. Le imaginaba con una guadaña segando el césped y mascando tabaco, quizá fumando en pipa; el marido perfecto a quien poner de mal humor. Creo que osmosis fue el resultado de nuestro primer contacto, las caricias y todo lo demás vino después cuando nos adentramos en el jardín del deseo. Pasé la noche con él y con su esposa. Después de cerrar subimos, como pudimos, al piso de arriba. Ellos eran los encargados del local, lo que quería decir que los pinchitos, la bebida y la compañía de su perro, un alsaciano eunuco llamado Boris, eran gratis.

«Cariño, ven y alcánzame ese maldito tronco», dijo ella.

Nick, como dueño y señor, había insistido en encender el fuego para despedir así el año viejo y recibir al nuevo. Gracias a Dios que no se quemó la ropa que ella tenía puesta a secar en una silla.

«Escoria», farfulló Nick, mientras ella arrastraba el tronco por la sala. Nick preguntó, de nuevo sin dirigirse a nadie en concreto, sobre el tiempo que hacía que estaban casados. «Toda una vida», se contestó él mismo.

«A pesar de todo lo hemos pasado muy bien esta noche», comentó ella como si nada. No sin razón. A los hombres les encanta que sean las mujeres las que peleen. Los astutos escitas prefirieron usar yeguas en sus batallas en lugar de caballos. La mujer preparó algo de comer, un poco de cordero, no me tuvo en cuenta. Nick me pasó su plato, ella entonces le dio el suyo y a continuación empezó a comer directamente de la cazuela. Yo era totalmente invisible para ella, o poco menos, era como si no estuviera allí. Eso fue antes de nuestro acercamiento. El ambiente se fue caldeando; Nick no paraba de servirme vino y poco a poco ella me fue aceptando, decía cosas como que le gustaba mi pelo, aunque añadía inmediatamente que ella era diferente, la mejor, la número uno, la señora Finney. Nick le dijo que se callara de una maldita vez.

«Puede que te lo ceda», dijo ella. «En realidad no es mi tipo, le utilizo de vez en cuando para ir a fiestas y sitios así», continuó diciendo. Me preguntó dónde me compraba la ropa y los complementos. También me dijo que le hubiera gustado ser modelo, pero que como tenía una familia... ¡Vaya excusa, ja, ja, ja! Al parecer tenían cuatro hijos, a los que no vi, pero sí oí a uno. Un llorón.

La esposa de Nick utilizaba una estratagema para tenerle controlado: insistía en que llevase siempre encima una gran suma de dinero, por si acaso, decía, le despedían de su empleo y tenían que salir corriendo por razones que no explicaba. El caso era que, llevando encima tanto dinero, lo lógico es que Nick no fuera solo por ahí, sino acompañado de otra persona: ella, las pulgas o el mismísimo lucero del alba. No quisiera volver a herir sus sentimientos.

Por la mañana, ella no estaba dispuesta a dejar que Nick saliera a despedirme. Me dijo que cogiera un maldito taxi y me fuera a retozar con mi hombre. Lo que ella no sabía es que a mí me gustan los aventureros, hombres sin sitio fijo, albañiles, como Moriarty, o aquel voluntario que se llamaba McKann. A McKann tan solo le conozco de oídas, pero a menudo pienso que él es mi preferido, mi verdadero destino. Le he visto en fotografía, tranquilo e inofensivo como un cachorrillo y sin embargo vibrando con ardiente fiereza como una zarza en llamas. Quizá algún día nos encontremos en el bosque, en Arcadia.

Me estiro para poder llegar al timbre. Me hago la ilusión de que es un lujo. Tengo incluso una chimenea con sus tenazas para coger los troncos y su rejilla para que no salten las chispas. Es una salita tocador. Hay también un sofá de esos para enamorados. Siempre, antes de que empiece a llover, caen por la chimenea motas de hollín. La tormenta está preparada y a punto, es la conjunción de todas las tormentas y de todas las chimeneas del mundo: Coose, Alaska y las regiones deshabitadas. El hollín suena al caer como si corrieran ratones. Algunas veces, medio en sueños, me imagino que son ratones de verdad y que se meten en mis botas o en mis zapatos de ante y que se quedan allí agazapados. Por las mañanas recojo, con un cartón, todo el hollín que ha caído durante la noche. Esta noche no llueve, pero se está preparando algo. Qué sensación tan maravillosa, es como si todo en la naturaleza fuera a estallar. Puede que después yo aparezca en China o en Tasmania. Puedo decir exactamente y sin mirar cómo está el jardín ahora: solemne, aunque con mucho viento; los árboles, gigantescos, tenebrosos e imponentes en su magnitud, y el césped arrasado majestuosamente, todo

elevándose hacia las estrellas, y todo, sin embargo, bien firme, amarrado a la tierra, aunque sin posible armonía. Si fuera una noche de verano, cogería un chal y saldría a dar un paseo. Cuando llegue el verano podré hacerlo y lo haré. Es tan agradable estar aquí, cómoda y calentita... Tocaría ese maldito timbre de no ser porque detesto todo lo que sigue a la llamada, nadie acudiría a la llamada, ningún criado vendrá corriendo trayendo las sales o la infusión de camomila. «Sí señora.» «No señora.» Es blanco, frío y de forma esférica. Supongo que lleva una pila en el interior. Lo toco e inmediatamente empieza a sonar, es como si mil alfileres se clavaran en mis dedos y en todo mi ser, el calambre me recorre la palma de la mano. Lo tiro al otro extremo de la cama. Ahora reposa encima de un cojín, abandonado. Esta parte de la cama está helada y además es poco acogedora.

Lo que más me apetecería ahora son unas natillas. Llenarme la boca con su suavidad, no demasiado dulces pero sin que les falte su pizca de vainilla. Una papilla inofensiva. Sin necesidad de masticar, sin esfuerzo. Voy a la cocina. Empiezo a revolver y me encuentro siete variedades de sopa con sus consiguientes sabores que seguramente son epicúreos: ostras, cangrejos, caza, ganso, tomate, apio y tortuga. También llevan todas una sustancia llamada glutamato, lo que añade confusión a todo el invento. No tengo ni idea de lo que es el glutamato, ni tampoco de cuáles pueden ser sus propiedades, quizá sean de aroma, pero entonces desvirtuaría el propio aroma de las ostras, el ganso, la tortuga, el apio, etc., etc. Qué lástima de pan, se ha puesto mohoso, pegajoso e hinchado. Lo compré hace solo tres días. Venía envuelto en celofán, que, por cierto, camino de casa rompí por una esquinita para dar un mordisquito al currusco; estaba tan calentito y tan tierno, recién salido del horno... Y ahora renegrado y con puntitos verdes. El moho tiene los reflejos de la sal marina, como si se fuera a erizar, pero no lo hará, es simplemente pan, pan mohoso. No me apetece nada darle un mordisco, ni tan siquiera coger un pellizco, así que le digo adiós y cierro de golpe la tapa desportillada de la panera. Junto a las sopas están las especias, que han perdido toda su mordacidad por culpa de la humedad. Creo que manipulan los termostatos para que aquí dentro siempre haga frío, un frío que no se puede aguantar. Yo voy siempre envuelta en una manta; bueno, menos cuando espero la visita de

algún admirador. Entonces me pongo lo mejor que tengo; mis tules o mis gasas. Se quedarían pasmados si vieran la cocina, todo tan revuelto: la vajilla sin fregar, los posos del té en la tetera, bolsas de plástico por todas partes con el grabado de la tienda a la que pertenecen. Y hay cucarachas, lo que no es de extrañar, porque todo está lleno de migas y de trocitos de galleta. Algunas migas son blancas, pero la mayoría son marrones, porque siempre digo que me den las galletas muy tostadas. El tendero cada vez que me despacha me da un ligero golpecito en la mano al darme el cambio y me llama Dusty. «Usted me alegra el día», dice. Probablemente dice lo mismo a todo el mundo. ¡Aúpa los tenderos! No soy muy aficionada a los supermercados. Prefiero los establecimientos donde se puede hablar con los tenderos, oír sus historias.

A menudo pienso que tengo un corazón de pollito, o de gallina, de una wyandotte blanca o una de raza cruzada, quizá sea por eso por lo que Lil me mimaba tanto, le recordaba su pasión, supreciado gallinero. Pasa la hebra, pasa la hebra, Lil era una verdadera maestra haciendo ganchillo. Realmente lo llegó a convertir en un arte, el nudo Druid, viejo y artesano, intrincado y difícil como los lazos de Coose.

La primera leche que me dio a beber fue de una botella. Más tarde de un cántaro. Las vacas eran mis amigas, y eso que no solíamos estar de acuerdo. Cagábamos en los mismos sitios, es decir, en las colinas, en los valles, en las luminosas praderas de Coose, en cualquier lugar, bajo los árboles o fuera de ellos, no éramos muy delicadas en ese aspecto. Su circunferencia era siempre más grande que la mía y también más impresionante, el zapato de un adulto podría desaparecer dentro de una de ellas y aún sobraría. Esa era la diferencia. Las vacas significaban mucho para mí. La piel del mundo, las inocentes ubres del mundo. En el Arca de Noé me hubiera puesto a su lado, nuestros alientos mezclándose. Aún las defiendo, y no es que lo haga pensando en la correa de mi reloj, ni en mis botines, ni en la leche que alegra mi té de las mañanas. Lo que ocurre es que tengo el presentimiento de que están abocadas a desaparecer de nuestras vidas. Las echaré mucho de menos, lo sentiré profundamente. Son una de mis debilidades. Hubiera disfrutado mucho en la época de esplendor de los griegos, rodeada de templos,

mesándome los cabellos e invocando a las numerosas y antagónicas parcas. Muy pronto sus mugidos, su piel, sus pezones, sus ubres, su caminar lento y pesado, sus rizados y enmarañados rabos, las partes secas y las partes húmedas de sus ancas, sus ocultos cordones umbilicales, todo, todo ello será muy pronto una imagen del pasado, espectros de otro tiempo en el que las contemplábamos al despuntar la mañana, o al caer la tarde, o durante las vacaciones en el campo. Todo esto me fue familiar, aún resuena en mi cabeza como lo hacen los cerdos, los gallos, las cabras, las traviesas gallinas, las grullas, los carracos, las gallinas de agua, las cercetas, los patos, los cisnes, las garzas, los perros callejeros, los patos machos, los patos salvajes, las interminables bandadas de aves, las ovejas, y todos, todos los sonidos sirénicos o no que emiten cuando se acerca su muerte. No es que yo sea una asidua de los mataderos. Muy al contrario, me gusta visitar los parques, el invernadero de Kew Gardens, como homenaje a Coose.

Coose, esa vieja *alma mater*. Yaciendo en el fondo. Ciénaga pretenciosa. Un pueblo, hombres de pueblo y mujeres de pueblo, explosiones, estallidos, maíz, fermentación, putrefacción, perros, roña, herpes, crispaciones, demencias, ternerillas vigiladas de cerca por su mami bebiendo en viejos y desportillados cubos y también jugando y retozando. Pocos forasteros, a excepción de un árabe que operaba de cataratas y algún que otro indigente, que lo único que hacía era estropear los sembrados de patatas. Una tierra dura, amarga y fangosa, lluviosa y quejumbrosa, dos quejidos: el del hombre y el de la bestia, luz tintada tirando a negruzca, tendiendo a luto. Desde luego, no tiene nada de oriental. Una raza consciente de sus orines y de sus arrugadas vejigas, de sus aflojadas mandíbulas debilitadas de comer solo sopas de avena y otras sustancias harinosas. «Con sigilo, y cuidado con tropezar con los muebles.» Esto es lo que repetían los hombres de Coose al volver de sus maratonianas correrías. Muy belicosos. Ninguno de ellos cultivado, ni tan siquiera uno que sirviera de mártir para los anales. Ignorantes que no sabían distinguir el queso del jabón, por ser ambos blancos y duros y tener sabor a cuajada cuando se muerden. Tipejos. Aun así, todo

desempeña su pequeño papel en la superficie de la tierra: los calabacines, los nunca suficientemente admirados lirios e incluso nosotros mismos. El árabe tenía la costumbre de dar con la cabeza en el suelo antes de comenzar las operaciones de cataratas y quistes, por lo visto rezaba a su Dios, que no era el nuestro. Hacía rituales extraños con sus orines y llamaba a todas las mujeres sultanas. Insistía en que le pagasen en especias y enseres, haces de hierba para su camello, etc. Había otro personaje de apodo Pajarillo por cantarín. Siempre estaba cantando «Las campanas de Santa María», a la vez que deslizaba la mano por debajo de las sayas de las mujeres cuando estas estaban rezando, admirando el paisaje, intercambiando sus productos por otros; obteniendo cosas tan maravillosas como cochinilla o pastel de Oxford a cambio de sus productos lácteos. Tenía una voz muy dulce. La gente se emocionaba, e incluso las mismas mujeres que momentos antes habían tenido que pararle los pies, bien de palabra por medio de sus afiladas lenguas, bien utilizando algún elemento contundente. Prevalecía la pureza aunque mal entendida. Muchas murmuraciones, líos y misivas. Murmurar; algo terriblemente perverso, propio de sitios infectos, pozos, agujeros o lugares oscuros y húmedos. El espino era algo fabuloso. La vista, más alegre y diáfana en el mes de mayo, daba la impresión de que Coose se iba a convertir en un lugar de pompa y boato. No teníamos tanta suerte. Coose era Coose. No tenía parque de bomberos, aunque sí una comadrona llamada Polly, que siempre llegaba tarde a sus obligaciones, porque andaba con mucha dificultad, parecía uno de aquellos viejos cochecitos de niño. Polly vivía en el bosque. Se decía que tenía el techo de su casa cubierto de pieles, y algunos aseguraban que tenía pieles hasta en el culo. Pero, pese a todo, Coose figuraba en los primeros manuscritos escandinavos y también en el *Kongs Skugo* y en el *Speculum Regali*. De ninguna manera se nos ignoraba.

Desde allí me remonté a edades más tempranas, después del incidente, la desfloración, una chapuza, un caso claro de *coitus interruptus*, si es que lo hubo. No ocurrió en una barca, ni en una tumbona, sino en el campo y fue con un tipo que tan solo estuvo una noche. Era el día de San Pedro y San Pablo y por tanto fiesta de guardar obligatoria. Época maravillosa del año, últimos de junio, trinos y cantos en el campo, patatas nuevas y el olor del

heno recién cortado, los huevos de rana, su gelatina color ámbar, sazonada con diminutos puntos negros, el curioso renacuajo reducido a polvo, son cosas que pasan todos los días. Empezó muy inocentemente: el sacramento de la misa, el sermón rápido y después un concurso de disfraces en la desapacible tarde. Yo iba vestida de Blancanieves y los siete enanitos. Llevaba un vestido largo y en el borde iba cosida una especie de guirnalda llena de enanitos. Había muchas Blancanieves y alguna hasta llevaba detrás una comitiva de enanitos y gnomos que resultaba francamente convincente. Había también tamborileros, jockeys, gordos Tessie O'Sheas y bravos Fenians nacionalistas. El disfraz que obtuvo el premio resultó ser una caja de cartón envuelta en papel marrón. Era una caja metida dentro de otra, y esta dentro de otra y así hasta llegar a una, bastante pequeña, de la que salió una pobre criaturita de aspecto desnutrido que no hacía más que mirar para todos lados y dar grititos. Su madre, justo a su lado, también daba grititos, motivo por el que decidieron llevarla al Castillo, nombre con que se conocía al manicomio. Después de darle el premio, consistente en dos perritos de porcelana, se dio por inaugurada la Feria; autos de choque, caballitos, barcas, casetas de tiro al blanco y máquinas de juegos traídas de Dodge City. Y además baile durante toda la noche. Adocenados. Estaba el jefe de los sabuesos y la señora Hoare-O'Shaughnessy, quien se puso a bailar para delicia de todo el mundo. Al poco tiempo los dos desaparecieron. Los pillaron en una actitud nada edificante, en su escondite secreto, eran amantes, él en actitud comprometida. Tuvo la culpa la puerta de cinc de su nido de amor, que no paraba de hacer ruido, y tanto fue así que despertó la curiosidad del guarda, a quien le faltó tiempo para presentarse en el lugar exacto. Era un vecino de Connemara, pelirrojo, que interrumpió la escena blandiendo una estaca y una linterna. La noticia se extendió como la pólvora y, aparte de la correspondiente especulación gráfica, hubo consenso general en cuanto a que se debía despedir al guarda o mandarle a Bohatch, por molestar a la gente de bien en sus bacanales veraniegas, gente casada además. Poco podía yo imaginarme que mi suerte estaba echada. Yo estaba bailando con un ligón a los compases de «Sweet Rosie O'Grady» cuando él aventuró el comentario de que yo había dejado en paños menores a una mujer honesta. Se refería a lo

transparente del traje de Blancanieves, y continuó diciendo que a la ganadora del concurso, la señorita Kitty Gritona, le habían dado el premio por enchufe. Y aseguró, para que no tuviera ninguna duda, que en Coose todo se conseguía de esa manera: las pensiones, las licencias de armas, los permisos agrícolas, todo absolutamente. Después me pidió que hiciera clic como había visto que hacían los norteamericanos simulando una máquina de fotos. En eso que el vocalista, que había estado cantando, se bajó de un salto de la tarima, era el descanso para cenar, vi que venía directamente hacia mí. «Perdona, preciosa», me dijo. Muy educado, traje de color marfil, zapatos de suela de cuero, hizo una ligera inclinación y todo. No paraba de decir «radiante». A todo esto yo como en Babia. Me preguntó si no me apetecía dar un paseo, fuera hacía una noche magnífica; murciélagos, mariposas de luz, ambiente sofocante como en tierras de España. Boss y Lil, tan tranquilos en casa, rezando el rosario. Me preguntó hacia dónde dirigirnos, le contesté que me daba igual. Tenía una manera muy especial de acariciar la palma de la mano, muy suavemente, resultaba mucho más agradable que cualquier chico de Coose. Nos dirigimos a la roca, el lugar más típico de la ciudad. Al llegar no perdió el tiempo, empezó a desabrocharse el cinturón; «puedo atravesarte como si fueras de mantequilla», dijo. A continuación algunos sonidos. Y después empezó a babear. Su priapo un torrente en busca de canalización. Fluss, fluss. Las cataratas del Niágara. Logré esquivarlas; una pequeña cantidad me cayó encima, pero la mayor parte fue a parar a la roca misma y, como había supuesto, se filtró por las grietas, para bien o para mal del liquen, el esfagno, la raíz de los árboles y las diversas especies de insectos y otras criaturas de la noche que se encontraban allí en aquel momento. Todo sin articular otra palabra que no fuera «radiante». Fue un final muy precipitado. «Tú ve delante que yo iré ahora», y salió corriendo hacia el hotel, supongo que a tomar algo. Sin tan siquiera preguntar si me apetecía alguna cosa a mí. Ta-tachín, ta-tachín. Cuando volví estaban tocando «Celos» y una idiota que se llamaba Dolly, y que además era novia del vocalista, estaba cantando a voz en grito. Llevaba puesto un vestido color cereza y los focos hacían guiños sobre ella. Era justo lo que a mí me hubiera gustado ser: Dolly. Empezaba el turno de ser las chicas quienes sacaran a bailar; yo estaba atravesando la pista

cuando sin darme cuenta tropecé con una chepa, uno de esos zahoríes, quien, no sé si con mala intención o simplemente por ignorancia, me dijo «sí» con su joroba y todo. Y se lanzó a un trote agotador. Dijo que lo mío con el joven había sido muy rápido, demasiado rápido. Como yo no estaba muy familiarizada con los avatares de la vida, ni tampoco me había criado en la cuna del melodrama, empecé a sentirme mal, como si tuviera resaca pero sin haber bebido. Me imaginaba cosas: la desmesura de lo que acababa de ocurrir, las palizas, la intervención eclesiástica y el oprobio en el seno familiar. Así que opté por desaparecer. Cogí un barco nocturno con ánimo de que me llevara al otro lado de las aguas y allí endemoniarme, así lo hubiera dicho Lil desde tierra, y una vez allí pedir consejo.

No conozco a nadie que no haya crecido en una casa de locos, ni cuyo catecismo no haya sido: «Haz esto, haz lo otro. Hazlo ahora mismo. Te voy a cortar la lengua. Pero, ¡cómo te atreves! ¿Es que no me oyes? Te he dicho que no lo hagas. Haz el favor de hacerlo. Canta. Vocaliza bien. Abróchate. Suénate la nariz. No te metas el dedo en la nariz. Haz pis. Cómete la papilla. No hagas tanto ruido. ¿Quién se ha tirado un pedo? No te tires pedos. No te hagas caca, mierda de niña».

Entre los enemigos los británicos. Una tierra donde el rey tiene hemorroides. Cosa a la que no se da mucha importancia. Deportistas, cazadores, mujeres amantes del deporte. Fanáticas de las cacerías, persiguiendo las esponjosas colas de los zorros de una manera nada elegante, nada sofisticada, no precisamente célebres por sus cornucopias. La realeza hace de cualquier cosa un acontecimiento; galas y regatas, un rey, una reina, tías, tías abuelas, hijos e hijas, sobrinas, sobrinos, primos carnales, primos segundos, jóvenes casaderas y alguna que otra persona de otro rango, todos exquisitamente vestidos. Los he visto en las fotografías de las revistas. Me gusta ver sus peinados e imitar su estilo. Me impresionan mucho su estilo y sus dietas bajas en calorías, de todo esto me entero por las revistas que leo gratis. Donde voy

hay una salita de recreo, allí puedo quedarme sentada durante horas y nadie me echa. Algunas veces alguien, un parlanchín, intenta entablar conversación conmigo sobre cosas varias, las calderas, el eslabón perdido, la contaminación, etc., pero yo hago como que soy extranjera. Me gusta esa idea, hacerme pasar por hija de un capitán, un capitán cruel y sin sentimientos, siempre mirando por sus prismáticos, vigilando la mar y balanceándose en tierra firme. Incluso a veces puedo tomar algún bocado gratis, porque en lo que llaman «la tienda» siempre hay degustación de alguna cosa: sopa, paté, galletas. Lo que hago es ponerme a la cola como si fuera uno de ellos. Después vuelvo a sentarme para leer otro rato o para soñar despierta, según las ganas que tenga. Lo único que estropea el encanto del momento es el temor constante que me asalta de que alguien tropiece conmigo. Tengo la impresión de que hay algo muy valioso dentro de mí y de que, si alguien tropieza o choca conmigo, esto, lo que sea, se romperá o desaparecerá. Debe de ser mi sexto sentido o quizá mi alma. En las fotografías la aristocracia siempre aparece saludándose y sonriendo como si hiciera años que no se vieran, cuando todo el mundo sabe que se acaban de separar en la misma puerta. Yo siempre estoy en casa antes de la hora punta. Cuando llego, me siento un rato y doy gracias. Por la ventana que da a la parte trasera se ven cuatro chimeneas de gas y según sea la luz pueden aparecer amarillas y amenazantes apuntando al aire. El humo que despiden sube lento, como las nubes. Las nubes aquí son sombrías y pesadas. No vagan por el cielo como en Coose. Hay rosas, rosas de invierno, capullos en lo alto del rosal, descoloridas, pasadas, rosas descuidadas, pero a pesar de todo florecen y perduran. Estoy pensando en hacer un popurrí. Sería una campanada, daría una fiesta, pero lo que necesito es un balde o una ensaladera grande de cristal o una cacerola para mezclar pétalos, sépalos, ovarios, estambres, cáscaras, cálices, óvulos, folículos, estípulas, sin olvidar los graciosos frutos de rosas silvestres y las alegres bayas. Los invitados primero lo olerían y después hundirían sus dedos o sus hocicos en la mezcla, lo revolverían y harían alguna exclamación; bueno, todo esto si es que lo llego a hacer y si es que invito a alguien.

Antes conocía a montones de anfitriones. Hay uno en particular que

sobresale de los demás, Maurice P. Moriarty. Una noche tuve la ocasión de conocer a unos cuantos, locuaces con nuestras copas, inclinados sobre las ascuas, lamentándose de nuestro linaje y demás. La familia de Moriarty tenía un castaño genuino, un Juglans de Persia. «Si no fuera por eso llamado amor, te amaría», solía decir. Gracias, Abdul Abulbul Abee. Moriarty tenía pecas en los genitales, lo que da una idea de lo sofisticado que era. Yo le solía llevar a cuestras hasta la cama. Nunca llegamos a consumarlo. Era más o menos lo mejor que tenía. En una palabra, lo más desgarrado, aparte de los lazos de sangre. Era más bien un nudo de huesos. ¡Fuera los lazos de sangre y los de huesos, los nudos minoicos, los nudos Bowen, los druídicos y la especialidad suprema de Lil, los lazos de madre!

Estuvo viviendo aquí, fue poco tiempo. Trabajaba en una construcción, se había inmunizado contra el ruido. Solía traer cuatro botellas de cerveza negra, las colocaba en la mesa de la cocina, dos para cada uno. A menudo inventábamos andamios, lugares por los que escalábamos y en los que de vez en cuando nos encontrábamos. Seguramente yo resultaba demasiado para él. Supongo que se sentiría como con la soga al cuello.

Se fue sin despedirse. Salió a comprar cigarrillos ya caídas las sombras de la noche y nunca volvió. Quizá encontró a otra persona o quizá se autodesterró al desierto. Siempre estaba hablando del desierto, lo ardiente, los nómadas y demás. Me arriesgaría a decir que encontró a otra chica, pálida, flaca, su tipo. Puede que fuera Sharon, la que estuvo aquí. No era capaz de diferenciar el tragar del masticar; o mejor dicho, era totalmente incapaz de delimitar el momento exacto de cada acto y decidir cuándo desistir de una función y empezar con la otra. Esto la tenía tan confusa que desde su más tierna infancia masticaba y tragaba de forma indiscriminada y sabía de lo acertado o no de su comportamiento cuando era premiada, regañada o castigada por lo que había hecho sin conocimiento de ello. Nunca llegué a entenderla, ni a sus recuerdos, ni a sus arrullos, ni a sus hábitos de comer. Cuando comía una galleta de chocolate, primero separaba el chocolate de la galleta y lo chupaba y después se dedicaba de lleno a la galleta. Tenía unas facciones perfectas, pero no era guapa, algo muy corriente. Un día me trajo de regalo una tableta de turrón, qué amable. Moriarty acostumbraba a pasar el

tiempo dibujando estrellas, lo hacía a tinta, eran azul negroides, con muchas puntas y, aunque nunca la miraba a ella, sé que se las dedicaba. Ella siempre decía que eran preciosas.

Ah, en fin, los Moriarty de este mundo estarán ahora en algún cementerio.

Desde luego que por aquí vienen otras personas y la verdad es que vienen por las razones más cómicas y diversas; por ejemplo, para darme propaganda o algún folleto de la Iglesia para recoger donativos, para ver si tengo algo de mimbre que arreglar, para informarme de que he ganado un misterioso premio por valor de dos peniques; los más para pedir. No tengo perro de presa para achucharlo, por lo que uso toda clase de tretas para quitármelos de encima. Finjo que soy sordomuda. Cierro la puerta de un portazo. Los conformo. Grito desde la ventana del último piso que tengo los rulos puestos. En una ocasión vino un hombre para arreglar una fuga de gas y era tan sumamente considerado que, después de usar las cerillas para encender la llama del piloto, las volvió a meter en la caja para no ensuciar mi cocina, su cocina, la de ellos. Eso es lo que yo llamo consideración, ¿no? No me hubiera importado ir a dar un paseo con él, al anochecer, cogidos de la mano, dedos entrelazados y todo eso. Tenía el aspecto de un observador de estrellas, absorto y remoto.

«Tome un jerez», le dije. Lo bebimos allí, de pie. Era tímido, no como la mayoría de los moscones que tratan de aprovecharse si ven que estás en bata o en combinación y no hacen nada más que mirar con ojos golosones. Uno de esos tipos me tiró del cinturón de la bata y empezó a decir: «Eh, pecosa». ¡Pecosa! Soy blanca como el algodón, tan solo he tomado el sol a conciencia dos veces en mi vida. Desconfío de los menesterosos, acordándome de los de Coose, vagabundos que se morían dejando grandes fortunas escondidas en sus escapularios. A algunos los dejo entrar, para su consuelo o simplemente como preámbulo, a otros para echar un polvo. Por ejemplo, aquel camarero. Hay veces en que es nuestro cuerpo el que toma las decisiones por nosotros. Era lo que se dice un macarra. Pantalones ajustados, creo que lo que me atrajo de él fue su aparente timidez; bueno, eso y su feroz impertinencia. No

era ni tan siquiera el encargado. Un lameculos, sirviendo todo el día y esperando que le dieran las gracias en algún dialecto extranjero, en erse, lengua gaélica. Yo insistí: «Para mí caracoles». Yo precisamente que carezco de toda coordinación en lo que se refiere al manejo de cualquier clase de herramienta. Me acompañó en la elección el Duque (se hacía pasar por duque), que además era alérgico al marisco. Decidió tomar langosta Thermidor. Pobrecillo, se pasó todo el tiempo en el lavabo. El camarero, viendo que no había ningún obstáculo, se quitó el delantal de rayas para que pudiera tener una visión más completa, *hélas!*, las caderas, la pelvis y el paquete realzado por sus pantalones ajustados. No tardamos en concretar la cita ni diez segundos. Cuando salíamos se inclinó y me soltó un «*madam*». El Duque tuvo que recurrir a una servilleta de color rosa para evitar que los bandazos del taxi le produjeran otra vomitera. Me reprochó no haberle acompañado al cuarto de baño para sujetarle la frente y darle ánimos. Esa era precisamente una de mis especialidades, eso y mis ligueros de marca. A cambio obtenía invitaciones, cenas, ramos de flores e inmensas cantidades de frasquitos de esencia. Simulé una migraña y me fui rápidamente a casa.

Pensaba en él y en su insolencia. No me importaba su color, ni si tenía granos o no, ni si era pedante, o rosa u ocre, o si tenía conciencia social o si nada. Di una vuelta por la casa, la arreglé un poco y me puse a cantar «El amor está al llegar». Después hice un par de ejercicios para mejorar mi flexibilidad. Llegó, llevaba unas gafas de sol con cristales azules ahumados, en esta época de solsticio de invierno. Se sentó en un taburete. Si hubiera tenido un leopardo, se hubiera sentado encima. Trataba de impresionar. Empezó a hablar de sangre azul y de Botticelli, de frescos en los techos de los baños. Dijo que bebería lo mismo que yo, se bebería mis palabras. Primer gran fallo. Después todo fue fatal. Habló de las vicisitudes de la fortuna, y siguió con la historia de su vida: sus cursos de cocina, largos años de aprendizaje, un continuo padecer, desengaños y al final su circunstancia actual: todas las noches perdía el último autobús, debido a la poca consideración de los clientes que no veían la hora de levantarse de la mesa. Según parece, los más pesados eran aquellos que le pedían alguno de esos licores que hay que flamear, licores incoloros espolvoreados con granos de

café. Me comentó que algunos estaban tan borrachos que trataban de bebérselo cuando estaba ardiendo; especialmente las señoras, que terminaban chamuscándose la lengua y hasta la nariz y pidiendo a gritos un remedio, le rogaban que las atendiera. Realmente era una historia muy triste. Su habitación era fría, de paredes desnudas de cuadros o grabados y con humedad; no tenía armario, tan solo dos perchas metálicas. Lo que sí tenía era una estufa, pero no se atrevía a dejarla encendida cuando se iba, porque había leído que las estufas de petróleo habían sido la causa de numerosas catástrofes, llevando la desgracia a muchas familias con niños pequeños. Yo esperaba que en cualquier momento empezara a hablar de sus sabañones. Intenté por todos los medios cortar aquella perorata, le hacía preguntas con cierta intención lasciva, por ejemplo ¿a ti cómo te gusta?, ¿te gustan rígidas y tipo salchicha?, ¿usas preservativos, qué opinas de ellos? Seguía con su rollo. Sí, había salido con chicas y el proceso era que en la primera cita él se mostraba galante, las complacía. En la segunda cita era a él mismo a quien complacía, y en la tercera y cuarta provocaba una pelea. ¡Provocaba! Miré hacia abajo, a sus uñas, y recibí la más ignominiosa de las impresiones. Tenía una uña negra, larga y sin forma, y, según podía apreciar, también blanda, parecía más carne que materia córnea. En cuanto a los preparativos de la habitación de arriba, tenía el látigo, estratégicamente colocado encima de la colcha, el látigo y la colcha blanca, la pastilla ovalada de jabón, amarilla como la yema de huevo. El látigo era regalo de una mujer de ojos brillantes, una libanesa, que me dijo: «A lo mejor te apetece colgarlo en el cuarto de baño.» El pensamiento me resultó repugnante. Nos encaminamos a la habitación. Haríamos lo que fuera, yoga si llegaba el caso. Mientras, yo le había estado preparando una especie de ponche con licor de un cereal sueco, avena creo recordar. Le sonreía, le hacía mohines con los labios, dilataba las pupilas, en fin, todo eso. Pero las uñas se interponían entre nosotros, amarillentas, y sobre todo aquella negra, negra y blanda. Su *savoir-faire* decrecía a medida que la historia de su vida crecía. Lo de siempre. Me habló de su padre, ya fallecido. Repetía que no tener padre es algo muy triste. Hubiera podido responderle a eso, pero no lo hice. Había venido con una serie de ideas e intenciones y, sin embargo, mierda, ahí estaba la muerte de su

padre. Me hubiera estrangulado por inspirarle aquel sentimentalismo. Todo era demasiado obvio, ese galimatías de su vida, cómo se fue consumiendo su padre según avanzaba la enfermedad y cómo, sin embargo, al morir se habían hinchado sus mofletes, de manera que como cadáver les había dado una satisfacción. Patanes. Cuanto más hablaba de él, más sensación de esponja tenía yo; no, no de esponja, más bien de piedra, piedra seca y dura, insensible, piedra volcánica incapaz de sentir nada, ni tan siquiera un poco de piedad. Su mísera vida se desplegabá ante mí y me producía un gran desasosiego. Podía contemplar todas sus frustraciones. Intentaba darle ánimos, pero había algo que físicamente me impedía hacer, era el tercer dedo de su mano derecha. No era que la uña estuviera negra, ni que tuviera apariencia blanda, sino que la veía agrandarse por momentos ante mis ojos. Primero era solamente la uña lo que me repelía, pero después se extendió al dedo y luego a la mano, a la muñeca, y así gradualmente fue aumentando la repugnancia que me inspiraba, aunque lo más desagradable de todo eran sus ventosidades, que inundaban la habitación haciendo la atmósfera irrespirable. Sus pedos eran realmente lo más nauseabundo. Me hacía preguntarme: ¿qué clase de raíces, plantas, rastros o alimentos comía? Era como un muestrario de diferentes menús, unos degustados al entrar y otros deglutidos al salir. Sin pensarlo más, me levanté de un salto. Le ofrecí dinero en compensación, una lástima, y le dije que se fuera, que se largara, que desapareciera, que estaba en peligro: uno de mis amantes, un gángster, estaba al llegar y era muy celoso, por lo que su joven vida pendía de un hilo, que se fuera, que se fuera por favor; venga, vamos, vamos, le rogué que ofreciera una misa por el alma de su padre o, si lo prefería, para encontrar a una buena chica, una chica de Tuscany, alguien como él, de su clase. No fue nada fácil, se resistía una y otra vez. Yo intentaba empujarle para que saliera de la habitación, de esta habitación. Él se ponía de rodillas, se arrastraba, maldecía, babeaba y lloraba, acompañado todo ello de lastimeros movimientos de cabeza. Cuán idénticas son nuestras degradaciones. Me suplicaba que esperara un poco, que pronto estaría a punto y que entonces se iría. Gracias a Dios por ese pronóstico. Siguió una pequeña eyaculación, no muy copiosa y con sonido chispeante. No pudo haber sido más desagradable. Limpié a fondo el taburete marroquí y

después lo sequé con el secador.

Estoy convencida de que en esta habitación ha muerto alguien. Una vez oí gemidos. He retirado un poco las cortinas para tener mejor vista. Para ver la luna, si es que sale. Es otra de mis debilidades, aunque sea un planeta secundario. Otra de mis fijaciones, junto con mi pasión por la oscuridad, por los pájaros y por los ermitaños. Creo que existen patrullas de pájaros, comandos, que con gases y linternas eliminan sus cantos del aire. Quiera Dios que sus corazones dejen de latir y su sangre de fluir.

Todo está oscuro, dentro y fuera, pero llegará la hora en que deje paso a un tono más gris y después a otro azul verdoso y quizá entonces, finalmente, empezará el amanecer, la aurora, la luz rosada o anaranjada que invadirá los cielos y que por un momento o por una serie de momentos se difuminará, y podré ver el escenario iluminado, llameante, y me repetiré: todo no está perdido, todo no es esterilidad, los cielos y la tierra aún pueden sorprenderme e inundar el mundo con su resplandor. Torre de marfil, jaula de oro. Y las palomas bajo los aleros arrullarán. Y yo reiré o lloraré. Qué más da. Qué más quiero.

Aquí hago la labor de guarda. Necesitan a alguien que recoja el correo, riegue las plantas, etc., etc. También que encienda las luces al anochecer, todo para dar la impresión de que la casa está habitada. Son totalmente irracionales respecto a los robos. Me acosan con postales diciendo que si no han sido objeto de «lo que tú sabes». Antílopes rondando por la zona. Tengo en el *chiffonnier* un trabuco para que cualquier posible asaltante, al ver semejante arma a la vez que mis flácidos pechos y mi mascarilla de avena, ponga pies en polvorosa. A lo mejor montamos una juerga el atracador y yo, y nos ponemos a jugar al parchís. La única condición es que sea de un determinado tipo, algo así como un difunto ahorcado, con facciones de granito, para que yo pueda penetrar en su sentir, para liberarle de las viejas y peludas barreras, para representar la danza de los siete velos.

Obvio decir que acondicioné la habitación principal, la manta eléctrica y hasta la manta de lana. La habitación que me habían asignado era una

habitación pequeña, con papel rojo en las paredes, rojo sangre de toro. Lil tuvo la osadía de presentarse allí una noche llevando puesto tan solo el camisón y un rosario balanceándose en su muñeca. Las cortinas se movieron como si una llama o una brisa las hubiera empujado a hacerlo, y allí estaba ella, ruborizada, rejuvenecida. Llena de sabiduría sobre Jesús, a quien llamaba Jes. A mí no me parecía una irreverencia. Llevaba unos pendientes de oro imitando unas diminutas zapatillas. Un sentimiento de cariño se adueñó de mí, sentí deseos de alargar la mano y tocar el lóbulo de su oreja, el frío y blanquísimo lóbulo que tan solo por milímetros no era aprisionado por el oro. Tenía ganas de pellizcarlo. Al mismo tiempo deseaba que desapareciera y así se lo dije. Ella empezó a sermonearme con su voz de siempre, me habló de las maravillas del cielo y de los horrores del infierno. A mí me hubiera gustado preguntarle si sabía cuál era la superficie del infierno y si nacían allí los niños desgraciados. No mencionó para nada el limbo ni el purgatorio. Podía oler la carne quemándose y chisporroteando en lo que me estaba contando. Lo hacía todo tan real que incluso podía verlo, esas pobres almas, asándose como si fueran pollos tal y como los había visto en el Asador de Pollos Nosh. Ella tenía un aspecto augusto. Para ser sincera su visita me dio ánimos. Lo único que temía es que se desnudara. Yo me arrebujaba entre las mantas y sudaba como un pollo. Lo que hizo fue meterse en la cama, en la cama de soltera. Chirrió. Yo me volví para el otro lado. Quién no. Ella se fue colocando, moviéndose a un lado y a otro, hasta que encontró el lugar perfecto para acoplarse a mí, a mis protuberancias y a mis curvas sus protuberancias y sus curvas; parecía como si estuviéramos soldadas una a la otra o modeladas a la vez, como uno de esos legendarios suflés en su molde previamente humedecido. Dejó escritos algunos preceptos con letras de oro, algo así como los Mandamientos de Moisés, poniendo de manifiesto, con exactitud, cómo debía vivir yo el resto de mi vida. Seguía pegada a mí. Esos ruidos tan succionadores y tan constantes. Fue entonces cuando se le ocurrió quedarse aquí permanentemente, manteniendo una vigilancia constante. No era como el padre de Hamlet, que se aparecía a una determinada hora para revelar asuntos de Estado o para instigar un poco el argumento de esa horrible obra. Ella iba a seguirme durante el resto de mi vida, contaría el

número de cigarrillos que me fumaba o el alcohol que bebía y criticaría a los golfos que trajera a casa, mis momentos gloriosos con el Duque; iba a convertirse en mi ángel de la guarda. Me invadía una sensación terrible, el más horrible de los presentimientos. Uno no puede matar a los muertos. Pero de cualquier forma tenía que irme de allí y de hecho me desperté gritando y amenazándola con el calentador de cama. Recogí mis cosas.

Esta habitación es más luminosa, está mejor ventilada y la cama va sobre una especie de tarima. Los cuadros y los gouaches representan japonesas de espaldas mostrando sus traseros. Al parecer tienen debilidad precisamente por los traseros, o por lo menos eso es lo que dice Tig. Los armarios son de museo, los cajones de un ordenado casi inhumano y, además de estar perfumados con esencia de lavanda, tienen bolas de alcanfor, que al menor movimiento van de un lado para otro; apostarí a que son auténticamente genuinas de Borneo. En una ocasión en que llevaba unas copas de más, las confundí con caramelos e incluso llegué a morder una esperando encontrar sabor a menta. Últimamente este lugar se está deteriorando, el armarito que rompí ya no está a la vista. Yo lo único que hice fue cerrar la puerta y después durante mi paseo vespertino tirar la llave a un pequeño estanque, que por cierto tenía partes heladas y donde según decían se podían pescar carpas royal. La habitación era francamente inhóspita. El salón, un velatorio con doce sillas de respaldo muy alto. Un salvamanteles de plástico, frutas artificiales que por su apariencia me atrevería a decir que no se diferenciaban mucho de los testículos artificiales. Ceno siempre en la cocina, sentada en un taburete de esos altos. Las cacerolas lanzando destellos. Más de una vez me he mirado en el fondo de esas cacerolas y mi reflejo es, sin lugar a dudas, francamente brillante. Me gusta estar aquí. No es que sea el sitio ideal, pero es apacible. Puedo oír el sonido de mi pelo al moverse. Y a menudo, cuando bajo por la escalera, me sobresalta el ruido que hace mi falda y me invade una sensación rara, como si fuera a ocurrir algo sorprendente. Otra de las cosas que oigo es la sal cuando cae en mi plato, ese ligero temblor cuando la echo en el tenedor de repollo que me voy a llevar a la boca, o en lo que sea que esté comiendo. Me encanta el repollo. La verdad es que no me importaría sembrar algún repollo de York en este jardín de rosas, ni salir con mi spray

antiparásitos para impedir que las babosas los estropearan o los devoraran hasta el cogollo, es decir, hasta el corazón. También está todo lo demás, los ruidos sin motivo aparente, los crujidos, que seguramente causan las polillas en las vigas y en la madera, o quizá no sean las polillas y sea la misma madera rebelándose al cabo de cientos de años. No son lo que se podría llamar sonidos musicales exactamente, pero tampoco es necesario que lo sean. Recuerdo que la nota más dulce que jamás he oído fue la de una telaraña al romperse, desmembrarse y caer. El sol la llenaba de reflejos y tenía forma de magnolia. Fue en Coose, en el cuarto de calderas. Fue en el momento de romperse cuando se oyó la nota, después sonó tan solo el silencio. Aún no entiendo por qué se rompió, no había motivo, nadie la tocó, pero se rompió. Quizá optó por rendirse.

Me estoy acostumbrando a mi propia compañía, a mis propias disertaciones, hago solitarios en todas sus variedades. Es entonces cuando la ceniza del cigarrillo cae encima de alguna pieza del mobiliario y por supuesto la quema, yo doy un respingo y me levanto deshaciéndome en disculpas. Creo que un día de estos tendré que emplearme a fondo con la trementina, un día de estos.

Quizá no debería haber venido. Quizá este lugar me esté produciendo un estado de ensoñación. Debería haber ido de asistenta por las casas, o de señorita de compañía para señoras o caballeros. Era una hermosa mañana cuando solicité el puesto. Fue en otoño, había una maravillosa luz broncea, las hojas de los árboles brillaban como soberanos de oro, los amplios escalones ascendían hasta la casa, en la entrada dos campanillas, y, paseando alrededor de la casa, vigilando, un guarda. Dentro todo luminosidad, todo colorido, repiqueteos y demás, y, cuando miré hacia arriba: techos altos y cornisas; me imaginaba dando fiestas y cenas. Lo primero que hice cuando me vine a vivir fue familiarizarme con las llaves de la luz. Me las sé de memoria. Me atrevería a decir que las conozco mejor que ellos. Por ejemplo, en uno de los rellanos hay un cuadro de interruptores que corresponde a las luces de arriba y de abajo, incluyendo el sótano. Desde ese cuadro de interruptores puedo saber si estoy encendiendo una u otra luz sin equivocarme. Lo he practicado durante muchas noches, subiendo y bajando

mil veces para ver lo acertado o no de mi acción. En el caso particular del sótano, me tenía que agachar y mirar por la rendija bajo la puerta, ya que lo tienen cerrado con candado. Ahora subo o bajo tan solo para felicitar me por la maestría en el manejo y confirmar que no soy nada torpe en estos asuntos. Lo mismo pasa con la alfombra y con los barrotes de la escalera. He estudiado ambas cosas no solo con mis manos sino también con las yemas de los dedos, bajo todas las luces, incluso al anochecer. Sé que existen zonas en la alfombra donde el entramado es muy fino y también que en los barrotes hay sitios en donde están muy desgastados. Me he tenido que poner de rodillas. Menos mal que nunca me pillaron en esa actitud, con la cara pegada al suelo, como si estuviera, tal y como hacía aquel árabe, preparándome para operar cataratas.

Cuando salgo a dar un paseo siempre me asalta el pensamiento de que al volver estén ellos en casa y de que les hayan disgustado mis costumbres: el pequeño altar que he fabricado, los pegotes de cera de las velas en el tapete estampado, los iconos, el chal, extendido, cubriendo el reclinatorio. No me importa absolutamente nada lo que ocurra, siempre que pueda continuar aquí. Me gusta aventurarme y hacer alguna pequeña excursión, pero siempre con la seguridad de que puedo volver a casa. Tengo enterrada una llave extra, está con su molde de arcilla y todo. No estoy muy segura de lo que me gustaría que les ocurriese, lo único que pido es que permanezcan lejos indefinidamente, para siempre. No hace falta que se mueran, con que no vuelvan nunca es suficiente. Sé que es inútil, pero de todas formas pido que así sea. Pueden, por ejemplo, hacerse exploradores, héroes, cazadores, o coger la lepra, cualquier cosa, volverse salvajes y formar parte de una tribu. Estoy haciendo una novena para que se cumplan mis deseos. Sé, por supuesto, que es inútil. Sé que volverán, incluso puede que antes de lo previsto, para darme una sorpresa. Apenas acababan de irse cuando trajeron un ramo de flores. Era un lunes. Flores de invierno con brillantes hojas también de invierno. Incluso había camelias. No me atrevía ni a tocarlas. Al principio, como hubiera hecho una campesina de Coose, las puse todas juntas en un barreño grande. Pero enseguida me di cuenta de que yo era en esos momentos la dueña, la señora, la abadesa; entonces cogí varios jarrones y

diversos recipientes, trocitos de alambre y trocitos de esponja, y con todo eso y un poco de maña hice un buen trabajo. Me retiraba un poco para admirarlo e incluso me permitía hacer algún que otro comentario, como si hubiera alguien allí conmigo para comentarlo. El último vestigio aún está abajo, en el salón principal. Mimosas. Se han marchitado, encorvándose sobre sí mismas, ya secas. Ahora tienen la desfachatez de desprenderse del tallo. En realidad antes de caer se quedan suspendidas en el aire, parecen botones, botones de tela muy fina de color amarillo pálido y seco. Si tuviera una red de pescar marisco podría bajar e intentar cogerlas, pero no la tengo. He intentado poner las manos para cogerlas cuando caen, pero siempre se escabullen. Mala coordinación.

Hay una habitación bastante pequeña en donde, invariablemente, se me puede encontrar. Está empapelada con flores, flores nítidas en las molduras, y hay una jaula blanca y azul turquesa preciosa. Mi hornacina. También tiene una mesa con un cristal encima, debajo del cristal hay postales, recuerdos y hojas secas. Soy muy posesiva en cuanto a esa habitación. Me gustaría que fuese mía. Lo que no me gusta son las fotografías, las de Jonathan y Tig, a los que se ve demasiado felices o demasiado aburridos. Las quité y las metí en una carpeta. En esta habitación también hay muchos cachivaches, me distraigo con ellos. Hay unos alambres que tienen una bola en cada uno de sus extremos, me divierto con eso, las engaño, las junto y hago como si se pelearan unas con otras, las coloco de mil maneras y les hago dar vueltas. En total son cuatro bolas, en el extremo de cuatro alambres, que convergen en un mismo soporte. Tienen diferentes alturas y diferentes tonalidades, semejantes a niños en edad de crecer, miembros de una misma familia; una es amarilla, otra roja, otra azul marino y otra verde. Nunca se cansan de ir y venir, nunca dejan de cooperar, yo tampoco. En cuanto entro en la habitación corro hacia ellas. Las tengo en la lista de «objetos a robar», eso, claro, si me entero con anticipación de que ellos vuelven. Además de estas bolas y de la mesita con el cristal hay otra cosa que me encanta; es una muñeca, una muñeca de papel maché, es horrible y sin embargo a mí me gusta. Está llena de imperfecciones, abultamientos que cubren toda la superficie, y tiene el pelo y la cara descoloridos y con churretes de un color verdinegro. La llevo conmigo

a todas partes. Se sienta conmigo y a la hora de las comidas la tengo encima. Se llama Humildad Súbita. Los nombres son algo muy curioso. Yo me llamo Mary. Gracias a Dios que no me pusieron Babette o Dymphna. No. Me llamo Mary. Al menos eso he oído decir con cierta seguridad. Mary Hooligan, sin más.

Las flores las enviaron de una tienda que está enfrente de la terminal de autobuses; traían una tarjeta que decía «haz amigos, envía flores, coronas y cruces». La vida está llena de pequeños signos, de cortas misivas, de pequeños encantos. Ayer en mi paseo vespertino vi algo entrañable; un signo, una nota manuscrita: «Perdida gata blanca y negra en período de cría, gatitos desesperados». Desgarrador. Bocas secas, lenguas secas, gargantas secas. Me enfado conmigo misma. Me digo: si tan solo pudiera verme inmersa en una situación como esa, imbuirme de ella, como dice ahí... Pero no fue posible. No es posible. Siempre retrocediendo, excepto en las raras ocasiones de lascivia y perturbación.

La mañana en que ella se fue, señalando un poco de whisky que quedaba en la botella, dijo: «Quizá quieras alegrarte un poco en tu primera noche aquí sola». Ella tan encantadora como siempre. Es agradable estar en tu propia cama, o en la cama de cualquier cerdo, y sentir cómo el alcohol se desliza por tus venas enloqueciendo las ideas, el cerebro parecido a una vieja rama seca o unas viejas vértebras, aliviando los amargos tragos de la vida. No he mencionado aún su tacañería. Le pregunté si se acordaba del árbol de membrillo que tenía. Me fastidian todos estos líos de Coose. Después mencioné la vista desde su ventana. Estábamos las dos contemplándola, un hemisferio empapado y gris. Había nieve en la ventana, estaba allí desde Navidad, nieve artificial, por supuesto. Simulaba pequeñas guirnaldas. Se pretendió en un principio que simulara el contorno de un ancla, pero el tiempo, la ocasión y tal vez algún que otro dedo habían hecho que a mí me pareciera una cruz. Se puede aguantar eso. Por lo menos era una cruz blanca y no todo aquel maremágnun en rojo de las cruces de Coose. Eran auténticos mamarrachos, ¡aquella exageración, y todo rojo: togas, trajes, heridas, llagas, taparrabos, pañuelos, toallas, colgaduras, sin olvidar la mismísima sangre, litros de sangre! Me negué a que quitaran la cruz cuando vinieron a limpiar

los cristales. Según las instrucciones de Tig, las ventanas se tienen que limpiar cada tres semanas. No le gusta que se acumule la suciedad; se ha metido en la cabeza la idea de que daña los cristales, puede que sea una idea con fundamento, quizá lo sea. El jefe de los que vienen a limpiar los cristales es ciego de un ojo, del izquierdo, de manera que cuando coge la escalera parece que va a incrustar la parte de arriba en los cristales, por no hablar de los demás cacharritos: los impertinentes, los lingotes, los frasquitos de lágrimas que se caen con mirarlos. Le dije que dejara la cruz tal cual. Pensé que podría ayudar en la letanía. El más joven me guiñó un ojo y me preguntó si podía dejar allí la escalera. No hay cosa mejor que una escalera para llegar a lo más alto, al cielo y a los habitantes de las alturas y de las profundidades. Me aventuré. Cruzamos algunas palabras. Le pregunté cuándo iba a venir a recogerla. Para mí eso era una heroicidad, lanzar una pregunta valiente. Él me dijo a una hora del día siguiente que me pareció demasiado temprano. A esa hora yo estaría aquí, en la cama, hecha un ovillo en posición fetal, entre mis sábanas de retor, sus sábanas de retor, cometiendo asesinatos en mis sueños o copulando con un bello durmiente, o siendo besada por un barbudo. No es posible. Negué con la cabeza. Él sonrió y a continuación hizo un ademán y señaló hacia arriba, a las habitaciones con un movimiento de cabeza. «Desde ahí arriba debe de haber buenas vistas», queriendo decir que si nos lo montábamos. De pronto dejó de apetecerme. Se esfumó la libido de la cansada vagina, seca como un trozo de madera, inerme como un trapo viejo. Me vino una idea a la mente: deberían existir adivinos de deseo sexual, como los zahoríes de la baronía de Coose. Menudos elementos, casi siempre tristes, ciegos o mutilados, con pústulas, merodeando por los campos con alambres y varillas, dando falsas esperanzas, esperanzas fundadas, ninguna esperanza. Devoradores feroces. Amantes de las vituallas, ávidos comedores, se comían las sobras, los despojos, los pescuezos y los entresijos. Fatal para sus estómagos. Chupaban todos los huesos y se guardaban los más pequeños para usarlos en un juego en el que eran auténticos maestros. Lectores omnívoros, si es que se puede creer, lectores de seriales clásicos: el navegante Brendan, el divino Dedannans, el perverso Goblin y las aventuras sanguinarias que involucraban a la Reina y a Toro Tostado.

Qué poco se lo imagina mi señora. He causado grandes destrozos con las manchas. Soy una campeona de las manchas. También he estado arañando con la uña del pulgar los pernos del escritorio. Lo hice sin tan siquiera darme cuenta, una tarde o una noche, estando distraída o más juguetona que de costumbre. Seguramente estaba en otro lugar, contemplando la calle desde la ventana y viendo a los barrenderos, un grupo de elfos, o quizá oyendo el rugir entrecortado de los árboles al inclinarse. Aún tengo la terrible duda de si esas virutas, cocidas en vinagre, pueden ser buenas o no para la diarrea. No es que me queje, soy A-1. Puede que estuviera mirando las sombras, pensando que en conjunto son terroríficas, intrusas, vienen y se van, surgiendo, desapareciendo, dividiéndose y multiplicándose y contrayéndose y expandiéndose. Haciendo que la pobre gente se sienta aturdida. Yo no, yo juego con ellas. Intento que hagan cosas, que choquen entre sí, que queden inmóviles. ¡Oh, sombras, no os alejéis! Algunas veces me abandonan, pero al momento aparecen de nuevo, inundándolo todo; cuando me arrodillo casi puedo tocarlas al deslizarse por el rodapié o al trepar por las paredes.

Durante una de mis orgías se me olvidó correr las cortinas, seguramente me vieron los vecinos. De todos modos me siguen sonriendo, una especie de mueca. Son coreanos. Quizá ellos también sean unos playboys. Altas vallas marrones nos dividen, madera negra, creosotada; somos perfectamente conscientes de la presencia del otro aun dentro de nuestros bastiones, meditando, deteriorándonos.

Una vez vinieron ladrones, un par de ellos. Conocí al hombre cuando bajé a correos. Voy dos veces a la semana por si acaso hay carta de Tutsie. Algunas veces escribe dos o tres seguidas y después nada durante semanas. Depende de dónde esté. Los sellos siempre llenos de color, luminosos, casi como calcomanías. Voy en autobús. El centro está muy congestionado, parece otro lugar, gentes diferentes, semblantes diferentes, pieles diferentes, gente paseando sin rumbo fijo, otros sabiendo perfectamente dónde van, oficinistas balanceando su carga, llevando grandes cajas de té sobre sus cabezas como si fueran etruscas. Yo paseaba sin rumbo. Más bien era parte del ritual. Pienso que cuanto más me demore mayor será la posibilidad de que haya carta. Así que allí estaba yo, físicamente pegada a un escaparate, cuando aquel joven

me abordó. Él estaba en el quicio de una puerta y yo ensayando poses. Era el clásico coqueteo. Su voz era áspera, desagradable. No silbó ni nada parecido, simplemente empezó a hablar de su madre. Tenía un gran resentimiento hacia su país. Habían tenido que cruzar alambradas y abandonar joyas y cristal de Bohemia. Me enseñó una foto y me empecé a reír, porque su madre era francamente gorda. Estaba sentada sobre algo, justo delante del puerto, y hacía un efecto como si allí y entonces se hubiera desplomado sobre la superficie blanca y negra de la fotografía. El agua estaba serena, pero aun así ella parecía estar balanceándose debido a su redondez. Él siguió contándome cosas de la academia militar donde había estado, los malos tratos, las perversiones, etc., etc. Le invité a tomar el té el domingo siguiente. Puse velas, una botella de vino de su país, muselina y sándwiches de huevo, todo muy *soignée*. Pensé que íbamos a estar él y yo, pero llegó en moto y venía con una chica. Se llamaba Daphne, tenía hoyuelos. Disimulé mi decepción haciéndome la simpática y ofreciendo enseguida el té y una copa. Comieron como lobos. Les puse una trampa para ver si caían, salí de la habitación con un pretexto y volví a entrar inmediatamente. La hubiera matado. Allí estaba ella deslizándose la mano de él bajo sus faldas, preparando el camino. Me puse roja. Decidí que lo mejor era colaborar en su pasión, sería su intermediaria, estaría por encima de sus escarceos. «¡Ah, los enamorados!», dije. Como siempre, no me reconocía a mí misma. Normalmente es lo que me ocurre, a menos que esté haciendo algo totalmente casual, como plantar semillas y rellenar el hoyo con la espátula, o hacer la masa para algún pastel. Él mostró sus grabados y sus fotos de aficionado, ella en el séptimo cielo y él con una gran esponja entre los muslos donde parecía residir lánguidamente su encanto. Ella se puso colorada. Resultó un rubor agradable, memorable, que se extendía ondulante por su cuello y garganta. Su piel era más blanca en el cuello que en los mofletes, que se habían oscurecido, pasando del rosado natural al carmesí. Toda esa gama de colores parecía en movimiento, cambiaba de forma y de definición. Era una mujer bonita, adorable. Más joven que yo. Él le desabrochó la blusa; incluso el pecho estaba ruborizado. Los tonos iban filtrándose como el vino de Oporto a través de un tamiz. La agarré con fuerza.

«Sabía que lo harías», dijo él, cogiéndome la mano y poniéndola encima de la suya, que a su vez estaba sobre la de ella; yo apreté y apreté aquellas manos. Estaba dominando mis celos. Las piernas de ella permanecían juntas, muslos sellados, su modestia más seductora que una provocación. Estábamos en la habitación más luminosa, «La Casbah» es como la llama Tig, todo era demasiado asfixiante, la respiración de ella, su rubor sin tregua, los dientes de él y su hábil lengua, nuestros suaves efluvios penetrantes como exhalaciones. Uno de mis cometidos era desnudarla para él. Mantenía la barbilla baja, pero con la mirada alzada, vigilándonos, mirada suplicante como la de un spaniel. Tenía el pelo rubio ceniza en las puntas y castaño en la raíz, un castaño ratuno. Respiraba a saltitos, mirándole a él mucho más que a mí. Después él se quedó como su madre le trajo al mundo, tenía el cuerpo lleno de cicatrices, eso debería haberme dado la pista sobre su procedencia de los bajos fondos. Ella parecía una de esas pitonisas, con uñas largas y dientes grandes, una pequeña vidente cambiando las cosas de sitio. La apatía con que él actuaba debía de ser producto de su entrenamiento militar. Me daba la impresión de que le hubiera dado igual estar jugando al parchís. A lo largo de todo el proceso, incluso cuando ella empezó a peinarle con el cepillo de púas de alambre, él no paró de preguntarme si yo conocía a gente pudiente. A razón de esto mantuvimos una acalorada discusión sobre nuestras opiniones respecto a lo que considerábamos gente pudiente. Según él eran la mayoría, yo que muchos menos. A todo esto ella no hacía más que decir: «Vamos Milos, vamos». A mí me parecía que él no estaba por la labor, y seguía preguntándome si no conocería a alguna viuda que viviera sola; estaba dispuesto a ofrecerse como semental. Supongo que pertenecería a alguna banda, al igual que ella, que le era totalmente fiel, como ahora sé, fiel, su cómplice. Él se mostraba bastante desagradable con ella. Otra cosa en la que parecía estar interesado era en los caballos. Me preguntaba si alguno de mis amigos tenía establos, para que les pidiera que le invitaran los fines de semana. De vez en cuando daba una palmadita a Daphne, como si fuera una yegua, y la llamaba peluche y muñeca. Ella no tenía cejas, se las había depilado totalmente, lo que le daba un aspecto muy curioso, semejante a una gorgona, daba la sensación de ser una auténtica serpiente. Sus modales eran

muy bruscos. Parecía irritarse con facilidad. Decidí hacer algo, cogí un poco de carbón con la mano y lo eché al fuego. Lo que más me sorprendía era que entre ellos apenas hablaban, nada de «Daphne, cariño», ni «mi amor». En él todo era insubstancial y epicúreo, carente de pasión. Esperaba su oportunidad. Le metió el atizador y, aunque ella parecía resistirse, dejaba hacer para placer de su conejito. Al mismo tiempo le dio un golpe que la hizo incorporarse y alargar la mano para llevarse a la boca unas semillas de cardamomo. Habían traído bastantes bolsitas de esa chuchería. Después empezó a llorar con hipos y todo. Tuve que intervenir para que se contentaran. Ella me contó que una vez le había dado un golpe y la había dejado sin sentido, estuvo así casi tres días y por nada del mundo volvería a pasar aquellos momentos. Emitía pequeños miaus, suaves y susurrantes; en conjunto la escena era bastante inocente. Yo, como una estatua, con mis medias medio caídas, pero vestida al fin y al cabo. Lo mejor sería hacer algo, pensé, así es que hice con los cojines una especie de cama y les dije que se pusieran allí, como si realmente fuera una cama; les coloqué con las frentes juntas y les ordené que se besaran como los esquimales frotando una nariz con otra. Me eché a su lado y empecé a susurrarles cosas para excitarles. Tenía que exprimirme el cerebro, traer a mi memoria noches de placer. Tan solo tenía que balbucear, que asentir o disentir, pedir que él me enseñara un dedo de su mano o del pie para que él obedeciera al instante. Estaba convencida de que le había impresionado. Bastaba que yo la pellizcara para que él me vitoreara y viceversa. Y finalmente, después de mucho jugar, en la cima del delirio y frenesí de su capitulación, fui yo la que disfruté de mayor placer y fue mi nombre el que repetían ellos dos sin parar. Después volvieron a ser ellos mismos. Reanudamos nuestra conversación, se comieron los sándwiches y el pastel. Dulce y salado y esas cosas que me gustan. Él se tenía que marchar para hacer frente a sus responsabilidades como portero. Ella estaba echada boca abajo, cerca del fuego, un chal muy fino de un blanco desvaído le cubría la espalda. Allí estábamos, arropadas y juntas. Me besó. Me dijo que su pelo era teñido. Se lo teñía ella misma. Volvió a llorar un poco, se lamentaba de que nunca estaban solos. A él le gustaba estar siempre con alguien, un buen amigo o un mal amigo, un gángster y con mayor

frecuencia algún tullido. Me contó que los gánsteres eran los más tiernos, que siempre hablaban de casarse y de tener niños. Le hice un comentario sobre la gordísima madre de Milos, nos reímos con ganas inflando los carrillos para relajar nuestros estómagos. Todo muy divertido, las llamas de la chimenea lamiendo el panel de la puerta, su chal, sus pulseras, nos hicimos unas tostadas con mermelada de fresa que yo había comprado en las galerías. Acerqué la vela a su cara, a su pecho. Para entonces nos rodeaba la oscuridad. Me la imaginaba como un lince, su pelo negro azulado, sus cejas arqueadas y una diadema sobre su cabeza. Su sonrisa, tan joven, tan sincera, incluso sus mohines. Deseaba ponerle pañales y vestirla con faldones para convertirla de nuevo en un bebé, convertirla en ella misma. Creo que yo estaba borracha, veía reflejada en su cara todas las edades, de muy niña su descaro, sus palabras amargas, más tarde las arrugas que le habían ido saliendo y las que aún le faltaban por salir y también sus diferentes máscaras, mentiras, ligerezas, sueños de papel, falsedades. Dijo que nuestra amistad sería para siempre, como hermanas, y me propuso con toda sencillez un negocio. Tenía previsto abrir un pequeño establecimiento, una especie de bazar, y yo podría trabajar con ella, como socia. Hizo una lista de las cosas que venderíamos: cuentas de cristal, gargantillas, monederos, telas, todo de Oriente. Tenía contactos en Marruecos. La ayudé a vestirse, incluso le sujeté la bota mientras ella hacía equilibrios para meter el pie. Se las abroché, le llegaban casi hasta la rodilla. La besé en las dos rodillas. Me dijo que le encantaría tener un caballo, un poni. Hicimos planes para el miércoles siguiente.

Más se perdió en la guerra, como se suele decir. Me robaron. En mis propias narices. Abrí el bolso para hacer una anotación en mi diario, dando gracias a Dios y a las constelaciones por el interludio, cuando por casualidad me di cuenta de que había desaparecido mi cartera marrón, la que Lil cortó y confeccionó para mí. Casi todo el sueldo, robado.

Dos noches después me encontraba sentada totalmente desnuda encima de una especie de arcón, a mi alrededor personas dibujándome. Todos tenían hojas de papel blanco y la verdad es que ver cómo las ensuciaban con

cualquier garabato del carboncillo me ponía muy triste. Después de la desaparición de los ladrones, me acerqué a la calle principal para repasar los anuncios que ponían en los escaparates, donde en alguna ocasión había visto ofertas de empleo. Decidí hacer la inspección con método. Primero todos los anuncios de una acera, después volver y hacer lo mismo con la otra acera. Allí fue donde vi el anuncio de la gata negra perdida, en estado de lactancia, varios sofás en venta y asistentes en demanda y oferta. Algunos escaparates estaban iluminados, incluso tenían tiras de papel de diferentes colores que se movían formando tirabuzones, menos uno que estaba totalmente apagado, la entrada era muy grande y dudaba que allí pudiera encontrar algo. Al final conseguí algo parecido a un trabajo, la nota ponía: «Se precisa modelo artística. Teutona. Tarifas económicas. Tardes». Cuando llamé al resplandeciente timbre me sentía de todo menos teutona. Un cerebro atrofiado de Coose. Había cinco mujeres y tres hombres, con sus instrumentos de trabajo. Todos aficionados, excepto el que parecía el profesor, que aseguró ser un hombre de estudios. Definitivamente un prusiano.

«Deja que te veamos, preciosa», me dijo nada más terminar de desnudarme y sentarme en mi plataforma. El estrado era un viejo arcón, donde me tenía que sentar en la postura del loto. Pródigo en pinchazos, sobrepasando en mucho al sofá de pelo de caballo, así era de incómodo. Si intentabas mantenerte en vilo por un lado, lo único que conseguías era un aluvión de pellizcos por el otro. Aquello era un vía crucis. Creo que aún tengo el culo lleno de astillas y a ningún buen samaritano que me las saque.

«Deja que te veamos, preciosa.» Yo tenía la vista clavada en mi ropa, allí en un rincón, hecha un montón y tapada con la bufanda por aquello del decoro. ¡Decoro! Yo sin mi ropa y sin mis afeites parezco un auténtico pólipo. El supuesto profesor me dio una patadita con la zapatilla de pana. La propietaria del estudio me hizo un guiño, probablemente era la forma de decir «pobrecilla». Habría que verla a ella desnuda; aun así como iba, con ropa cómoda y todo, estaba horriblemente abotargada. No tenían nada fresco para beber, lo único que vi fue una bandeja con botellas, para tentarme, seguro. Llegué a la conclusión de que los ladrones formaban una banda de dos,

hermano y hermana. Ladrones incestuosos. Me vino un pensamiento. Seguramente dentro de dos horas, como mucho, uno de los dos vendría a devolverme lo que se habían llevado. Vendría él.

Estaba pensando en lo que iba a hacer con lo que me pagaran; iría al Café Drake, tomaría algo y me sentaría en un rincón a reflexionar. Allí me conocen bastante, me llaman «ratita».

Tuve que soportar presuntuosas tonterías sobre la concepción espacial y los contornos, mis contornos. Allí parecían no darse cuenta de que les podía oír. Temía que me diera un dolor de estómago o que empezara a sudar, y también que los polvos de talco se desprendieran de mi piel o incluso que esta se cuarteara. Por lo pronto, había perdido el aroma a gardenias. Mis partes pudendas parecían una mata de tojo enmarañada. Me entretenía pensando en la flor amarilla del tojo y también en el tojo ardiendo en las noches de San Juan, que llamábamos Noche de las Hogueras. Pensé en lo que se hubiera reído mi hijo. Condenado. La primera vez que me vio en unos brazos clandestinos se quedó pensando unos momentos y dijo: «Estás radiante». Eran los brazos de Moriarty. Me imagino el cuadro: mejillas ruborizadas, músculos en tensión, piel muy blanca y rodillas enrojecidas, reminiscencias de mi época de santidad. Hubiera dado cualquier cosa por un sorbo del vaso de whisky que el profesor tenía en la mano; no sabía por qué pero yo estaba sudando y tiritando a la vez. Hablaban muy bajo como si estuvieran en una iglesia. Tardaban siglos en ajustar los caballetes, graduar la luz y tomar perspectiva. Sus carbonillos emitían diferentes sonidos, hacían diferentes impactos en las immaculadas hojas. Unos eran aterciopelados, otros ásperos, y yo, ávida de conocer cómo quedaban sus dibujos, sin poder atusarme ni tan siquiera un poco, sin poder sonreír, todo por no descomponer la figura. Presentía que me iba a dar un calambre. Una colección de aficionados, eso es lo que eran, teniendo en cuenta sus comentarios porque, para bien o para mal, no llegué a ver el trabajo terminado. Se produjo una interrupción repentina. El profesor estaba detrás de una mujer, Hester de nombre, y empezó a criticar las líneas del contorno exterior de mi cuerpo; el hueso de la cadera, los codos, etc.

«Pero es que la última vez usted me dijo que el perímetro era sagrado», replicó ella.

«Pues dibuja el perímetro de mi trasero», le contestó él. Y les pidió a todos que se acercaran a mí, que me escudriñaran, que se impregnaran de mí, que me olieran, que me traspasaran.

«Vales lo que pesas, preciosa», dijo dirigiéndose a mí, a la vez que me daba un ligero golpecito en el hueso pélvico. Un tal Joseph me miraba de tal manera los pezones que podía verlos reflejados en sus diminutos ojos. Se agachó, me miraba de todas las maneras posibles, todo, estoy segura, para que me sintiera incómoda.

«Esas nalgas, ese culo, que se vean», gritaba el prusiano. De repente me vino un olor a mostaza y a las purgas que Lil nos hacía tomar todos los sábados para estar limpias por dentro y por fuera durante el Sabbath. Qué tal lo estaría haciendo, no tenía ni idea. Me apetecía abrir la polvera para ver mi reflejo en el espejo, pero habían puesto el bolso fuera de mi alcance. El arcón crujía en cuanto me movía, si cambiaba de posición de una pierna a otra. El profesor se ponía detrás de cada uno de ellos y dejaba caer su látigo. El trabajo de Telma no servía ni para cubrir el suelo de una jaula de periquitos. Sin embargo, el de Víctor era enternecedor.

«Todos mejoran sustancialmente cuando entra la lujuria en este estudio», gritó como loco el profesor. Víctor en protesta rompió el carboncillo. A continuación tuvo que recoger los trocitos y proseguir su tarea. Tampoco se podía fumar. Yo me sentía como una centralita telefónica totalmente saturada de llamadas, enviándome mensajes y señales de todo tipo a mí misma: abre, cierra, atranca, saca de aquí, saca de allí, contrae. Lil, Virgen Santa, Cristo, san Antonio de Padua, falopio, hemorragia, pureza, sola, para siempre, nunca, resiste. Moisés bendito, Rey de los Judíos. El profesor se lamentaba del hecho de no disponer de una Polaroid. «Apetitosa», fue la palabra que utilizó. «A mí no me grite», salté de repente, con lo que se puso muy desagradable; a todo esto los Miguel Ángeles se pusieron a gritar como muy nerviosos, pensando seguramente que aquello iba a terminar en bronca, ya que para mi propio asombro yo me había levantado y repetía sin cesar lo de «a mí no me grite», además de algunos insultos; dientes negros, casposo, etc. El resultado

fue que me puso de patitas en la calle con mi ropa bajo el brazo y sin un mísero duro por mis desastrosos servicios. Lo primero que hice, allí, en su jardín delantero, fue vestirme a toda prisa, acción que provocó su ira; salió lanzando insultos. Total que allí estaba yo, desnuda y corriendo calle abajo sin parar de gritar «a mí no me grite», y él vociferando grandes amenazas sobre represalias y qué haría y no haría. En la parada del autobús había una mujer que me preguntó sin preámbulos si venía de follar. Era una mujer muy agradable, me contó que su mejor aventura amorosa la había tenido durante la guerra y que, si se reencarnara, le gustaría que fuera allí en las trincheras, el único requisito es que no fuera en Asia, porque allí los órganos masculinos son desproporcionados.

Cagadas de pájaro en la ventana. Hechas sin que me diera cuenta. Maldita negligencia. Yo me miraba y estudiaba las zonas proclives al deterioro, al deslustre. El pobre y sufrido corpus, el corpus callosum y ciliare y dentatum y espongosium y uretrace y el diablo sabe qué más. Se supone que los huesos deben hacerte revelaciones, pero yo aún no he tenido ninguna. Dentro de poco tan solo serviré para hacer de carabina y esperar debajo de las farolas o en las esquinas, mientras una putilla disfruta de los placeres de la vida. Cada vez más cerca del cuerpo de Cristo. Maravilloso abandonar las cadenas y grilletes e iniciar la transmigración.

Esta pizca de cagada es del mismo color que la luz, blanca como la leche. Es de forma irregular, no es un círculo completo, ni tan siquiera se parece a una circunferencia, es una salpicadura blanquecina con vetas grises. Se secará. Se helará. Nada parece tan desagradable cuando está seco. La observo con atención, pero no pienso tocarla ni tampoco dibujar su forma por este lado del cristal, ni voy a pegar mi naricilla al cristal para verla mejor. En otro tiempo lo hubiera hecho. Solía, tan solo por maldad, meter la mano debajo del culo, siempre húmedo, de las gallinas mientras estaban incubando los huevos, los trece huevos, la docena del huevero, con el sello inconfundible del elegante quiquiriquí. No muy sublime que digamos. Las inocentes cluecas estaban encantadas y confundidas a la vez, se levantaban y con graciosos

movimientos empezaban a cacarear alegres, pensaban que las venían a liberar de sus sombríos claustros, esos montones de heno en donde las tenían presas, o esos recipientes de hierro que apenas daban la medida del nido. ¡Ah, sí, me encanta escudriñar la maravillosa oscuridad! Me incorporo y me inclino un poco hacia delante, los pájaros, mis incansables compañeros, siempre cantando y revoloteando, saltando, bailando y haciendo piruetas, pájaros mágicos, pájaros vulgares, loros, petirrojos y los gorriones del asfalto. Ya sabemos que esto no es nada comparado con lo que será en primavera y verano, cuando empiece a funcionar la fuente y los deliciosos hilos de agua fluyan y los pájaros, autoritarios y locuaces, picoteen las plantas que rodean la fuente, sin dejar de cantar y piar, poniéndolo todo perdido de cagadas, disfrutando de la alegría de su corazón. Siempre de rama en rama y nunca en peligro de caerse. Incluso ahora, al menor ruido, por ejemplo si toco la campanilla o si doy un ligero golpecito en el cristal, echan a volar, aunque al instante ya están aquí otra vez, saben que no pasa nada, que soy yo y mis pequeñas travesuras. Siento una terrible necesidad de conocer a los pájaros que viven en las alturas y que nunca logramos ver sino cuando ya muertos caen a la tierra. Creo que esa es una de las cosas que nunca lograré. Lo más curioso, sin embargo, es que el único pájaro, de los que yo llamo de caza, que he visto fue un embrión, un pajarillo no nacido, tridimensional, solamente insinuado en su placenta. Fue en un camino que atravesaba el bosque, un camino suave y blando por la abundancia de bellotas y las raíces de los árboles. Aquel pajarillo era más auténtico y real que ningún otro de los que me he encontrado entre los arbustos, o de los que he visto en jaulas, o simplemente paseando por el campo, como solía hacer en Coose cuando florecían sus idilios y sus glándulas pituitarias trinaban sin parar. Puedo decir, sin que por ello mienta, que soy una verdadera observadora de pájaros, pájaros surcando el cielo, viajando en el otoño camino del sur, también me gustan sus nidos en las copas de los árboles cuando llega la primavera, cantando, acicalándose, pelechando, comiendo, evacuando, pájaros vehementes, pájaros atareados, pájaros muertos en las autopistas, pájaros caídos entre la maleza bajo el impacto de un tiro de cazador furtivo, donde aparece un hilillo de sangre que adorna de forma espléndida su plumaje, que

ahora yace en algún roble o en las rojizas orillas, pájaros cocinados, pajaritos fritos, en una palabra, pájaros. Y sin embargo ninguno me ha causado tanta impresión como el que vi en aquel camino. Aquel pajarillo bidimensional, intacto en su placenta, precipitado a la muerte sin llegar a ver la luz. Tan cerca y sin embargo tan lejos.

Después de Coose, la siguiente parada fue Liverpool. Totalmente diferente a como la había imaginado. Había pensado que sería una ciudad cosmopolita y encontré una ciudad negra, incluso los pájaros eran negros. Los raíles del tranvía eran viejos y gastados. Me encantó. Por las mañanas oía a los trenes maniobrar, y, aún medio adormilada, me gustaba pensar que acababa de bajar del tren y, desorientada en el andén, me preguntaba qué camino tomar para encontrar una pensión. Éramos un grupo bastante alegre. Cuatro huéspedes, todos algo peculiares, esa es la verdad. Había una jovencita, muy vergonzosa, que nos dijo que la llamáramos Maid; también una señora, Moira, que trabajaba en un club, y un hombre que estaba completamente convencido de que cualquier día heredaría el título de conde. Todos sabíamos que era algo muy improbable, pero, no sé cómo, poco a poco nos fuimos haciendo cómplices de su ilusión y también nosotros esperábamos con ansiedad la llegada de la herencia. Su plan era irse a vivir a Northumberland, y allí, en una casa muy grande, proyectar películas todos los domingos e invitarnos a pasar con él los fines de semana. De vez en cuando se ponía un chaleco amarillo canario y se iba no sabemos dónde. A la vuelta nos contaba que había visto a «la mujer policía», la hija del coronel Porter, haciéndose la raya en el pelo. Lo solía escenificar para nosotros. Era los jueves precisamente cuando iba a cobrar su pensión.

Moira era la que llevaba la batuta, nos decía cómo teníamos que andar, espalda erguida, y nos enseñaba cómo sacar partido de nuestras manos, teníamos que pasear con un diccionario en la cabeza. Moira tenía un novio boxeador, al que nunca llegamos a conocer. Vivía en Londres. Las aspiraciones de todos estaban en Londres, incluso las de Maid.

En Navidad el boxeador le envió una felicitación en la que se veía un tigre

en medio de la nieve. Moira no hacía más que darle besos y no paraba de decir lo maravilloso y arrogante que era. No llevaba nada escrito, tan solo el nombre del boxeador; en realidad su nombre artístico: Príncipe. Aquella fue una Navidad estupenda. Nos reuníamos todos para las comidas, ayudábamos en la cocina y teníamos puesta la televisión toda la mañana. Allí estábamos, cascando nueces, contando chistes verdes y echándonos whisky en el té. Hasta Maid salió de su timidez. Trabajaba en una tienda de complementos para señora, en el departamento de guantes, y poseía conocimientos como para decirnos qué clase de gente era la gente bien, su tacañería, siempre pedían descuento a la primera de cambio. Nos regaló un par de guantes a cada uno y nos pidió disculpas por estar tarados. Después de mucho insistir, Moira se decidió a actuar para nosotros, sacó las plumas, los zapatos y las medias verdes, se subió a la mesa, dio un par de taconazos y dijo cosas como: «Señor, fuego por favor, cha-cha-cha», a la vez que hacía un gesto insinuante con los dedos. Como el conde era el único varón, a él iban dedicadas todas sus sonrisas y su erotismo. Después, con una voz bastante chillona y algo cascada, empezó a cantar «Biddy la Buscona». El pato ya estaba en el horno y Meg, la patrona, le daba la vuelta y lo pinchaba de vez en cuando con un tenedor para que soltara la grasa.

*Os contaré la historia de Biddy la Buscona,  
vivía en un hotel abierto a cualquier hora...*

Meg explicó a su hija pequeña que una «buscona» era algo así como una costurera, y la niña siguió con la tarea de probarse los guantes de todos diciendo «adiós, adiós» y «*adieu*». Después los envolvió cuidadosamente en papel de seda. Imitaba a Moira y su baile desde el suelo, se contoneaba y movía el culo. Meg nos dio un beso a cada uno y nos dijo que para ella éramos como sus hijos, sus pequeños. Ese día nada de margarina, además todos teníamos servilletas limpias, muy almidonadas. Estábamos todos un poco mareados debido a la mezcla de bebidas que habíamos hecho durante la cena: whisky, té, cerveza negra y ponche con vino. Aun así no hubo ni la más leve discusión, ni forcejeos para hacerse con la salsera, tampoco hubo que

escuchar a Meg haciendo las oportunas consideraciones al conde respecto a su proceder de la noche anterior en el cuarto de baño: «Cuando un hombre entra en una casa a horas intempestivas debe orinar con sigilo y no tirar de la cadena». Esa era la reprimenda más frecuente.

Sin embargo, no faltó su punto negro en el día de Navidad. Moira empezó de repente a gritar y a decir que ella debería haber sido bailarina, una bailarina famosa, el único fallo es que era demasiado alta. La pequeña entonces se puso unas zapatillas de ballet, que no le hacían juego con nada, y comenzó a hacer piruetas a nuestro alrededor; por si fuera poco todo ese alboroto, se negó a probar bocado. Su madre le acercaba a los labios algún trocito especialmente apetitoso y la niña lo único que hacía era darle un besito y echar a correr. Después Maid, sin razón aparente, se puso a gritar que de casamiento nada ni cosa que se le parezca, pero que lo que sí le gustaría es pasar por la Maternidad, en una palabra: tener un niño, su niño. A todo esto Moira se acercó a la repisa de la chimenea y, cogiendo la postal, se puso a decir que era el más maravilloso de todos los tigres, el animal más solitario, y que su hombre también lo era. Al parecer, la última vez que hizo el amor con él le había dejado ver su lado más débil, lloró. Meg dio un respingo, se santiguó y dijo que no iba a consentir obscenidades delante de la niña; entonces el conde, que estaba borracho y sobreexcitado por las emociones, se quitó el chaleco y dijo en voz alta: «Nunca seré conde, lo cierto es que voy a trabajar de vigilante en los Servicios del Distrito de Northumbria». Nos echamos todos a reír, pero él, muy ofendido, preguntó si no nos dábamos cuenta del enorme sacrificio que estaba haciendo al renunciar a ser conde de la China.

Fue poco después cuando conocí al doctor Flaggler. Entró en la tienda y preguntó por la sección de alimentación. Yo trabajaba en la sección de papelería. Me pareció un aristócrata, comparado con el conde y con los Romeos de Coose; me convenció por sus modales y por el interés que mostraba por mí. Me llevó a las afueras de la ciudad para que viera la desembocadura en el mar y para enseñarme hacia dónde quedaba Llandudno. La primera vez que quedé con él se formó un gran alboroto. «Supongo que no estarás pensando en ponerte esos zapatos», decía Meg. Eran unos zapatos

nuevos, los había comprado en las últimas rebajas, rojos y abrochados en el tobillo. Maid me había peinado después de haberme rizado el pelo con unas tenacillas, y Moira, nerviosa y un poco atolondrada, no hacía más que ir de un lado para otro. Meg, por su parte, no paraba de preguntarme cosas sobre él. Que si era una persona con clase, que ella quería conocer a gente de altura para ver si podían ayudar a su hija en la carrera. Su hija tenía entonces diez años y ahora creo que está de acomodadora en un cine de barrio.

La noche de Navidad, después de cenar apilamos los platos y pasamos todos al salón principal; tiramos algún petardo y poco más. La patrona y el conde se quedaron dormidos enseguida. Maid no hacía más que abrir, con la uña del dedo gordo, una cajita (un regalo), hasta que al final metió en ella un mechón de pelo, de su propio pelo, según nos dijo «por ahora». La niña preguntó si era verdad que una «buscona» era una costurera, le contestamos que no, y Moira empezó a enseñarle la canción y las dos la tararearon en voz baja. Meg, dormida, tenía un gesto adusto, como si estuviera esperando que alguien viniera a echarla de su casa. Había vivido en muchos sitios y siempre había tenido que salir por la puerta trasera con sus maletas de color naranja y sus cuadros de santos. De pronto se incorporó, seguramente pensando que estaba en la época en que vivía en un remolque, pero al vernos allí sonrió y volvió a acurrucarse. Para merendar tomamos pudín de ciruelas, y sacamos la cuenta, entre muestras de júbilo, de la cantidad de bebidas que habíamos mezclado desde la mañana.

Más mortificación. Otra habitación, otra ventana, junto a la cual me encontré mirando hacia el exterior, aunque en realidad no miraba, contemplaba sin ver. Abajo teníamos un jardín, un jardín pequeño y saturado de plantas trepadoras. Las hojas, inmensas, eran como enormes lenguas afiladas que subían por la pared de ladrillo. No sé por qué razón, yo buscaba con avidez alguna lagartija, me gustan las lagartijas, su rapidez, su sigilo. Él estaba justo detrás de mí; mi tocadiscos y yo percibimos su urgencia. Al quitarme el abrigo le oí un «Mmmmmmm». Era un abrigo de piel de conejo. Uno de los de Tig. Me las había arreglado para abrir el armario y ahora lo que me había propuesto era

conseguir una palanca para irrumpir en el sótano. Después de quitarme el abrigo, se acercó a mí y me puso las manos debajo de los brazos, tanteando mis débiles músculos; pensé en los bebés, en cómo se deben de sentir cuando los cogemos así por debajo de sus bracitos, ellos siempre se resisten, no quieren que los cojan ni que les hagan rabiar, ni que les digan que se rían o que digan «aaaajo», ni que les den pellizquitos, y alguna vez algún arañazo, aunque sin querer; en fin, estar a merced de lo que les quieran hacer.

Nos conocimos en el parque. Todo fue muy sencillo, porque su perro, un setter rojizo, se abalanzó sobre mí. Él lo llamó y así empezó.

«Me gustaría acostarme contigo», le dije, mientras intentaba limpiarme el barro de las solapas. No tenía ni idea de su posición, pero cuando llegamos allí me di cuenta de que era alguien importante. El traje que llevaba era de cachemir y los sillones de cuero. Para ser franca yo estaba un poco nerviosa. Mi natural atrevimiento se había esfumado. Había aparatos y máquinas por todas partes, cintas que ronroneaban suavemente y que se deslizaban con parsimonia, había también altavoces y amplificadores. Una de las máquinas era para pulir piedra y hacía bastante ruido. Por lo visto le gustaba, en los fines de semana, ir a la orilla del mar y coger piedras. Deslizaba su mano siguiendo los pliegues de mi vestido, del vestido de Tig, era un vestido de raso, raso azul oscuro para ser precisa, y tableado. Realmente iba incongruentemente vestida. Buscando problemas. Corrió las cortinas y sacó al perro de la habitación. Ni que decir tiene que las cortinas quedaron perfectamente cerradas, sin resquicio alguno. Me senté en una silla, tal y como él me indicó, y me descalcé. Después me levanté. Me puso las manos en el culo y me senté encima de ellas. Sus manos, como un bastón de esos que llevan la silla incorporada, o simplemente como un bastón corriente, los que usan los esnobs para sentarse cuando van a las carreras. Incluso creí oír el galope de un caballo y se me ocurrió que, si encendíamos su gigantesca televisión, podríamos entretenernos viendo algo de deporte. Me miraba, me miraba. Un extraño lugar. Las máquinas seguían funcionando. Tenía la impresión de que lo estaba grabando todo. Me daba igual. Era como un duendecillo en aquella habitación. Había muchas sillas, sillas episcopales, como las que hay en las catedrales o en los salones reales reservadas para

algún dignatario. Me dijo: «Cierra los ojos». Me echó hacia atrás. Conocía sus sillas. Empezó a desnudarme, sin el más mínimo tropiezo. No hice nada para evitarlo. Dijo que era la única vez que ocurriría. Añadió que estábamos predestinados a ser amigos y que nuestra amistad apagaría nuestros deseos. Repetía «no tan rígida, no tan rígida». Me pidió que tocara algo. ¿Tocar, con qué? Yo buscaba algún instrumento: un plectro, una lira, algo. Había en él algo misterioso, algo afable, algo animal. Un lobo con piel de cordero. Había pedido una conferencia con Munich; dijo que se la pusieran a una hora determinada y desde ese momento no dejó de mirar el reloj, con sus seis dispositivos de alarma. Lo único que se quitó fueron los pantalones y los calzoncillos. Le besé, siempre siguiendo sus instrucciones. Era nacarado. Se puso encima de mí. Estaba a kilómetros de distancia, o era yo la que estaba lejos. No encontraba la posibilidad de acercarnos más, de ser amigos u obscenos o malvados o salvajes. Todo era demasiado premeditado. En el parque hubiera resultado mucho mejor, aun a riesgo de escandalizar a los guardas. Yo percibía todos los signos clásicos, incluido las pupilas dilatadas. Era algo así como un examen ocular, sus ojos, como antorchas, asomándose a los míos. Nos pusimos en cuclillas sin intercambiar palabra, lo único que susurró fue «listos, preparados, ya». Temblaba, se provocaba el temblor y después se desbocaba igual que un caballo, encabritado, perdido, convulso; los músculos de su garganta se agitaban. Parecía necesitar decir en voz alta todo lo que iba haciendo, hacía observaciones dirigiéndose a su oxidada válvula, «ahora, ahora», lo cronometraba y a continuación ahogaba sus jadeos con sus propios gritos, yo también grité y... Cristo, oí los gritos de los mitos no nacidos de estos dos balbuceantes desconocidos.

Oh, Dios mío, demasiadas cosas infames. Nada humano, sino trozos de carne cruda, carne vacilante y sin embargo aún empeñada en la búsqueda de alguna pócima, alguna migaja, algún hombre en el que refugiarse. Cuando abrió los ojos, los vi recelosos, ojos de un animal en su guarida. Había sido un desastre. No había habido chispa, ni necesitaría olvido.

«Venga», dijo con aspereza al tiempo que yo me incorporaba. Me di cuenta de que llevaba hilos colgando, los hilos que habían sido suyos, pendían de mí serpenteando. Yo como una imbécil o como un espantapájaros. Bajé los

brazos y con las palmas de las manos hacia abajo eché a andar, o más bien empecé a moverme dando saltitos dirigiéndome a la puerta; iba haciendo un poco el tonto para quitarle vulgaridad al momento. Me vinieron a la cabeza las vacas y su serenidad. Al parecer lo que él temía era que me viera la asistenta. La *frau*. Fue a echar un vistazo, después me hizo una seña, adelante. Dejó entrar al perro y le acarició el lomo y el hocico. En aquel momento sentí envidia del animal, del afecto espontáneo que despertaba en él.

El baño estaba lleno de colonias y lociones. Había frascos solo de adorno, muy decorativos, y el papel higiénico era de seis capas. Me quité todos mis colgantes y tiré de la cadena, de manera que emprendieron su accidentado viaje hacia el mar. Me pesé, pesaba lo mismo en su báscula que en la de Tig. Nada había cambiado. No me había divertido lo suficiente. No me había divertido en absoluto. Lo único que había hecho era participar en un juego siguiendo unas determinadas reglas. Necesitaba más práctica. Cuando salí para coger mi ropa me preguntó dónde prefería vestirme. Me colé en su habitación. Estaba totalmente a oscuras, excepto un pequeño rayo de luz que entraba por un agujero que tenía en la parte de arriba la persiana de color negro, que no se ajustaba al marco. El edredón estaba en el suelo, arrebujado, arrugado. También él debía sudar por las noches, lo mismo que yo, siempre, aquí. Me echo mucha ropa para después levantarme sofocada y quitármela diciendo «¡atrás, bellacos!» Resultaba difícil imaginar que nunca más volvería a aquel lugar y que aquella noche pasaría como muchas otras, que sería el recuerdo borroso de un deseo, de unas caricias ya casi olvidadas, sería un simple episodio.

Tenía perfecta conciencia de que ya era hora de coger mi Pegaso, pero volví a la otra habitación para afrontar la despedida. Me hizo algunas preguntas, todas de cumplido, sobre mis gustos, mis aficiones, mis amigos, mis amantes. Era sosegado y bastante considerado. Le conté que tenía un niño y dijo que quizá algún día llegarían a conocerse. Por razones que aún no me explico le contesté «oh, pues claro que sí», y se fue rápidamente a descolgar el marfileño teléfono. Quizá era la llamada de Munich.

Fuera en la calle todo era luminoso, ese resplandor del invierno, cuando no

hay sol y el cielo brilla como si fuera acero. A menudo pienso que si la gente lo intentara podrían leer unos en las caras de los otros; si así lo hicieran, habrían podido leer en la mía lo que era a ojos vistas una pura estupefacción. Incluso me faltaba el aire. Sentía una opresión en el pecho, necesitaba librarme de ella, dinamitarla, reducirla a polvo, hacerla viruta. Quería que me aplastaran, que me machacaran con aquel almirez de Lil, que me hicieran añicos, desaparecer de toda esta parafernalia existencial.

Pensé en ir a casa y masturbarme, eso es, pero era demasiado temprano, demasiado temprano, demasiado luminoso. Ya estaban las rebajas, todo a mitad de precio.

No me importaría recibir la visita del Espíritu Santo, el Paraclete con sus lenguas de fuego. No estoy dotada para los idiomas, la razón es muy sencilla, tengo la lengua gorda y las palabras se me enredan. Razón por la cual no he estudiado en Baden-Baden ni en el Hermitage.

Mi muchachote está durmiendo a la intemperie y en ocasiones junto a la pared de una mezquita. Sin arroparse siquiera, sin echarse por encima ni una gasa, nada. Supongo que allí el calor será sofocante, incluso puede que tenga llagas o levantada la piel de los pies. Pies de Cristo, le llamarán en los baños públicos. No puedo reconstruirlo todo; sus primorosos calcetinitos, después sus botitas de punto, más tarde botas de cuero, a continuación las playeras y las katuscas, lo próximo fueron las botas camperas y las de jugar al fútbol y lo último unas simples sandalias, ahora que es libre para escoger su propio calzado. Acostumbra a escribir escuetas epístolas cuando está lejos de mí. «Eres una perfecta boba.» «¿Te acuerdas de la mermelada de ciruelas?» «Necesito pinturas.» Siempre en mayúsculas. Tonterías. Puedo adivinar sus años con solo ver las diferentes caligrafías. Muy al principio hacía las letras como si fueran números, atrevidas y enérgicas. Después empezó ya con las mayúsculas y desarrolló un estilo propio, su escritura es del tipo «patas de araña». «Anímate, ven a ver mi casa, la he construido en el tronco del árbol,

tómame un ponche y puedes ver a Judy bailar. Entrada 1 d.» Perfeccionó un código de comunicación, una especie de sistema de señales. Colgaba de aquel árbol trapos de diferentes colores y otra serie de cosas. Una vez me duchó cuando pasaba por debajo y como gracia me dijo: «¿A que soy ingenioso?». Era cuando vivíamos en la finca. En uno de los pabellones. Teníamos un orinal que no nos atrevíamos a usar, lo teníamos para casos de emergencia. Por las noches charlábamos. Le encantaba oír historias sobre la antigua nobleza y los vendedores de caballos viejos de Coose. Una de las historias que más le gustaba era la del buhonero que se presentó a media noche y nos dio un susto de muerte a Boss, a Lil y a mí. Su tartana hacía un ruido infernal, las ruedas le patinaban en el barrizal y Boss gritaba: «¿Quién está ahí?», y aquella voz: «Sarsfield», y Sarsfield era el hombre. Vestirse a toda prisa y atravesar la cocina, una cocina que ya estaba habitada por espíritus desconocidos; el quinqué, parpadeante al principio, finalmente alumbró con su ondulante y enigmática llama. Siempre creímos que el buhonero era un emisario del más allá. Su vestimenta era completamente terrenal, pantalones con rodilleras y amarrados a la cintura con una cuerda, un poco cortos y llenos de manchas y con incontables agujeros. Había venido, según él, con la intención expresa de rociar el cobertizo con su fórmula milagrosa para protegerlo de los malos espíritus; lo que exigía allí y en aquel momento era una cuadrilla de cinco voluntarios. Ante esta petición Boss le dijo que se largara, pero el otro ni se inmutó y por respuesta lanzó un «¡Viva la República!». Al final tuvieron que echarle dándole con el quinqué y amenazándole con el palo de la escoba. Después de aquello Lil no dejaba de repetir por lo bajo que estaba convencida de que había venido a echar mal de ojo a la cosecha y Boss se echaba las manos a la cabeza y no paraba de decir «acabaré con él», aunque la verdad es que también estaba asustado y nos hacía señas para que nos arriáramos a él. Y allí estaba Boss, dándome ánimos, y allí estaba Lil divagando sobre bestias muertas y sobre la guerra económica, y Boss diciendo que el intruso podría irse fácilmente si cogía una bicicleta y seguía por la orilla río arriba. De repente, y a sugerencia de Boss, nos dio a todos una especie de arrebató lírico y nos pusimos a recitar una estrofa de un poema de los tiempos de la expulsión, creo que lo hicimos con

el fin de ahuyentar el pánico:

*El 9 de diciembre, siendo un hermoso día,  
boicoteamos a Dick Studdard, lamento decir.  
Con piedras y palos le arrojamos de aquí.  
Tres hurras por los chicos de Erin.*

Esta historia le encantaba, se ponía a saltar en la cama pidiéndome que se la volviera a contar. Y nada más terminar continuaba insistiendo «cuéntamela otra vez». Lo que más le gustaba era la parte en que Boss decía tacos y lanzaba juramentos, y también todos los detalles sobre el buhonero; bueno, y también cuando Boss aparentaba ser más valiente de lo que era en realidad. La foto está muy borrosa, están los dos apoyados en una columna, curiosamente parecen dos personas compenetradas, una compenetración nacida de la perseverancia.

El pabellón tenía dos habitaciones, todo muy viejo y destartado, la cerca que lo rodeaba era de hierro galvanizado, aunque también había trozos de algún armario viejo. Teníamos gallinas y una perra. Todo el terreno, incluida la casa, pertenecía a una Granja de Salud. Allí era donde yo trabajaba. Resultaba curioso y hasta gracioso oír hablar a toda aquella gente, francamente obesa, de comida a todas horas, mientras les estaban dando masajes, mientras les flagelaban; incluso mientras les abofeteaban en aras del tratamiento, siempre estaban hablando del café vienés con mucha crema. Ñam, ñam. Al volver a casa, él siempre me tenía preparada alguna sorpresa. Unas veces era la perra, la había subido encima de la mesa y le había puesto un pañuelo o un sombrero en la cabeza. Normalmente me hacían reír. La perra se llamaba Rosie, era una perra callejera. Fuera teníamos una comunidad de pájaros, más de cien; picoteaban los campos, andaban entre las vacas y, cuando por algún motivo echaban todos a volar, era como si un cargamento de hojas de afeitar atravesara el cielo y rasgara su piel; la parte inferior de sus alas era de un blanco inmaculado y el resto de sus cuerpos plateado. Me traía crema de la granja, me la daban gratis, nos la comíamos con porridge y con tortitas, o, en la temporada, con frambuesas o moras

americanas que cogíamos en el jardín, privado y vallado, de la granja. Algunas personas no se daban cuenta cuando estaban en él, yo sí lo sabía. Allí toda nuestra vida se reducía a la más absoluta monotonía. Cada mañana le llevaba al colegio en mi bicicleta, por la tarde cuando volvía a casa él ya estaba allí. Venía en el autobús del colegio y desde donde le dejaba tan solo tenía que atravesar un pequeño callejón y en casa. «Soy un suertudo», decía. Había aprendido rápidamente las expresiones de la calle. Uno de sus mensajes me dio que pensar, en realidad me molestó. No iba dirigido a mí personalmente, no iba dirigido a mí en ningún caso. Lo vi al día siguiente de irse al internado. Eso fue mucho más tarde; vivíamos en la ciudad y yo trabajaba en Hull como jefe de la sección de cosméticos. El mensaje decía:

*A veces lloro por mí.*

*A veces lloro por ti.*

*A veces simplemente lloro.*

Lo arrugué, lo hice una bola y me negué a admitir el hecho de que esas reflexiones eran muy propias de él, que poseía ese algo, esa peculiaridad de las gentes de Coose. Aquellos tiempos felices en que se extasiaba mirando las hojas y viendo pasar los autobuses, aquellos tiempos en que jugaba con el sonajero y, parapetado tras los barrotes de la cuna, gritaba con todas sus fuerzas. Cuántos paseos con su cochecito. Y sus risas casi siempre seguidas de balbuceos. Solía hacer diminutos teatros con las cajas de cerillas. Se metía debajo de la mesa grande, la marrón, y se ponía a jugar con sus juguetes. Cuando las tardes se iban haciendo más frías, se ponía de puntillas para alcanzar a coger el tapete verde y se lo ponía por los hombros, como una capa, como si fuera el Rey del Iglú. Por supuesto que no todo era tan idílico. A menudo se ponía con la tripita mala. Su padre, el doctor Flaggler, siempre le recetaba un cereal, una marca especial de germen de trigo. El doctor Flaggler era una persona bastante presuntuosa, siempre nos estaba mareando con sus conocimientos. Decía que si el cereal no daba resultado convendría probar con un preparado de farmacia a modo de purga. A nosotros eso de «preparado de farmacia» nos daba verdadero pánico, lo que quiera que fuese.

El niño tuvo un ataque de rebeldía, seguramente provocado por las recetas de su padre. Le dio por rayar la taza del váter, que además estaba recién pintada, y la dejó hecha un asco. La pintura tenía un color horrible, color huevo de pato. Después de eso rompió la alfombrilla de goma de la bañera y esparció los trozos por todo el suelo. Recibió su merecido. El doctor Flagglar apareció con la bolsa de agua y después de la consiguiente operación y su natural resultado envió al jovencito a su habitación, sin concederle tan siquiera el privilegio de pan y agua. Él siempre dice que fue entonces cuando más deseó haber sabido chino, porque con eso hubiera tenido algo en qué pensar, su mente estaba ávida de pensamientos nuevos, de teoremas y de rompecabezas. No cabe duda de que entonces ya sabía todo lo que había que saber de aquella asfixiante casa y del monótono jardín, del doctor Flagglar y de mí. Me vienen a la memoria pequeñas cosas: sus estreñimientos, sus miedos, sus mejillas como manzanas, los ligeros surcos en su frente, esas líneas, simples apuntes que presagiaban lo que más tarde serían arrugas, las auténticas arrugas. Ahora ya se le empiezan a notar. Creo que siempre se ha bañado en ambientes fríos, recuerdo haberlo frotado vigorosamente con toallas viejas, su piel amoratada y el castañeteo de sus dientes. Una vez soñó que era uno de los tres Reyes Magos y que iba en moto llamando a todas las puertas de aquella vecindad, cuando vivíamos en la granja. Yo soñé, al mismo tiempo, que él iba en su triciclo por Times Square y que era materialmente aplastado por descapotables y camiones. Siempre estaba haciendo algo. Yo me agachaba y juntaba mi cara con la suya, después le abrazaba y mientras tanto él seguía dibujando caballos y carritos. Siempre tenía en los labios algún resto de mermelada, por lo que sus besos sabían a fruta y te traían a la memoria los huertos de Coose por donde tiempo atrás tanto había corrido aunque casi no lo llegó a conocer. Llevaba puesta una cadenita y una medalla de san Cristóbal, que por cierto no paraba de morder. Eso fue lo que le ennegreció los dientes. Fue por aquella época cuando se metió tantas piedrecitas por la nariz como pudo. El doctor Flagglar actuó muy inteligentemente en aquella ocasión. Le introdujo por la nariz el rabito de una naranja y después una especie de alambre. Bueno, en realidad era el trocito de una percha que había roto previamente. Me fastidió dolorosamente, aquel alambre usurpador. No

dio resultado. Las piedrecitas ni se movieron. De repente el doctor Flagglter soltó un «Yupiiii» y salió al jardín, se dirigió hacia donde estaban las peonías, al niño le encantaban esas flores, su color de tonos tan diferentes, su tacto aterciopelado, el olor, quizá también su delicadeza. La verdad es que tenía la mala costumbre de arrancarlas del tallo y zarandearlas de un lado para otro como si fueran barquitos de papel o cometas. Como es natural, cada vez que lo hacía recibía una buena paliza. Se llevó una agradable sorpresa al ver que su padre le ofrecía, con toda naturalidad, una de esas flores, una peonía en todo su esplendor, de color rosa para más detalles. «Es preciosa, ¿verdad?», le dijo el doctor Flagglter con cierto tono de burla. Él se echó a reír. Se la llevó a la nariz, porque así se lo ordenaron y, justo cuando su nariz rozó la flor, el experimento dio resultado. Estornudó. Fue uno de esos estornudos de persona mayor. Las piedras salieron disparadas. Su padre había echado en la flor polvos picapica. En realidad puso una mezcla de pimienta y polvos picapica. Pueril. Tutsie dice que su primer recuerdo no es ese, sino el del rabo de una vaca y su mano agarrada a la mano de alguien, un hombre o una mujer muy mayor, algún familiar quizá. Alguien con mucha paciencia, en cualquier caso. Era una mano blanca con manchas marrones. Fue después de eso cuando dibujó aquel carrito. También fue por entonces cuando una noche saltó de la cama y bajó la escalera a culetazos de un peldaño a otro. Hizo caso omiso del último peldaño y atravesó el vestíbulo tambaleándose, llegando a una habitación que estaba totalmente a oscuras. No quería que le encontráramos. Pero debió hacer algún ruido, lloriquear o hipar o lanzar una pequeña exclamación, el caso fue que el doctor Flagglter le encontró allí y, para sorpresa de todos, lo que hizo fue ofrecerle un poco de huevo escalfado. Intentamos tener más niños. Quedé embarazada en dos ocasiones, pero los perdí por follar demasiado. Soy de la opinión de que nuestra lascivia anula a nuestros futuros hijos.

El día que se fue al internado tuvimos que hacernos los fuertes. Fuimos en tren. Era otoño. Pasamos por sitios donde había montones de leña, aguas con verdín en la superficie, y también por largas hileras de árboles, chopos jóvenes y temblorosos, por bosques espesos y por lo que quedaba de lo que una vez pudo haber sido un bosque, por vallas de troncos; vimos caballos y

una hoguera, solidarios grupos de margaritas de san Miguel, ufanas en el centro de una pradera cerca de una caseta de señales del ferrocarril. Aún puedo verlas, quietas, insignificantes y violáceas, de un violeta melancólico. Es curioso, pero no las relaciono con las margaritas que invaden los campos, debe de ser por el color y por cómo responde nuestra sensibilidad al blanco y cómo lo hace al violeta. Sería maravilloso tener el don de entender los colores, o poder ser inundada por ellos, por todos y cada uno de sus componentes. Después pasamos por otra clase de bosque donde los árboles eran muy bajos, casi diminutos, parecía que los habían hundido en la tierra o en el fango. Árboles hundidos con copas frondosas como hamacas donde poder descansar, donde anidar, lo más opuesto a los bosques intrincados y espesos donde se retaban y batallaban los caballeros en épocas antiguas. Habría sido un paisaje maravilloso si la ocasión hubiera sido otra; quizá, pensándolo mejor, puede que de ser aquel un simple día de viaje la vista no nos hubiera causado la misma impresión. Tutsie pasó el viaje sin decir palabra. De vez en cuando lanzaba miradas a su equipaje, alargaba la mano y tocaba la maleta, o metía los dedos por los cuadraditos de la raqueta de tenis forzándolos para que entraran. Las casas eran francamente preciosas, de una sola planta, tenían aspecto acogedor y seguro. Pues aun en aquellos momentos no dejaba de repetirme: ¿Qué es lo que me falta? ¿Por qué me hablan de esta manera las paredes de piedra y las puertas blancas y los perros guardianes y los tejados dorados?, ¿por qué lo hacen también los matorrales y los tendedores, y la ropa balanceándose sin cesar y todas las demás cosas inconspicuas, y los pájaros blancos y los cuervos y los pájaros blanquinegros y las urracas? Esperamos a ver cuatro urracas y recitamos juntos como antaño: una, pena; dos, alegría; tres, boda, y cuatro, muerte. No era un refrán muy alegre que digamos, no para aquel viaje en tren. Casi se me escapó una estupidez, una de esas cosas que se dicen en ciertos estados de ánimo. Por poco me encuentro diciendo que lo único que deseaba de verdad era protegerlo contra toda perversidad, contra el olor fétido de la oscuridad y contra la perfidia humana. Fue designio de Dios que no lo dijera. Cogimos un taxi; el chófer tenía un acento muy peculiar, un acento que nos era desconocido, sonaba como si tuviera la boca llena de miel. Decía: «Hay oro

en nuestras montañas, hay oro en Gales, hay oro en Hampshire». Montañas pardas de cosechas recién recogidas. Las edificaciones de deteriorados silos estaban colocadas a una distancia prudente de cada granja. Cuando ya de vuelta me iba alejando, él, en lugar de decirme adiós, como era de esperar, se puso a dar saltitos justo en dirección opuesta, como si estuviera jugando con un balón o con una pelota. Quizá era así. Porque otros dos niños, sin duda nuevos también, diablillos de buena familia, se dirigían hacia él y seguramente serían ellos los que habían lanzado el balón. De todas formas, no era la despedida lo que más temíamos, eso era algo inconsecuente, dejarle allí de aquella manera, despeinado con el pelo en los ojos, y aquello, fuera lo que fuera, balón o pelota, atrayendo toda su atención. Su primera carta decía: «He tomado un trocito de tarta con una guinda encima y pienso en mamá». Después empezó a ampliar su vocabulario y pude apreciar su cambio vernacular. Las cartas eran cada vez más alegres y además todos aquellos apodos: Pecho Tabla, Pito Gigante, Farnham el Pervertido, el Salsa y muchos más. Cuando mencionaba la comida, se refería a ella como «bazofia» y las chicas eran «chatis». Todas sus cartas eran muy sucintas:

Se me ha roto el avión, así que ahora lo tengo guardado en el cuarto de aeromodelismo.

Estoy armando un yate, es de 1900 aproximadamente.

No tengo ni idea de cómo se baila el vals.

Pertenezco a ese 30% de la raza humana que tiene la columna desviada.

Estoy haciendo una mesa. Sin errores, ninguna tabla es igual a la otra. En lugar de tener patas gruesas las tiene finas y además con ala abatible.

Sabrás que cuando un árbol echa una rama, tenemos un nudo. Por el contrario, si la rama cae del árbol lo que tenemos es una herida. Esta herida se puede curar con brea.

Sus apretones de manos se fueron haciendo más tibios cuanto más hombre era; sabía distinguir muy bien esa clase de cosas, conocía perfectamente los

estragos de las ataduras.

Ahora me escribe sobre las letrinas, las frutas que comen y los mangos que roban, mangos perfumados y jugosos. Ha descubierto todos los usos posibles del árbol del mango, sirve para hacer tintes, para curar las molestias del pecho y también como laxante, y para limpiar la dentadura. Está totalmente decidido a volver a la medicina natural. Al final se convertirá en un especialista. Nunca menciona la palabra «huerto», de lo que deduzco que allí las frutas crecen salvajes, en el campo, como crecían las batatas en Coose y también la remolacha. Ellos son cuatro, han donado sangre en Marruecos, parece ser que allí la sangre la pagan muy bien. Describe los caminos, las casas de adobe, los interiores, los diferentes utensilios de cocina, según la región que sea. Se muestra muy interesado en lo que hay bajo tierra, no en consideración a los muertos ni mucho menos, sino por las antigüedades. Siempre eludiendo preguntas. «He estado en lugares extraordinarios, he caminado por desiertos y he explorado cuevas donde habitaron monjes, cuevas que datan del siglo v, cuevas excavadas en los acantilados expuestas al vértigo de la profundidad del mar. Sol, sol deslumbrante. He visto la tumba de Abraham y la de Isaac. El paisaje es fantástico, un escenario de gigantescas elevaciones, erupciones, corrosiones de tierra donde esta ha desaparecido dejando tan solo vertebrados rocosos de formas monstruosas. Los rituales en el Muro de las Lamentaciones son algo único, tendrías que verlo. Hay tremendos contrastes de la naturaleza en la superficie de estas tierras, pero no son menores los que descubren bajo ellas los arqueólogos. Más, mucho más, pero no ahora.»

Fue él quien me envió el cofrecito de plata adornado con tachuelas de color malva.

Se irá, se irá, se ha ido. Como las murallas y los grajos y las ruinas y las piedras lisas y las piedras corrientes y los rastrojos y las voces y los parientes de Coose. La divisoriedad perenne. Primero cincelando, después troceando y más tarde la terrorífica vaciedad de todo excepto el llanto. Qué más da. No, no da lo mismo. Me agarro a la nada, a la nada.

El doctor Flaggler, un auténtico príncipe de las tinieblas, tenía un peculiar sentido del humor. Una vez puso un cartelito en el cuarto de baño, lo montó y lo enmarcó, en él rogaba que se depositaran las heces dentro de la taza. Era una taza muy vieja, desportillada y medio rajada, a mí me recordaba uno de aquellos cacharros en los que Lil solía hacer el budín de ciruelas y que, cuando ya estaban así de viejas, pasaban a ser propiedad de los perros. En algún tiempo debió de tener algún dibujo, una ramita o un angelito. El cartelito lo puso por mí, porque él no acostumbraba a invitar a nadie a su casa, ni tan siquiera a su jardín, a nadie, la chusma como él diría. Era director de museo. La casa era vieja y no estaba lejos de los páramos. Aún no me explico cómo no se me saltaron las venas, siempre rodeada de aquellos páramos; allí estábamos, yendo y viniendo, paseando o andando. El viento entorpecía nuestro caminar, el viento siempre zarandeándonos. Solíamos llevar algún dulce y un termo con el té. Era muy maniático con eso de la hora del té. Nos sentábamos, o mejor dicho nos dejábamos caer sobre algún matorral de brezo, y allí comíamos y bebíamos. Las vistas sin variación alguna; infinitas extensiones cubiertas de brezo, el cielo reflejaba su color, el que fuera, malva claro o más oscuro, o verde primavera, incluso algunas veces de un negro parduzco, si es que accidentalmente lo habían chamuscado con alguna fogata. En su fase verde, al mecerse, se parecía un poco al mar, o más bien a un mar de espinacas. Esperaba ver las olas de un momento a otro, pero nunca llegué a verlas realmente. Un día él cogió una manta, dando a entender que pensaba hacer el amor, francamente creo que los preparativos fueron excesivos, al final resultó un triste intento. Allí no se oían los trinos de los pájaros, tan solo las voces de los terratenientes, de los campesinos, alguna perdiz casera y las gallinas de agua. Algunas veces intentábamos coger una con las manos, casi lo logramos en bastantes ocasiones. Ellas empezaban a cacarear, pero de una forma que no se parecía nada a cómo lo hacen las demás gallinas. Mucho más esperpénticas. Los helechos duraban de un año para otro, de manera que los nuevos brotes salían de los viejos tallos, pachuchos y desdentados.

El cartelito del cuarto de baño iba acompañado de un paisaje nevado, por eso menciono lo de su humor, chocante, si lo puedo decir. Lo nuestro no era

lo que se entiende por una unión gloriosa. Era una unión llena de incertidumbres, incluso en sus mejores momentos. Él era una de esas personas que adoran los páramos y los brezales brumosos, y además mostraba una inaudita pasión por los bebés. Solía decir que prefería besar la piel de un recién nacido que la de una mujer.

Todo terminó, más o menos, un lunes de Pascua, en un pequeño café. El niño tendría entonces tres o cuatro años y se había quedado en casa al cuidado de una señora. Recuerdo aquel café con claridad, sus sillas de plástico de un azul intenso, apiladas unas encima de otras, sus mesas también de plástico, muy limpias, pero muy poca clientela, que sin embargo no paraba de moverse de aquí para allá con prisa como si fuera un lugar abarrotado de gente. Estábamos disfrutando de unas vacaciones, vacaciones en autocar, un autocar de un piso, con cristales de color ámbar. Recorrimos cinco países por una suma de dinero irrisoria. Me repetía a mí misma: «Todo saldrá bien. El viaje llegará a su fin y el doctor Flaggler volverá a ser el mismo de siempre».

A intervalos, nosotros, los treinta ocupantes, salíamos atropelladamente del autocar para visitar una ciudad. Nos enseñaban campanas y alguna que otra torre de iglesia, aparte de alojarnos en una pensión. Podía ser Brujas o quizá Bruselas otra vez. Las campanas y las fachadas de piedra no se diferenciaban gran cosa entre una y otra ciudad extranjera. Comíamos en bares, siempre teníamos que entrar por una puerta lateral, además toda la comida nos resultaba totalmente extraña. En el grupo había un hombre, Fred, que era excesivamente quisquilloso con todo lo relacionado con la comida, tenía sobre todo una prevención muy acusada contra los calamares. Recelaba de la tinta. Contaba que en una ocasión, también con motivo de unas vacaciones en autocar, los estuvo comiendo tres veces a la semana. El doctor Flaggler opinó que eso sería en los países del sur, a lo que Fred respondió que eso era lo de menos, que ahora todo se congelaba y que en cuanto a los calamares era perfectamente factible que se exportaran a todo el mundo para fines científicos. También nos aseguró que el Danubio no era azul. Lo había comprobado con sus propios ojos engafados. Sus ojos eran dos puntos diminutos. Su hermana Ethel, a quien había pagado el viaje, siempre estaba mareada. Se tumbaba cuan larga era en el suelo del autocar. Una vez vomitó

una porción de aquellos extraños alimentos mientras corría, dando bandazos, desde el asiento que le había sido asignado hasta la puerta delantera. Fue una carrera en vano. ¡La que se armó! Hubo insultos y todo. Él repetía que no debería haber bebido toda aquella *crème de menthe* helada y que no tendría ni que haberse acercado a los filetes empanados a la vienesa, porque como ya le había dicho estarían fritos con aceite. El color de Fred era, en términos generales, gris, pero poco a poco se iba poniendo de un rojo vivo. El rojo era un color que no le favorecía en absoluto. Yo temía que le explotara la nariz por la agitación. Menos ella todos le oíamos. Ethel padecía la llamada «sordera laboral». Ella misma me lo había contado en tono de confidencia, aunque a decir verdad era algo absolutamente manifiesto. Los restantes pasajeros hacíamos todo lo posible y más para soportar el mal olor y reprimir las arcadas, cosa que no era fácil debido al calor reinante y al confinamiento. Las cabezas buscaban con urgencia las ventanas. Fred continuaba con su perorata; fue entonces cuando el guía mandó parar el autocar, se bajó, cogió algunas ramas de palmera y cubrió con ellas el suelo del autocar. Nos miramos y nos sonreímos, el guía y yo. Era un joven muy amable, un poco cobista. Le ayudé a colocar las ramas que me pillaban a mano para que el alfombrado quedara lo mejor posible. Daba la impresión, al ver el suelo del autocar tan verde y tan rústico, de que estabas en la selva; incluso, al igual que con la Madre Naturaleza, bajo la superficie se ocultaba algo putrefacto, descompuesto. El doctor Flaggler y yo no nos dirigíamos la palabra. Era el único hombre que iba sentado junto a la ventanilla. No es que yo tuviera algo que objetar, pero en fin. Estábamos sentados, él y yo, como si fuéramos dos substancias sólidas esperando cada una que la otra entrara en combustión; no hablábamos para nada, ni tan siquiera nos rozábamos, se podría decir que éramos casi etéreos y sin embargo transpirábamos, mirábamos alrededor y emitíamos ligeros sonidos involuntarios que podrían considerarse como abortos de toses o de grititos. En los campos había mujeres trabajando. El guía nos hacía reparar en ellas como en algo digno de contemplar. De vez en cuando alguna de ellas levantaba la cabeza y mostraba su cara bajo el sombrero de paja, pero no alcanzábamos a ver sus facciones, era algo así como mirar el minuterero de un reloj y no ver la hora. Todas llevaban pañuelos

en la cabeza debajo del sombrero y faldas azules con peto. Nos pasábamos en el autocar todo el día, sudando como pollos. El cristal delantero estaba prácticamente cubierto de insectos aplastados. Cuando llegábamos a nuestro destino, el cansancio era tan acusado que para lo único que teníamos fuerzas era para bajar del autocar, y esto con mucha dificultad. En una de las pensiones donde paramos para dormir oí arañar de ratas al otro lado de la pared. Las oí durante toda la noche y arañaban con tanto ahínco que pensé que al final conseguirían atravesar la pared. Suponía que se iba a producir un ataque por su parte. Me entretuve en preparar mi defensa, estuve eligiendo dónde subirme e intentando adivinar su estrategia. Había oído contar una historia en la que una rata se había quedado materialmente pegada a una mano. Todo empezó porque un perro cogió la rata y se la entregó a su dueño. Como ya estaba anocheciendo, el perro debió de confundir la rata con una zapatilla o con una simple maraña de hojas. El joven alargó la mano y ya no pudo deshacerse de la rata. Ella hincó los dientes y, cada vez que el perro se acercaba, la rata hundía sus dientes más y más en aquella mano y erizaba la cola y el lomo. El chico no se atrevía a gritar para no asustar a su agresor. Lo más seguro es que la rata también estuviera asustada sin saber a qué demonios estaba pegada. Parecía que aquello no iba a tener solución, cuando de improviso apareció por allí un hombre a caballo, se bajó, buscó una buena estaca y los separó dando un golpe seco a la rata que hizo soltar la mano a la vez que caía al suelo. Aún tuvo que atizarle otro golpe en la región lumbar para que su vida se extinguiera de una vez para siempre. Esta historia se convirtió en uno de los prodigios que se contaban en Coose. El joven disfrutaba describiendo cómo se quedó adherida, la comparaba con una lapa. Apareció en el periódico local y el director del colegio le regaló al joven un tarro de Virol como premio por su dominio del lenguaje. Las ratas belgas no llegaron a traspasar la pared y, a la mañana siguiente, después de tomarnos el desayuno continental que nos servían fuera en la terraza, se organizaba la consabida cola para entrar al lavabo, a esto seguían los consabidos comentarios sobre las camas y las almohadas. Mientras nosotras estábamos en la cola, el servicio, de uniforme, cambiaba las sábanas y fundas de almohadas y preparaba las habitaciones para el siguiente grupo que llegaba

en autocar.

Por las noches yo bailaba con el guía, me recordaba al vocalista, al primero. Quedamos en encontrarnos entre los árboles. Yo esperaba el momento con impaciencia, segura de que nos abrazaríamos. Por aquel entonces me hubiera abrazado a cualquier cosa, a un fardo, a una columna, era tal mi ansiedad que a menudo estiraba los brazos hasta el límite tratando de encontrar en la nada un desgraciado a quien abrazar. Otra cosa que me hacía mucha ilusión era el lugar elegido para la cita y el hecho de que nunca podría repetir aquel sitio, al contrario de lo que pasa con los cementerios o con las viejas granjas o establos o sitios parecidos. Pero el doctor Flaggler lo sospechó; no sé si fue por los medios naturales, es decir, porque oyó algo, o si fue su sexto sentido, del que siempre estaba presumiendo. Se encerró conmigo en aquel pequeñísimo dormitorio de paredes de madera. Hacía tanto calor que el pegamento se salía entre los paneles de madera y formaba pequeñas bolsas de color ámbar oscuro. Nada fluía excepto nuestros odios. Me decía: «No me vas a abandonar, ni ahora ni nunca, no vas a desaparecer de mi vista, tú, pobre desgraciada apasionada, no vas a hacer la vida por tu cuenta, así sin más, eso está más allá de tu capacidad, simplemente no está a tu alcance». Yo, allí sentada con mi vestido de tafetán, con apariencia dócil y sumisa. Estaba convencida de que no podía hacer otra cosa que permanecer en aquella actitud, callada y algo servil, imitando la rigidez de la muerte. ¿Por qué tanto odio? ¿Cuándo empezó a ser insoportable?

Hubo un tiempo en el que por casualidad coincidíamos cogiendo setas por el campo, nos sentábamos en la hierba, uno junto al otro, poníamos la cesta delante de nuestros ojos para que el sol no nos cegara, y él me decía: «Tendrás unos hijos maravillosos, cariño, hijos maravillosos». Debajo de nosotros las risas y el baile llegaban a tal escándalo que pensé que estarían celebrando una orgía y, cada vez que oía el ruido de la cisterna de un cuarto de baño, me figuraba que el mundo estaba llegando a su fin. Tuve que simular que dormía.

Estaba previsto que a la mañana siguiente subiéramos a la cima de una montaña. Era verdaderamente curioso notar el cambio tan brusco de temperatura; cuanto más alto subíamos más brumoso se hacía el ambiente y

se llenaba de misterio. Como un sepulcro. Mientras tanto, abajo el calor era sofocante, las bocas de las mujeres demasiado chillonas y las espaldas de los hombres demasiado rojas y con ampollas, debido a su irresponsable comportamiento. Todos eran gente de cierta edad y, aunque trabajaban en la misma fábrica y vivían en la misma ciudad, presumían sin cesar, entre ellos mismos, de sus jardines y de las reuniones que organizaban los domingos. Por las noches era muy diferente, cuando ya estaban atiborrados de cerveza se mostraban más naturales, pero como consecuencia por las mañanas todos estaban un poco irascibles. Reprobaban la actitud del doctor Flaggler, por haberse traído su propio paquete de sal.

El pequeño funicular avanzaba con dificultad entre barrancos y terraplenes llenos de flores. Florecillas diminutas, alpinas seguramente, ya que nos encontrábamos en los Alpes. Cuanto más alto subíamos más frío hacía, y la gente se frotaba los brazos para entrar en calor y también para ahuyentar su desaliento. Era como si el aire nos rociara con minúsculas gotas de agua, agua en lugar del incienso de un incensario. El doctor Flaggler hizo un escandaloso alarde al sonarse la nariz. El guía nos ofreció caramelos para endulzar el esfuerzo. Yo no quise. Él se quedó mirándome. Le había tenido esperando entre los árboles. Me llamó zorra en francés. Sabía que la traducción era esa, porque me había aprendido dos o tres palabras de oído. La cima de la montaña era una planicie y allí justamente era donde se podía coger un catarrazo, el aire era helado. Un tristísimo madrigal, eso es lo que era. Había tanta niebla que el paisaje se hacía inexistente. Casi no nos distinguíamos unos a otros. De repente se apagaron todas las voces, como si la gente hablara desde el otro lado de los bloques de piedra. Por qué nos hicieron subir hasta allí era un misterio, a no ser que fuera para hacernos experimentar un terrible cambio de temperatura en un corto espacio de tiempo, o para compensar el hecho de que las habitaciones eran unos auténticos hornos y de que además no había ningún lugar donde bañarse, ni tan siquiera una piscina o un lago artificial. Reinaba un continuo malestar y algunos del grupo estaban preparando una reclamación en toda regla para cuando volvieran a su país. La única sorpresa fue que habían instalado allí arriba un conjunto de tiendas y varios puestos donde poder comprar algún

recuerdo y beber algo. Todas las mujeres se lanzaron a las tiendas y puestos; cogían banderines y abrecartas de hueso, después de mirarlos preguntaban el precio y, a continuación, indignadas, los volvían a dejar donde estaban. El doctor Flaggler iba de un sitio para otro. Yo por mi parte me quedé mirando un pañuelo de lunares. Se acercó a mí y dijo: «De todas las cosas de mal gusto que has comprado esta se lleva la palma». Me lo puse en el cuello, hice un doble nudo seguido de otro absurdo nudo. No sé por qué razón sentía necesidad de gastarme todo el dinero que llevaba, que no era en modo alguno una gran cantidad.

Se me ocurrió algo. Me encontraba en medio de un gran barullo, un entoldado en el que todo y todos eran absorbidos por ese barullo. Pensé en lo sencillo y simple que sería desaparecer de allí. Me preguntaba qué habría más allá de los tenderetes de recuerdos, más allá del restaurante y de los urinarios de cemento. Decidí echar a andar. Era como si algo o alguien me estuviera esperando en algún sitio. ¿Esperarme? ¿Quién viviría en aquellas alturas? Seguramente ninguna Caperucita Roja, ni ninguna abuelita, el oso, la hiena, el lobo solitario. Solitario no, madres, padres, insaciables cachorros. ¿Atacarían todos *en masse*? ¿Dónde atacarían primero? Ser comido vivo, presenciarlo, oírse a uno mismo emitiendo horribles y penetrantes gritos, súplicas desesperadas y apenas perceptibles. «No, no», a cada dentellada, a cada mordisco, a cada incisión. La sangre empezaba a brillar en el bosquecillo, a traspasar la neblina. Fantasmas. Yo tropezaba de vez en cuando. Andaba a tuestas en la niebla, esquivando los sitios inaccesibles, mis manos por delante de mí, en ningún momento intenté llegar a lugares más atrevidos, temía interrumpir algo o poner sobre aviso a lo que fuera, un zorro comiéndose un grajo. Mis pies me mandaban la información, aquí una roca, allí algo de maleza y, cada vez que veía mi zapato dispuesto a posarse en algún lugar aún por conocer, iniciaba una oración y me quedaba quieta. Oí una campanilla. Un delicioso tilín-tilín y supe que mis compañeros, mi grupo, me rogaba que me reuniese con ellos. Di la vuelta y empecé a correr, sin reparar ya en la maleza ni en los zorros ni tan siquiera en las piedras. En efecto estaban esperándome, algunos con más impaciencia que otros. El guía haciendo «tss, tss, tss». Estaba demasiado fatigada como para disculparme.

«Disfruta con estas absurdas escapadas», dijo el doctor Flaggler, y empezó a burlarse de mis piernas, todas señaladas, y de mis bermudas. «Nunca pensaste que terminarías en un transporte público, ¿a que no?»

«No, nunca», le contesté con simpleza.

Después de aquello aún seguirían días y muchas noches desgraciadas.

Dentro de poco será San Valentín. Puede que envíe una felicitación al Duque, un Amor en la Niebla o un Demonio en una Zarza, o quizá un rizo de Venus, un rizo mío; además puedo hacer un lazo con un retazo de mis bermudas y adornarlo. Eso le gustará. Presumirá de ser un auténtico putero, además de un glotón. Pobre Duque. Se puso ese apodo porque sus vecinos eran todos millonarios, siempre dando fiestas sensacionales y cosas así.

Le vi por primera vez en un restaurante barato; llevaba corbata, sí, sí la llevaba, y no paraba de hacerse y deshacerse el nudo; era alérgico a todos los moluscos excepto a las ostras. «Llámame Bert», me pidió. Tenía un dominio del francés muy bueno, de cada dos palabras que decía una era *tartalette*, o *modes et manières*, o *turnedos*, o si no «Bolonia» y más «Bolonia». El restaurante se llamaba Drake, estaba al final de la calle y servían el clásico plato nacional: pescado y patatas fritas. Según él, le gustaba conocer tugurios de los bajos fondos. Yo le había visto unas cuantas veces en aquel mismo lugar. Solía ir todos los viernes, mi noche oficial de salida. El camarero-cocinero-cajero actuó de intermediario; se acercó a preguntarme si me apetecería otra cerveza y a partir de ahí lo único que se necesitaba era parpadear un poco y poner una mirada lánguida, esa mirada que se pone cuando se tienen asuntos pendientes que resolver, total, que al final y con mucha diligencia trajeron su cubierto y su plato y lo pusieron junto al mío. En mi mesa estaba todo lo demás, contando por supuesto con una abultada botella de tomate ketchup, que tenía como adorno unas graciosas hojas de plástico simulando las del tomate natural. Dios nos asista. Lo primero que hizo fue preguntar si me interesaban los asuntos del estómago. Le contesté que sí, suponiendo que se refería a las palmaditas suaves o a los masajes ligeros, cuando te duele, o quizá a ponerse una botella de agua caliente,

incluso me asaltó el vivo deseo de proponerle una misa negra que, según mi propia experiencia, consiste en dejar caer un poco de semen en el abdomen, una gota del champú del demonio. Ni que decir tiene que mi respuesta fue hecha en tono solemne. Añadí: «Dentro de lo que cabe». Entonces él dijo que iba a hacerme partícipe de algunos de sus conocimientos sobre la metafísica de los alimentos, especialmente de las ostras. Se entusiasmaba con las conchas: su textura, sus pequeñas fisuras, su brillo, la cavidad donde había reposado el bicho, el olor a mar, la carne jugosa, que comparaba con la de la mujer, y continuó con los jugos gástricos, y con la epiglotis cuando desaparece suavemente en el territorio de las amígdalas. Me explicó que las huevas parecían simple polvo de la mina de un lápiz y que el número de estas que alberga una hembra se estima, según sean las fuentes, en cien mil, según Baster, pero que, sin embargo, Leeuwenhoek afirmaba que podían llegar a alcanzar la cifra de cien millones, y que de cualquier manera, y aunque así fuera, la demanda supera la producción. Di gracias a Dios por no ser ostra. Se quejaba del ridículo cisma anglosajón respecto a la nutrición: placer-alimentación, y dijo que iríamos a Amsterdam en la época en que los tulipanes están en flor. Llevaba su propia botella de un licor áspero, hecho de miel, como él mismo decía. Era de un verde suave y precioso, el color que tiene la piel de las uvas, como las que cultivaba el doctor Flaggler y que pisábamos en nuestro vano afán de vinateros. El vino era delicioso, y también la compañía con toda su verborrea epicúrea. El siguiente tema de conversación giró en torno a los *caprolites*. Según decía había montones de estos fósiles desperdigados por ahí, como enormes tubérculos, a lo largo y ancho de las playas de Lyme Regis, lugar famoso y bellísimo. Me interesé por el tema, la verdad es que en todo aquello encontraba algo inequívocamente cooseano; enormes vertederos malolientes que restaban respetabilidad al entorno de Lyme Regis. Le prometí que algún día iría por allí, cogería mi termo y una vara y quizá incluso jugaría un poco al *hurley* con los fósiles. Yo llevaba puesto el vestido de lana, largo hasta los pies, pero sin medias, cuestión de escasez de presupuesto. Él de pronto se fijó en mi empeine, de un blanco tristísimo, dijo «qué bocado tan nacarado» y tragó saliva.

«¿Aún se estila el ligüero?», preguntó.

«Sí, seguro que a ti te gusta», contesté, utilizando el lenguaje de Coose. Es una forma bastante inteligente de actuar cuando se empiezan a poner impertinentes y tratan de meterte mano así, sin pérdida de tiempo. Lo que él estaba deseando era levantarme la falda hasta la cintura y contemplar mis niveos muslos, preguntarme si normalmente usaba ligüero y después lo demás. Todo esto sin dejar de masticar con sus dientes de patricio. ¡Ligüero, si no tenía donde engancharlo! Él admitía sin pudor el hecho de que era un sensualista, y me contó que en su país estaba criando una nueva variedad de rododendros, que abonaba con estiércol noche y día, además de con toda clase de excrementos: de mula, de caballo, de yegua, de sus mejores ejemplares. Los iba a llamar Sufi, en honor de una de sus seis exesposas. «Tienes que venir», insistía. Y añadía que el color berenjena era su color favorito; en sábanas, toallas y albornoces. Antes había sido el fucsia, ese fucsia brillante, el auténtico fucsia, justo el color que delimita los contornos de Coose. Allí estaban pendiendo los dos como baratijas, como dos campanillas, campanillas de sangre amenazando repicar en el crepitar de agosto. Tenía una lista de obras de caridad francamente envidiable. Competía en eso con todos sus vecinos, cuyas mansiones —no le importaba admitirlo— eran desproporcionadamente mejores que la suya. Todos los años en un determinado día de junio, cuando el jardín estaba en su plenitud, invitaba a su casa a un grupo de minusválidos. Les daba regalos, pequeñas chucherías: mitones, bolsitas de colores y cosas parecidas, pero eso sí, siempre primorosamente envueltos en papeles de colores y atados con cintas también de colores. Lo más sorprendente era el ritual del baño. Por lo visto insistía en que todos se bañaran en el pequeño riachuelo que pasaba por el jardín. Y allí, inmóviles en sus sillas de ruedas, esperaban que les cayera encima la exigua cascada artificial, de modo que simulaba una especie de ducha en chorro. Según me contó, los invitados inventaban toda clase de trucos y engaños para no ponerse debajo del chorro. Me imaginaba a mí allí, el mes de junio del siguiente año, enjabonando y restregando a los minusválidos con una esponja. Suponía que se desnudarían para el acontecimiento. Se quedarían tal y como vinieron al mundo. En aquel momento no creí que nuestra relación, al

igual que tantas otras y exactamente de la misma manera, se llegara a deteriorar. Me equivoqué con él. Por razones que aún no he logrado adivinar, el Duque tenía en su dormitorio un orinal con gachas. Quizá durante la noche es víctima, como yo, de una voracidad sobrenatural y le entran unos deseos irrefrenables de comer algo, pero en sus circunstancias creo que lo más acertado sería que tuviera a mano algún estimulante, una salsa vinagreta por ejemplo, seguida de una taza de leche. Me confesó que en una ocasión tuvo una erección jugando al críquet, además sin ninguna razón aparente, exceptuando el hecho de que estaba bateando bastante bien e intercambiando bromas con su primo preferido, un biólogo marino. Era de sueño ligero, se levantaba con el canto del gallo y a menudo se iba a casa de un hacendado local que por lo visto organizaba peleas de gallos antes del desayuno, después se apuntaba para alguna partida de damas, o se iba al campo a cazar hurones. «No tendrás frío, ¿verdad?», dijo, recorriendo con sus dedos cada hueso de mi rodilla; apretaba como si fuera una tenaza o unas pinzas de esas con las que se cogen los terrones de azúcar. Todo sin parar de hablar de rododendros, por si no tenía suficiente; de cómo estarían dentro de dos semanas y media con la nieve que había caído este año, la maldita nieve. Lo peor ya había pasado, aunque podía volver a nevar, pero ya sería poco. Cuando me espabilo después de dar una cabezadita, aún me vienen a la memoria los pétalos de sus macizos de flores, parecen marchitos y sin embargo siguen siendo los precursores de la primavera. Aquí todos los macizos de flores tienen forma de corazón. Fuera de aquí, en los lugares sin fronteras, aún perduran las áreas nevadas, nieve ya sucia y dura, esperando ser retirada por las palas, o que llueva encima de ella, o que el sol la derrita. El sol sí que está ahí, empezando a asomar y ya imperioso, un globo de color rojizo-dorado, para que todos puedan contemplarlo al amanecer. El único signo de calor que permanece, todo lo demás es espectral: las caras de invierno, los pasamontañas, la ropa oscura.

El Duque y yo empezamos una especie de noviazgo; quedábamos para comer y por las noches íbamos a casa a cometer ignominias en el salón. Tomábamos el té en tazas sofisticadas, las persianas bajadas, la luz tenue, un ligero para excitarle, charla banal, él decía: «Mary, Mary, siempre

sorprendente», o «Levántate o te daré un azote». Un par de viciosos, sin pudor, inexpertos, charlando sobre los significados de las flores. Yo le llamaba «mi querida azucena roja», o «mi clavel», «mi perdición». Y entonces él decía que eso era demasiado familiar; entonces yo hacía de Viuda Alegre y él me tiraba de la saya. No es que lo copiáramos del libro de Ballymote ni nada de eso. Es extranjero por parte de madre, caucasiano, por eso tomábamos té de frambuesas con vodka, servido en una especie de pequeños cuencos de plata. Era mucho más considerado y amable que la mayoría de la gente que he conocido, me preguntaba por mi anemia, me hacía regalos, me traía manzanas, incluso llegó a regalarme uno de sus cuencos chinos, simplemente porque me gustaban sus relieves. Ahora solo le quedan once de la colección. Por lo general pedía al chófer que me llevara a casa y, cuando estábamos llegando, yo solía hacerme un ovillo en el asiento, era la sensación de incongruencia lo que me hacía comportarme así, sentada allí dentro. Un Bentley no es sitio para mí, creo que entono mucho más tirando de un carro. Todo se desarrollaba con normalidad: comidas elegantes, unos baberos que le regalé, para que recordara su infancia, violetas cristalizadas, el rito de: «Cierra los ojos y abre la boca. Verás lo que te trae el tío Bert». Simple pero muy agradable. Después todo se volvió aburrido. Recuerdo aquella velada a la que asistimos con sus amigos. Todo muy sofisticado. Mucho «Querido, querido» y «¡Pero cómo hemos podido estar tanto tiempo sin vernos!» y también «¿No es algo estupendo que nadie esté enfermo ni fuera de la ciudad?» Llegó un telegrama de un ahijado que estaba en la isla de Man: «Espero que os guste el salmón ahumado». Había un arcón para dejar los abrigo y un armario para colgar los de piel. La anfitriona llevaba unos pasadores en el pelo adornados con hojitas de plata. Según dijo acababa de recibir de Australia una colección de conchas multicolores y con alguna mancha, lo que indicaba la huella física de una vida pretérita llevada por unas criaturas que habían sido previamente retiradas de aquellas hoquedades. Las manchas se mezclaban, lo que hacía prácticamente imposible decir de qué color eran. Me quedé con ganas de robar alguna de aquellas conchas para guardarla como un talismán, junto a mi crucifijo y a la piedra en forma de corazón, pulida por el mar del Norte.

Puso especial interés en presentarme a todo el mundo. Yo notaba que todas las mujeres me miraban. Me preguntaron si trabajaba o si simplemente pululaba por ahí, o si por el contrario vivía *pied-à-terre*. Yo iba francamente elegante. Una de ellas llevaba encima una fortuna. La tercera parte de un collar muy valioso que, por lo visto, había dividido en tres con sus hermanas. La gargantilla era absolutamente preciosa, había añadido gemas de imitación hasta completarla, pero de tal modo que era imposible diferenciarlas de las auténticas. Utilizaba la gargantilla como reclamo para atraer a los hombres. Se acercaban para ver si eran capaces de distinguir unas gemas de otras y tocaban su escuálida garganta. A continuación ella adoptaba una pose un tanto arrogante. Había un grupo de personas que se dedicaba a consolar a la anfitriona porque su canario había probado el dolor de la muerte aquel mismo día, todo por culpa del mayordomo, Louis, que había dejado la puerta de la jaula abierta y el gato lo había atrapado. Iban a enterrarlo en el jardín y después harían un funeral y todo. Justo en el momento en que iba a sucumbir al llanto, se abrazaba a alguien y repetía incansablemente: «¿No es estupendo que nadie esté enfermo ni fuera de la ciudad? Todos estamos aquí». Era francamente divertido ver al mayordomo, muy amable, por cierto, servir el champán; su táctica era echar el líquido, esperar que subieran las burbujas hasta el borde y después esperar a que bajaran, y a continuación volver a llenar la copa. Se le veía conoedor de la desmesurada avaricia de los bebedores, yo incluida. Creo que realmente conocía mis flaquezas.

Las mesas estaban puestas para cuatro, mesas redondas, con manteles de organdí y candelabros negros con robustas velas. Los candelabros estaban dispuestos de tal manera que dondequiera que mirases veías flamear su llama. Además, debajo de cada candelabro había una bandejita para recoger las gotas de cera, bandejita en la que previamente había sido depositada una sustancia olorosa. De manera que nada más caer la gota de cera apreciabas un olor a almizcle o quizá pudiera ser a algalia. La vajilla estaba decorada con diferentes motivos. El Duque y yo nos dedicamos a seleccionar nuestros favoritos, y él, de vez en cuando, simulaba guardarse alguno de los platos debajo de la chaqueta. La vajilla era de porcelana, y la parte blanca era como el blanco de los ojos de los recién nacidos: impregnado de una luz azul. Al

rozar los platos con las copas de champán se producía un enigmático tintineo y ese sonido se filtraba por las paredes y llegaba hasta la otra habitación, donde la charla era esencialmente cretina:

«No me extraña que el pediatra me mirara con preocupación.»

«Edward nunca lo toma crudo.»

«Tendrías que verle, parece un hombre acabado.»

El hombre que estaba sentado a mi lado hizo, una vez, el amor con su amante en el cuarto de baño, una noche de 1960. A consecuencia de ello no volvió a saber de ella. Más tarde se enteró de que se había casado con un tipo de la marina mercante. Aseguraba que el sitio ideal era el cuarto de baño. No lo puse en duda. Él continuaba: «Deben tener en cuenta que estamos hablando de los años sesenta, antes de que las costumbres fueran tan permisivas». De repente todo el mundo se puso a dar palmadas acompasadas. Al parecer uno de ellos, director de una compañía dedicada a la salud, se había quedado dormido, pero, por lo visto, todos sabían que se despertaría en el momento en que se le cayera el tenedor en el plato. Era un profesional de las cabezaditas. Lo había aprendido en Corea, durante la guerra. Jaleaban a la esposa tanto como a él. Se llamaba Georgina. Llevaba una especie de media de nailon alrededor del cuello, y entre el primero y el segundo plato se tomó una pastilla. El segundo plato era salmón ahumado relleno de caviar.

Era imposible saborear la comida, por un lado el ruido de las conversaciones, y, por otro, que en cuanto te descuidabas un poco, te retiraban el plato para dejar sitio para el próximo. Sirvieron suflés individuales, todos aplaudieron. A un lado tenía al fanático del baño y al otro uno de esos hombres a los que todo les parece perfecto. Insistía una y otra vez en lo bien servido que estaba todo. Llamaba la atención sobre los centros de flores, sobre el escudo de la cubertería y sobre la cristalería. Me contó, con todo lujo de detalles, lo que le ocurrió en Polonia una noche en casa de unos amigos, comiendo jamón frito con eneldo a la pimienta. Fue una noche en la que todos acabaron llorando. Después siguió con una disertación sobre los estriptis en Hamburgo: bragas, pololos y las diferentes proezas de animales y hombres. De vez en cuando el Duque, que estaba sentado junto a la anfitriona, estiraba la barbilla y me hacía un mohín con los labios. Todos se

percataban de su gesto.

Yo observaba sus bocas. Observaba sus lenguas como tentáculos, observaba sus mandíbulas, también trataba de visualizar la mía. Para ser sincera, a mí no se me había perdido nada en aquella fiesta. La otra mujer que estaba en mi mesa era de las de pecho en punta, tez tostada por el sol, y lo único que hacía era enseñar el escote a los hombres, lo hacía como quien enseña una condecoración. Rivalizaba conmigo para atraer su atención, pero, dadas las características de los presentes, yo no tenía ni la más remota intención de competir con nadie en el empeño. Me hubiese encantado que desaparecieran la mayoría de ellos y quedarme a solas con algunos, seleccionados entre las diferentes mesas. Los platos presidían la cena con absoluta pasividad, todo perfectamente ordenado, la música, y como broche final la aparición de los postres: crepes calientes con chantillí helado, solo faltaba que apareciera un cantante o alguien tocando el arpa, y que nos transportara hasta las fronteras del amanecer, hasta la extinción de las velas, hasta que, somnolientos pero alegres, fuéramos llevados a casa.

Uno de ellos, un escocés de las tierras altas, me pidió que le acompañara al balcón. Dijo que era su hora de charla postcena. Era un hombre joven, con cara picada de viruelas, llevaba puesta la falda de su clan. Me preguntó a qué me dedicaba. Le contesté que yo era lo que se entiende por una dama que da placer, confesión que despertó su interés. Estábamos frente a una pieza de arte francamente sugestiva e iluminada con mucho acierto, sobre la que llamó mi atención.

«Eres una viciosilla, ¿eh?» El patán. «Vámonos a algún sitio a tomar una copa», añadió.

«Vaya, vaya, mi pequeño diablillo, ¿qué es esto de secuestrar a un jovencito?», dijo el Duque, y los dos se enzarzaron en una amigable discusión sobre las posesiones del escocés, donde, según decía, llevaba a sus conquistas, jovencitas inocentes, y las embaucaba con cera de abejas y un succulento *haggis*. Cuando nos quedamos solos, el Duque me besó y empezó a decirme lindezas al oído, me decía todo lo que le pasaba por la mente: «Viuda Alegre, cinturita de avispa», cosa que no tengo. También me dijo que todo el mundo opinaba que yo era adorable, especialmente Helen, y siguió

hablando de mis encantos.

Después me cogió la mano y con tono solemne me pidió que me casara con él. Ya no éramos unos niños, y no veía ninguna razón por la que no pudiéramos hacer algo tan sensato como lanzarnos al precipicio. Me quedé helada. Nunca había oído decir algo tan disparatado; él y yo.

«No, no podría», le dije.

«Oh, vamos, Mary siempre sorprendente», exclamó, moviendo su dedo índice, y empezó a hablar de mi magnetismo personal y de los deliciosos momentos que pasábamos juntos. A él, que había estado luchando en las trincheras, a él, que había visto ciudades saqueadas y mujeres embarazadas atravesadas por bayonetas, yo le impedía ahora alcanzar su deseo.

«No, Bert —repetí—. Puedo adivinar nuestro futuro; el color berenjena en todas partes, los montones de abono, las rosas de junio, las partidas de bridge de algunas noches, el tener que vestirme elegantemente, los pantalones de montar, la pura lana virgen, el aburrido convencionalismo. Todo un nuevo itinerario de mentiras y frustraciones.» Negué con la cabeza.

«Pero ten en cuenta que dentro de poco serás casi una vieja», siguió diciendo. Lo que hizo que me enfureciera.

«Lo mismo que tú», le espeté.

«Mary, si no resulta bien siempre puedes buscarte un amante, algún campesino, un analfabeto.»

«¿Es eso lo que tuvieron que hacer tus otras esposas?», casi le grité, acusando su desprecio hacia las gentes del campo. Saltó como si le hubiesen dado una bofetada, o como si le hubiesen amenazado de muerte. Se puso rojo de ira.

«No hay más tonto que el que no sabe que lo es», dijo, y se fue hacia la otra habitación, de donde le estaban llamando para que les aconsejara sobre el réquiem apropiado para el canario.

El viejo Slyboots MacCall vino hacia mí disimulando la risa y tapándose la cara con la parte delantera de su falda. Al parecer el Duque no estaba en posición de pedirme en matrimonio; tenía una esposa que estaba en su casa, a las afueras de la ciudad, y que por lo visto se había roto un brazo y lo tenía escayolado. En cuanto a las demás esposas, Tilly y la bella Sufi, la amazona,

eran pura invención, criaturas producto de su fantasía. Me dieron ganas de ir donde estaba y darle la enhorabuena y decirle a continuación que era justo mi tipo de hombre: un soñador. La verdad es que lo fui retrasando y al final estaba tan mareada que no me sentí con fuerzas para hacerlo. Me llevó a casa el hombre que había sido testigo de todas aquellas lágrimas en Polonia.

He estado jugando con la nieve. Un tanto excéntrico pero vivificante. Esas chiquillas hacen de mí lo que quieren, me atacan sin piedad. Son unas cuantas amiguitas, del bloque de al lado, que algunas veces incluso me invitan a su casa. «Ven a tomar un refresco», me dicen. Una de ellas tiene una boa a la que todas las semanas obsequia con un ratón. Yo le dije que no sería capaz de tocarla ni por mil libras. Ella la tocaba gratis y se la ponía alrededor de la muñeca, como si fuera una pulsera; terminaría en una de esas barracas de feria.

La primera vez que las vi fue allí, entre los árboles. Había algo misterioso en su actitud. Las oí antes de verlas, oí un crujir de ramas, después vi sus zapatitos, sus calcetines y aquellos huesecillos que eran sus piernas. Tres niñas, dos de ojos castaños y una de ojos azules. Se acercaron a mí, aún un poco agachadas, me saludaron. Estaban al otro lado de la cerca. Es un pequeño jardín, común para varios bloques, un pequeño reducto privado, aislado. Cómo sonreían. Sonreían con los ojos, mientras que el resto de su cara permanecía impasible. Después no podían parar de reír, no podían controlar la carcajada. Una de ojos castaños llevaba como pendientes unas diminutas zapatillas. Se llamaba Conchita. Por aquel lado los arbustos en flor trepaban por la cerca, aparecían florecillas como diminutos relojes esparcidos por las ramas, hubiera jurado que olía a lilas, árboles de lilas, ese olor después de haber llovido, el olor a lilas mojadas, ahogándose, impregnándolo todo. Me acababa de comprar un edredón. Lo había comprado en una de esas tiendas que venden de todo un poco. Era de diferentes dibujos y colores, formando grandes cuadros. Lo tenían colgado del techo, de manera que algunos de los cuadros rozaban el techo mientras que otros caían en cascada hasta el suelo; parecían globos de colores. También tenían allí un cuadro de

santa Teresa, con sus rosas de junio, pero no llevaba dinero para todo, así que tan solo compré el edredón.

Me hubiera comido sus sonrisas. No es que sonrieran o dejaran de sonreír, es que mantenían sus sonrisas en todo momento; había una especie de resplandor dentro de ellas que nunca se apagaba. Jugaban a que habían encendido un fuego, se agachaban alrededor de aquel montón de astillas y ponían encima las bellotas, luego las retiraban haciendo como que ya estaban asadas. Jugaban a las comiditas; el padre, la madre, la comida. Me dijeron si quería jugar con ellas. Yo no podía, tenía una de mis citas, uno de mis compromisos.

A la mañana siguiente me encontré una guirnalda, hecha con hojas, en el felpudo. Todas las hojas estaban unidas, significaba algo, seguro, no supe qué. Habían hecho un agujero en el rabo de las hojas y así habían podido enlazarlas unas con otras y formar el trenzado; cuando las levanté del suelo no se cayó ni una sola de las hojas, lo único que hicieron fue vencerse un poco, por el peso, lo mismo que el edredón. Ellas vinieron alrededor del mediodía a preguntarme si quería que me lavaran el coche, sabiendo de sobra que era una simple peatona. Las invité a entrar en casa y en cuanto lo dije echaron a correr como si aquello fuera un solar en ruinas, lo tocaron todo y en cuestión de segundos ya estaban deslizándose por la barandilla desde el piso de arriba, enredando en la chimenea e intentando sacar las brasas. Una de ellas rompió el azucarero de cristal; logramos recomponerlo trocito a trocito, exactamente igual que un trabajo de artesanía pura. Tuve que pegarlo. Había que ver su energía. Las volvía locas el azúcar blanco que tomo con el café. Me pedían que les echara unos granitos en la lengua, y jugaban a ver cuál de las tres conseguía mantenerlos más tiempo sin que se derritieran y sin rozarlos con los dientes. Venían los sábados, algunas veces íbamos a rastrear por ahí, hacíamos excursiones por el barrio, y tengo que decir que se suponía que yo iba a darles clase, clase al aire libre, bajo el frío helador; iba a hablarles de los ritos mágicos de las plantas, y de las diferentes clases de hierbas, y de la vida acuática y de cuáles eran los dioses y diosas de la mitología. Es justo en estos momentos cuando más risueña y contenta me siento. Más adelante planeábamos irnos de merienda y organizar una escuela

de verano, una escuela viva, como ellas decían. Intentábamos pasarlo bien.

Mi próximo Romeo, después del doctor Flagglar, fue el Finlandés. Tenía el empaque de un triunfador. Utilizaba como cebo los ojos de pescado, y con la carne hacía un guiso delicioso. Tenía ideales: quería promocionar el mercado de la jardinería en el archipiélago, pretendía que aquellas almas solitarias plantaran lechugas, hinojo y fresas. Muy prosaico. Él siempre dispuesto y optimista. Dónde esconden las mujeres los néctares en la época de inactividad y en las épocas de soledad es un misterio. Sin apenas dormir, tan solo un ligero sueño antes de la siguiente violación, y el Finlandés mientras tanto tarareando canciones marineras. Decía que el mar no es oscuro, ni mucho menos, porque él había bajado a sus profundidades y había encontrado flores de especies desconocidas, corales de formas variadas, enramado y compacto, de apariencia similar a la dolomía, fauna dorada y mágica, así como millares de peces juguetones. Sus ataques y atenciones me complacían. Puerta de jade. Puerta de jade. Puerta de jade. Por lo que pude observar conocía algunas de las tradiciones chinas, pero por lo demás era un verdadero vikingo, un navegante, un marino, una anguila ondulante y oscura. Su animal favorito: el verraco. Le gustaba de cualquier forma, saltos mortales, la almeja de una joven virgen, el clásico *podicum sursum*, el retozar, el jugoso y sabroso trasero. Relacionaba a las mujeres con el agua: juncos, charcos, remolinos, todas ellas criaturas por las que se sentía atraído. Había navegado por la Estigia con la vieja Estila, presumía de haber visitado todos los lugares. En el asiento trasero del coche llevaba una linterna, para poder ver con claridad en cualquier momento: mis labios, mis ojos castaños, mis dientes. Íbamos a viajar en coche por todo el mundo, o mejor dicho íbamos a viajar motorizados. Pondríamos persianas en todas las ventanillas y así podríamos hacer un alto en cualquier momento y tumbarnos, para que él con sus manos, ágiles como palomas, me colocara en la forma o posición adecuada. Así era yo de maleable. Después, en la placidez, solía acurrucarme junto a él y escucharle cuando hablaba de las islas y de los pescadores, de las botas que usaban, de la pesca de la anguila, del licor que bebían y de los

dragones y serpientes del mar a los que tanto temían.

Su esposa era ciega. Una pianista profesional, practicaba cuatro horas diarias todas las mañanas, siempre junto a la ventana abierta, no importaba la época del año. La primera vez que le vi, él llevaba una cesta de mimbre llena de peces, negros y muy pequeños, que no paraban de brincar, con ojos diminutos como cabezas de alfiler, el mismo tono rojizo de las mariquitas, coral resplandeciente. Los volcó en una cacerola enorme y allí estaban sin dejar de saltar, un esfuerzo inútil. Estábamos en una de esas casas flotantes. Había alguien sacando fotos, así es que quizá sea verdad y aquella casa exista en algún lugar; era un día muy especial, un día de comienzos de verano, la brisa, el susurro de los juncos y el Finlandés envuelto en una toalla. Parecía un sultán, los brazos llenos de salitre, las negras conchas de los mariscos volviéndose rojas bajo el agua hirviendo, diferentes aromas de licor y aquella manera tan elegante de zambullirse en el agua para salvar a un hombre que se estaba ahogando. El hombre estaba totalmente borracho, y no paraba de maldecir y de decir que no quería que lo salvara. Todo eso después, por supuesto, de hacerle la respiración boca a boca. «Está bien, tírese otra vez si quiere», dijo el Finlandés muy bien dicho. Lo que hizo el borracho fue sentarse al borde del embarcadero junto a unos amigos, también borrachos. Y juntos lanzaron toda clase de improperios contra el agua. Nueve hombres grises sentados en el muelle, nueve sombras en el agua. El recién salvado alargó su cacillo de pedigüeño, que en realidad era una gorra de paño. Todos ellos tenían su botella y su cuchillo.

El Finlandés me siguió a tierra, donde el amo es el rey. Días de fiesta, carnaval, besos, bromas y sueñecitos entre comida y comida. En la fiesta de Eisteddfod, una de las más antiguas, el Finlandés se transformaba en más que un hombre, en un clan de hombres. Juegos y murmullos rodeaban el esqueleto de la casa, clandestinidad, dulces susurros, blasfemias, gritos, conjuros, bazas ocultas, fuera pantalones, botones, cuero arrugado, botones rodando por el suelo, el Finlandés emitiendo quejidos, abominaciones, y después el consabido desbordamiento. Las mismas palabras que aparecen en un cuaderno de autógrafos: amor, violetas para siempre, para nunca, para ahora mismo. El Finlandés y las cortinas echadas, el desnudarse y los turnos

de noche, como el viejo rey Colé: alargar la mano buscando la colcha, escaladas, bostezos y canciones marineras. Algo parecido a una incautación, la marea, las magulladuras, los mordiscos, las embestidas, los revolcones, los achuchones, los jadeos, la suavidad, el estruendo infernal, empujones, babeos, palabras, palabras húmedas, lenguas, carbones, cestos de fuego y el atizador del diablo traspasándolo todo.

Sin embargo, había momentos vacíos, momentos en los que uno se preguntaba «¿qué estoy haciendo aquí?», o «¿en qué estará pensando mi amor?». Rompía todas las cajas que caían en sus manos y las reducía a finísimas astillas. Apilaba troncos, esculpía, hacía diminutas figuras de madera con su cuchillo: sirenitas, barcas con remos. Un día compró filetes, tan finos que parecían pergamino, los sumergió en aceite y los puso en la parrilla que estaba fuera. Me los presentó pinchados en uno de esos tenedores largos y se quedó allí mirando mientras yo masticaba. El aceite goteaba por todas partes, eran pequeñas gotas, gotitas con piel de arco iris. La sensación de frescor desaparecía al instante de mis dientes, pero yo seguí masticando y sonriendo tal y como ordenaba el manual de la felicidad. Acercamientos. Alejamientos. ¿Cuánto tiempo se quedaría? Yo tenía esperanza, esperanza sonora, como un faro en la oscuridad. Me llevaría con él a esas islas rodeadas por el mar, conocería a los pescadores, que pescan y beben, vería sus embarcaciones, escucharía su charla en la que echaban de menos a sus mujeres en las largas noches, conocería a uno en particular del que decía que cuando tenía catarro sus pañuelos parecían estrellas de mar. Mujeres, estrellitas de mar y noches en el Báltico. Me quedaría allí, copularía, sería su esclava, su doncella del mar. Grabó sus iniciales en la mesa, una mesa grande. No mencionábamos para nada a su esposa, excepto en una ocasión en que le pregunté si era ciega de nacimiento. Aún hoy no sé la respuesta. Me contó que una noche su esposa había soñado que él era Santa Claus, con su traje rojo y todo. Me dio la impresión de que debían de estar muy unidos; se contaban los sueños cuando despertaban por la mañana. Él rechinaba los dientes cuando dormía. Lloraba. Fue a la agencia de viajes a confirmar su billete de vuelta.

Poco después me llegó su carta: «Poco a poco voy descubriendo que te

quiero». Un largo silencio. La fase en que el amor se socava. Él y su esposa estaban de vacaciones en el sur, tomando el sol. Yo fui a donde ellos estaban. Días impetuosos aquellos, aún me quedaba algo de dinero. Una mañana, en tierras españolas, después de un buen chaparrón, con el suelo aún encharcado y las terrazas en estado lamentable, yo le estaba esperando. El hotel era nuevo, le estaban dando los últimos retoques para la inauguración que sería la semana siguiente. El ambiente era febril: hombres que empujaban carretillas, otros que daban martillazos, otros que ponían andamios a todo, menos al ruido; fuera, los jardineros, cubiertos con sacos vacíos de cemento, plantaban petunias para el gran día. Tan intranquilas estaban las aguas de los estanques que las petunias se deslizaban por la superficie sin detenerse, vagaban como ligeras cortezas en una balsa. Por lo visto iban a celebrar allí un congreso de músicos, y uno de ellos que no paraba de mover los ojos se acercó a mí y comentó que había descubierto algo verdaderamente sensacional. Toscanini tenía la misma longitud de onda que Bach. Se lo iba diciendo a todo el mundo. Lo que yo temía era que se le salieran los ojos de las órbitas. El taxista volvió y llevaba puestos otros pantalones, lo que indicaba que se había acercado a su casa. Leí una nota escrita a máquina: «Mi marido ha tenido que marcharse, quizá vuelva la semana que viene, o quizá no». Estaba firmada con su nombre: «Tora». Me pregunté quién le habría leído mi nota y también quién le habría escrito esta. Sentí el ridículo impulso de enviarle algo, un grano de azúcar envuelto en un diminuto trozo de papel. Y eso fue todo.

En el salón, que estaba casi terminado, había tan solo cuatro personas: el camarero, dos jugadores de ajedrez y yo. Me emborraché con ron. Que además era la bebida favorita del Finlandés. El camarero me sugirió que me metiera a dormir la mona en la bañera de mármol. Me quedé dormida envuelta en la toalla, soñé, soñé con la playa y con unas zapatillas de colores que estaban tiradas por allí, todas tenían el mismo estampado, era a la vez sugestivo y misterioso. En el sueño yo iba descalza, como Lil en su niñez cuando iba al colegio.

El anciano camarero me refrescó la cara con agua fría, justo cuando consideró que ya era hora de despertarme; me sonreía y sacaba la lengua. Se había cambiado de ropa, llevaba una chaquetilla de color verde, imitando

terciopelo; aprecié diminutos zurcidos en las mangas. Rechacé su beso. Me dijo que no le culpara por intentarlo. «No, no le culpo», le contesté. Debería haber lugares donde pudieran ir las gentes humildes cuando se les despierta el deseo, del mismo modo que existe el muro de las lamentaciones o los templos para la oración. Ya en casa, por la noche, se produjo un pequeño temblor de tierra. Su centro era Gibraltar. Hizo que los cimientos de la casa que había alquilado se movieran ligeramente, las paredes gemían y las puertas se hincharon. No podía salir del dormitorio; tiré, empujé, di patadas y al final logré salir por la ventana. Subí hasta la carretera y allí me recogió un camionero, un hombre muy corpulento y que tenía una especie de pitido al respirar. Yo sabía que el Finlandés estaría por allí, en algún lugar, detrás de alguna de aquellas ventanas, o detrás de alguno de aquellos tabiques, dentro de alguna casa de aquellas horribles urbanizaciones, reinsertado en los brazos de su ciega esposa. Me tiré del camión en la primera población alumbrada por la que pasamos. El camionero se puso como una furia por no haberle avisado de que me iba a bajar. En el aeropuerto compré perlas cultivadas y jabón, envuelto en papel negro. Fue un vuelo maravilloso, etéreo, allí arriba lejos de todo, remolinos de aire, luz azulada y las nubes debajo de nosotros invitándote a bailar sobre ellas.

Me escribió al cabo de un cierto tiempo:

ahora

La próxima vez

la próxima vez

la próxima vez

Esta ha sido la última vez

Te la envió directamente a tu casa

Me fue imposible ir a verte

no pude escaparme

LA PRÓXIMA VEZ

Siempre la próxima vez

La próxima vez

Le contesté sin pensarlo dos veces.

Aquí estoy, sentada y odiándote. Si te dije que te quería, olvídale. Cada vez que veo la felicidad que pintan en las postales vomito. Siempre se rompe la cuerda por el punto más flojo: tú, en este caso. Tienes una esposa, ciega y rubia, según me dijiste; la odio. La destrozaría, destrozaría cada miembro de su cuerpo, como hace el perro con el indefenso conejo, y me la comería para después vomitarla y no darle el placer de disfrutar de mis jugos gástricos. Ella te empujó a mí. Canalla. Afirmé que te quería. Bien, pues todo fueron mentiras, embustes. Es mi penitencia por mi don para la mentira. Histriónica. Es algo así como el que nace con lunares o con la nariz aguileña. Olvídame. Tipejo.

Este vocabulario lo aprendí en Nueva York, donde en una ocasión estuve promocionando Coose. Fue lo mejor que he hecho. Resultó muy divertido. Mi labor consistía en convencer a los exiliados para que volvieran a la tierra patria, a Coose, a los ríos trucheros y a las fiestas locales. Conocí a un jefe de policía, que me confesó, así sin más, que era un auténtico forofó de las pistolas. Llevaba cuatro, repartidas por sus bolsillos. Era bastante alto, unos seis pies, y a su mujer le gustaba el boogie —lo que quiera que fuese eso del boogie—. Todo el mundo hablaba igual, utilizaban las mismas palabras: «vaya, vaya, vaya», «venga tío», «caca de vaca», «¿no te jode el pavo este?» y «tronco». La mayor parte del tiempo yo estaba atontada, supongo que por las pócimas que bebía. Otro tarado que llevaba unos folletos debajo del brazo me dijo que yo no servía ni para cojín de una tal Bessie Smith; una culona, supongo, claro que él tampoco. En todas las tiendas de comestibles vendían bocadillos de pavo, aunque no era época de Navidad ni mucho menos. En unos servicios vi escrito lo siguiente:

NACÍ LLORANDO Y DESDE ENTONCES NO HE PARADO.

Lo firmaba Emily y estaba escrito con auténtica mierda, blanda y amarillenta. Cuando volví a mi mesa se lo conté a mi acompañante —un magnate de la publicidad—, cualquiera diría que le había dado una buena noticia. Se puso francamente alegre y empezó a contarme que cuando a su esposa le diagnosticaron cáncer de cerebro y a su amante de otro sitio,

entonces y solo entonces, estando las dos llenas de tubos, pudo follar con ellas plenamente. Supongo que debí sonreír, porque me dijo que tenía una sonrisa encantadora y que mis labios hacían un mohín muy gracioso. Después me invitó a su casa para que viera su álbum de fotos y, si quería, cogiera las que me gustaran. Toda su familia había acabado en el crematorio. Rehusé. Sentía el fantasma del cáncer avanzar en mi interior como la bruma, o como el cardenillo, y no soy persona para estar postrada en una cama.

No creo que pueda aguantar hasta que amanezca. Me habría levantado hace un buen rato si no fuera porque tengo el presentimiento de que los espíritus invaden la casa por las noches, y estoy segura de que si esta habitación estuviera vacía también la invadirían. Menos mal que me parece que conmigo dentro no se atreven; les asusto, les asusta mi mortalidad. A lo mejor les doy miedo porque me ven como una plaga.

El magnate me estaba contando que una vez una señora, de mezclado origen étnico, con quien había coincidido en Miami, le había dicho que «... aquello era tan grande como una perla». Por lo visto estaban cerca de un estanque o algo así. «Pero una perla siempre es una perla», contesté distraída. Se puso como un basilisco, me llamó estúpida, mema, ignorante, soplapollas, saco de mierda. Me levanté y salí de allí lo más aprisa que pude; una vez fuera, a salvo y cómodamente sentada en un taxi, mi aturdimiento seguía siendo de tal grado que el taxista, un mexicano que se llamaba José, me ofreció sentarme delante con él. Por qué no. Recuerdo que no hacía más que estirar y encoger las piernas, para estar preparada para el desfile en la carroza al día siguiente. El programa era pasar por la avenida principal repartiendo tréboles irlandeses, a la vez que hacía una que otra pirueta. Se trataba de sorprenderles y así persuadirles, ayudada por toda la parafernalia de un kilt escocés. Allí sentada en el asiento junto a José. Un pardillo. Me parecía algo estupendo estar así, con la cabeza en su hombro y él susurrando palabras mexicanas, el taxi sin rumbo por las calles de Nueva York. Su nombre, las fotos de su familia, el número de la licencia y un retrato de él, mirándonos con fijeza; su palanca, larguísima, color ocre, recordándome la cabeza de un champiñón, creciendo por momentos hasta alcanzar proporciones gigantescas y diabólicas. En realidad podía haber conducido el vehículo ella misma;

bueno, y lo hizo durante unos segundos. José empezó a perder la noción de sus obligaciones como chófer. La gente se asomaba por las ventanillas, nos gritaba con gestos amenazadores, agitaba paraguas, o quizá era con sombrillas que nos amenazaba. Gente vengativa. Todo el mundo parecía desgraciado, especialmente las personas que trabajaban en los almacenes. «Desgraciados», les gritó en español. Eran realmente unos desgraciados. Más, más, más. Él estaba francamente excitado. Sugirió un hotel. Le dije que mejor su casa. Yo estaba un poco mareada y a varios miles de kilómetros de la jurisdicción de Coose. José me decía «niña, niña». Me dijo que no tardaría más de cinco minutos. Me dejó perpleja. Echaba humo. Habitaciones, habitaciones, habitaciones, repetía torciendo por una bocacalle. Me imaginé un antro, un libro de registro, una llave, quizá dos, un volar por las escaleras arriba, sordidez, una elevada cuenta y una pequeña discusión. El organizador del viaje no me había asignado un presupuesto muy boyante, y, respecto a mi hotel, era más bien una fonda, con paquetes de detergente vacíos en los poyetes de las ventanas y cubos viejos por los rincones como recuerdo de anteriores huéspedes. Así que luchamos cuerpo a cuerpo, allí, en el momento; usamos su gorra de visir como pila bautismal porosa. Articulé una que otra palabra cariñosa, a la vez que surgía ante mí un poderoso y fiero animal, de cuyo interior brotó un aullido, y yo abrí la puerta del taxi y salí corriendo en dirección a un estudio de fotografía donde me estaban esperando. Lo último que le oí decir fue «así no, no gracias», en español. Expresión hiperbólica. Tuve suerte de no acabar en la comisaría. Ni que decir tiene que llevaba el vestido hecho jirones y el pelo en desorden.

Últimamente me da por pensar que si guardara alguna de estas «efusiones» en vez de malgastarlas, y las metiera en un frasco de cristal o en un tubo de ensayo, podría haber hecho incluso algún experimento, adentrándome en los misterios de la botánica. No sabemos cuál hubiera sido el resultado, a lo mejor una criatura medio animal medio vegetal, sin pies, moviéndose por su propio impulso, en constante movimiento, con la luz del día, en el crepúsculo y en la oscuridad. Con algo de la fosforescencia de las luciérnagas que habitan el océano, algo errabunda. Le hubiera puesto un nombre, como hacen los padres antes de nacer sus hijos, incluso podría haber consultado algún

libro. En eso pensaba, en el hogar. Lo rechacé de plano.

Sin embargo, no podría vivir de otra manera. Esos éxtasis me compensaban de cualquier otra cosa, incluso de las depresiones. Eran como velos, o rosas sin más, flotando alrededor, colores maravillosos que surgen de mí, meciéndose cual seductoras barcazas, rosadas y de algodón, un millón, un millón de puestas de sol.

También pienso en las caras, unas las conozco, otras no. Pero, si se me permite decirlo, geniecillos, más bocas que las que se podían alimentar en Babel, caras del este y del oeste, un flujo constante, deshechos después de un baile, el fantástico e inmaduro baile, miembros resplandecientes, personas que tan solo se rozan entre ellas, al igual que los abetos rozan el cielo en las noches de luna.

Todo esto debe ser sin duda un prestado o un postestado, o quizá sea tan solo pequeños trucos para mantenerme a flote. Oh, inquietante zarza, oh dulce vértigo.

Tampoco es siempre tan tranquilo y apacible. A menudo me dan unas punzadas secas y me pongo al borde de la asfixia, un grito, las alegrías siempre desembocando en escalofríos, una tempestad, una horrible tempestad. Pero yo voy aún más lejos. Todos tenemos que pasar por allí para lograr alcanzar la recompensa, para convertirnos en estrellas y ser conducidos a través del fuego.

Dentro de poco estaré acostumbrada a matar. Como los asesinos. Hasta ahora tengo tan solo tres en la lista: Boss, Lil y Piesligeros. No, no a mi jovencito, es más que cierto que me tiene conquistada, pequeño granuja. Sabe muy bien cómo convencerme. He empuñado armas y además hace poco tiempo. Fue ridículo; jirones de carne humana recubiertos de sangre, parecían trozos de tarta, y nosotros disparándonos, nuestro lado y enfrente el enemigo, armas idénticas, triturando y presionando, hacia delante y hacia atrás, en las llanuras, en las interminables llanuras. Nada de caballería, todo infantería, que yo sepa. No me puse nerviosa ni nada parecido. Fue entonces cuando, separando los cielos con imperioso ademán, se apareció Dios, de aspecto

añado y voz ronca, túnica blanca, por supuesto, diciendo a todos y a cada uno que abandonáramos esas ideas, feudos terrenales, que recordáramos los mandamientos, había que volver a la oración y a la labranza. Cuando se lo cuento a la gente se ríe, pero yo me río de su ignorancia.

Ayer comí huevos de codorniz, compré media docena, pero llegué a casa con cinco. Su yema es muy rara, casi rosa, pero su sabor es muy agradable.

«Media docena de huevos de codorniz», dije cuando me tocó la vez.

«Uff, deme dos arenques, por favor», dijo la señora que estaba detrás de mí. Y a continuación me dijo, mirándome, que yo tenía estilo. La verdad es que el tendero se sintió violento cuando ella me dijo eso. Hacía como que no la oía. Colocó la media docena de huevos en uno de esos estuches de cartón, pero como los huevos eran más grandes que los huecos, el estuche quedaba muy abierto, y me advirtió que se podían romper. Se fue para adentro, pensé que sería a por paja o algo así, pero resultó ser que iba a por serrín. Tenía un cierto olor a bosque.

«¿Qué le pasa, va a un funeral?», le preguntó ella, y empezó a tocarlo todo con su bastón, y a decir algo relacionado con la calidad del pescado. «Esto es bazofia, bazofia congelada», siguió diciendo.

El hombre murmuró que no había que ser tan exigente. A mí me dio la impresión de que al final ella se iba a liar a bofetadas con el tendero o conmigo.

Más tarde, en el bar donde entré a tomarme una copa, me pasó otra odisea. Era una hora en la que no había aglomeración, tan solo había allí una mujer hablando con un hombre, tenía una de esas voces a las que les gusta escucharse a sí mismas. Hablaba de su buen gusto, un gusto excelente, decía, se refería a sus tres sillas, las chippendales, que tenía distribuidas por toda la casa de una forma muy acertada: una en la entrada, otra en su habitación y la tercera en el salón. Decidí que el oyente era su marido y que aquel era su único tema de conversación. Él tenía aire distraído, sus ojos parecían dos copos de nieve. De pronto, sin venir a cuento, ella dijo que no estaba dispuesta a estar en el mismo lugar que una persona de mi calaña. La verdad

es que yo iba un poco llamativa. Me pongo colorete con bastante frecuencia, así me animo yo y animo a los que me ven. En otra ocasión ni hubiera reparado en mí, ya que por lo demás iba de lo más corriente, con mi abrigo de astracán marrón y sin marca de casta en la frente. Parecíamos fieras que hubieran soltado en un mercado. Su marido trataba de calmarla, de tranquilizarla; ella se tapó la cara con un pañuelo y lo aseguró metiéndoselo bajo la cinta de su sombrero de fieltro. Cada vez que bebía un trago se le metía en la boca un pico del pañuelo. Una de las veces en que tenía el pañuelo tapándole los ojos totalmente, el marido me empezó a hacer muecas, como haciéndome ver lo loca que estaba su mujer. Fue entonces cuando, por esas coincidencias de la vida, la señora que estaba en la cola de la pescadería entró en el bar, y temí que a nada que pasara se podía formar una buena. Le hice un sitio a mi lado. Pidió un vino de grosella y me comentó que ella dormía sola en una cama de más de metro veinte de anchura, sin que por eso tuviera ningún problema. Su marido se levantaba a las dos de la madrugada para sacar al perro, aunque de todas formas se levantaba porque padecía del riñón. «Es estupendo», dijo, refiriéndose a mi vino. Le enseñé los huevos de codorniz y su cáscara llena de graciosas manchas de colores. Se acercó uno al oído, y después se puso a mirarlo con ternura, para a continuación echárselo en el vino, así tal cual, crudo. Era enternecedor ver con qué atención observaba los pedacitos de cáscara en la palma de la mano, era como si algo divino la poseyera. «Estoy muy apegada a la tierra pero a veces también sueño», dijo.

Bien, poco a poco el círculo se va estrechando. Tenemos que admitir que lo que nos rodea se va desvaneciendo; los apretones de manos son cada vez más flojos, los cumpleaños se van olvidando, se prefiere ignorarlos, los amigos mueren o emigran a Australia, personas que se trastornan o sienten que las han ofendido para el resto de sus vidas. Madge, por ejemplo, sería de esas. Nos separa un muro o una especie de gangrena. No podemos evitarlo. O mejor dicho, no alcanzamos a comprender tan siquiera qué es lo que nos sucedió. Seguramente la próxima vez que la vea será en su funeral. Bueno,

quizá dure ella más que yo, su madre llegó a los noventa y cuatro. En una época compartimos piso; tomábamos tarta helada y cardábamos lana. Ella fue quien me proporcionó este trabajo, me envió el anuncio del periódico y por ahí surgió la colocación.

«Hija de perra», me dijo bajando por la escalera con el visón sobre los hombros. Era medianoche cuando llegué, estaba con una de mis depresiones y pensaba que esta vez no se pararía ahí, y que Lil vendría con alguna de sus historias, o con alguna de sus hermanas en Cristo. Madge estaba muy afectada. Me fui derecha al fuego y retiré la rejilla de protección. Me alargó las tenazas para coger un tronco. Me sentía con ganas de quedarme allí, durmiendo para siempre. Estar con alguien es lo único que deseaba, hacer de aquel cuarto mi refugio, poder charlar con alguien en los atardeceres. Ella trajo cerdo asado y frío, acompañado con una salsa de manzana, pero de bote. Nevaba y había un vendaval. La nevada fue de esas que hacen época, una para los anales, en las que los vagabundos se acurrucan en las zanjas al igual que lo hacen torpemente las gallinas cuando llueve. Por el ventanal veíamos caer la nieve, era como si la noche se fuera convirtiendo en un enorme cadáver al que había que cuidar y velar. Nos sentíamos contentas en nuestro fracaso.

«Te diré algo: una no quiere vivir pero tiene que hacerlo —dijo—. ¿No es así?»

Ella sabía que me pasaba algo, una decepción, una desilusión, y poniéndose los dedos en los labios me dijo: «Quieres contarme algo, ¿verdad? Bien, pues hazme un favor, no me lo cuentes». Siguió diciendo que estábamos en la hora cero. Todo estaba en cero, pero con alegría, con sana alegría. Mientras ella continuaba con su pequeño discurso, yo trataba de coger los mejores trozos y los más sabrosos del lechoncillo. Su marido, Buzz, ya no era su marido siete años antes de divorciarse. Madge hizo todo lo posible para mantener su matrimonio, arreglar el jardín, comprar una olla a presión, aprender a preparar combinados, jugar al póquer y sobre todo conservarse atractiva. Sacó la carta de Buzz de detrás de un plato. Decía que se había portado muy mal con ella y que habían desaprovechado la vida. También mencionaba que la mujer con la que estaba se había pillado un dedo del pie. El vino era

italiano y tenía sabor a resina. Pensé en el sol y en las vacaciones; rocas de diferentes formas y recoletas playas con algas, capullos en flor, niños y perros saltando y chapoteando en el agua, enamorados comiendo del mismo plato, paella quizá, para así tener el mismo sabor en la boca cuando subieran a echarse la siesta. Era igual que estar en España. No tenía que esforzarme mucho para imaginármelo. «¿Sabes a quién tengo mucha manía?», dije sin pensar.

«¿A quién, qué?», preguntó en un susurro.

«A las parejas enamoradas», contesté.

«Bah, tonterías», dijo Madge.

Dio un golpe al mueble, con fuerza. La vajilla se tambaleó. Era un mueble bajo, de estilo galés, las tazas colgaban colocadas en sus soportes, y siguieron balanceándose bastante tiempo después de que Madge diera el golpe. Fuera, en el campo, un semental se estaba apareando con una yegua. El caballo negro como la pez.

«¡Mira!, ¡están jodiendo!», dijo Madge.

El caballo aprisionaba el cuerpo, su carne se alzaba en el aire y nosotras esperábamos con impaciencia. De pronto la yegua dio un respingo y el macho perdió el equilibrio y cayó al suelo.

«Cristo Jesús», soltó Madge. Seguramente pensando que se había hecho daño en una pata. Mencionó los años perdidos y lo absurdo de todo; el culpable era Bluett, el lechero. Bluett la había encontrado un día en un estado lamentable, con una sobredosis, y le lavó el estómago con lo mismo que utilizaba para hacérselo a los animales. Después de un corto galope, el semental volvió a intentarlo. Aplaudimos. La yegua seguía en plan estatua de mármol, no estaba predispuesta, pensamos.

«Sí, mi querido Buzz se echa toda la culpa», dijo Madge. Y arrojó la carta al fuego. Empezó a despotricar contra el Creador y a decir que todos sus Buzzes habían sido unos fracasados, unos perdedores. Fuera reinaba la desolación, la noche, el campo desnudo, las negras hojas de los árboles que movía el viento, y la yegua, tan parda y servil.

«Bastardo impotente», murmuró Madge.

El macho había perdido de nuevo el equilibrio. Buzz ni tan siquiera había

estado con ella cuando tuvo los dos abortos; estaba limpiando Europa, según él. Fue poco después de la guerra; fomentando la amistad con los perros alemanes, campesinos alemanes y gente así. Se echó a reír con sarcasmo. Era de la opinión de que todo el mundo se alimenta de su propia fantasía cuando se han pasado muchos malos tragos. La nieve seguía cayendo y todo se iba mezclando; su voz retumbaba en mi cabeza, la yegua y el semental sin nada que pastar ni masticar y sin llegar a consumir su propósito. Al abrir la ventana, oímos el ruido del trote del macho; giraba como las manecillas del reloj, chapoteando en la suave nieve.

«Te voy a revelar un secreto —dijo Madge, haciéndome un guiño—. La noche de bodas me tuve que poner lazos en el pelo y bailar el cancan. Buzz me tiró de todo y me gritó que me bajara del tocador... ¡Cerdo!, fue él quien me dijo que me subiera. Te diré otro secreto», continuó, mientras abría otra botella de vino. El corcho se rompió y tuvo que empujarlo hacia dentro. Siguió murmurando: «Estupendo, verás que este es más cremoso».

Era un vino griego y por tanto más ácido que el anterior.

Madge era como una niña grande. Cuando se desarrolló no sabía lo que había pasado; fue con su madre a unos grandes almacenes donde, por lo visto, su madre había quedado para comer con unas amigas, le dieron calambres, diarrea, se quedó sin comer, y no paró de lloriquear, pero, de vuelta a casa en el autobús, con las luces de la calle ya encendidas, se fijó en un hombre con abrigo, que la miraba insistentemente, y entonces tuvo su primera experiencia sexual, la primera, una explosión, un deshacerse por dentro.

«Estoy bien, perfectamente bien» —dijo, pero estaba agotada—. ¿Sabes lo que hice una vez? Cuando le dio a Buzz por aquella gorda, fui al hotel donde estaban pasando su sucio fin de semana. Me llevé a Bluett, que come por cuatro, y nos pusimos ciegos del mejor champán, del mejor caviar de Beluga y de la mejor carne de venado. Cuando nos trajeron la cuenta puse su nombre y el número de su habitación e hice que la subieran con una nota, que por cierto escribí en un kleenex, que decía: Una comida estupenda, querido. Y nos fuimos.»

Sacudí la cabeza y ella hizo lo mismo; lo hice lentamente, con reprobación.

«Uno no desea vivir, pero tiene que hacerlo», repitió, a la vez que servía

más vino, con un gracioso movimiento de la botella. El semental estaba de nuevo sobre la yegua, pegado a ella, y, aunque sabíamos que no era posible, creímos oír lo que no veíamos.

«Bueno y ¿ahora qué hacemos, preciosa?», dijo dándome un abrazo. Los desechos: ella y yo. Huérfanas de madre. De hijos. De amigos. De fantasmas.

La luz era fría, escrutadora. El crepúsculo era más luminoso de lo normal, más brillante. Nos quedamos allí contemplándolo, extasiadas, estábamos un poco mareadas, fundidas en un abrazo. Podía sentir su angustia, podía incluso tocarla, era como una brecha en su pecho a la que se podía uno asomar. Asomarse a su dolor. Siempre hay algo que permanece inviolable, un esqueleto al que no se le puede echar la culpa de nada, al que ningún sentimiento puede afectar. Era un caso incurable.

Eché a correr, cogió un poco de pan y lo desmenuzó, después lo puso en el alféizar de la ventana, al momento empezaron a salir pájaros de no sé dónde, incluso aparecieron algunas gaviotas surgiendo de sus nidos en los acantilados de yeso. Sin embargo, no se oía ningún trino, ningún canto, ningún graznido. La nieve apagaba los ruidos y el tiempo pasaba lentamente tictac, tictac. Cuando el pan se congeló, lo cogió y lo puso debajo del grifo del agua caliente, lo pasaba de una mano a otra. Era curioso ver las humeantes migajas, ya casi hechas una masa compacta, deslizarse por sus dedos y ocultar lo que ella llamaba «su asqueroso anillo de compromiso». El pan de nuevo en el alféizar y nosotras de puntillas vuelta a nuestro sitio, coincidiendo con la vuelta de los pájaros. Había un petirrojo, su pecho: una insolencia, demasiado llamativo, un destello, ya que todo el resto, el seto de laurel, las plantas de rododendros, la cerca de alambre, los postes y los numerosos árboles, estaban cubiertos de nieve. Ella lo contemplaba abstraída.

«No deberías haberle pasado la cuenta de aquella comida», le dije.

«Oh, claro que sí.» La miré y me di cuenta de que el momento de las confidencias había pasado.

«Quiero decir —continué, tratando de aclararlo—, todo ese caviar.»

«Tú, desagradecida, vienes aquí a lamentarte, bocazas. Hazme un favor, mantente al margen de ese asunto. ¿Quién es la que ha venido a llorarme en el hombro?, ¿de quién es el niño con el que tengo que jugar al parchís

mientras tú estás en la cama con algún negro? Con un tío Tom, o algo así. ¿Quién es doña depresiones, mientras los demás te contemplan? Tú y solo tú eres la que se ha presentado aquí sin que nadie te llamara, así que lárgate, y esto solo para empezar.»

Tiró el vaso del que estaba bebiendo y me cayó junto a los pies. Me quedé mirándolo y preguntándome qué pasaría ahora; si me iba, a lo mejor me encontraba algún perro salvaje camino del pueblo. Ella se dirigió al aparador, cogió tres tazas y las rompió contra el suelo. Dos de las asas se le quedaron entre los dedos y parecían dos anillos.

«Rata miserable», seguía gritando, mientras yo marcaba el número de la telefónica para pedir el número de una compañía de taxis. Me arrebató el auricular y lo estampó también contra el suelo, como si fuera un hueso y quisiera sacarle el tuétano. A continuación empezó a pegarme, me daba puñetazos y me llamaba hija de puta, imploraba a Dios y a todos los bastardos y por supuesto a Buzz. No duró ni un minuto. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y dijo con torpeza que últimamente había dormido muy mal porque había pasado las noches tosiendo, todo por culpa del tabaco. De pronto estábamos totalmente sobrias, sobrias y avergonzadas. Me tumbé en el sofá. De vez en cuando Madge se asomaba y me traía una manta o la cajetilla de cigarrillos y me decía: «Toma, cógelo».

Preparó tostadas para el desayuno y las cortó en trocitos. Hicimos todo lo posible por olvidar la noche anterior. Pero nuestras voces eran diferentes y nuestras miradas rencorosas. No mencionamos mis cardenales. Me aterraba pensar que, si me iba andando, me pudiera hundir en la nieve, así que, cuando el coche tocó el claxon, las dos dimos un suspiro como si en realidad nos hubiéramos reconciliado.

«Te acompaño fuera», dijo, cogiéndome del brazo. Pero no me oprimió, ni dijo una palabra de disculpa. Tenía la intención de echar sal y limpiar el camino de nieve por si venía el cartero. No sé por qué razón, pero aquella despedida era, de alguna manera, el compendio de todas las restantes, y los adioses que nos dijimos con el movimiento de la mano fue un puro artificio.

Cuando una cosa falla, falla todo lo demás.

Otra carta de mi muchachote; tan solo ver su nombre o pronunciarlo me hace estremecer, me atraviesa como un relámpago o como un soplo de aire. Tenía yo en aquel momento una terrible añoranza de playa, playas con grandes olas que me cubrieran por completo, olas que aparecían y desaparecían ante mis ojos. Sé que el agua es mi destino. En un Coose condenado, en aquel cementerio. La carta decía:

Querida mamá:

¡He estado viendo una danza típica! Es algo sorprendente. En el proscenio una fila de hombres vestidos con túnicas. El escenario vacío. Ningún adorno. Tambores e instrumentos de cuerda. Las túnicas negras, sombreros altos de color gris. Representaban tumbas. Un beso ceremonial y, a continuación, fuera túnicas, y debajo aparecen otras blancas de franela, pero no de un blanco puro sino de un color hueso. Bailaban en círculos, todos con los brazos extendidos y con los ojos mirando hacia abajo, vueltas y más vueltas. El silencio era total, lo único que se oía era la música y el sonido de los pies de los danzantes, vueltas y más vueltas, pero sin tan siquiera rozarse, ni en lo más mínimo, cada uno independiente de los demás y sin embargo todos en un mismo movimiento, bailando como si fueran uno solo, un conjunto perfecto. Muy relajante y excitante a la vez. Pronto estaré en casa.

El amanecer, como palomas surgiendo de la nada, y sin embargo el corazón estalla de carencia.

Oh, mi tierra, toda una vida lejos de ella y sin embargo sintiéndola tan cerca de mí, y así será hasta la eternidad. Existe la eternidad. No es lo que nos acecha por las noches, ni el hombre del saco ni la fría muerte. Oh, tierra de tejas y fortificaciones, tus rápidos ríos, mantente en tu ancianidad y lleva tu carga de años con orgullo y majestuosa reverencia. Los andrajos que te cubren son como mantos, mantos de conocimiento y sabiduría. Los jóvenes tratarán de saquearte, intermediarios y mercenarios te pretenderán; no te transformes al dar las doce, no vendas tu vieja alma.

Volví a Coose por Navidad. Lo deseaba. Estaba oscuro cuando bajé del autobús, pero enseguida sentí el pulso del lugar; el empedrado que no había cambiado, el mismo camino, tan solo un poco más saturado por las aguas. Ya no había camino para las vacas. No había vacas. Boss había abandonado esta actividad, ahora vivía de su pensión. Tiempos frágiles. Fue entonces cuando me vinieron a la memoria aquellos rebaños, con sus grandes y blandas cagadas, las moscas siempre a su alrededor, y su promiscuidad, sus pardos y viejos cuernos entrechocando en la oscuridad, su cabecear, sus mugidos, las moscas posándose en cualquier lugar, la magia inigualable de las tardes de verano. Los árboles y los montículos me iban siendo familiares, uno tras otro. Había preparado un pequeño discurso: «Siento no haberte escrito, reconozco que te he tenido muy abandonado, muy abandonado». Lo diría en cuanto me abriera la puerta y me hiciera pasar al vestíbulo, mientras me limpiaba los zapatos en el felpudo, o, caso de que no tuviera felpudo, en los ladrillos rojos de la entrada. Para eso fui; a demostrar que me acordaba de él, a hacer las paces. Estuve practicando durante el camino todo lo que le iba a decir; mientras bajaba del autobús, mientras atravesaba la explanada y después, más despacio y con especial cuidado, según me iba aproximando a la zona del césped, ya cerca de la casa. El aire era tibio y todo estaba muy tranquilo. El corazón me latía con fuerza, como cuando se va uno a examinar. Vi a los perros. Ladaban muy tenuemente, parecía que estuvieran ensayando, como hacen los cantantes cuando les piden que canten en las reuniones y alguien descubre el piano. Al final los perros vinieron hacia mí gruñendo, pero tan pronto me reconocieron su enemistad se tornó en zalamerías, lengüetazos y movimiento de colas. Los podía ver con claridad, mis ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad. Les llamé por sus nombres y les empecé a contar lo bien que les encontraba para sus años. A ella le noté un bulto en la parte baja del vientre, grande y bulboso, como si fuera un testículo; resultaba un tanto cómico dentro de su anormalidad. Les dije que había venido a pasar la Navidad con ellos y les aseguré que les iba a cocinar la carne de manera que estuviera tan blanda que la pudieran comer con cuchara, sí, con cuchara, y que adornaría las mesas con muérdago y cubriría las puertas para que no entrara el frío, y también que de vez en cuando me tomaría un chocolate

caliente, de esos que ellos sabían, para ahuyentar a los espíritus malignos. A Boss ya le había visto, parecía un *tableau*, sentado junto al fuego, descifrando los secretos de las llamas: figuras de ogros, animales de perfil y de frente, quizá incluso los seres queridos muertos. Boss se rascó la cabeza con fuerza y la caspa le cayó sobre los hombros. Llevaba una especie de manta o chal. ¿Tanto había cambiado? Divisé el sofá, demasiado hundido, y la figurita de los dos gatitos tratando de adelantar con sus patitas las manecillas del reloj y así poder comer antes, también las dos cajitas de bambú y el viejo y sobrio búho. Era una estantería rebosante de cosas.

Lo primero que dijo al abrir la puerta fue que vaya horas para llegar a casa y además que le había asustado. Le ofrecí la mejilla de mala gana y él me besó con tosquedad. Me lo notó enseguida y me preguntó que si algo iba mal. Le contesté que no, que todo estaba perfectamente, que la vida era estupenda, y corrí junto al fuego, como si ese fuera mi único deseo. Uno de los troncos tenía un retoño de acacia adherido en uno de sus lados, el olor era un tanto extraño cuando empezó a extenderse; olía a iglesia. Boss había cortado los árboles que estaban alrededor de la casa, incluso los que siempre habían formado parte de la fachada. Por lo visto, según él, la culpa la tenía el hombre de la sierra eléctrica; decía que no se podía uno adentrar en el bosque y que ya no se encontraban trabajadores que lo hicieran por afición o por dinero durante mucho tiempo. Le pregunté qué tal estaba. Me contó que había tenido que matar a un caballo, porque había resbalado en los adoquines y se había roto una pata. Boss se había puesto ya a la defensiva. Supe que para San Esteban yo ya no estaría allí. San Esteban es el día de los solteros. Quizá no debería haber venido. Los dos estábamos resentidos. Le di su regalo; dinero, pero no hubo ninguna muestra de alegría al recibirlo, ni tan siquiera hizo intención de rechazarlo, como hubiera hecho en otros tiempos. Dijo que quizá serviría para una estufa para la entrada. Le comenté que los vestíbulos son las piezas de las casas más difíciles de mantener calientes. Preparé el té. Hablamos de las cosechas, las cosechas de los demás. Aún estaban allí las rosas de té de plástico, llenas de polvo; parecía que las habían bañado en polvo en lugar de hacerlo en oro o en plata. Pregunté en cuál de las cuatro habitaciones iba a dormir yo. Contestó «en la que prefieras». Había tomado la

costumbre de hablar a voces, echó agua al fuego para apagarlo y dijo: «Sabía que no renegarías de mí», y me dio un cachete. Boss tenía el porte, la mirada y el resentimiento que prevalecía en todos los hombres que yo había amado, traicionado.

«He venido», dije, pero eso no cambió nada. La misma luna, las mismas vigas, el mismo remordimiento vano.

Por la mañana cogí unos sacos, los hice tiras y los coloqué sobre los ruibarbos, los tapé bien para evitar que se congelaran. Inútil. Sabía que él nunca volvería a tomar infusión de ruibarbo, ni pastel de ruibarbo tampoco. Se mantenía de pan de molde y, como yo, se había convertido en un adicto a las conservas y a la comida preparada. Propuso que hiciéramos algunas visitas. La idea nos animó un poco. Decidimos ir a visitar a un primo suyo que había sufrido la pérdida de un ser querido y de paso, por qué no, tomar el té de gorra. Su hermana, Ita, había fallecido. Fue en esa breve tregua, bromeando y preparando nuestra estrategia, cuando me mostró el paño de cocina; lo desdobló y lo extendió sobre la cerca para que leyera cuáles eran los principales rasgos de mi carácter. Hasta nos reímos y todo.

El chófer del coche que alquilamos tenía una forma de conducir de lo más anárquica que se pueda uno imaginar. Iba a paso de tortuga en los llanos y aceleraba en las curvas. Llevaba una botella de oporto y poco me podía yo imaginar que en menos de un mes volvería a visitar una de aquellas casas, la del Duque, al que siempre le había gustado la zona. Los escaramujos y las bayas seguían en sus arbustos. La temperatura era agradable. Su primo, Marty, después de los primeros saludos, no sabía qué decir. Estábamos en el patio trasero, estudiándonos mutuamente y rodeados de charcos. «Creo que dentro estaremos mejor», dijo, y le seguimos hasta la cocina, donde, en medio, había una caña de pescar y los hilos de nailon enredados. Encima de la mesa había un montón de cosas, el corazón de un lucio entre otras, un pequeño corazón chorreando sangre. El lucio en cuestión estaba en la sartén, cubierto con una capa de manteca blanca. Me ofrecí a ayudarlo. La sal estaba totalmente apelmazada, lo que daba una idea de la humedad del lugar. Me señaló un alfiler que servía para estos casos. Retiramos la parte de las espinas y echamos bastante sal. Me quedé mirando al lucio; sus diminutos ojos, su

afilada lengüecilla, sus dientes como espinas, y después lo cubrí con una tapadera. No sé por qué, pero cualquier cosa en que me fijo se me representa después cuando menos lo espero. Hay veces que se me aparecen labios superiores con grandes bigotes y señoras con el pelo cortado a lo *garçon*. Por supuesto que les digo «fuera, fuera basura». Después, para compensar, pueden aparecer cosas agradables: ruibarbos, sitios de vegetación exuberante, azules inconmensurables, que pueden ser el mar o una montaña, todo se confunde, todo se mezcla, todo se separa, como pequeñas bandadas surcando el cielo. La trinchera de Marty y sus botas de goma olían a lluvia, a agua de lluvia. En la pared tenía colgado una especie de lema, *Spe vivemus*, supongo que sería un legado de sus antepasados. Tirado en el suelo había un abrigo de piel gris, había sido de su hermana, y ahora servía de cuna a unos gatitos recién nacidos. Una camada de seis. Nos dijo que iba a ahogarlos, pero que con nuestra llegada no le había dado tiempo. Tuve que buscar en el armario los vasos. Allí estaban colgados sus pantalones de pana. Era curioso, no estaban doblados ni nada, simplemente colgados cuan largos eran; a lo mejor era una costumbre que había adquirido en algún maravilloso lugar. Marty era un hombre de ademanes bruscos. «Mary —dijo—, tú debes de estar forrada de dinero»; noté que mantenía su mano izquierda medio cerrada. Parecía tener un eccema o algo así, y se había agudizado con nuestra llegada. Le cogía toda la mano; tenía la forma de un mapa o de una mancha de tinta. Eché el vino en los vasos y le dije lo mucho que me gustaban; eran de diferentes colores y tenían el tallo largo. Eran de Ita, su hermana. Los debía de haber comprado cuando estuvo prometida a un granjero, que más tarde la dejó. Pensé: insulsa su vida, insulsa su muerte. Marty repartió el lucio. Le pregunté si iba a bailar alguna vez. «No, nada de diversiones», contestó. Dios le acompañe en sus húmedos sueños. Estábamos sentados con la puerta abierta y enfrente veíamos un arroyuelo cantarín, como los llamamos por aquí. Era el único sonido alegre que se escuchaba en los alrededores. El porche era como otra cocina, había una pila, la colada de Marty y un cubo lleno de agua sucia colgando de la rama de un árbol. Acababa de caer un chaparrón y el aire era limpio. El arroyo. El cielo. El arco iris, aunque incompleto. Ellos estaban hablando de los precios que se pagaban por la

carne de vacuno, pero no se escuchaban entre sí. Marty echó un leño al fuego, pero no prendió. Nada, ni tan siquiera un pequeño destello. El cielo era una avenida de colores. Los gatitos empezaron a gemir. Le pregunté que si se acordaba de las ciruelas pasas que nos daba cuando se recogía la cosecha. Lil sabía cómo complacerle, regalándole un par de gallinas. Él hubiera despellejado una pulga por medio penique. A pesar de todo, también le había gustado coquetear. Una vez hubo un concurso de ciclistas femeninas y lo amañó de tal forma que Tilly, su favorita, ganó. Se armó un gran escándalo; señoras gritando, las ruedas chirriando, los guardabarros enredados y Marty impertérrito gritando: «¡Adelante, adelante Tilly, adelante!». Supongo que ahora también vendrán por aquí jovencitas en otoño, con las que pasará un buen rato en el huerto.

«Seguro que habrá más guerras», estaba diciendo él, a la par que se levantaba y nos indicaba sin palabras que la visita había terminado. Echó la piel del lucio a los mininos y, aunque estos ni se movieron, sí vimos cómo sus rosadas lengüecillas trataban de lamerla. Brilló la piel al balancearse en el tenedor y salir volando. Era como una tira de papel matamoscas a la que ellos se adherían. Nos despidió con un apretón de manos, pero no salió al porche para vernos marchar. El chófer estaba de muy mal humor, porque ni tan siquiera le habíamos ofrecido un refresco. Nos sentamos detrás y nos sumergimos en nuestros propios pensamientos. Nos íbamos separando más y más, hasta que tocamos las ventanillas y nos quedamos con las caras pegadas al cristal. Había un cartel en la carretera que decía: «escalón lateral en tres kilómetros». Campos pardos, cercas pardas, enterradas, césped que despedía vapor, los gritos de los cazadores y un perrillo que corría tras el coche y que recibió de lleno uno de los ininteligibles y groseros juramentos del chófer.

No hay nada de magia en la vuelta al hogar, ninguna taza de té preparado con amor. Ah, mis pequeños duendecillos, lleváis con vosotros el espíritu del aislamiento.

Pero aun así, el viaje tuvo sus ratos buenos y malos, sus retos y sus alegrías. Cuando llegamos a un cruce y vi los caminos bifurcarse delante de

mí, me emocioné, los arbustos, los gorrioncillos, la fortaleza a lo lejos, me pregunté si todo aquello era necesario, me atenaza una especie de fiebre que me hace continuar de forma inconsciente en busca del sonido de las cornetas, aunque con frecuencia es en realidad el sonido de la jauría. Las florecillas del campo se meten en mi cabeza, como lo hacen los capullos que asoman por las cercas. Les hablo como lo hago a los rebaños de vacas y a los humanos, y me viene al pensamiento una fonda acogedora y caliente, el pan de centeno, y quizá también una ascensión.

Ahora estoy levantada y haciendo flexiones, no creo que eche en falta mi primer sueño. Tengo una sensación muy extraña: me siento feliz entre todo lo que me rodea, especialmente esos días que como hoy preludian el invierno, Jack Frost, la escarcha, las copas susurrantes de los árboles, el cielo que anuncia un frío amanecer. Tengo esa agradable sensación que resulta después de una convalecencia, cuando las articulaciones aún están débiles y la cabeza te da vueltas, pero eres consciente de que lo peor ha pasado ya; la misteriosa fiebre ha desaparecido finalmente. Oh, Cordero de Dios. Oh, estrella matutina. Oh Connemara; oh dulce púrpura, olvidadas colinas, quedaos conmigo, esperad.

Bajé a por el periódico sin ganas y a recoger la propaganda que siempre mandan, y allí estaba el telegrama de allende los mares, un telegrama dirigido a mí. Era lo mismo que si esta falda armenia decidiera reunirse con su auténtico dueño, es decir, la cabra; todo se empezó a desmoronar ante mis ojos. Era irreversible. «Llegaremos a casa el viernes por la mañana.» La humedad no le sentaba bien. Bicho. Me decía que podía llamarles el sábado, porque el viernes lo necesitaban para descansar y organizarlo todo un poco. En otras palabras, que me largara. No hay más cáscaras. No quieren volver a su casa y encontrarme aquí, hecha un ovillo frente a la chimenea, o tumbada en el sofá, o practicando escalas en el piano. Parecería que la casa es mía. Por supuesto que siempre puedo arrastrarme e implorarles. Puedo decirles que no

tengo adónde ir. Rogarles, pero tan solo pensar en ello me mortifica, me pone enferma. El sábado tampoco me van a ver, no van a poder discutir conmigo los pormenores del inventario, es decir: los desperfectos; la mesa del salón, el azucarero y la ignominiosa pintada, ni tampoco los tragos de coñac que tan alegremente han sido expulsados de su cuerpo. Moriarty, *nota bene*. Rara vez pensaré en él desde ahora. Fuera. Fuera.

Lo bueno es, con frecuencia, sepultado con nuestros huesos... Por ejemplo, el doctor Flagglar, a quien ya no tengo en mi agenda, y también otras muchas personas con las que me hubiera gustado dar largos paseos, otros a quienes prometí lealtad. Oh, espejismos de amor. Bacanales de amor, pequeñas muestras de amor, destellos de amor, pero nunca verdadero amor.

«Fuera, fuera», parece decirme todo esto. Lo gritan los espejos, los dorados, las cacatúas de plata, incluso la maravillosa araña de cristal y latón que trajeron de Portugal, y que he estado a punto de hacer balancear hacia un lado y hacia el otro hasta que se descolgara, cosa que al final no hice. Hasta Humildad Súbita está de mal humor. «Fuera, fuera.» Quizá sea yo quien lo repite sin cesar. La verdad es que tengo manía a este lugar, aversión, odio, rencor hacia este techo bajo el cual todos los auspicios fueron ilusorios. La vida es un crisol. Oh, lejanas latitudes. Oh, pájaros dorados, dejad que me aleje de vosotros una vez más. *Au revoir*. Tig, *au revoir* Jonathan, *au revoir* Boss y Lil y todo el resto, que os den por culo. Ya he soportado la carga suficiente tiempo. Ya es hora de que la memoria descanse.

Me voy contenta, demasiado contenta. Renuncio incluso a tocar por última vez los objetos que más me gustan, así como a decir cualquier cosa a modo de despedida barda. El arpa que una vez atravesó las paredes de Tara guarda silencio, permanece muda. Seguramente con el tiempo lo recordaré todo con cariño. Esta enorme despensa, el nerviosismo esperando visita, los atardeceres evocados a la luz de las lámparas, y todas las habitaciones vacías que con tanto placer aireaba, también la habitación pequeña que tanto me

gustaba y donde me sentaba a oír el inminente silencio roto solo por los casi imperceptibles chasquidos, donde viví, aunque fortuitamente, algunos de los momentos más entrañables y plenos de mi vida.

Oh, estrella matutina, oh, senderos resbaladizos, oh, ángel de la guarda de los vagabundos, dadnos ojos, tendednos una mano, descansemos en otra orilla, vivamos un poco más, antes de que la oscuridad total nos envuelva con su manto...

## Edna O'Brien pone al lector ante el espejo con dos historias llenas de sensualidad y erotismo protagonizadas por dos mujeres en busca de sí mismas



Prohibida en distintos países tras su primera publicación, *Agosto es un mes diabólico* es el hirviente relato de una mujer que se redescubrirá durante un viaje a la Riviera Francesa. Ellen vive en una ciudad que le disgusta, un lugar que niega su pasado y no ofrece esperanza alguna para su futuro. Separada y con un hijo, está determinada a cambiar su vida. Por ello, abandona Londres en busca de sol y compañía, pero el camino no será fácil.

En *Noche* acompañamos a Mary Hooligan durante una larga noche de insomnio. Desde su cama, recuerda su infancia en el campo irlandés y los amores vividos desde que dejó su país para aventurarse en la costa inglesa. Nostálgico y lascivo, este ensueño erótico sitúa a su autora entre los más destacados herederos del modernismo.

**«Edna O'Brien es la escritora de lengua inglesa con más talento de nuestros días.»**

PHILIP ROTH

**«Edna O'Brien escribe las historias más bellas. Ningún escritor o escritora puede compararse a ella, en ningún lugar.»**

ALICE MUNRO

**«Las novelas de Edna O'Brien son absolutamente memorables porque su genialidad procede del dolor mismo de la memoria.»**

JOHN BERGER

**«*Agosto es un mes diabólico* trata sobre la maternidad, el deseo y aprender a aceptarse a uno mismo... Es la quintaesencia de O'Brien.»**

*The Times*

**«Escribe con una prosa escrupulosa y lírica, hermosa y exacta.»**

*Guardian*

**«Edna O'Brien es una de las autoras inglesas más importantes.»**

*New York Times*

**«Ningún autor inglés es tan bueno poniendo al lector en la piel de una mujer.»**

*Evening Standard*

**Edna O'Brien** (Tuamgraney, Irlanda, 1930). Tras su debut con la novela *Las chicas de campo* (1960), primera parte de una trilogía memorable, O'Brien ha escrito una veintena de obras de ficción junto con una biografía de James Joyce y de Lord Byron, así como una pieza teatral sobre Virginia Woolf. Evocativa y astuta, su obra nos habla de mujeres que anhelan la independencia en un entorno opresivo y hostil. Aclamada por la crítica y por los autores contemporáneos más prestigiosos, su trayectoria le ha merecido distintos premios, entre los que destacan el Irish Pen Lifetime Achievement Award, la American National Art's Gold Medal y la Ulysses Medal. Nacida en el oeste de Irlanda, lleva años viviendo en Londres.

Título original: *August is a Wicked Month / Night*

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 1965, 1972, Edna O'Brien

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Mireia Bofill, por la traducción de *Agosto es un mes diabólico*, traducción revisada

© Raquel Velázquez, por la traducción de *Noche*

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan

Ilustración de portada: © a\_taiga / Thinkstock, Wasia / Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,

<http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4668-9

Composición digital: Infillibres, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



[megustaleerEbooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

# Índice

Agosto es un mes diabólico

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Noche

Sobre este libro

Sobre Edna O'Brien

Créditos